

Selección RNR

Mi mal de amores eres tú



EMMA J. CARE



Viaje en el tiempo



Mi mal de amores eres tú

Una magia ancestral llamada AMOR

Emma J. Care

facebook



1.ª edición: abril, 2017

© 2017 by Emma J. Care

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-709-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

There's no chance for us,

it's all decided for us.

This world has only one sweet moment set aside for us.

Who wants to live forever,

who dares to love forever,

when love must die. [1](#)

[1](#) No tenemos ninguna oportunidad / Todo está decidido por nosotros / Este mundo solo tiene un momento dulce reservado para nosotros / ¿Quién quiere vivir para siempre? /

¿Quién quiere vivir para siempre? / ¿Quién se atreve a amar para siempre cuando el amor debe morir?

Queen, Who wants to live forever. A kind of magic. EMI. 1986.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 - Welcome to... SLEEPY HOLLOW](#)

[Capítulo 2 - Un huésped inesperado](#)

[Capítulo 3 - «¡Pasen y vean!»](#)

[Capítulo 4 - «Conócelo, Cecilia, conócelo»](#)

[Capítulo 5 - Tom](#)

[Capítulo 6 - El hilado de la rueca](#)

[Capítulo 7 - Solamente magia](#)

[Capítulo 8 - «Mi nombre en sus labios»](#)

[Capítulo 9 - «Jamás me arrepentiré»](#)

[Capítulo 10 - Cuando las luces se apagaban](#)

[Capítulo 11 - Las hierbas de las brujas](#)

[Capítulo 12 - «¡Mentirosos todos!»](#)

[Capítulo 13 - La última conversación](#)

[Capítulo 14 - «Esta soy yo y... tú»](#)

[Capítulo 15 - La advertencia de Narciso](#)

[Capítulo 16 - Alondra y Faith](#)

[Capítulo 17 - Maleficio bicentenario](#)

[Capítulo 18 - El cometido](#)

[Capítulo 19 - Estos somos y en ellos nos convertiremos](#)

[Capítulo 20 - Círculos](#)

[Capítulo 21 - 1792, nuestro nuevo hogar](#)

[Capítulo 22 - Ellos](#)

[Capítulo 23 - Tú puedes, Cecilia](#)

[Capítulo 24 - ¡Maldito Crane!](#)

[Capítulo 25 - Primeros contactos](#)

[Capítulo 26 - Sin secretos](#)

[Capítulo 27 - Confesiones y visiones](#)

[Capítulo 28 - La habitación secreta](#)

[Capítulo 29 - ¿Un hombre enamorado?](#)

[Capítulo 30 - Te recuerdo](#)

[Capítulo 31 - Afrodisiacos](#)

[Capítulo 32 - La historia no concuerda](#)

[Capítulo 33 - Las fuerzas de la atracción](#)

[Capítulo 34 - El cuatro de julio](#)

[Capítulo 35 - Cotilleos](#)

[Capítulo 36 - Sin ti](#)

[Capítulo 37 - Cicatrices](#)

[Capítulo 38 - Las cartas boca arriba](#)

[Capítulo 39 - Un témpano que permanece](#)

[Capítulo 40 - Jason & Emily](#)

[Capítulo 41 - El baile maléfico de los vientos](#)

[Capítulo 42 - Si no lo veo, no lo creo](#)

[Capítulo 43 - Nueva obertura](#)

[Capítulo 44 - La cena](#)

[Capítulo 45 - De la mañana al ocaso](#)

[Capítulo 46 - El aquelarre de las brujas](#)

[Capítulo 47 - Catharina o una arpía con nombre de mujer](#)

[Capítulo 48 - El dulce y amargo sabor de la venganza](#)

[Capítulo 49 - El cristal de la mañana](#)

[Capítulo 50 - Es una bruja](#)

[Capítulo 51 - Tiempo de milagros](#)

[Capítulo 52 - El regreso](#)

[Capítulo 53 - Emily](#)

[Capítulo 54 - Sweet Toxic Love: mi mal de amores](#)

[Capítulo 55 - Águila elevada](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Promoción](#)

PRÓLOGO

—Alondra —pronunció el nombre de su hermana captando su presencia antes de verla.

—Faith —respondió, entrando en la salita—. Tu sobrina nieta va a venir. —Una sonrisa se le dibujó en la cara. Era la expresión de la misma felicidad.

—Lo sé, nuestra pobre niña necesita curar el alma. —Su rostro se tornó más contrito.

—Sabes que lo conseguirá, es fuerte como una roca, aunque ahora no lo vea así. —

Tomó asiento en su mecedora situada al lado de la de Faith—. Y él está de camino.

La expectación de su hermana despertó con ese simple comentario.

—¿Estás segura? La última vez dijiste lo mismo y cambié de opinión —reprochó abiertamente.

—Lo he visto, Faith. Necesita volver a casa tanto como el aire que respira. No sabe

por qué, a veces lo intuye, mas siempre desatina en las conclusiones. —Unió las manos

encima de su vientre. Su mirada se perdía más allá del río Hudson, donde la vista de los comunes mortales no lograba alcanzar.

—Quiero pensar que viene *motu proprio*, no porque una vieja bruja aburrida así lo haya decidido. —Su voz continuaba reflejando cierta reprobación al tiempo que cogía

de la mesita aledaña su copa de zumo de arándanos recién exprimido. De un sorbo, lo terminó y la depositó de nuevo en su lugar.

—Hace mucho que no lo hago —resopló Alondra con resignación, pero callando ciertos secretos.

—Solo espero que tenga coraje, no como sus ancestros.

—No lo dudes.

Como un resorte, Alondra se levantó de su mecedora entusiasmada, mirando hacia el mismo lugar que su hermana: la puerta de la entrada.

—Faith, en veinte segundos él timbrará. Tú y yo no sabemos nada —le advirtió.

El sonido del viejo timbre irrumpió en casa de las hermanas Wells consiguiendo que las dos mujeres, casi octogenarias, sonrieran como adolescentes. Prestas, acudieron a la llamada para abrir su hogar al hombre que estuvieron esperando el último año.

—Faith, Alondra —saludó el recién llegado con voz cansada.

—Adelante. Ya estás en casa, muchacho. —Faith se mostró alentadora porque los presagios eran ciertos. Aquello que estuvieron aguardando tanto tiempo al fin llegaba junto a ellas.

Las dos hermanas compartieron una mirada que no ocultaba la alegría que sentían.

Capítulo 1 - Welcome to... SLEEPY HOLLOW

Seis meses después

Mucha gente ha pensado que la vida era como una fotografía. Esa instantánea que capturamos para no olvidarnos de ella. Ese momento feliz, único e irrepetible guardado

en un álbum, en el ordenador, en una carpeta, custodiado en un lugar de nuestro corazón como el mayor de los tesoros. Por eso, al volverla a ver, los recuerdos se tornan más

vívidos inundando nuestra mente, las anécdotas nos invaden arrancándonos la misma sonrisa, haciéndonos brillar los ojos de nuevo. Lo sentimos con más intensidad que la

primera vez, cuando posamos y lo immortalizamos al sonido de un clic.

A lo largo de mi vida, por mis propias experiencias, nunca pensé así. Para mí, la vida era un lienzo en blanco que poco a poco lo pintabas a través de lo vivido, lo experimentado, porque de ello aprendimos y forjamos quienes somos. A medida que crecimos, lo llenamos de trazos firmes o inseguros, de líneas rectas, curvas, finas o gruesas, más claras u oscuras, también de tachones, de borrones y cuentas nuevas, de

avances inesperados, de retrocesos necesarios. Pero más allá de los colores elegidos,

lo que hicimos fue retratarnos a nosotros mismos, con nuestras luces, con nuestras sombras, con las virtudes y los defectos que nos conforman, con nuestras penas y alegrías. Sin embargo, solamente al final, una vez terminado, discernimos en él nuestra felicidad, desde la más grande a la más pequeña, porque incluso ella se nutrió de nuestros trazos más dolorosos, de nuestras lágrimas más amargas. Como Washington Irving dijo: «Hay algo sagrado en las lágrimas. No son señal de debilidad, sino de poder. Hablan con mayor elocuencia que diez mil lenguas. Son las mensajeras de una

pena abrumadora y de un amor indescriptible».

Y tenía razón.

Así estaba yo, sosteniendo la mayor de las penas sobre mis hombros desde hacía varios años e inconsciente de que iba a vivir el amor más intenso, el deseo más irrefrenable en brazos de un hombre del que, según mi historia familiar, debía escaparme, repelerlo, ahuyentarlo y huir de él como si se tratase de la serpiente más letal de la tierra porque tenía el poder y la fuerza de destruirme. Él podía despojarme de toda vida, destrozarme mi alma, partirme en mil pedazos imposibles de unir otra vez.

Enterrarme viva o muerta a dos metros bajo tierra.

No, él no lo sabía.

Yo tampoco cuando esa mañana monté en mi coche para dejar mi pequeño

apartamento de Manhattan y regresar a casa por prescripción insistente de mis jefes que, conocedores de mi historia familiar más reciente, se vieron obligados a darme unas vacaciones forzadas porque mi vida, completamente descontrolada, se había convertido en un caos emocional. Estaba postrada ante el rencor, el dolor, los remordimientos que no supe canalizar y que, por ende, influyeron de manera directa en

mi trabajo. Era un retorno en contra de mi voluntad. No quería, sin embargo, debía.

Manhattan, en otrora, me ayudó a revivir mostrándome su cara más dulce. Poner tierra de por medio fue la mejor decisión que por aquel entonces pude tomar. Sentí la

imperiosa necesidad de desaparecer, de aislarme. Lo conseguí. Por otro lado,

desbarré. La vida me puso en esa tesitura de tener que encararme a la fuente de mi dolor, enfrentarme

conmigo misma y aceptar lo que soy. Nunca, pensé un día. Se me olvidó que esa palabra no la recoge el diccionario del Destino.

Conduje a Sleepy Hollow, ese pequeño pueblo protagonista de uno de los relatos de terror más conocidos, además de innumerables películas. Él fue quien me vio nacer, crecer, a la par me mostró la crueldad de la humanidad. A unos cincuenta kilómetros de mi querida Manhattan, conduje hacia casa cuando me prometí que no volvería. Lo único que eché de menos durante este tiempo fueron las vistas al río Hudson. El pueblo estaba situado en su orilla este, sumado a la situación privilegiada que me proporcionaba la casa de mis tías abuelas, Alondra y Faith, tenía las más hermosas vistas del valle del Hudson.

A medida que el coche avanzaba por la calzada, a medida que la gran ciudad se iba quedando atrás, una parte de mí se entristecía y a la vez se tensaba a causa de los nervios por volver a ese cáliz lleno de víboras. Esa parte rota en mí sabía que dejaba de ser anónima o, simplemente, un nombre más, para convertirse en alguien repudiado por sus convecinos. No era lo mismo ser una Wells en Manhattan, que ser una Wells en Sleepy Hollow. Allí era sinónimo de bruja.

Con este estigma crecimos mi hermana y yo, sufriendo todo tipo de miradas insidiosas, señaladas, separadas socialmente de la gente, sin relación interpersonal alguna. Esa marca que nos diferenciaba del resto hizo que me alejara al tener la primera oportunidad, desvinculándome de todo y de todos, solo manteniendo contacto esporádico con mis tías por teléfono. En todo ese tiempo evolucioné, en cambio, Sleepy Hollow se mantuvo impenetrable. Esa sensación me embargó cuando circulé por su calle principal antes de girar en dirección a las afueras, donde la casa de las Wells se levantaba orgullosa. Aparqué el coche delante de la verja blanca, bajo la atenta mirada de mis tías que estaban de pie en el porche esperando mi llegada.

El regreso de la sobrina nieta pródiga.

Un retorno, una vuelta a casa, en el que no albergaba esperanza alguna.

Capítulo 2 - Un huésped inesperado

Sujeté con fuerza la maleta antes de caminar por el empedrado del jardín que me llevaba hasta mis tías. Alcé la vista y comprobé como la casa, una de las construcciones más antiguas de Sleepy Hollow, continuaba en pie con su habitual resplandor que le permitía ocultar su verdadera edad. Levantada sobre unos terrenos considerados no edificables, esta casa de estilo victoriano de madera, pintada en blanco, cuidadosamente trabajada y en la que no faltaba ningún detalle en su sencilla fachada, desafiaba valiente al paso del tiempo erguida sobre sus tres alturas que concluían en la torre de la buhardilla y en la terraza (nadie sabía que allí existía). Los tejados, con una inclinación pronunciada debido a los rigurosos

inviernos que se sufren, más que se viven a este lado del Estado de Nueva York, brillaban bajo el sol primaveral, envejecidos por el musgo amarillento que crecía en ellos.

Integrada sutilmente con su alrededor, hacía suyo este jardín delantero. Ya no me acordaba como crecían de forma salvaje los rosales o como, cercándola, florecían el

romero, el ajo y la lavanda que la mantenían alejada de cualquier mal, mientras la madre selva se adueñaba de la barandilla del porche para enredarse en ella, envolverla

en un eterno abrazo confiriéndole movimiento, convirtiendo esta casa en la única de Sleepy Hollow con una auténtica explosión de vida.

Volví la vista a mis tías en el momento en que bajaban las escaleras del porche para

recibirme de nuevo en su casa. Con paso firme y sentimiento doliente, por haber estado

tanto tiempo ausente, caminé notando como bajo mis pies la naturaleza del lugar me daba la bienvenida, ya que su fuerza se filtraba por las suelas de mis bailarinas. A medida que avancé, mis tías venían a mí con sendas sonrisas. En estos últimos años muy poco habían cambiado. Sí, tenían alguna que otra nueva arruga, pero nada que borrara la particular belleza de antaño de la cual se embebía su vejez.

—¡Mi adorada niña! —Tía Alondra se abalanzó sobre mí en uno de sus abrazos maternales.

Dejé la maleta para abrazarme a ella de verdad. Su olor a lavanda me hizo retroceder en el tiempo.

—Tía Alondra —dije con voz temblorosa.

—Déjame que te vea. —Me miró de arriba abajo sujetándome por los hombros,

buscando las diferencias con respecto a la última vez que me vio—. Estás muy delgada

—comentó frunciendo levemente el cejo—, excesivamente delgada —matizó por si

quedaba alguna duda. Sus ojos color miel se clavaron en los míos—. Tus ojos quedan

oscurecidos por la sombra de las ojeras y tu... ¿dónde está tu bonita melena color ámbar? —preguntó al darse cuenta de mi corte *pixie*.

—Me corté el pelo hace más de un año.

Reconocerlo me supuso ser consciente del tiempo que pasé separada de ellas. Por

vergüenza, bajé la cabeza, no fui capaz de continuar mirando a mi tía. Su reacción no

fue de reproche. Con un inmenso cariño apoyó su arrugada mano en mi mejilla, mientras que en sus ojos se reflejaba la alegría de tenerme de vuelta.

—Símbolo de rebeldía para unos o de independencia para otros, aun así, femenino y

moderno —señaló tía Faith que hasta ese momento se había mantenido en un segundo

plano.

Si los abrazos de tía Alondra eran maternos, los de tía Faith eran los más reconfortantes por la energía que desprendían, además de su olor a rosas con una pizca

de azufre.

—Tía Faith.

El distanciamiento auto impuesto me alejó de las personas a las que más quería, imponiéndoselo a ellas también, que lo padecieron sin hacer ruido, sin pedir o decir nada. Esperando pacientes. Creí que el contacto esporádico suplía todo lo demás.

Abrazada a mis tías comprendí que no era así, sus achuchones me mostraron que para ellas nada había pasado. Su contento contrastaba con el egoísmo que advertí en mis actos.

—Ya estás en casa. —Tía Faith se separó para continuar hablando—. Recuerda que

las transformaciones solo podemos lograrlas a través de nosotros mismos.

—Por muchos cambios superficiales y externos que hagamos, es en nuestro interior donde encontraremos la llave que abre cualquier puerta de la felicidad. —Tía Alondra terminó las palabras de tía Faith—. Y tú conseguirás abrir esa puerta que tanto tiempo lleva cerrada en ti.

—Sabéis algo, ¿verdad? ¿Qué habéis visto? —Alterné la mirada entre una y otra esperando la respuesta.

Si por algo se caracterizaban Alondra y Faith Wells era porque nunca hablaban en

vano. Sus palabras siempre tenían que ver con alguno de sus augurios. Su silencio confirmaba mis sospechas, algo sabían, sin embargo, lo guardaban con celo.

Compartieron una única mirada, suficiente para tomar decisiones al respecto.

—Entremos en casa —expresó tía Faith dándose media vuelta y comenzando a andar.

—Vamos, cielo —asintió tía Alondra.

Mordiéndome la lengua, cogí la maleta y caminé detrás de ellas.

Nada más poner un pie en el interior de la casa percibí como mi cuerpo mudó

inexorable, se tornó brevemente hiperestésico a todo cuanto acontecía a mi alrededor.

Mis sentidos se afinaron de golpe, lo que me hizo cerrar los ojos e insuflar aire a mis pulmones, por lo cual los olores procedentes del invernadero situado al lado de la cocina irrumpieron en mis fosas nasales. Distinguí el olor al jazmín, la melissa, la hierba luisa, de nuevo la lavanda y el romero, el tomillo limonero, pero uno sobresalía al resto, la *Nepeta Cataria* con su fuerte olor a menta me llevó a oír el ronroneo, junto a ella, de los tres gatos negros que vivieron aquí desde mucho antes que mis tías nos

recogieran. Tan agudizados estaban que hasta mí llegó el silbido suave de Céfiro, el tejer de la araña o el caminar del ciempiés al final del jardín. Abrí los ojos y vi más allá de ese punto donde cielo y mar se besaban sempiternos. En un breve lapso me volví sensible a todo cuanto me rodeaba captando, además, como los elementos se fundían con mi persona. Aquellos extraños poderes que me hacían diferente al resto, y

que creí haber perdido en Manhattan, regresaron a mí con más fuerza, como si todo este tiempo estuvieran aletargados esperando a ser recibidos de nuevo.

—Ahora sí puedo decir bienvenida a casa, Cecilia —me dijo tía Faith con una amplia sonrisa.

Conocedoras de lo que me había pasado, mis tías se pararon para observar ese cambio en mí. Era este lugar, esta casa los que me devolvían mi verdadera identidad,

mi naturaleza, y las palabras de tía Faith me lo dejaban bien claro.

Sin ser muy consciente todavía de lo ocurrido, tía Alondra se enganchó a mi brazo

empujándome a caminar hasta el final del amplio pasillo. Allí, apoyada en un enorme

marco de madera sin puerta, coloqué la maleta y entramos en la gran cocina donde tantas noches inolvidables se cocinaron pociones, que tantos desayunos divertidos viví, tantas cenas inigualables compartimos. Rezumaba ese viejo encanto que solo lo verdaderamente antiguo puede desprender. Cualquier decorador de interiores la

definiría *vintage* desde los accesorios a los colores oscuros de la madera del suelo, la antigua isla que había en su centro o las vigas que atravesaban su techo; seguidos por

esas tonalidades claras de la pared, los muebles y los azulejos que decoraban, en la pared posterior a mí, la cocina de las brujas, como la llamábamos mi hermana y yo.

Por último el vidrio de las alacenas superiores, las ventanas y la puerta acristalada que comunicaba la cocina con el invernadero le concedía una mayor claridad. De grandes

dimensiones, estaba dividida en dos partes, una en la que nos encontrábamos; en la otra, una mesa blanca rodeada por siete sillas configuraba un espacio más íntimo.

Sin poder aguantarme más, me enfrenté al silencio que mis tías estaban guardando en contra de mi voluntad.

—Y bien, ¿vais a hablar? —pregunté cruzándome de brazos—. Nunca se os ha dado

bien hacerlos las tontas o las locas —les reproché.

Las dos se giraron a la vez. Sus rictus cambiaron debido, seguramente, a mis

palabras. El rostro redondo de tía Alondra mostraba una severidad rara en él; en el de tía Faith era más reprobatorio por la mueca que dibujaban sus labios pintados de coral, color que resaltaba su piel blanca, y que se aflojó al hablar:

—Todavía no estás preparada...

—¿Cómo que no estoy preparada? —la interrumpí asombrada porque no me esperaba semejante respuesta.

—Debes asumir determinadas cosas antes de conocer muchas otras.

—Asumir, ¿qué? —Las miré con la misma furia que soltaba por la boca—. No tenéis derecho a esconderme...

—¡Jamás te hemos escondido nada! Y si lo hemos hecho fue para no verte sufrir.

Nunca oses en acusarnos de tal sandez.

—Cecilia, todo tiene su tiempo, no lo adelantemos innecesariamente. —Tía

Alondra, cuyo rostro se había relajado, intentó apaciguarme.

No lo conseguí.

«¿Así, con secretos, es cómo me recibís?», quería gritarles, exigirles que me contaran que habían pronosticado con sus artes adivinatorias, pero me callé. Controlé

el malhumor que se adueñó de mi carácter en estos últimos años, porque si no lo hacía,

cabía la posibilidad de marcharme, esta vez para no volver. Todo, por lo que aparentaba ser una tontería.

—¿Me lo contaréis?

—Por supuesto que sí —me sonrió tía Alondra.

—Cariño, no te atormentes ahora con estas predicciones, no merece la pena.

Necesitas descansar, por eso estás aquí, no permitas que nada lo perturbe. Tú solo déjate llevar, porque hasta las visiones más bellas alcanzarás. —Tía Faith me abrazó

transmitiéndome esa energía que me faltaba.

Y me dejé llevar cerrando los ojos.

«Estoy muy feliz de tenerte de vuelta con nosotras». La voz de tía Alondra me hizo abrir los ojos al colarse en mi mente. Sus palabras coincidían con la expresión de su rostro.

—Venga —tía Faith me rodeó el rostro con sus manos—, sube mientras preparamos algo con lo que llenar el estómago.

Asentí. Si vine para quedarme una temporada, no tenía sentido que la maleta estuviera en la puerta. La cogí y subí por la escalera de la dama blanca, nombre con el que bautizamos mi hermana y yo la gran escalera de caracol que comunicaba la cocina

con la buhardilla, mi habitación. Toda en blanco, se nos asemejaba al velo de la novia que, nerviosa, iba hasta el altar para entregarse al hombre que la esperaba. A medida que ascendía, los recuerdos se fueron agolpando en mi mente. Logré acordarme como de pequeñas nos sentábamos en estos mismos escalones para ver a nuestras tías haciendo pócimas, conjuros y atender a cualquier lugareño que precisaba de su ayuda.

Me vi corretear con alegría infantil, o, ya de adolescente, maldiciendo las locuras de mi hermana. De repente, saliendo de mi abstracción, me encontré parada frente a su dormitorio. La puerta seguía como siempre, cerrada, pintada en crema con motivos florales de los que se desprendía la vida que nacía en primavera y se hacía en verano.

Una juguetona brisa escabullida de entre los árboles del bosque cercano a esta casa, o quizá de las montañas, me rodeó el cuerpo. Sonreí al percibir que me estaba dando su particular bienvenida.

Continué subiendo hasta la buhardilla. El olor a lavanda me indicó al entrar que tía

Alondra se había esmerado por mantenerla limpia estos últimos años, así resguardar la esencia que recordaba. Supe que lo hizo para que no me sintiera una extraña en mi propia casa, aunque era muy difícil dilucidar en aquel momento si lo había conseguido

o no.

Dejé la maleta en mitad de mi habitación y fui directa a la ventana. Me quité las bailarinas para subir al alféizar donde continuaban los mullidos cojines color rosa pastel sobre los que me quedé dormida muchas veces. Cogí el frío pomo entre mis dedos, lo giré y empujé para abrir la ventana. Ante mí

apareció glorioso el bosque de

Sleepy Hollow, con sus altivos árboles de reverdecidas copas en las cuales nuevos brotes nacían. Testigo de innumerables historias, algunas ficticias u otras reales, me observó impertérrito desde la distancia que nos separaba, mientras algunos árboles parecieron inclinarse saludándome, como el caballero decimonónico que con cortesía

hacía una venia a la dama con la que se encontraba. Amable, le sonreí. Sin embargo, la naturaleza pausada a los ojos del resto de la humanidad se vio turbada por el rugir del agua.

Rauda, bajé tirando algunos cojines y fui hacia la ventana contraria para abrirla y observar al augusto río Hudson que, alegre, levantó algunas pequeñas olitas

mostrándome su risilla en la espuma de las crestas rompientes que suavizaban la oscuridad de sus aguas vistas desde esta altura, aunque sabía a la perfección que eran

azules o plateadas según la estación del año.

Dueño y señor indiscutible del valle del Hudson, nada tendría sentido sin él. Nacido

de las lágrimas de las nubes¹, era genio no solo de vida natural, sino también humana, ya que de él se nutría el Estado de Nueva York por donde principalmente discurría.

Todo aquí le pertenecía, montañas, colinas que se abrieron ante él para cederle el paso y escoltarlo en su camino. Fuente de inspiración, testigo de batallas, arrastró hacia mí murmullos de antiguas historias de amor inacabadas, de amores frustrados y parejas separadas, al tiempo que una voz masculina subió desde la cocina hasta aquí arriba, distrayéndome de mis pensamientos.

Embargada por la curiosidad, me calcé de nuevo para ver de quién se trababa. Era muy raro que los hombres acudieran a mis tías para pedirles ayuda o consejo, siempre

eran mujeres, las novias, ex y esposas. Tenían un buen amigo, el señor Grant, junto con su esposa, pero en este caso la voz correspondía a un chico. A medida que llegaba, se

iba haciendo más nítida y atrayente. Sereno, respondía a las insistentes preguntas de tía Alondra cuando bajé el último escalón:

—¿Alguien lo sabe?

—No, aunque al caer la noche el pueblo entero estará al corriente.

Él estaba de espaldas a mí. Era alto, no más de un metro ochenta y cinco calculé.

Delgado, muy delgado, jamás en mi vida vi un cuerpo masculino tan flaco, de hombros

estrechos, aunque fuertes, trabajados por algún tipo de ejercicio. Los brazos y las piernas eran largos, su espalda enfundada en una camisa vaquera azul claro la hacía aparentar más ancha de lo que en realidad pudiera ser. Su cuello de piel blanca sostenía una cabeza cubierta por una espesa mata de pelo castaño.

Esta silueta se hacía más singular debido al flequillo que, travieso, se elevaba como una veleta señalando la dirección del viento.

Sin embargo, su aura refulgía deslumbrándome, desprendía energía desde la alegría,

la simpatía y el bienestar que este hombre podía transmitir, reforzado todo ello con valor, tenacidad o paciencia. Era limpia, blanca, sin ningún lado oscuro a ocultar o corrompido y que por ello buscara la redención. No. No era el caso, por eso me asombré tanto. También era cierto que portaba resquicios de un dolor no muy lejano.

«¿Qué persona no ha sufrido en algún momento de su vida?», me pregunté a mí misma. Todas las personas alguna vez caímos en esas redes dolorosas de las que parece muy difícil salir.

—¡Cecilia, estás aquí! Ven, acércate.

La voz de tía Alondra me sacó de mi ensimismamiento, no así de mi sorpresa y aturdimiento. El hombre se dio la vuelta dejándome ver un rostro de frente amplia, con

unas larguísimas cejas que encuadraban unos ojos en forma de almendra de color azul,

más oscuro alrededor del iris para ir aclarándose a medida que se acercaba a la pupila. Pómulos altos y nariz alargada bajo la que aparecían unos labios finos, rosados y sugerentes, contraídos un poco quizá porque no contaba con mi presencia. Su rostro

terminaba en un mentón estrecho. La línea suave de su mandíbula estaba recubierta por una barba espesa y cuidada que le daba un aspecto más maduro, pero lo cierto era que tendría mi edad, no más.

—Querida, él es Tom, el joven que vive con nosotras; Tom, ella es Cecilia, nuestra sobrina nieta. —Tía Alondra hizo las presentaciones de forma extra amable.

«¡¡El chico que qué!!». Nunca me gustaron las sorpresas. Esta ya hacía por mil.

—Encantado —dijo mirándome fijamente. Su voz grave, varonil, consiguió que mi

tiempo se parase en seco; me cautivó con esa sola palabra. El efecto en mí fue instantáneo: mis mejillas comenzaron a calentarse sin yo entender muy bien el por qué.

Bajé la mirada y vi su mano extendida hacia mí. La acepté. Cuando sus dedos finos, delgados, huesudos también, se cerraron en torno a la mía, un calambre me sacudió el

cuerpo. Por instinto, lo solté y levanté mis ojos para verlo inalterado.

—Igualmente. —Procuré que mi voz sonara con firmeza.

—Venid —nos llamó la tía Faith—, vamos a tomar un refrigerio.

Nos acercamos a la mesa repleta de fruta, algunos dulces y otros platos. Tomamos asiento en silencio, aunque percibía la inquietud en mis tías.

—¿Hace mucho que vives aquí?

Las dudas como la curiosidad desprendieron ciertos posos que se iban soltando dentro de mí.

—Unos seis meses —respondió, llenándose el plato de comida.

—¿Y...?

—Tom nos está ayudando con el mantenimiento de la casa, Cecilia. Hay ciertas cosas que nosotras ya no podemos hacer —explicó tía Alondra, a lo que asentí.

—¿A qué te refieres con que «ya no podemos»? —le inquirió tía Faith con tono desconfiado.

—Pues eso, que no somos unas niñas.

—¿Me estás llamando vieja?

—Nuestra edad es lo que refleja. —La sonrisa de tía Alondra revelaba las intenciones de su comentario.

—Alondra Wells, no voy vieja, voy usada —sentenció tía Faith antes de pegarle un sorbo a su zumo de arándanos.

—Lo que tú digas —la obvió—. Querida, la casa va muy vieja y...

—Y qué mejor que tener a un mozuelo así de guapo que ayude con ciertas tareas y te alegre la vista —terminó tía Faith por ella, metiéndose en la boca un pequeño trozo de pan.

—¡Faith!

—Él lo sabe, ¿a que sí, Tom?

Cortada por las confianzas de tía Faith, clavé la mirada en el plato y de soslayo vi

como el susodicho mozuelo guapo seguía comiendo con una sonrisa en la boca sin inmutarse por el comentario.

—¿De dónde eres?

No pertenecía a este pueblo, no obstante, algo me decía que no me fiara.

—Soy de aquí. —Tragó saliva alternando la mirada entre mis tías—. Nací en

Sleepy Hollow —recalcó para que me quedara claro.

—¿No os conocíais de antes? —preguntó, extrañada, tía Alondra.

—¿Nunca os habíais visto? —reiteró tía Faith mirando para Tom.

—Parece que no. —Tom clavó su mirada azul, inmutable e inexpresiva, en mí—. Si nos hubiésemos visto, no lo olvidaría —afirmó con total convicción.

—Exacto —dije sujetándole la mirada, sin parpadear, hasta que casi me dolieron los ojos.

—¡Eso no puede ser! —Tía Faith estaba muy sorprendida por esta confesión.

—Cecilia, ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste. —Tía Alondra intentaba buscarle una explicación.

—No... —las palabras se atrancaban en la garganta—, eh... yo no... no recuerdo...

—Miré a mis tías con un nudo en el estómago—. Lo siento.

Me levanté rápido de la mesa para subir a mi habitación. Los nervios me atenazaban

con partirme en dos. Si la decisión de regresar fue dura de tomar, más lo era el enfrentarse a la sensación de que nada aquí me pertenecía, ni esta familia ni este lugar.

Era una extraña. A cada escalón que subía, un único pensamiento me rondaba la cabeza: regresar de donde había salido, Manhattan.

1 Oficialmente, el río Hudson nace en el lago Tear of the Clouds, que en español significa «lágrima de las nubes».

Capítulo 3 - «¡Pasen y vean!»

—¡Ah! Ya estamos todos, venga, ven a desayunar.

Tía Alondra siempre fue una mujer que cuidó de los suyos dando lo mejor de ella

misma, regalando un consejo cuando parecía que no había salida. Si algo la

caracterizaba, era que a la hora de sentarse a la mesa debíamos estar todos, si no, nadie comía. Me senté en mi sitio. Todos teníamos un lugar estipulado. Ahora, enfrente

de Tom, que con ansia cogió varias tortitas con arándanos.

—Tus tías me han dicho que te han atacado —comentó sin despegar la vista de su

desayuno mientras rociaba las tortitas con una cantidad ingente de sirope de arce.

—Sí, aunque tampoco puede llamarse ataque. —Dirigí una mirada reprobatoria a mis queridas tías por ir aireando mis asuntos con un desconocido.

—Sabes que no es así. —Tía Faith me devolvió la mirada protestando.

—Te han atacado, Cecilia. —Si había alguna duda, Tía Alondra matizó el asunto.

Asimismo, le puso a Tom un plato de huevos revueltos con *bacon*.

Se sentó al otro lado de la mesa, delante de su taza de leche caliente con miel.

—¿Dónde fue?

—En el parque. —Cogí una magdalena de chocolate y comencé a desenvolverla—.

Estaba corriendo y los imbéciles de este pueblo reaccionaron en su línea, a empujones.

Me metí un trozo de dulce en la boca fijándome como Tom enarcaba levemente una de sus largas cejas por la explicación que acababa de darle.

—Cecilia, esa lengua —me llamó la atención tía Alondra con expresión seria.

—Vamos a ver, quienes lo hicieron son unos completos idiotas con todas las letras, porque podían pasar sin tener que empujarme. —Bebí de mi taza de café.

—¿Les pudiste ver la cara?

«¿Dónde meterá tanta comida?», pensé más que nada por su delgada complexión.

Además, preguntó sin mirarme, estaba demasiado concentrado comiendo.

—No, ¿eres policía? —indagué con curiosidad.

Tom levantó la vista, me miró negando al tiempo que sonrió de forma ladeada.

—Exmarine.

Respuesta escueta, contundente e inesperada. Entre mis dedos sostenía un trozo de

magdalena que cayó directo en el café. Encesté por primera vez en mi vida y fue de agradecer que la taza estuviese casi vacía, así no se lamentaron estropicios.

Numerosos recuerdos asaltaron mi mente con imágenes de aquel otro hombre,

marine también, con el que compartí ciertas partes de mi vida. Miré de soslayo a Tom, no quitaba ojo de encima a su plato de huevos, las tortitas habían desaparecido hacía

un rato.

Debido a mi propio bloqueo mental, no me había percatado de la inquietud que se iba apoderando de mis tías. Muy pocas veces ocurría y aquel día fue uno de ellos. Se mantenían en silencio, cada una mirando su desayuno, nada tenían en particular porque recuerdo verlas desayunar lo mismo desde que llegué a esta casa. Sin embargo, algo las hacía mantener ese mutismo. Ese algo, por muy disparatado que fuera, podía ser la venganza, y viniendo de Alondra y Faith Wells, todo podía ser. Todavía recuerdo cuando tía Faith pronunció un conjuro al revés; su consecuencia, una pequeña invasión de ranas y sapos que perseguían a ciertas personas. O como tía Alondra tras recuperar la receta de una antigua pócima, provocó en pleno mes de agosto el insomnio de algunos lugareños, otros aparecían con picaduras de extraños insectos o contraían la gripe. Si mis sospechas eran ciertas, no me gustaría ver los resultados.

—Tom... —Tía Faith titubeó un momento.

—El pueblo ya sabe que Cecilia está aquí —aclaró intuyendo las sospechas de tía Faith. Se metió el último bocado en la boca. Luego bebió su taza de café y se limpió los labios—. El señor Grant me dijo que ayer a la noche se rumoreaba tu llegada, no imaginaba esta reacción. —Tom se irguió en la silla cruzándose de brazos, dirigiendo su atención a mi persona.

—¿Debemos temer por ella? —Nunca antes vi a tía Faith temerosa.

—No lo creo —la tranquilizó—. Aunque para acallar todo, deberías hacerte ver —me refirió.

—Ni de coña.

—Cecilia, déjate aconsejar —me amonestó tía Faith al tiempo que tía Alondra bufó.

—Sal con tus tías o...

Harta de consejos, recomendaciones y de un largo etcétera que estaba por venir, di rienda suelta a parte de mi furia. Empujé la silla, que chirrió en su contacto con el suelo, me levanté con brusquedad apoyando las manos en la mesa para estallar frente a

las tres personas que estaban conmigo:

—¡No lo voy a hacer! No voy a hacer lo que Sleepy Hollow diga u ordene. Me niego a ir por el pueblo para que la gente me vea, no soy un mono de feria ni la atracción nueva del circo que llama a los clientes al grito de pasen y vean. ¡Soy una persona! No quiero que vosotras temáis por mí, cuando nunca habéis temido nada.

—Si por algo tememos, es por tu integridad —me indicó tía Alondra.

—Y afirmar no puedes si tenemos o no temores, puesto que no los conoces —

finalizó tía Faith.

—Sea como sea, mi decisión está tomada y no voy a ir por el pueblo.

—Entonces el pueblo va a venir a ti —intervino Tom sin perder la calma.

—¿Cómo dices? —Le regalé una mirada furibunda.

—Está claro, si tú no te dejas ver, mucha gente vendrá para saber si es verdad que has llegado. El coche fuera lo demuestra, pero es mejor verte en persona. Además, no nos hagamos los tontos, sabemos cómo se las gasta la gente de aquí. —Las palabras de Tom eran ciertas, por eso no me tranquilizaron.

—¡Pues que vengan! Los atenderemos encantadas, ¿verdad, Alondra?

—Cierto, Faith, ¡con lo que nos gusta a nosotras la gente!

Me crucé de brazos al escuchar a mis tías. Nunca se les dio bien hacerse las tontas o las despistadas. Desde luego a mí no me engañaban, estaba segurísima de que ellas conocían qué iba a ocurrir.

—En este pueblo, con el paso del tiempo, aumenta la categoría de personajes, si no llegaba con las cotillas o los innombrables, ahora están los imbéciles —dije sin poder morderme la lengua.

—¡Por favor, Cecilia! —me riñó tía Alondra.

—¿Los innombrables? —Tom, desconcertado, frunció el cejo.

—Esa otra familia...

—Los Crane —descubrió tía Faith.

Tom no respondió, alzó las cejas asombrado e interiorizando la información.

—Exacto.

Dando la conversación y el desayuno por terminados, aunque unos iban más llenos que otros, coloqué la silla en su sitio.

—Por lo que respecta a salir a correr...

—Voy a seguir corriendo —frené a tía Faith, me encaré hacia ella apoyando las manos en el respaldo de la silla—, no voy a abandonar mis hábitos porque a algún tarado le venga en gana. Conozco bien el pueblo, hay muchos más senderos para correr, no hay problema.

—Tom sale a correr, puede acompañarte —comentó tía Alondra.

—De momento no necesito guardaespaldas, ya habrá tiempo de que me acompañe.

Dejé a los tres y subí a la buhardilla para deshacer de verdad la maleta, así colocar mis enseres donde convenía. Decidí quedarme. Si me marchaba no sería justo para mis tías. Ellas llevaban deseando mi regreso, aunque temporal, mucho tiempo. Por mi parte las necesitaba más de lo que nadie podía imaginar.

Tom estaba en lo cierto. Yo ya lo sabía, pero siempre te quedaba esa pequeña esperanza a través de la cual pensabas que quizás se equivocaría.

No fue así.

En los días sucesivos hubo un goteo constante de gente en casa, sobre todo del grupo de cotillas. Esas lenguas hirientes que no dejaban títere con cabeza; sus comentarios destripaban hasta a aquellos que llamaban «amigos de toda la vida»; alguna de ellas fue objeto de chismorreos maliciosos también. Hasta que amaneció el

viernes y apareció ella.

«Por favor, no puede ser verdad», estas palabras asaltaron mi cerebro al escuchar la

voz estridente de la señora Davis, la peor de las cotillas que Sleepy Hollow resguardaba con abnegación. Su lengua llegaba a cada punto del pueblo, como sus maledicciones de las cuales ni mi hermana ni yo nos escapamos. Me podía hacer la tonta, sin embargo, no era el momento. De ella se sabía la animadversión que sentía por mi familia, así que solo podía estar aquí para reafirmarse de mi llegada. Si quería verme, hoy no iba a tener la suerte.

Bajé por la escalera que llevaba a la puerta principal y salí con el máximo cuidado,

sin hacer ruido para no levantar sospechas. Corrí hacia el jardín trasero.

Huyendo.

Exactamente. Huir otra vez al ser testigo de que este pueblo era el mismo que abandoné. Seguía estando en el punto de mira, objeto de las lenguas bífidas que tan alto se cotizaban, señalada por ser quien era: la pequeña bruja Wells, por muchos años que

tuviera a mis espaldas.

—Cecilia, ¿estás bien? ¿Ocurre algo?

Tom me paró agarrándome del brazo. Me miraba con preocupación y buscando

algún signo de pelea, soltó el rastrillo al tiempo que sus manos se movían ágiles por

mis brazos palpando si tenía algún hueso roto, una herida o algo similar. La cosa no quedó ahí. No. Sus manos se apoyaron en mi cintura y fueron bajando por mis piernas

cubiertas por un vaquero azul oscuro. Las separé por acto reflejo, aunque quien nos viera pensaría que me estaba cacheando. Así era. Literal. Lo peor, no tenía voz ni para protestar, porque si no me llegaba con la cotilla maligna, ahora el mozuelo guapetón,

que vivía con mis tías, estaba arrodillado ante mí cacheándome sin saber cómo le había transmitido mi propio nerviosismo.

—No... sí...

—Aclárate —me pidió, poniéndose de pie sin separar sus ojos de los míos.

—Me he escapado de casa porque está la señora Davis.

Nunca en mi vida dije nada que sonara tan patético, y eso que conté las excusas más tontas.

—Maldita chismosa. —La expresión de Tom mudó en milésimas de segundos. Bajó la cabeza negando, con los ojos cerrados, apretando la mandíbula y abriendo las alas

de la nariz. Me sorprendió comprobar como la presencia de esa mujer lo incomodaba

tanto o más que a mí. De repente la levantó—. Ponte detrás de mí —me ordenó.

—¿Qué?

—Ponte detrás de mí —me cogió de la mano y de nuevo sentí ese calambre que él

no sentía. No me dio tiempo a verle su expresión, raudo, me puso exactamente donde

quería, aunque me imaginé que sería como la del día pasado—. No te muevas —dijo

entre dientes.

Ya me era del todo imposible: primero, no entendía que sucedía; segundo, su aroma me dominó todos los sentidos atrayéndome más a él. Aprecié los cítricos con un toque de pimienta y un fondo a madera, causantes todos ellos a que me arrimase a Tom para respirarlo más de cerca, sin miedo a ser descubierta porque mi escaso metro setenta quedaba oculto por su altura. Había estado con otros hombres, sin embargo, ningún olor me cautivó como este.

—¡Buenos días señora Davis! ¿Busca algo? —la saludó mientras me informaba de por qué me escondió.

—Pues sí, mira, tú sabrías decirme si... —comenzó a hablar con fisgoneo poco disimulado.

—Margaret, ¿qué haces aquí? —Oí la voz seria de tía Faith.

—La salida está a tu espalda. —Tía Alondra la invitó a marcharse con aparente amabilidad.

—Sé dónde está, muchas gracias —respondió arrogante al encontrarse atrapada.

Poco a poco, Tom fue relajando la espalda. Continué la línea de su hombro derecho bajando por su brazo, comprobando como la tensión abandonaba el antebrazo y su puño se iba abriendo. Se giró para encararme. Levanté la vista hacia él y quedé atrapada en el embrujo azul de sus ojos. Algo en ellos había cambiado, quizás fue su tono más oscuro de lo normal mostrando también el malestar que le causó la aparición de la señora Davis. La verdad, me asombró bastante porque no contaba con ello.

—Gracias. —En Sleepy Hollow, Tom fue la primera persona en ayudarme. Era una tontería, solo me ocultó, aun así, para mí fue un acto de generosidad por su parte

—No se dan. —Se agachó a coger el rastrillo para volver a sus quehaceres.

Iba a girarme para mirarlo, pero vi a tía Alondra hacerme un gesto con la mano y no me quedó más remedio que acercarme.

—¡Hoy tenemos invitados a cenar!

—¿Quién?

—Los Grant vienen a verte.

La noticia me sorprendió. Era raro que viniera alguien a pasar una velada a esta casa, de hecho, no recordaba ninguna. En ese momento comencé a percibir hasta dónde

habían cambiado las cosas durante mi ausencia.

Decidí sacarme las lentillas tras toda la tarde ayudando en la cocina y leyendo la otra mitad del tiempo. Notaba los ojos algo resecos, cansados. Me miré en el espejo

para observar a la misma chica que se reflejaba en Manhattan con su pelo ámbar, de intensos ojos verdes, las únicas partes con brillo propio, porque la piel, aunque blanca y tersa, tenía un color apagado, incluso ceniciento; en general, su rostro redondeado era un claro indicio de que en su interior algo pasaba. No estaba enferma, sí fatigada, rendida, rota por mil razones. Solo una era la verdadera causa, una que no me atrevía a hablar ni tan siquiera con mis tías. En otro tiempo lo haría, ahora, en casa otra vez, no podía. Obviando a esa chica del espejo que ni sonreía ni lloraba, dejó de hacerlo unos

seis años atrás, me saqué las lentillas depositándolas, después de limpiarlas, en su frasco. Me lavé la cara antes de ponerme mis Ray Ban de montura negra. Levanté la vista para volver a mirar el reflejo. No cambió apenas, salvo que las ojeras quedaban

un poco más escondidas gracias a las gafas. Por el resto, todo igual.

Subí los tres escalones que separaban el baño de la buhardilla. Al llegar tenía tres

nuevos inquilinos: Quincy, Fuzzy y Shadow. Los tres gatos negros de esta casa. Tres gatos negros, uno de ojos color amarillo, los otros dos de un verde claro

impresionante. Muy mayores ellos, aún mantenían la agilidad típica de un felino.

Muchas eran las leyendas sobre los mininos de este color, mi favorito sea dicho de paso. Supersticiones que giraban en torno a la mala suerte, cuando los egipcios, muchísimos años atrás, los veneraban e incluso los momificaban. Animal sagrado o maléfico, en todas las historias de brujas ahí estaba el gato negro reforzando el sentido del miedo, de lo oscuro. Desde mi punto de vista, una barbaridad.

Estos tres gatos fueron testigos mudos de todo tipo de historias, de preparaciones de pócimas, de plegarias pronunciadas con la solemnidad necesaria para que surtieran un mayor efecto, a veces testigos de maldiciones surgidas de lo más profundo del corazón.

«Siempre resguardando y cuidando de esta casa», como solía decir tía Faith,

presenciaron cómo una generación de Wells transmitía todo su conocimiento a las más pequeñas. Compañeros de travesuras, también vigilantes silenciosos, porque tenían una

técnica de invisibilidad infalible, que luego, de algún modo que nunca llegué a comprender, se lo relataban todo a mis tías. Sí, así eran estos tres gatos. Al verlos comprobé que no todo había cambiado.

—¡Si son sus majestades! ¿Cómo decidieron subir hasta aquí? —me burlé de ellos

—. Ya entiendo, no he ido en vuestra busca, es por eso, ¿a que sí? —Me arrodillé—.

¿Ahora que me tenéis no vais a saludarme?

En ese instante, Quincy, el mayor, se subió a mis piernas y pegó su frente a mi barriga. Le siguió Shadow; Fuzzy, el más remolón, fue el último. Sentirlos otra vez me

trasladó a cuando, de niña, tanto mi hermana como yo dormíamos con ellos.

—Yo también os eché de menos, chicos —reconocí abiertamente—. Pero no puedo

atender vuestras reclamaciones amorosas, los invitados están al llegar.

Fui hasta la cama para calzarme las Converse. Shadow no se separaba de mí, su nombre ya lo indicaba, era como mi pequeña sombra. Colocando el bajo del pantalón

vaquero, el sonido del timbre retumbó en toda la casa, alertando de la llegada del matrimonio Grant.

—Bajemos, chicos.

Los cuatro nos encaminamos a las escaleras. Abriendo la procesión iba Quincy, flanqueado por Fuzzy a su derecha y Quincy a su izquierda. Yo, detrás.

A medida que me iba acercando a la cocina, escuchaba con más claridad las voces

de ese entrañable matrimonio.

—¿Dónde estabais, malandrines? —Tía Faith se dirigió a los gatos.

—Conmigo, en la buhardilla.

Jeff y Fiona Grant se giraron al oírme.

—¡Muchacha, qué guapa estás! —Fiona me abrazó.

—Demasiado delgada —refirió tía Alondra.

—Tonterías —dijo separándose de mí y mirándome—. Tienes el mismo cuerpo que tu madre y que tú, Faith.

—Lo sé, por eso no le digo nada de su delgadez.

Regaló una mirada reprobatoria a tía Alondra.

—Bienvenida.

—Gracias. —Me abracé a ese señor que de pequeña me regalaba alguna que otra chuchería a cambio de

una sonrisa.

—¿Dónde está Tom? —Gracias a esta pregunta de Jeff me di cuenta de su falta.

—Todos los viernes sale a cenar con unos amigos —explicó tía Faith.

—Espero verlo mañana, tengo que comentarle un par de cosas.

—Cuando gustéis, nos podemos sentar ya —anunció tía Alondra.

Del brazo de Jeff me acerqué a la mesa; me senté a su lado. Los Grant eran un matrimonio adorable, muy apegados a nosotras, tanto que recurrían más de una vez a los ungüentos e infusiones de mis tías. Decían de ellas tener «unas manos poderosas»

porque siempre acertaban con las dolencias que podían padecer.

—¿Qué tal por la ciudad? —me preguntó Jeff.

—Muy bien. Allí la vida se mueve a gran velocidad, aun así, la mía es tranquila.

Pegué un sorbo a mi copa de agua para bajar los nervios. No sabía por qué, pero me carcomían por dentro.

—Tus tías ya nos contaron que triunfas con tus dibujos —comentó Fiona con ilusión en sus ojos—. No sabes cuánto nos alegramos por ti.

—Gracias. La verdad es que, hoy por hoy, trabajar en lo que te gusta es difícil. He tenido mucha suerte de estar en el sitio exacto en el momento oportuno.

—¿Dónde trabajas? —se interesó Jeff antes de hincarle el diente al estofado de mis tías.

No me incomodaban tantas preguntas, era normal, me marché de Sleepy Hollow con diecisiete años, al entrar en la universidad.

—En una de las editoriales más importantes de Nueva York —contesté sin entrar en detalles—. Además, no me puedo quejar, a veces se me permite hacer el trabajo desde casa.

—Eso significa que tus jefes confían en ti —indicó Fiona con el tenedor alzado hacia mí.

—Sí, así es.

Comencé a comer uno de mis platos preferidos de cuando era niña: carne asada. El

sabor de la comida, junto con la presencia de los Grant, ayudó a que volviera a ser aquella niña tímida que observaba a todo el mundo con cierto recelo; aquella adolescente que quería pasar desapercibida, aunque un pueblo entero no se lo permitía.

A pesar de todo lo que me transmitía esta comida, la boca se me hizo agua y mi estómago rugió como nunca lo había hecho.

—Tienes unas manos prodigiosas no solo con la pintura, tú ya me entiendes —

manifestó Jeff después de beber un sorbo de su vino.

Asentí, sabía a qué se refería. Mis manos, como las de mis tías, podían ser muy poderosas. Tampoco estaba muy segura si había recuperado todos mis dones. Era algo

que tenía que hablar con ellas.

—Debéis de estar orgullosas de vuestras muchachas, habéis hecho de ellas mujeres de provecho —les dijo Fiona a mis tías.

—Lo estamos —afirmó tía Faith con satisfacción.

—Nos hemos sentido orgullosas de cada una de ellas y lo saben. —Con su mirada,

tía Alondra superó la distancia que nos separaba para dedicarme una de sus caricias maternas.

«Y yo de vosotras», pensé en ese momento.

—Siempre lo he dicho: el corazón de las Wells es tan grande que no os coge en el pecho. —Jeff levantó su copa de agua brindando por mis tías.

Capítulo 4 - «Conócelo, Cecilia, conócelo»

Busqué a mis tías por toda la casa. Una cuestión me rondaba la cabeza porque no la

entendía y la explicación que me dieron no me convenció. No eran mujeres de embustes, podían ocultar información, de hecho lo estaban haciendo, pero mentir, jamás.

Las encontré en el invernadero organizando en bolsitas de seda las mezclas de hojas

secas para la preparación de infusiones. Trabajaban en la mesa de madera que ocupaba

el centro. No cogía un alfiler, estaba abarrotada entre probetas, macetas, viejos libros, entre ellos el Grimorio familiar, y el hornillo que funcionaba a fuego lento cociendo en el interior del caldero algo maloliente. Vistas desde la entrada parecían alquimistas investigando, averiguando también, cuál era la receta del elixir de la eterna juventud.

Me entretuve observando este espacio acristalado bañado por la luz y en el que entraban, a estas horas del mediodía, los rayos del sol. Aquí la vida estallaba mostrando su esplendor en todas las plantas que crecían cada una en su maceta, algunas

de las cuales no eran autóctonas de Norteamérica. El contorno de la puerta y el techo

estaban cubiertos, sin molestar al resto de las plantas, por unos rosales secos de cuyo tallo salían unas espinas muy gruesas que tenían el poder de salvaguardar esta casa, además, no permitían el paso a vibraciones negativas. Todas las demás generaban una

fragancia única que solo existía en el invernadero.

Todo en esta casa era posible.

—¿Cecilia, qué haces todavía en pijama? —inquirió tía Faith revisando mi ropa.

—Me gusta pasar los domingos en pijama.

En Manhattan tenía por costumbre no vestirme. Era mi día favorito de la semana.

Me levantaba tarde, trabajaba con tranquilidad si tenía que hacerlo o me pasaba el día

leyendo, escuchando música. Sin embargo, aquí debía modificar un poco este gusto, la

mirada de tía Faith reflejaba su total desacuerdo.

—Cariño, pásame los polvos de raíz de cerezo, por favor —me pidió tía Alondra.

Me acerqué al pequeño mueble donde los frascos allí colocados contenían hojas, tierra, huesos hechos añicos, entre otras sustancias, con los que mis tías, Emily y yo, cuando éramos simples aprendices, hacíamos pócimas. El frasco en concreto era de tamaño mediano, cerrado con un tapón de corcho. Tuve que rebuscar entre ellos hasta

dar con él. Su contenido era muy similar al resto, pero lo diferenciaba ese toque rojizo del color de las cerezas al ponerlo a tras luz. Se lo entregué, y con una cucharilla echó una mínima cantidad en la olla.

—Me gustaría hablar con vosotras.

—Claro, habla. —Tía Faith vertió un líquido amarillo en un frasco.

—¿Por qué está Tom aquí? —Fui directa al grano, no me valía de nada andarme con rodeos si quería obtener alguna respuesta lógica.

—Ya te contamos que necesitamos ayuda para muchas tareas. —Tía Alondra repitió el mismo cuento de tía Faith.

—Quiero la verdad, no excusas baratas.

—Está solo —respondió, bastante fría, tía Faith—. No tiene a nadie, por eso no podíamos cerrarle las puertas de esta casa, y nunca lo haremos siempre que alguien nos necesite.

—¡Es un desconocido! —La exclamación salió de mí como un vendaval. No podía comprenderlas.

Tía Faith estaba perdiendo la paciencia porque frunció los labios y entrecerró los ojos sin mediar palabra.

—Para ti, no para nosotras. Vivió toda su vida en el pueblo, conocíamos a su familia y cuando regresó de la guerra, tras una larga ausencia, le dimos cobijo —
pretendió arreglarlo tía Alondra.

—Vamos, esta casa se va a convertir en un hostel.

—¡Ya está bien, muchachita!

Un extraño viento entró por la puerta tras el estallido de tía Faith.

—Faith, por favor —susurró tía Alondra en una tentativa por calmarla.

—No, ¡ya está bien! No tenemos que darte explicaciones de nada, pues tampoco hemos recibido ninguna de tu boca por todos estos años, aunque sepamos las razones.

—No es lo mismo —dije con un nudo en la garganta.

—Lo es. Tú has hecho tu vida en Manhattan y nosotras continuamos con la nuestra acogiendo a una persona que no tiene a nadie en esta vida.

Las lágrimas me escocían en los ojos. De sopetón, en la voz de mi tía, me topé con

el reproche. Me lo merecía, claro que me lo merecía. No actué bien, no debería haberme alejado de manera tan brusca. Sin embargo, una cosa era saberlo y otra muy

distinta era oírlo de su boca. Eso te imprimía un mayor dolor si cabe. Tía Alondra trató de apaciguar los ánimos:

—Cariño, no hay nada más triste para una persona que estar solo. Tom es un buen muchacho...

—Pero puede...

—Ni se te ocurra decir semejante sandez —me volvió a atacar tía Faith—. Él no se

aprovecha de nadie, a veces pienso que somos nosotras las que lo hacemos por su buen hacer para con todo. —Se cruzó de brazos, lo que significaba que no iba a dar su brazo a torcer. Ese gesto era muy mío.

—Tiene un gran corazón —añadió tía Alondra.

Me giré para salir, ya había escuchado suficientes alabanzas por hoy.

—Conócelo, Cecilia, conócelo —suspiró tía Faith con resignación.

Miré por encima del hombro sin asentir, dándoles la espalda como una perfecta maleducada. No podía mirarlas a la cara fingiendo que no me pasaba nada, la falsedad

no iba con mi persona. Salí del invernadero hacia algún sitio de la casa alejado de ellas, aunque ninguno estaba lo suficientemente lejos.

Entré en el salón, el primer lugar que encontré en mi camino. Fui directa hacia el sofá de pana verde oscuro, donde me desplomé, apoyé los codos sobre las rodillas y

me cubrí la cara con las manos esperando llorar. Tenía muchísimas ganas, de hecho, los ojos me picaban. Solo dos lágrimas fugitivas rodaron por mis mejillas. Ojalá pudiera llorar, si lo hiciera, aflojaría mucho mi malestar. Me desahogaría. Me eché hacia atrás envuelta por la nebulosa del desánimo, fijé la vista en el techo, inspirando, traté que el aire me relajara mientras frotaba las manos contra el pantalón del pijama.

Me estaba pasando otra vez, pues lo que sentía, tiempo atrás lo sufrí. Ese sentimiento

de no aguantarme a mí misma, notar como el alma se desprendía de mí, el deseo de abandonar este mundo. La vieja culpa caía sobre mí con una diferencia: de aquella no

tuve la voz de mis tías para reprocharme nada. Tampoco para apoyarme porque no lo permití.

Nerviosa, me levanté y caminé por el salón que al mismo tiempo era sala de estar.

Me paré ante la chimenea, sobre ella colgaba un cuadro al óleo de nuestra antepasada,

Abigail Wells. Una mujer digna de toda mi admiración por el padecimiento que vivió.

No obstante, nos dejó una herencia muy dolorosa, y no era el estigma de bruja, que de

por sí ya era duro de aguantar, sino otra que nos llevaba directas a la tumba. Su semblante relajado, su boca sonriente, contrastaba con el papel que cubría las paredes

del salón como del pasillo. Era de color beige y tenía dibujados, en gris azulado, alondras, ruiseñores, pichones, entre otros pájaros símbolos de la fidelidad, la alegría o el amor. Estaba segura que a Abby no

le gustaría.

Volví con mi andanza por el salón. De manera casi compulsiva me frotaba la cara con las manos en un absurdo intento de borrar mi rostro, de volverme invisible. Los hechos siempre perduraron. Más penoso todavía era solucionar seis años de ausencia

que le pesaban a la única familia que tenía. Separé la cortina blanca inmaculada de uno de los ventanales que iluminaban el salón. Desde esta posición no podía ver la finca en su totalidad. Clavé la mirada en un punto fijo del jardín trasero, reflexionando sobre lo ocurrido. No me sentía orgullosa, jamás me gustó discutir con mis tías a diferencia de

mi hermana que no le importaba hacerlo. Una cosa era cierta, mis tías no tenían que darme ninguna explicación. Más aún, no acogerían a nadie si no fuese al menos un

conocido. Lo sabía.

Realmente el problema no radicaba en ellas o en Tom, sino en mí. A mis treinta y

dos años no sabía cómo enfrentarme a esa fuente de dolor constante que arrastraba, me

ahogaba y cuya absolución solo podría venir de una persona. A lo largo de mi vida cometí una gran cantidad de errores, pero no eran la explicación a mi comportamiento

egoísta. De nuevo mil dudas asaltaron mi mente sin remisión. Ninguna tenía respuesta a

no ser que me quedara aquí, dejara pasar los días y me acostumbrara a estar en casa; al pueblo; a Tom.

Un silbido procedente de fuera me despertó. Era una melodía muy conocida en la televisión antigua. Mi mente, más preocupada por lo ocurrido en el invernadero, me impedía recordar nada más. Miré a través de la ventana, no pude ver quién producía esa música. Frustrada ya por todo, salí del salón en dirección a la puerta de la entrada, bajé las tres escaleras para ir al jardín trasero, aunque no me hizo falta caminar mucho para encontrarme con Tom observando el acantilado con las manos metidas en los bolsillos. La camiseta de cuello redondo, gris de rayas rojas, me permitía disfrutar de su cuello de piel blanca, además, los vaqueros negros se pegaban a sus piernas como

una segunda piel mostrando su longitud. Mis ojos, sin querer, se fijaron en esa parte de su anatomía a la que siempre se escapaban.

«Vaya culo». La mandíbula se me desprendió por el atrevimiento mental que tuve.

Menos mal que él no se percató de nada, sino la vergüenza sería mayúscula. Tom continuaba silbando ajeno a todo.

— *Alfred Hitchcock presenta.* — Mi voz salió de mi boca con demasiada dureza por

los derroteros que tomaron mis pensamientos.

—¿Eh? — Se giró y se quedó frente a mí con una mirada desconcertada.

—Estás silbando *Alfred Hitchcock presenta*.

—Cierto. —Sonrió—. Eres de las pocas personas que la reconocen.

Volvió a darme la espalda, me acerqué a él hasta quedar a su altura.

—Me gusta el cine antiguo.

—¿De veras? ¿Cuál es tu película favorita?

— *Cantando bajo la lluvia*.

—Buena elección —dijo mirando hacia donde lo hacía yo.

—¿La tuya?

— *Psicosis*. —De soslayo vi como sonreía abiertamente. Era la primera vez que lo

hacía desde que había llegado, y me impresionó la forma en la que se le iluminó el rostro con ese simple gesto—. La escena de la bañera es la mejor, como esa sombra negra sostiene el cuchillo, mata a la protagonista, el grito de horror, el forcejeo, la música, ¡me encanta! —Me hizo partícipe de su propio entusiasmo. Me conmovió,

cuando por regla general me molestaría. Notando que lo observaba, cambió de postura sujetando las manos detrás de la espalda—. Lo lamento, me dejé llevar por la emoción.

—No te disculpes, al contrario, está bien saber que alguien disfruta con películas distintas a las grandes superproducciones actuales.

No contestó ni asintió. Se quedó mirando al frente ensimismado. Su cercanía me tranquilizaba el espíritu. No me sentía una extraña con él, no me rechazaba, sino que me aceptaba. Parecía que mi lugar estaba a su lado y mi alma lo estuviese esperando

todo este tiempo, porque las cadenas que la atenazaban se aflojaron. La sensación no

me incomodaba, me extrañaba. Algo se me estaba escapando de las manos, ¿cómo podía ser que con un completo desconocido tuviera esa conexión? Encerrados en un silencio para nada molesto, comprendí que con Tom no necesitaba hablar. Con él al lado todo estaba bien.

—¿A qué huele? —Comenzó a oler el aire cual sabueso.

—No lo sé. —Fruñí la nariz al respirar un aire cargado y nauseabundo.

Cogí a Tom por la muñeca tirando de él para que anduviera. Fuimos hasta el invernadero, de donde salían mis tías con la olla. Se acercaron al agujero que había camuflado cerca del mirador y arrojaron el contenido en el suelo. Al chocar con la tierra hizo un sonido parecido a los petardos que llevó a Tom a situarse delante de mí

protegiéndome de tal espectáculo.

—Joder —soltó Tom entre dientes.

—Ya te lo decía yo, esa poción no se puede modificar —le reprochó tía Faith a tía Alondra.

—¿Lo dices ahora? —La miró enfadada—. Bien me pudiste avisar antes.

—Alondra, con tus años de experiencia tendrías que saberlo.

—Faith Wells, no me vuelvas a acusar de inexperiencia.

—Es la verdad.

—Cómo si tú fueras la inteligente de la familia.

—Inteligente no, lista sí —la importunó tía Faith.

Tía Alondra se estiró unos centímetros más sobre sí misma fijándose en nosotros.

—Muchachos, mucho se dice de las Wells, mas os aseguro que la única maldición de esta familia la tengo a mi lado. —Su comentario era malintencionado.

—¿Todavía seguís haciendo experimentos? —les pregunté divertida sin separarme mucho de Tom.

—Sigue, no seguimos —matizó tía Faith mirando hacia el final del jardín—.

Alondra, las peonías. ¿No estamos en abril? —le advirtió.

—Sí, qué raro, deberían estar con ese color rosado que las caracteriza. —Tía Alondra miró por un instante el cielo—. Se acerca tormenta.

—No estoy segura si es meteorológica o terrenal —sopesó tía Faith en alto mirando para nosotros.

Bajo la mirada de mis tías, me encogí como si hubiese cometido un homicidio, pegándome aún más a Tom. Él hizo lo mismo, aunque bajó la vista al suelo justo cuando del agujero brotaron varias flores, todas ellas diferentes. Solo pude distinguir las rosas.

—Interesante floración, ¿no crees, Faith?

—¿Qué tenemos por aquí?

Mis tías se acercaron para observar de cerca el mensaje de la naturaleza.

—¿Esto es normal? —preguntó Tom saliendo de su mutismo.

—Sí, cuando algo nuevo está surgiendo —le aclaró tía Alondra.

—La primera en aparecer fue la Espuela de caballero, símbolo de que el corazón está abierto al amor; la Gloxinia es el flechazo a primera vista; los Pensamientos —los señaló tía Faith para que los viéramos—, el blanco es el amor incipiente, el negro es la tristeza por un amor en el que no se tiene esperanza; las rosas, la roja la pasión, la coral el deseo; por último, en el centro, el tulipán rojo, símbolo universal del amor eterno.

—Es una buena nueva, ¡un amor y una pareja están en ciernes! —se alegró tía Alondra.

—¿Quiénes serán?

—Lo descubriremos más pronto de lo que imaginas, hermana.

—Eso espero, porque quiero conocer los detalles más escabrosos. —Nos sonrió tía

Faith.

—Hay muchas cosas que hacer, Faith.

Las dos, despidiéndose de nosotros muy sonrientes, fueron hacia el invernadero donde sus figuras se perdieron en el interior.

—¿Qué coño ha sido todo esto? —preguntó Tom entre mosqueado y asombrado.

—No lo sé y he vivido aquí casi toda mi vida —expliqué tan desconcertada como

él.

—Pues deberías, son tus tías.

—No tengo ni idea a lo que se referían, como sabes, la mayoría de las veces hablan

guardándose un as bajo la manga —le espeté.

No obtuve respuesta. Tom se dio media vuelta, dejándome allí sola delante de las flores. Estaba visto que ese domingo no era el más perfecto de mi vida.

El día siguiente amaneció con una primaveral mañana de abril bastante fría. Las nubes no presagiaban un día soleado, sino todo lo contrario. El color gris plomizo que

las revestía, amenazante con solo verlo, anunciaba tormenta. La humedad cargaba el ambiente haciéndolo más frío. Un manto blanco cubría las plantas del jardín; de las hojas de la madreselva se deslizaban tímidamente esas gotas cristalinas de rocío que desaparecían al estrellarse contra la barandilla o la escalera. La vegetación congelada contrastaba con los primeros cantos de las aves que en Sleepy Hollow eran muchas.

Como todas las mañanas, me fui a correr, esta vez cambié de ruta. Tomé el sendero

que se abría cerca de casa, esquivando, eso sí, el camino que llevaba hasta la casa vecina, la de los Crane. Me adentré en el bosque entre una leve neblina que se disipaba, mientras mis pulmones recibían la entrada de un aire fresco a través del cual pude respirar la esencia más pura de la naturaleza: hierba fresca, madera, tierra húmeda. Olores que, por razones obvias, en Manhattan no se percibían. El bosque a estas alturas del año ya comenzaba a ser frondoso y aunque el día fuese oscuro, los árboles me permitían contemplar el cielo si así lo quería. La compañía silenciosa de la viva naturaleza me acompañó en este camino que llevaba hasta el cementerio del pueblo, uno de los puntos turísticos más importantes, ya que Washington Irving lo mencionó en *La leyenda de Sleepy Hollow* y era el lugar de descanso del escritor. A varios metros de distancia todavía, pude divisar el puente del jinete sin cabeza, que para muchos era réplica del original, recogido también en la historia de Irving.

Construido en madera podían circular tanto coches, peatones como caballos. A medida que me iba acercando, visualicé mejor sus barandas hechas a base de palos que dibujaban aspas.

Llegando al puente, me tropecé y me impelí bruscamente al otro lado del camino, consiguiendo que me cayera al suelo. Mi cuerpo rodó, títere de la gravedad, sin control por la pequeña pendiente hasta que unas piedras bastante voluminosas me frenaron. No

sabía cuándo había cerrado los ojos, pero no quería abrirlos tampoco. Estiré como pude mi brazo izquierdo y mis dedos tocaron el agua. Sabía dónde estaba. Fui a parar a

la orilla del río Pocantico, afluente del río Hudson, sobre el que se alzaba el puente.

Tratando de saber si mi cuerpo respondía a mis mandatos, separé los dedos. El agua fluyó entre ellos a la vez que experimenté como el frío se filtraba a través de las yemas y calaba en mí, síntoma, por tanto, de que estaba medianamente bien.

—¡Cecilia! —Una voz masculina resonó en mis oídos y explotó acelerando un apremiante dolor de cabeza. Alguien se colocó a mi lado apoyando dos cálidos dedos en mi cuello—. Vamos, Cecilia, reacciona. —Comenzó a darme golpecitos suaves en la mejilla.

Los ojos azules que vi al abrir los míos eran el reflejo de la preocupación. No era la primera vez que los veía así. En general, el rictus de Tom revelaba la inquietud que sentía marcando más ciertas líneas de expresión alrededor de sus labios, resaltando las ojeras, haciendo que un rostro joven envejeciera en décimas de segundo. Mi mano derecha tuvo la necesidad de acariciarlo para sosegarlo. Frené mis intenciones porque no podía dejarme llevar por sentimentalismos hacia un desconocido.

—Tom —musité.

—Sí soy. —Intenté levantarme—. No, espera unos segundos, puedes marearte.

Dime, ¿te duele algo?

—La cabeza, creo que de momento nada más.

—Venga, te ayudo a incorporarte. —Saqué la mano del agua cuando con cuidado me sostuvo para sentarme—. ¿Te sientes bien?

—Sí, gracias. —Lo miré con cierta curiosidad—. ¿Qué haces aquí?

—Correr como cada mañana.

—Vaya casualidad. —En ese mismo momento una pregunta me asaltó poniendo en duda las intenciones de Tom—. ¿Me estabas siguiendo?

Vale, era cierto. Mi pregunta mucho sentido no tenía, aunque en este pueblo todo era posible, hasta encontrarte con el famoso jinete sin cabeza.

Enarcó un poco la ceja derecha, sonrió, me miró no enfadado por lo que le dije, sino divertido. Quien se molestó fue su flequillo, que pareció erguirse más.

—No toques —me recomendó cuando eché la mano al cuello para saber por qué me layaba—, tienes unas pequeñas heridas. —Las observó con atención antes de volver la vista a mí—. Son superficiales, nada importante, y no, no te estaba siguiendo. Este camino lo hago todas las mañanas.

—¿Cómo me reconociste?

—Por tus tenis, nadie tiene unos tenis así.

—¿Controlas a todos? —Alcé las cejas asombrada.

—El pueblo no es tan grande y los que coincidimos a estas horas no tenemos unos tenis que se ven a distancia.

—¡Disculpa! —exclamé con indignación.

—Reconócelo, son unos colores llamativos.

Dichos colores eran el negro combinado con fucsia.

—¡Estás tú para hablar! —espeté mirando a su camiseta—. ¿Tú te has visto?

Pareces un subrayador con esa camiseta verde fosforito.

—¿Qué tiene de malo mi camiseta? —preguntó divertido.

—¿Qué tienen de malo mis tenis? —le devolví la pregunta.

La carcajada que soltó sonó en el bosque haciendo eco. A mi costa se lo estaba pasando muy bien. Mientras yo me molestaba con sus palabras, él se divertía.

—Hora de irse a casa, señorita Wells.

Se puso en pie tras pasar todo este tiempo acucillado a mi lado. Me ofreció sus manos, que acepté para ponerme sobre mis piernas. De nuevo sentí ese calambre que

me recorría entera cuando lo tocaba y esta vez no perdí la oportunidad de observarlo.

Los ojos de Tom chispearon vivaces, señal de que él lo notaba. Con las manos todavía

unidas, nuestras miradas se quedaron atrapadas consiguiendo que, al menos yo, olvidara todo a mi alrededor.

—Ahora soy señorita. —Mi voz sonó insignificante.

El poder que ejercía su mirada en mí me sobrecogía. Nunca un hombre me provocó algo semejante.

—¿Tienes un marido esperándote en Manhattan? —Su osadía quedó empañada por su curiosidad.

—No.

—Entonces eres la señorita Wells.

Su mirada cobró una intensidad que me hizo estremecer. Me solté de su agarre para que no apreciara el nerviosismo que me despertaba. Comencé a limpiarme las mallas bajando la mirada. Tenía la ropa sucia, húmeda, quizás permanecí mucho tiempo tumbada en la orilla.

—Podemos irnos —dije desviando los ojos hacia el camino.

—Espera. —Acercó sus manos a mi pelo y movió los dedos rápido desenganchando algo—. Listo, tenías unas hojas. ¿Crees qué puedes caminar?

—Sí, tranquilo.

Asintió. Unió las manos tras su espalda que junto a esa postura erguida, lo hacía parecer más alto, le daba incluso apariencia de caballero antiguo. Me cedió el paso y

comenzamos a caminar. Como su mirada en ciertos momentos me alteraba, su presencia ahora me serenaba. Él, carente de todo conocimiento, estaba logrando que pisase con firmeza el suelo sin tropezar de nuevo.

No, no sabía hasta qué punto lo necesitaba para llegar a casa.

Era un completo desconocido porque todavía no lograba recordarlo, pero algo

dentro de mí repetía constantemente, desde aquel día en el jardín, que mientras estuviese a su lado nada me pasaría.

Capítulo 5 - Tom

Había llegado hacía exactamente una semana. Pasó más o menos rápida y la viví de

forma extraña. En esa semana experimenté la necesidad imperiosa de esconderme, volverme invisible, desaparecer otra vez porque, si llegar al pueblo ya me había supuesto un gran esfuerzo, no estaba preparada para ver como la vida de mis tías había

cambiado en este tiempo. Salí de Manhattan con unas expectativas, pretensiones también que no estaba cumpliendo. Tampoco sabía cómo afrontarlas. Todo se ceñía a

una parte de mi vida que debía cerrar, aunque me quedaran solo los recuerdos. Ahora, sin pretenderlo, nuevos problemas llamaban a mi puerta.

Uno había más importante.

El más impensado.

Tom.

No contaba con su persona, mucho menos que mis tías lo tuviesen acogido. Él hacía

tambalear mi frágil mundo. Yo no vine al pueblo a enamorarme. ¡Ni loca! Si cometía

semejante error, Sleepy Hollow me lo haría pagar con creces. A él lo señalarían, dirían que lo hechicé con malas artes. Desde que supe la historia de mi familia, me hice una

promesa a mí misma: jamás regalaría mi corazón a un hombre de este pueblo, ni digamos a esa otra familia unida a la mía para mal. Siempre para mal.

Tom no entraba en mis planes, y acostumbrarme a él me estaba suponiendo bastante

esfuerzo, ya que las emociones que producía en mí se asentaban entre mi pecho y mi estómago anudándose durante horas, además de padecerlas aun cuando él no estaba a

mi lado.

Sentada en el alfeizar buscaba la serenidad de mis pensamientos en la quietud de la

noche. La oscurecida bóveda celeste cubría con su manto la ciudad dormida, daba aparente tranquilidad al río Hudson en cuyas aguas se reflejaban las luces de los astros, si una nube no se interponía, y también las luces que procedían de la orilla que había frente a mí. Quieta, contemplando estas espectaculares vistas nocturnas, quería dejarme llevar, adormecerme también, pero hiciera lo que hiciese, mi mente no tenía paz. Inspiré resignada a pasar otra noche en vela. El aire que llegó a mí contenía unas notas muy dulces: azúcar, naranja, chocolate, lo que equivalía, sino me equivocaba, a

unas magdalenas recién horneadas.

Descalza, bajé hasta la cocina, me agazapé en la puerta ayudada por la oscuridad del pasillo, como de niña. El rostro redondo y arrugado de tía Alondra era reflejo de la concentración, marcado por los rizos rubios que captaban de un lado los rayos de luna

que se colaban por la ventana, asimismo la luz de las velas y las dos lamparitas pequeñas que iluminaban a media luz la cocina. Mis tías nunca, salvo en invierno a la

hora cenar, encendían la lámpara grande. Vestida en colores marrones y negros, colores

que usaba con poca frecuencia, estaba sentada frente a una gran bandeja de

magdalenas, junto a ella, una olla enorme de chocolate caliente. Meticulosamente bañaba los dulces repitiendo los mismos movimientos cada vez. A su espalda, al fuego,

se calentaba un pequeño cazo en el que una cuchara de madera no dejaba de remover su contenido.

—Sé que estás ahí, pasa, anda —dijo sin levantar la vista.

—Nunca puedo engañarte —protesté entrando en la cocina.

—Soy vieja y bruja. —Sonrió por sus propias palabras, continuando con lo que hacía. Tomé asiento a su lado siguiendo cada uno de sus movimientos, muy precisos, ya

que todas las magdalenas llevaban la misma cantidad de baño. Ni más ni menos. Tía Alondra para todo era así de minuciosa—. ¿No puedes dormir?

—No, llevo varias noches sin poder hacerlo. Me gustaría comentarte algo. —

Asintió concediéndome toda su atención—. Hay un tema que me preocupa.

—¿Cuál de ellos? —inquirió contundente.

No supe reaccionar ni que decir a la franqueza de mi tía. Estaba claro que sabían más de lo que decían. En un breve lapso cruzamos una mirada, sin embargo, no pude

descifrar la suya.

—Dime, ¿qué te inquieta?

Apoyé la cara en la mano antes de hablar:

—Son mis poderes. —Omití el real.

—¿Tus poderes? —Me miró sorprendida.

—Sí, no sé si los he recuperado o no. Y si lo hice, ¿cómo lo sé?

—Nunca los has perdido, en la ciudad no se daban las condiciones necesarias. Aquí sí, tu cuerpo transmutó al entrar en casa, tiene que acostumbrarse —explicó transmitiéndome serenidad.

—Todos estos días he pensado que debería probarlos.

—Eso es contraproducente —advirtió—. Estás alterada, Cecilia, aunque no lo

notes, situación que te conduciría a perder el control de tus poderes, y no podemos garantizarte que lo impidamos. Tú eres tan poderosa como cualquiera de nuestras antepasadas, como Faith o como yo, no dudes de tus capacidades. —Extendió su mano

para acariciar la mía que estaba sobre la mesa.

—Vamos que debo esperar. —El hastío se apoderaba de mí sin remedio—. Esperar para que me contéis mi futuro y, ahora, por mis poderes —bufé desanimada.

Tía Alondra se levantó y se puso la manopla para quitar la bandeja de magdalenas.

Con cuidado la dejó al lado de la cocina. De seguido retiró el cazo del fuego, alcanzó una taza que había encima de la encimera y la llenó. Se volvió a mí con esa sonrisa que de niña me aflojaba las penas.

—Toma, bebe. —Cogí entre mis manos la taza humeante de chocolate. Se sentó

donde estaba—. Muchas son las cosas que estás viviendo: tu llegada al pueblo, Tom.

La puerta se abrió, sobresaltándome. Pegué un salto en el taburete, el corazón se me

aceleró en el pecho; por su parte, tía Alondra ni se inmutó, continuó sonriente bañando las magdalena. Tras la puerta apareció Tom cerrándola después.

—¡Oh! —exclamó mirándome—. Siento haber interrumpido... vi luz y...

—No te preocupes, no interrumpes nada. ¿Una taza de chocolate? —Tía Alondra se volvió a él.

—No, gracias, prefiero una magdalena.

—Coge la que gustes.

Tom se acercó con ansia a los dulces, cogió una bañada en chocolate y sin despegarle el papel, le hincó el diente, manchándose el bigote. Al darme cuenta de ese

detalle, giré la cabeza al otro lado, apoyando una mano en mi mejilla para que no me viera sonreír. Cuando pude controlarme, regresé mis ojos a él y la magdalena ya había desaparecido.

—¿Fuiste hasta el pueblo? —le preguntó tía Alondra.

—Sí, tuve que ayudar a Eddy con un pequeño problema en la central. —Se limpió las manos con una servilleta, olvidándose de la boca.

—¿Quién es Eddy? —Ese nombre me llamó la atención porque Tom no solía hablar de otra gente que no fuera el matrimonio Grant.

—Un colega que trabaja en la central de bomberos.

Apoyó las palmas de las manos en la encimera, mirándome fijamente. Era la

primera vez que lo hacía de ese modo tan intenso. Mi cuerpo se estremeció. Desde mi

llegada me había percatado que sus ojos ejercían sobre mí un poder que cada día parecía crecer más. El único modo de separar la vista de él para evitar un nudo en el

estómago fue beber de un trago mi taza ahora templada de chocolate.

—Un muchacho de muy buen ver y gran corazón —apuntilló mi tía—. Me retiro ya,

buenas noches a los dos. Cariño, intenta dormir —me aconsejó apoyando su mano en mi antebrazo. Asentí observando como se levantaba y se encaminaba hacia el pasillo, donde su pequeña figura desapareció.

—Ahora entiendo a qué se deben tus ojeras —afirmó con contundencia—.

¿Duermes mal?

—Sí, desde que llegué —respondí, jugando con la taza.

Me atreví a mirarlo. No había cambiado su apostura, lo único que ahora tenía la

cabeza baja. Pronto la levantó, descubriéndome con los ojos fijos en él. El silencio nos envolvió, no era demasiado incómodo y me permitió disfrutar de las vistas. Sí, tenía que reconocerlo, comenzaba a sentir cierta conexión con él.

—Tu tía tiene razón, debes ir a descansar. —Su voz firme lo único que consiguió fue atraparme más.

Tom fue hacia la puerta con la intención de marcharse. Movida por un impulso, me levanté, cogí una de las servilletas dobladas encima de la mesa, me acerqué a él con rapidez agarrándolo por el codo justo en el momento en que estaba sujetando el pomo.

Se giró con bastante brusquedad, regalándome a mayores una mirada interrogativa.

—Espera —musité.

Desdoblé la servilleta y bajo su atenta mirada le limpié los restos de chocolate que

pendían de algunos pelos del bigote. Tom estaba rígido, tenso, sin expresión en la cara, aunque el rubor de sus pómulos ya lo decía todo. Al terminar dejé la servilleta sobre la encimera y lo miré sin articular palabra. Tom seguía como una estatua de mármol, solo

movía su pecho al respirar. Viendo que no iba a decir nada, ni yo tampoco, giré sobre mis pies para subir a la buhardilla.

—Buenas noches, Cecilia, descansa.

Sus palabras me hicieron frenar en seco, mis pies y manos se templaron, los nervios

se asentaron en mi estómago, mi boca, por el contrario, dibujó una sonrisa. Me giré para despedirme y ya no estaba.

Me desperecé en la cama antes de abrir los ojos. La luz del día entraba en tromba a través de las ventanas. Por su intensidad me quedó claro que la mañana ya estaba muy avanzada. No sabía qué hora era, en esta casa no había relojes, el tiempo lo marcaba básicamente el sol. Mis tías, como mi hermana, odiaban estar pendientes de un aparato que te dirigiera la vida, querían disponer de su libertad sin que nadie se interpusiera.

Emily cambió en Manhattan porque allí todo tenía sus tiempos, como la vida del resto de personas que habitaban la tierra. Ahora solo había el mío de muñeca y el del móvil,

pero a saber dónde los dejé anoche.

Con bastante pereza, con las pestañas todavía pegadas y las legañas colgando, me levanté. Fui directa al baño para darme una buena ducha que me despejara la mente, ya

que ella también estaba muy dormida. Cuando al fin me sentí bien, me vestí con lo primero que encontré. A medida que lo hacía, noté la casa muy silenciosa, no apreciaba

movimiento o sonido alguno. Bajé y no había rastro ni de mis tías ni de Tom.

—¡Hola! —Mi saludo no obtuvo respuesta. Me acerqué al invernadero y estaba

vacío. Recorrí el salón—. Tía Faith, tía Alondra —dije en vano porque nadie me respondió. Fui a la salita pequeña contigua al salón donde mis tías tejían—. ¡Hola!

¿Hay alguien? —alcé la voz.

—Hola.

—¡Ah! —grité—. ¡Joder, qué susto me has dado! —La voz de Tom me paralizó.

—Lo siento, no pretendía hacerlo. —Sonrió pícaro.

Quise pensar bien y no que lo hiciera a propósito.

—¿Dónde están mis tías?

—Salieron hará bien unas tres horas, más o menos —me comentó.

«¿Cómo que hace tres horas?».

—Tres horas. —Él asintió—. ¿Qué hora es? —La verdad, pregunté con cierto recelo.

—Las doce y media.

—¿¡Qué!?! —Volvió a sonreír de la misma manera, dándome ganas de borrarla de

un tortazo. Iba a hablar, pero levanté la mano—. Ya te he escuchado. —Sus ojos me escrutaron con detenimiento, por eso me temblaron las piernas, el corazón latió perdiendo el compás, además me hizo sentir insignificante como los últimos días. Esos

ojos azules podían entrar en mi alma y escuchar hasta su último suspiro. Nerviosa, metí las manos en los bolsillos traseros del vaquero—. ¿Te han dicho cuándo regresarán?

—Pasan todo el día fuera. —Fruncí el cejo extrañada por este comentario—. Van a

hacer unos recados y comerán con los Grant.

Asentí. No podía decir nada, mis tías tenían unos planes de los cuales no me informaron, ni si quiera me despertaron para avisarme. Me podía sentir molesta, pero

no, estaba nerviosa por la perspectiva de estar a solas con Tom. Con él era como si nunca hubiese estado con otros hombres. No era normal lo que me pasaba estando junto

a él. Si quería saber algún defecto que me desagradara, debíamos hablar y mis tías me estaban dando la oportunidad.

—Voy a comer, me muero de hambre —dije atrapada por su mirada.

—Claro, cómo no me habré dado cuenta antes. Vamos. —Me cedió el paso y fuimos

hasta la cocina—. Tus tías dejaron algo preparado, ¿qué te parece si comemos fuera aprovechando el sol?

—Perfecto —acepté su proposición—. ¿Tú pones la mesa y yo busco comida?

—De acuerdo. —Me sonrió, quitándome el aliento por la ilusión que desprendía.

Me giré intentando centrarme en buscar algo comestible entre las alacenas y la nevera. Había comida para un regimiento, conque elegí un poco de todo sin olvidarme

del dulce.

—¿Qué quieres de beber?

Tom pasó por mi lado directo a la nevera, de la que sacó un botellín de cerveza.

—Agua.

Cogió la jarra de agua fresca y salió.

Poco a poco fui sacando los platos que preparé. La mesa estaba pulcramente

preparada. No faltaba de nada, los cubiertos, las servilletas, el vaso, todo estaba donde tenía que estar. Nos sentamos uno enfrente del otro, solo esperaba que el estómago no

se me cerrara.

—¿Falta alguna cosa? —preguntó revisando la mesa.

—No, está perfecta —afirmé.

—¡Estupendo! Empecemos.

Me hizo gracia lo contento que se lo veía, no sabía si era por la elección de la comida o un cúmulo de sentimientos que se me escapaban. El silencio de nuevo se presentó a medida que los minutos avanzaban, obligándome a tragar, nunca mejor dicho, los nervios e intentar iniciar una conversación. Dejé los

cubiertos, alcé la vista y me lancé al vacío para conocer mejor a este hombre del cual no me acordaba.

—No se me da bien la gente, quienes me conocen lo saben, sin embargo, me gustaría

saber más de ti —rompí el hielo con bastante respeto, parecía muy afable, aunque a veces las apariencias podían engañar.

Levantó la cabeza, no supe si asombrado por mi atrevimiento o porque no contaba con esta iniciativa por mi parte. Lo único que tenía claro era que su expresión se me volvió indescifrable. Tragó antes de responder:

—No hay nada que conocer, lo que ves es lo que soy. —Se encogió de hombros.

«Vale Cecilia, te está eludiendo», me admití a mí misma.

—Lo lamento, no quería resultar indiscreta. —Bajé la vista a mi plato.

—Creo que mi vida no es...

—Dijiste que eres exmarine —tenté a la suerte.

Su sonrisa quedó oculta tras la servilleta con la que se limpiaba la boca.

—Sí. —Su intensa mirada era tranquila, no me parecía que le molestara mi

insistencia—. ¿Te lo cuento? —Asentí con alegría casi infantil. Tom no borró la sonrisa ni al beber por el botellín de cerveza—. En el verano de dos mil cuatro, me alisté en la Escuela de Candidatos a Oficiales en Quantico. El curso duró diez intensas semanas; te someten a una rígida disciplina en la que lo académico y el entrenamiento

físico son los dos pilares para los oficiales. Te seleccionan y te evalúan a medida que te entrenan. Fue muy duro, pero yo quería hacer algo por mi país después del once de

septiembre. —Hizo una pausa, perdido en sus recuerdos, así me permitió regresar a ese fatídico día en que Estados Unidos dejó de respirar, se paralizó indefenso ante los ojos de todo el mundo. Estaba en una clase de diseño cuando nos enteramos de la

espantosa noticia. Las clases se vieron interrumpidas. Emily y yo nos encerramos en casa viendo las noticias y atendiendo las constantes llamadas de las tías, que, pasada una semana, aparecieron una mañana y se quedaron en Manhattan más de dos meses. El

aire humeante, asfixiante y casi tóxico, las sirenas, las calles más o menos desiertas eran una constante en aquellos días. Desde que había llegado nunca vi a Nueva York llorando, clamando en silencio por las pérdidas sufridas. No obstante, nosotras, inconscientes, tuvimos que enfrentarnos a otro envite cuando casi dos años más tarde Jason, el novio de mi hermana, le contó su intención de alistarse en los marines e ir a Afganistán. Ese sería el comienzo del final—. En la primavera del año siguiente —

retomó Tom el ritmo de la conversación—, fui comisionado como subteniente a Iraq, donde estuve en varias provincias del país, sobre todo con el envío masivo de tropas.

Dejé el cuerpo hace año y medio. Cuando regresé visité a viejos compañeros y las tumbas de otros tantos. —Respiró profundamente.

—¿Coincidiste con alguien de Sleepy Hollow? —Mi curiosidad me iba jugar una mala pasada, pero si no preguntaba iba a reventar. Era una cuestión que me afectaba de manera personal.

—No, ¿por? —Frunció el cejo pensativo, negando con la cabeza.

—Hubo un chico de aquí que fue a Afganistán.

—Yo no estuve en Afganistán, aunque he conocido a militares en Iraq que anteriormente estuvieron en tropas destinadas allí —me explicó—. ¿A quién te refieres? Si es del pueblo, debo conocerlo.

—Jason.

—¿Jason? —Se metió en la boca un trozo de panecillo. Al no decir nada, me recreé un poco en sus facciones. El movimiento hipnótico de sus sienes al masticar hacía que la línea de su mandíbula se remarcara debajo de la barba—. Jason —musitó tras tragar.

Pegó un trago a la cerveza—. ¡Espera! ¿Te refieres a Jason Crane?

—Sí. —Bajé la vista al plato, cogí el tenedor pensando qué iba a pinchar para llevarme a la boca.

—No coincidí con él, pero hombres a mi mando sí —reconoció finalmente—. ¿Lo conocías?

—Tuvimos un trato cercano. —Por fin me decanté por comer una patata—. ¿Cómo es la guerra? —le pregunté, continuando con el tema.

—Eres la primera persona que me pregunta eso. —Se recostó en la silla, con el botellín en las manos. Clavó la vista en él—. Dura, agotadora, dolorosa, cruel e inhumana. No es ni la mitad de lo que se ve en la televisión, porque tú mismo debes enfrentarte a la población civil que no entiende qué hacemos allí. Se pasa mal, abandonas tu comfortable hogar, tu tranquila vida para servir voluntariamente a tu país.

Partes de cero en todo y para todo. Las creencias con las que creciste se derrumban.

Una parte de ti va con ellas. Lo peor es cuando regresas. La gente te da palmadas en la espalda con

orgullo, eres un veterano de guerra, y al hablar con ellos te das cuenta de lo desconectados que están de la realidad porque no son conscientes de que estamos en

estado de guerra. Afganistán, Iraq, están muy lejos para que la población tome conciencia de la situación real. —Al levantar la vista, su mirada era muy adusta. Su boca formó una línea recta en la que sobresalía el labio inferior. Solo sus manos me permitían analizar su estado de ánimo: nudillos y yemas blancos. Estaba alterado—.

Voy a seguir trabajando, que aproveche. —Dejó el botellín en la mesa y se retiró sin mirarme. No me dejó pedirle disculpas por mi metedura de pata.

Una punzada de culpabilidad o dolor se clavó dentro de mí al verlo en esas tesituras, ahora comprendía lo que su alma me enseñó cuando llegué. Parte del dolor que arrastraba procedía de esas vivencias que solo una mínima parte de la población

vivía. Había otra que todavía se me escapaba, aunque albergué la esperanza de conocerla algún día.

Capítulo 6 - El hilado de la rueca

Esa misma noche

La noche durmió a Sleepy Hollow, aletargó a la naturaleza y consiguió que la rueca de las ancianas brujas, de férreo corazón disimulado con una pizca de dulzura, girara de nuevo dispuesta a entretejer un vínculo necesario para enmendar tanta muerte, para orgullo de los antepasados y por la necesidad de perpetuar el linaje.

Así parecía que iba a suceder.

El sigilo de la noche se veía perturbado por el chirrido del pedal de la envejecida rueca que estuvo varios años sin usarse después de la última tragedia. Ahora el fino hilo blanco corría por la rueda con soltura, entero, sin deshilacharse. Un nuevo comienzo se vaticinaba en su movimiento.

Alondra y Faith no perdían de vista el hilo, una rotura podía significar el final.

Sabían que no sucedería, pero no querían confiarse. Bajo la luz de las velas que bañaban la pequeña salita, sus figuras se recortaban brillantes, una de pie, encorvada, sin quitar ojo de encima al hilo, la otra sentada, moviendo con destreza la rueca. Las

dos expectantes, ávidas por vislumbrar el destino, el devenir de los acontecimientos, tejían cuales Parcas, con una diferencia: ellas no podían cortar el hilo, solo podían esperar a que este se rompiera como nefasto presagio.

—Todo va a salir según lo previsto, el círculo se cerrará como debe, los hados los

acompañan —informó Faith a su hermana.

—Así se me auguró a mí también.

—El hilo es más grueso a medida que va girando, el vínculo será mayor.

—¿Sobrevivirán? —Su voz ocultaba la preocupación que albergaba su corazón.

—Los hados giran a favor, el hilo no se rasga. —El rostro de Faith se relajó con su sonrisa.

—Bien, bien, no todo está perdido. —Levantó Alondra la mirada hacia su hermana

—. Aun así, haz el hechizo.

—Ya tenía pensado hacerlo.

—¿Sabes cuál vas a utilizar?

—Desde el principio. —La seguridad de Faith no dejaba lugar a dudas.

Capítulo 7 - Solamente magia

—¿Adónde vas? —inquirí a Emily que iba a saltar desde la terraza.

—A encontrarme con mi corazón. —Sus ojos brillaban como dos luceros, iluminando su bonito rostro ovalado.

—Qué ñoña te has vuelto.

—Es el lenguaje del amor. —Sonrió bobalicona.

—Debes protegerte —le aconsejé a mi hermana.

—Siempre tan protectora —bufó—. Vive, Cecilia, olvídate de la prudencia.

Parece que no tienes corazón.

—Emily, te lo digo en serio.

—Yo también. Mi corazón tiene dueño y no voy a dejarlo porque tú tengas miedo.

Quiero vivir mi historia, experimentar el amor y que me haga volar libre. Quédate en casa mientras tu corazón se enfría más. No pienso amargarme como tú. —Se coló por la ventana con una agilidad asombrosa. Desde el otro lado me lanzó un beso antes de saltar y correr hacia Jason que la esperaba en la verja.

—¡Cecilia, baja! —me avisó tía Faith.

—¡Voy!

Tenía el pomo de la puerta de su habitación agarrado con fuerza, aunque no la valentía suficiente para abrirla. Hacerlo sería enfrentarme a ella cuando de la herida todavía brotaban gotas de sangre. Debía encararla, por eso regresé buscando su clemencia, si eso entre hermanas valía. Mis dedos fueron soltándolo, caminé hacia atrás separándome otra vez, al igual que hice en el pasado, sin dar la cara, sin decir lo que llevaba guardado todos estos años. Me di la vuelta como si no existiera, como si

nada de esto hubiese sucedido. Bajé las escaleras con la sensación de que nunca sería capaz de lograrlo, por eso, en parte, me arrepentía de haber vuelto.

—Vamos, ha llegado el momento —dijo, a los pies de la escalera, tía Faith manteniendo el misterio.

—¿Qué momento? —No entendí a qué podía referirse.

—Vamos a probar tus Dones.

Cogiéndome del brazo, me condujo hacia el salón para llegar a la pequeña salita donde estaba la rueda. Allí nos esperaban tía Alondra, Quincy, Shadow y Fuzzy, además de Tom sentado a la mesa. No sabía de qué iba todo, porque parecía más una

reunión comunitaria de vecinos que una prueba.

—Tom, si te quedas, mantén la mente abierta, si no, vete —sentenció tía Alondra quemando un trozo de incienso.

—Me quedo —contestó firme mirándome con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Te acuerdas todo lo que te ensañamos? —me preguntó tía Faith.

—Sí.

—Muy bien, tú tómate tu tiempo y empieza cuando quieras.

Me senté alejada de ellos, cerré los ojos inspirando el relajante olor del incienso natural y comencé a dejar la mente en blanco para conseguir la concentración adecuada

con que dar lo mejor de mí. En cuestión de segundos, mi cuerpo recuperó la sensibilidad que sentí cuando llegué, ahora para quedarse; mis sentidos, más agudos que antes, se conectaron con la Naturaleza haciéndome partícipe de cada uno de sus cambios.

—*Confío en ti, hermanita.* —Oír su voz en mi oído fue el empuje que necesité. La sangre pegó un salto en mis venas, el corazón se encabritó en mi pecho y la conexión

con Emily se hizo latente.

Segura, fuerte, poderosa como hacía tiempo que no estaba, giré sobre mis pies fijando mis ojos en las velas que por allí había. No requerí de ninguna máxima mágica

para que los objetos cumplieran mi orden. Una a una se acercaron pasando por encima de las cabezas de todos hasta ponerse delante de mí. Suave, expelí el aire caliente de mis pulmones en la primera vela consiguiendo que caldeara la mecha hasta encenderla.

Así lo hice con el resto. Era un simple hechizo en el que la concentración era mi mayor poder.

—¡Oh, qué guay! —Escuché de lejos a Tom.

—Su Don nunca desapareció. —Tía Alondra estaba contenta, aunque contenida en sus emociones para no interferir en mí.

—¿Qué don?

—El de la magia —declaró tía Faith con orgullo—. Extraordinariamente reflexiva y pensante, sus poderes de concentración han ido en aumento en estos años.

La última vela cayó al suelo a causa de una presencia extraña, alterada, angustiada.

Desesperada precisaba de ayuda.

—Viene alguien —indiqué a mis tías.

Compartieron una mirada con la que no necesitaron decirse nada. De repente, unos golpes sonaron en la puerta de la entrada confirmando mis palabras, Tom se sorprendió más si cabe al comprobar que mi predicción era cierta.

—Cecilia, saca a Tom de aquí —ordenó tía Faith—. Alondra, coge un pichón y el Grimorio.

Tom me siguió sin mediar palabra. Subimos por la escalera desapareciendo de la

vista de tía Faith lo antes posible, sabía qué iba a suceder. Llegando al segundo piso, Tom se paró a observar a la visitante. Era una mujer de mediana edad que yo no conocía, con el pelo recogido en una trenza media deshecha; su rostro contrito reflejaba la aflicción que guardaba dentro de sí; sus ojos rojos y los regueros de sus mejillas eran señal de la amargura de sus lágrimas. Tía Faith la sentó delante de la mesa tomándole las manos entre las suyas, le susurró palabras que no llegué a oír. La

mujer asentía. Tía Alondra apareció en el salón, le dio el pichón a tía Faith, mientras ella con cuidado dejaba el Grimorio sobre la mesa y buscaba con sapiencia el conjuro

perfecto.

—¿Realmente es lo que quieres? —indagó tía Alondra.

—Sí, necesito tenerlo a mi lado, que deje a su mujer para formar esa vida que me promete. —Se tapó la boca al soltar un lastimero sollozo.

—Querida, puedes cazar a otro un poquito más adecuado —comentó tía Faith acariciando al pichón.

—Lo quiero a él. —Bajó culpable la mirada.

Tía Alondra, en voz baja, recitó el conjuro sosteniendo encima de él un péndulo de cristal que al poco tiempo comenzó a balancearse. Cogió una aguja alargada y la pasó varias veces por el grabado de la hoja.

—Con tu mano derecha sostén el cristal y la aguja —le ilustró tía Alondra—. Pide en voz alta aquello que deseas. —Miró a tía Faith—. Acerca el pichón.

—Deseo que me ame tanto que le duela. —Tras lo cual clavó la aguja en el pichón matándolo.

Tom tembló un poco con la impresión.

—Venga, vamos, ya has visto demasiado por hoy. —Lo agarré de la mano, lo que me hizo padecer ese calambre de nuevo al rozarse nuestras pieles. Me cubrió entera, me estremeció y se resguardó después en mi corazón.

Tiré de Tom sin pararme, sin mirarlo. Subimos hasta la buhardilla, donde lo solté como si quemara, necesitaba alejarme e intentar comprender qué me había pasado. Sin

embargo, saber que lo tenía detrás de mí, con sus ojos clavados en mi nuca, sentir su corazón acelerado, apreciar mi cuerpo receptivo al suyo, tampoco era de gran ayuda.

—¿Puedes explicarme qué han hecho tus tías? —exigió.

Me giré molesta porque las exigencias no me gustaban, pero la verdad, no sabía si reír o llorar, su expresión era una simpática mezcla entre el horror y la sorpresa.

—Un conjuro de amor. —Metí mis temblorosas manos en los bolsillos del vaquero.

—¿Y hacía falta que mataran a un pobre animal?

—A veces se requiere de ello para una mayor efectividad del conjuro. En este caso era un pichón de tórtola —le expliqué aguantando la risa al verlo enarcar una de sus largas cejas.

—No necesitaba tanta información, gracias —dijo irónico.

—Vives con ellas desde hace bastante tiempo, ¿nunca las viste? —Traté de sonar conciliadora.

—Es la primera vez que lo presencio. —Se pasó, nervioso, las manos por la cara, mientras que su flequillo se elevó unos centímetros sobre su cabeza.

—Te han dicho que mantuvieras la mente abierta...

—Me considero un hombre de mente abierta, si no, no estaría con ellas —me interrumpió molesto por mi comentario.

Inquieto, comenzó a andar por la habitación a grandes zancadas, como era habitual

en él. Me acerqué para intentar sosegarlo, tarea muy inútil, nunca iba a comprender qué hacíamos. Apoyé una mano en su brazo y giró la cabeza hacia mí.

—Es solamente magia, utilizamos de la Naturaleza lo que precisamos para luego devolvérselo. En serio, Tom, es menos de lo que parece.

—Sé que es magia, pero una cosa es ver como enciendes velas, por cierto, te felicito, se te da fenomenal, enhorabuena, y otra es ver estas actuaciones. —En sus ojos había algo parecido al miedo, sin embargo, no podía confirmarlo.

Dando por finalizada la conversación, giró la cabeza hacia a la ventana que tenía enfrente, desde la cual veía el río Hudson. Dejé caer mi mano acostumbrada ya a su tacto, lo echó de menos al instante. Opté por alejarme de él. Fui hasta la mesa redonda situada en un lateral de la buhardilla donde había colocados algunos libros antiguos que en el pasado releía una y otra vez. Acaricié la portada oscura del primero. Fría bajo mis dedos, estaba algo raída por el paso del tiempo. No obstante, sus dibujos dorados seguían relucientes. Se trataba de un viejo libro de relatos, el único recuerdo que tenía de mi padre. Estando aquí ahora, nada me aflojaba la sensación de ser una intrusa en mi propia habitación. No encontraba sosiego, estaba apesadumbrada por la

actitud que había tomado Tom. Su rechazo no lo soportaría.

—¿Quién hizo este dibujo? —preguntó rompiendo el silencio.

Me volví hacia él para ver de qué cuadro hablaba. Era un dibujo del Tarrytown Light, también conocido como Sleepy Hollow Light, con el puente Tappan Zee detrás.

Lo pinté a los catorce o quince años. A su lado había otros dos con las vistas del río, realizados aquí en la buhardilla, a diferentes horas del día.

—Yo.

Me acerqué para verlo de cerca. Tom alternaba la mirada entre el cuadro y yo.

—¿En serio? —Señaló el cuadro con uno de sus largos y huesudos dedos mirándome.

—Sí, todos lo que hay aquí son míos. Mis tías se encargaron de enmarcarlos para colgarlos.

Volvió la vista al resto, acercándose para observarlos.

—Cecilia, eres polifacética; artista y bruja. —Su cuerpo se tensó nada más decirlo.

—Lo segundo es cierto, lo primero no lo tengo tan claro.

—No debería haberlo dicho, lo siento. —Bajó la cabeza, pellizcándose el puente de la nariz.

—Tranquilo, me han llamado cosas peores. —Me encogí de hombros, quitándole hierro al asunto.

Por un momento me miró de soslayo hasta girarse hacia a mí y sujetarme por los hombros.

—Jamás permitas que te digan semejantes despropósitos. A mi lado, Cecilia, no te lo llamarán.

Nos sujetamos la mirada con la misma fuerza que él me agarraba los hombros. Sus ojos brillaban como el cielo en verano desprendiendo tal intensidad que flaqueé por un breve lapso.

—¿Si lo hacen cuándo tú no estés conmigo? —dije con voz queda.

—Me enteraré.

—¿Cómo?

—Tengo mis propios métodos.

—¿Métodos de exmarine? —bromeé.

—Más o menos. —Bajó sus manos hasta la altura de los codos antes de soltarme,

volverse a los dibujos y cambiar de tema—. En serio, pintas muy bien. —Fue moviéndose por la habitación lentamente, con las manos colocadas detrás de la espalda, contemplando todos y cada uno de los cuadros.

Me crucé de brazos para encontrar la seguridad que me faltaba. Su cercanía me alteraba tanto que su presencia en mi habitación me molestaba. Nerviosa, busqué una

distracción mientras mis tías terminaban, la más cercana fue la imagen del río otra vez.

Siempre me acompañó en Manhattan, era el mejor de los recuerdos que tenía de Sleepy

Hollow. Sin embargo, estar aquí despertaba otros no tan buenos; la culpa por no haber

hecho lo que debía; no comprender los sentimientos ni querer oír a un corazón que lloraba; dejar a una persona abandonada, acompañada solo por su dolor. No, no eran

los mejores recuerdos. Más bien eran los reproches que yo misma me hacía.

—Son unas vistas increíbles —dijo Tom detrás de mí.

—Lo son —reconocí tratando de que mi cuerpo no temblara.

«Si de esta no me desmayo, jamás lo haré», pensé al sentirlo tan pegado a mí. El corazón me dio un vuelco al notar como nuestros cuerpos, dos completos

desconocidos, se amoldaban: su pecho pegado a mi espalda, mi cabeza por debajo de

su hombro; su nariz rastreaba mi aroma, su expiración era una brisa que acariciaba mi pelo; el latido de su corazón se fundió al pulso de mi arteria carótida. Cerré los ojos en una tentativa por engañarme repitiéndome que no estaba sucediendo. ¡Es que no podía

estar pasando! Vine a Sleepy Hollow por una razón, tenía que llevar a cabo mi plan para volver a Manhattan, no sucumbir a los encantos del protegido de mis tías.

«¿Por qué yo? ¿Qué hice?», lancé las preguntas para quién quisiese escucharme. No

obtendría respuesta a no ser que me la diera a mí misma. ¡Qué fuerte! Esto era el colmo, en poco más de una semana, un hombre al que no conocía me provocaba toda

esta oleada de sentimientos. Era la primera vez que me pasaba algo así, y era con él.

Mi cuerpo, sin previo aviso, comenzó a temblar un poco. No podía remediarlo, los

nervios me carcomían por dentro. La reacción de Tom fue sujetarme por las caderas con sus manos y pegarme más a él, tomando su cuerpo como punto de soporte. Sentí cada músculo de su pecho, el agarre firme de sus dedos en mis huesos desprendían una

calidez demasiado candente, además, en la parte baja de mi espalda, su miembro se endurecía por segundos empujando hacia mí. Me cortó el aliento. Sus dedos ya inquietos se colaron por la cinturilla del vaquero rozando levemente mi piel. Me estremecí entre sus brazos ahogando un gemido al tiempo que mis manos, cobrando vida, se unieron a las de él.

—No te muevas —me susurró, suplicante, en mi oído.

Por mucho que lo intentara, ya no podía. Mi cuerpo no respondía a mis órdenes, sino a las de él. Estaba en un punto sin retorno, me podía pedir o hacer lo que quisiera porque lo obtendría. El ambiente se cargó de la misma electricidad que sentía al tocarlo, volviéndolo irrespirable.

—¡Muchachos, ya podéis bajar! —nos avisó tía Alondra.

Saliendo de la burbuja que se formó a nuestro alrededor, caí en la tierra de nuevo.

Abrí los ojos cuanto me dieron al escuchar la voz de mi tía. Era como si estuviese haciendo alguna pillería y me cogiera *in fraganti*. El bajón completo lo noté cuando Tom, con una facilidad asombrosa, se separó de mí, alejándose con pasos rápidos, dejándome muy desconcertada, porque nada hice ni hablé para irse en esas tesituras.

«¿Por qué a mí?», pregunté reiterativamente mirando al techo.

—*Porque ha llegado tu hora, Cecil.* —La voz de Emily me llegó alta y clara.

Capítulo 8 - «Mi nombre en sus labios»

Sentada en el mirador que había en un lateral del jardín trasero, contemplaba el atardecer. Parecía imposible tras un día de cielos encapotados amenazando lluvia constantemente. El sol hacía muy poco que había surgido de entre las nubes, dispersándolas, coloreándolas con tonalidades rosas, una similar al lila y el inconfundible azul que solo podías encontrar en el cielo. Visto así, el horizonte se mostraba halagüeño, inspirador, te daba la confianza de que el mañana podría ser mejor

que el hoy. Lo parecía, sin embargo, no lo era.

Con los ojos clavados en ese punto mágico en el que cielo y mar se unían compartiendo una intimidad infinita, mi mente, ajena a cualquier suceso de mi alrededor, vagaba por otros mundos, por unos caminos entonces inescrutables para mí.

Espero como siempre a que aparezcas de nuevo, me sonrías y digas que todo va

bien, que deje de darle vueltas a ciertas preocupaciones, muchas de ellas tontas, origen de mi nerviosismo. Que me repitas, apoyando tu cabeza sobre mi hombro, que

en este mundo todas las personas jugamos nuestro papel, concedido cuando

nacemos. Yo solo te pediría una cosa: abrázame.

Nadie nos preparó para lo que vino después. Tampoco me dijiste que sería tan difícil. Me llenaste de más cicatrices, muchas grabadas a fuego en mi corazón y a dolor en mi mente. Quiero gritarte,

enfadarme, pero solo...

Lloraste.

Te hice llorar.

No soy capaz de llorar.

Me culparé siempre de darte más razones para sufrir. Mientras viva, seré culpable de lo sucedido. Ahora, con mi corazón todavía descompuesto y roto, aparece ese alguien que a veces encontramos cuando menos nos lo imaginamos.

Situación complicada porque no estoy preparada. Algo va mal; para ti todo estaría

genial, es como querías verme, libre supuestamente, aunque no lo soy. Ni mi corazón. Necesitaría hacerte muchas preguntas para salir de dudas y que me aconsejaras desde tu visión romántica de la vida. Me cabrearía más, lo sabes, porque me dirías que estoy sucumbiendo a las flechas de Eros.

—¡Cecilia! —Tom me llamó chasqueando los dedos delante de mí.

—¿Qué? —Cerré los ojos volviéndolos a abrir para centrarme en la realidad.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Llevo un rato hablándote y no me escuchabas. —Se sentó a mi lado en el banco de piedra, con los brazos sobre sus piernas e inclinado hacia adelante. Lo sentí un tanto cansado. Su pelo brilló un poco con los últimos rayos de sol al tiempo que su flequillo se asemejaba más a la cresta de un gallo—. Estás muy pensativa, ¿es por lo de...?

—Cuestiones personales —lo interrumpí, así no haría más preguntas.

Se irguió frotando las manos sobre el pantalón antes de mirarme.

—Yo... eh... —estaba nervioso—, lamento lo de ayer —reconoció girando su rostro hacia mí, manteniendo un extraño silencio—. Tampoco sé por qué pido disculpas cuando no me arrepiento de nada.

—Tom, no sé lo que nos pasa. —Le mantuve la mirada.

—Ni yo. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti en tan poco tiempo. —Se

acercó más a mí, con timidez puso una mano encima de las mías cubriéndolas. Su tacto

me erizó el vello despertando, además, cierto hormigueo en mi bajo vientre que se mezclaba con los nervios—. Te permito que me llames necio, loco, pero no puedo mantenerme lejos de ti cuando estás

cerca. Soy consciente de que...

—Tenemos que conocernos —dijimos al unísono, lo que nos arrancó una sonrisa.

La suya fue arrebatadamente sensual.

Tom, en ese momento, bajó la mirada hacia nuestras manos, las suyas más largas y anchas envolvían las mías, más pequeñas; las separó para entrelazar sus dedos con los míos. Esa imagen se clavó en mi retina acelerándome el corazón.

—¿Tú...? —El nerviosismo le atrancaba las palabras en la garganta—. ¿Quieres conocerme?

—Esa pregunta debería hacerla yo, soy la bruja.

—No digas tonterías, Cecilia. —Levantó la cabeza, yo ya lo estaba mirando, sí, sonriente porque me hacía gracia verlo nervioso.

—¿Adónde nos llevará todo esto, Tom?

—Ni idea, sea adónde sea, lo descubriremos juntos.

Su mirada, su voz, su tacto me transmitieron cierta tranquilidad hacia el futuro.

—Cecilia, ¿qué haces que no estás descansando?

La voz grave de tía Faith me congeló antes de bajar las escaleras del porche. Mi mañana de *running* estaba perdida.

—¿Piensas salir a algún lado así vestida? —añadió, a mis espaldas, tía Alondra.

Sonreí bajando la cabeza. Me habían pillado en mi penoso intento de salir a correr

otra vez tras confesar que no dormía bien. Me volví hacia ellas con los brazos en jarras, apretando los labios.

—Sabéis perfectamente que voy a correr —les aclaré.

—De eso nada. Venga, entra en casa. —Tía Alondra estaba convencida de mi obediencia.

—No, hoy voy a correr.

—Muchachita, deja de decir tonterías. —Tía Faith se cruzó de brazos,

sosteniéndome la mirada—. Nadie nos engaña, estás cansada y correr solo te fatigará más, cosa que ya deberías saber. —Frunció los labios mostrando su disconformidad en todos los aspectos.

—Vosotras entendedme a mí, necesito hacer mi vida normal, no dormir como un koala...

—¿Qué pasa? —preguntó Tom subiendo los tres escalones, alternando la mirada entre nosotras.

—Quiere salir a correr y no entiende que debe descansar —explicó tía Alondra.

Dejé caer los brazos con resignación.

—Vaya, pues habíamos quedado en correr juntos —soltó sin más.

Lo miré asombrada no, lo siguiente. Estaba mintiendo a mis tías descaradamente y ni se inmutaba, no mostraba signos de nerviosismo. Sin saber por qué, asentí como una idiota. ¿Le estaba dando la razón? No lo tenía claro ni yo. Lo que sí discerní fue el coraje de Tom en mentirles de esa manera, ya que o estaba loco de atar, o dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, o le importaba todo un bledo. La cuestión era que ahora mis tías nos escrutaban con la mirada buscando un recodo por el que atacar.

Asentían a la vez, como si estuvieran mirándose al espejo.

—Hum. —El sonido gutural que salió de la garganta de tía Faith no me gustó, era signo de desconfianza. Levantó la mano para acallar a Tía Alondra—. No digas nada,

Alondra, ya quedaron ellos —remarcó las tres últimas palabras. No me gustó un ápice.

—Pongámonos en marcha —me alentó Tom.

—Os esperaremos con el desayuno en la mesa. —De esta guisa fue la despedida de tía Faith.

Las miré recelosa una última vez antes de seguir a Tom. Intuí que lo habían atrapado en la mentira, sin embargo, no se opusieron. No lo entendía.

Corrimos al mismo paso, a un mismo ritmo, uno al lado del otro, en silencio.

Tampoco estaba yo para muchos discursos cuando mi mente continuaba en lo ocurrido con mis tías. La verdad, llevaban un tiempo raras, quizás se remontase a aquel día que

tropecé en el puente, porque desde entonces no volví a correr y la actividad deportista de Tom menguó bastante. No nos podíamos separar mucho de casa, sobre todo en mi

caso, él tenía más suerte, frecuentaba el pueblo con asiduidad. Aun así, mis tías le proporcionaban más trabajos para hacer. La razón solo ellas la conocían.

El camino que seguíamos era el contiguo al de la casa vecina. Si continuábamos, llegaríamos a la de los Crane. Este pensamiento me hizo frenar, agarrando a Tom por la manga.

—Tenemos que dar la vuelta —le indiqué mirando esa casa que todavía no se veía, con la respiración algo alterada, cosa que él no tenía.

—¿Por?

Levanté la mirada por su ridícula pregunta, debería saber la razón, ¡todo el mundo la sabía!

—Estamos en propiedad privada —contesté escueta.

Me miró con el cejo fruncido, y el espacio entre sus cejas formó dos pequeños surcos. Ladeó un poco la cabeza, sin apartar la vista de mí. Me puso más nerviosa que estar dónde estábamos.

—¡Ah! Ya entiendo, es porque estamos cerca de la casa de los innumbrables, ¿no es así? —Su expresión apenas varió, sin embargo, ahora me estudiaba con más detenimiento.

—Exacto.

—Pues nada, marcha atrás como los cangrejos. —Se dio media vuelta y se puso a correr. Me tuve que apurar para ponerme a su altura—. Ahora seguido, sin interrupciones —avisó mirándome la coronilla desde su altura.

Con ese comentario me declaró que no estaba conforme por el repentino cambio de ruta, cerrándose en banda en un perpetuo silencio que se prolongó cuando nos adentramos en el otro camino, el mismo donde tropecé.

Estábamos en lo cierto, al afirmar la tarde anterior, que no nos conocíamos. No era la primera vez que, estando juntos, él mantenía ese silencio. Yo no entendía ni sabía por qué los

remarcaba. Ese gesto me volvía loca, bueno, todo él me ponía patas arriba.

No obstante, ese mutismo hacía que mis entrañas se revolvieran, como si en mi interior se desencadenara el mayor de los huracanes. ¿Qué significaba? ¿Era culpa mía? ¿Era solo algo singular de su carácter o simplemente no sabía qué decir? Fuera lo que fuese me mataba, me llenaba de dudas. Si ya a su lado me sentía flaquear, en estas tesituras me lo ponía más difícil. Sí, siempre tuve razón al pensar que se me daban mal los especímenes de mi misma especie, pero Tom se llevaba la corona de laurel.

El ambiente no me ayudaba. El cielo estaba completamente cubierto de nubes que amenazaban con soltar todo el agua que acarreaban; el viento soplaba fuerte, golpeándonos la cara a cada centímetro recorrido, provocando, además, que la madera

de los árboles de vez en cuando chirriara captando mi atención; el bosque, más oscuro

de lo normal, se tornaba misterioso, ocultando mortales secretos que en cualquier momento podían aparecer sobresaltándote. Solo faltaba la bruma o una espesa niebla

para tener al jinete sin cabeza, en su blanco corcel, pisándote los talones.

—¿Te estás inspirando para un nuevo dibujo? —Tom rompió el silencio, algo que agradecía de veras.

—Eh... no —titubeé—. Estaba perdiéndome en mis pensamientos porque no hablabas y tampoco sabía si te apetecía hacerlo. —Fui sincera.

—Siempre estoy dispuesto a hacerlo, y más tratándose de ti.

Lo miré, él a mí no, lo que no me impidió encontrarme con una sonrisa juguetona, picarona también, porque sabía del doble sentido de su frase, al igual que la mía.

—Quien lo supiera antes —murmuré.

—Hubieses probado, así salías de dudas.

Enmudecí. Tenía razón, pero soltarlo así a la ligera, sin anestesia y como si con él no fuera la cosa, hizo que un aguijón de enfado me picara.

—Aplicáte tú también el cuento en vez de callarte esperando —solté sin más.

Volvió a su silencio sin borrar la sonrisa de la cara. Este hombre medio cuerdo, medio loco, que me tenía sobre las cuerdas, me enfurecía y seducía a partes iguales.

Miré al frente para encontrarme de bruces con el cementerio. Me paré en seco, con la respiración agitada por el ejercicio y la ansiedad. Debí de darme cuenta antes. Ahora

estaba aquí, el único lugar donde podía conciliar mi pasado más cercano con el presente de modo que el futuro se diluyera como lo desconocido que era. Mi pecho subía y bajaba rápido, mi corazón latía queriendo salirse del pecho, mis ojos se humedecieron. Empequeñecí en segundos. Ahora comprendí las palabras de mis tías, no estaba preparada para nada. Enfrentarme a este lugar, aunque estuviese fuera de él,

me cogió con las defensas mentales y físicas muy bajas. El arrepentimiento, la pena, el dolor, las cargas de conciencia de los últimos seis años me pesaron en los hombros cansándome hasta el extremo.

—Cecilia, lo lamento, te estaba bromeando un poco...

—No es por ti —dije con la mirada perdida en el cementerio—. Es por él. —Le hice un gesto con la cabeza para que lo viera.

No supe si lo vio, yo no pude separar mis ojos del lugar.

—Por hoy se acabó correr. Regresemos. —Tomó la iniciativa, lo cual le agradecí porque me quedaría ahí, como estatua de sal, martirizándome el alma.

Me cogió del brazo para girarme. Anduve como hipnotizada, sin parpadear, no veía

tan siquiera lo que tenía en frente. No estaba en *shock*, estaba dolida. En todos estos días no fui capaz de acercarme hasta ese espacio sagrado donde la gente a la que quería estaba enterrada. Caminé, sí, escapando de la realidad, esa realidad que no

sabía cómo encarar, porque no lo había hecho a su debido momento y a la cual mis jefes me empujaron sin importarles el tiempo que me llevara.

—Dame unos minutos, por favor, Tom —le pedí con voz temblorosa, soltándome de su agarre. Apoyada en la baranda de madera del puente, comencé a hipar, a temblar, mi cuerpo convulsionaba como si estuviese llorando. Sin embargo, mis ojos no derramaban ni una sola lágrima.

Bajé la cabeza, cerrándolos en un amago por olvidarme del cementerio. No podía, solo no podía obviarlo. Me cubrí la cara con las manos sintiéndome una cobarde.

—Shhh... —Tom me abrazó, me rodeó la cintura con sus brazos desde atrás,

pegándome a su cuerpo delgado y vigoroso. Apoyó la cabeza en mi hombro—. No sé

qué te ha puesto así, pero no me gusta verte triste. —Me aferró a él más fuerte, transmitiéndome sus

energías. Mucho tiempo hacía que no me trataban de esta manera,

por no decir que Tom era el primero.

Su cuerpo se me manifestó como el mástil al que agarrarme cuando flaqueara.

Probablemente él en esos momentos no lo supo. Su gesto, quizás impulsivo, quizás sincero, aflojó mi pesar. Siempre busqué un hombre con quien compartir toda mi vida

en general. Tom parecía ser ese hombre. La calidez de su cuerpo me iba reconfortando

poco a poco, me calmó incluso los nervios y los temblores; sus besos en mi hombro, en

mi cuello, subiendo hasta mi mejilla, me hicieron sentir querida, me derretían, más cuando fui consciente de su dureza. Entre toda esa mezcolanza de sentimientos, con los

ojos cerrados para atesorarlos en mi memoria, me rodeó un halo de excitación.

—¿Mejor? —me susurró al oído, acariciando al mismo tiempo el contorno de mi oreja con la punta de su nariz.

—Sí —suspiré más que dije.

—Bien, ahora abre los ojos y mira lo que tienes enfrente. —Le hice caso. Delante

de mí, el río Pocantico se deslizaba sobre la tierra, entre las piedras, más lleno de la habitual—. Este paisaje no lo desperdiciaría una pintora como tú. Llena tu mente con

estas imágenes, plásmalas en un papel, en un lienzo, donde quieras. Abre los ojos y mira todo lo bello que hay a tu alrededor. —Abrazados, nos mantuvimos no más de un

minuto, en un silencio que él mismo rompió—. En serio, creo que deberías enseñarle al

mundo tu arte —dijo con total convicción, más aun, su voz resultó ser un gran antídoto

para calmar mi malestar.

—¿Quién te ha dicho que no lo hice ya?

—¿Lo has hecho? —Su tono delató su asombro.

—Trabajo en una editorial como diseñadora gráfica, también hago ilustraciones

para muchos manuscritos, portadas, lo que me pidan —le expliqué.

—¿Qué has estudiado? Si no es mucha la pregunta. —Se interesó al mismo tiempo

que casi se disculpó por ello.

—Arte, en la Escuela de Arte de Cooper Union.

—¡Joder! —exclamó—. Esa universidad es una de las más prestigiosas, no entra cualquiera. —Me besó el pelo, cogiéndome desprevenida, tensándome entre sus

brazos. Si lo notó, no me lo hizo saber—. Vamos, que estoy abrazando a toda una artista. Bueno, ya tengo trabajo para esta tarde.

—¿Cuál? —Ahora la curiosa fui yo.

—Encontrar todos los libros en los que has colaborado.

Me dio la vuelta, me miró fijamente, rodeándome la cara con sus manos, mientras,

con mi espalda contra la baranda del puente, me sujeté a sus muñecas porque mis rodillas iban a aflojarse en cualquier momento. Las mejillas me ardían. Con cierta lentitud fue acercando sus labios hasta pegarlos a mi frente en el beso más dulce que

me hayan dado. Sus labios eran suaves al tacto, cálidos. Si alguna vez alguien me advirtiera que iba a vivir una situación tan mágica, me hubiese reído en su cara, y más teniendo en cuenta que estaba en Sleepy Hollow.

¡Impensable!

En ese preciso instante, unas gotas de lluvia cayeron sobre nuestras cabezas insinuándonos que pronto llovería con más fuerza. A la par, si era un presagio, para mí fue bueno. Así quería verlo. La Naturaleza, a su manera, estaba bautizando lo que nacía entre Tom y yo.

Separó su rostro de mí, levantó el suyo y miró hacia arriba. Observé como las gotas

caían sobre su piel, su barba; noté cierta punzada de celos porque, teniéndolo tan cerca, fui incapaz de acariciarlo. Se alejó de mí, se fue al otro lado del puente, justo enfrente. Colocó su dedo índice sobre sus labios para que no dijera palabra.

Levantó su brazo derecho como si estuviese sujetando un paraguas, sonrió de nuevo,

esta vez levantando su rostro, bajó la cabeza e indicó a un conductor imaginario, con

varios gestos de su mano, que arrancara el coche. Lo miraba fascinada porque estaba

emulando a Gene Kelly en la famosa escena en la que cantó *Singing in the Rain*.

Comenzó a pasear como si se tratase de una acera; con una sonrisa ensoñadora, cerró

el paraguas, y, asombrada, comprobé, en vivo y directo, lo bien que cantaba.

— *I'm singing in the rain, just singin' in the rain, what a glorious feeling I'm happy again* —Tom se subió a la baranda del puente sin perder el equilibrio, entretanto me puse la capucha de mi sudadera—, *I'm laughing at clouds, so dark up above, the sun's in my heart, and I'm ready for love. Let the stormy cloud chase, everyone from the place, come on with the rain, I have a smile on my face, I walk down the lane, with a happy refrain, just singin, singin in the rain*².

A estas alturas ya estaba riéndome a carcajadas, nadie me había imitado e interpretado una de las escenas más conocidas del cine, además de tratarse de mi película favorita. Lo miré sin borrar la sonrisa de mis labios.

—Por ti, Cecilia —expresó y se acercó de nuevo a mí colocándose su capucha.

—Vuelve a repetirlo.

Abrió los ojos como platos, asustado por mi petición.

—¿Quieres que vuelva a cantar...?

—No, bobo —dije soltando una risilla—. Di mi nombre otra vez —clarifiqué.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que no dejes de sonreír. —Clavó sus ojos en mi boca, acariciando con su pulgar mi mejilla derecha.

Asentí atrapada por el momento.

—Cecilia.

De las pocas veces que pronunció mi nombre, ya había percibido que en él sonaba diferente. Así era. Mi nombre en su garganta sonaba con una musicalidad, con un tono, diferente al de cualquier otra persona. El movimiento sedoso de su lengua lo acariciaba como a la joya más preciosa. Mi nombre en sus labios cobraba vida, una que pensaba que no tenía.

—Venga, corramos a casa que aun vamos a coger una pulmonía.

Algo había cambiado, no sabía dónde o cuándo.

Me guiñó un ojo y tiró de mí para regresar a casa.

[2](#) Estoy cantando bajo la lluvia / Solo cantando bajo la lluvia / sensación maravillosa, estoy feliz otra vez / Me río de las nubes / Tan oscuras allí arriba / Tengo el sol en el corazón y esperando el amor / Los nubarrones bien pueden asustar a todos / todos en el

lugar / vamos con la lluvia / Tengo una sonrisa en mi cara / Caminando por la calle /

Con una alegre canción / Cantando / cantando bajo la lluvia. *Singing in the rain*.

Original Film Soundtrack. 1952.

Capítulo 9 - «Jamás me arrepentiré»

Abril terminó y mayo comenzó de igual manera. Un tiempo bastante revuelto que no me permitió correr mucho, pero que me arrastró a conocer más a Tom. Su personalidad casi inalterable reveló un hombre divertido, amable, siempre ayudando a los que le pedían una mano. Los viernes desaparecía para ir a cenar con unos amigos, ahora con una diferencia, venía más pronto que todas las veces anteriores para estar conmigo antes de irnos a la cama. Durante esos viernes, no serían más de dos o tres, nunca le propuse acompañarlo. No me parecía procedente, la invitación tendría que venir de él. No obstante, yo era quien era en Sleepy Hollow, quizás las otras personas no querían compartir tiempo, mesa y a saber qué más conmigo.

Confirmé también que su voz tenía y ejercía un extraño poder sobre mí, muchas veces hasta me resultaba hipnotizadora sin hacer mucho esfuerzo. Era clara, profunda, muy varonil. Mantenía el mismo tono, aunque sabías perfectamente el momento en que iba a hacer un inciso porque lo remarcaba; era seria e imperturbable cuando te bromeaba, si no fuera porque sus ojos se reían primero que su boca. Sus manos, mejor dicho, sus dedos, eran otro referente, se movían en un extraño baile que debías traducir por nerviosismo o emoción. Cualquiera de las dos era válida para que cobrasen vida.

Sus cejas se enarcaban con muchísima facilidad, otro signo a tener en cuenta. Todos esos gestos hacían de Tom un hombre distinto del que iba albergando sentimientos, algunos muy profundos, los cuales me asustaban. En ocasiones, más bien pocas, me preguntaba a mí misma cómo fue posible que de forma tan veloz pudiera sentir algo así, tan repentino, a veces incluso fulminante, por él. ¿Fue un flechazo? No lo sabía, más cuando llevaba toda la vida escapando del amor.

De todo, lo que más me llamó atención, y por ende me dejó patidifusa, fue lo cotilla que era. No exageraba. No había comentario, discusión, pelea, chismorreos, chisme que corriera por las aceras del pueblo, que las Wells no supiésemos ya de antemano gracias a las artimañas o artificios de Tom. Siempre sabías cómo salía por la puerta, nunca te imaginabas con lo que llegaba. No obstante, ese día fue el peor de todos porque a él se le sumaron mis tías.

—Buenos días, cariño. —Tía Alondra me dio el beso mañanero al saltar el último escalón—. Siéntate, el desayuno está listo.

—¿Y Tom?

—Buenos días a ti también, sé que nos tienes muy vistas, pero disimúlalo un poco mejor —protestó tía Faith desde la mesa; me acerqué a darle un beso en la mejilla.

—Lo pregunto porque no se pierde una comida —me defendí. Corrí la silla para sentarme, evitando mirarlas.

—Se os ve muy bien juntos a pesar de las reticencias que tenías al principio hacia él —me encasquetó antes de tomar su zumo de arándanos.

—Nos estamos conociendo.

—Lo que hay que oír —se quejó, cortando su panecillo de pan—. Yo, de verdad, no entiendo a la juventud de hoy en día, se pasan la vida conociendo, todos son amigos, me río yo de los amigos, en cambio, nunca se deciden —suspiró—. E ilústrame, ¿te gusta lo que ves?

Vergüenza, eso sentí. Jamás, ni de adolescente, me pasó que un comentario o pregunta de tía Faith me levantara los colores. Además, ellas eran brujas, podían sacar sus propias conclusiones, algo que siempre hacían. Refugiada en mi desayuno, procuré

no levantar la cabeza, aunque cometí un pequeño error, mirarla de soslayo. Me escrutaba, sonreía, asentía, todo a un tiempo.

—Hum. —Ahí estaba de nuevo ese sonido gutural, anticipo de algún tipo de comentario. No llegó, y me sorprendió porque tía Faith no se callaba nada.

—No te inquietes, ya viene —me refirió tía Alondra dándome unos golpecitos en el hombro mientras ponía un humeante plato de huevos revueltos en el sitio de Tom.

Lo supe antes de verlo entrar por la puerta, en tromba, agitado, y no llegaba de correr porque vestía unos vaqueros azules con una camiseta de rayas horizontales rojas y azules.

—Perdón por el retraso —se disculpó mientras se sentaba frente a mí—. Tengo una noticia fresca, la nieta del viejo Leonard está embarazada. —Con lo cual comenzó a comer.

—¡Lo sabía! —Se irguió tía Faith en su silla—. Te lo dije, Alondra.

—Sí, cierto, mas no puedo dejar de sentir lástima por el viejo Leonard, es un gran hombre. —Tía Alondra se compadeció sin separar su vista del tazón que tenía delante.

—¿Quién es ese tal Leonard?

Mi pregunta era inocente, no iba con segundas intenciones después de llevar desde los diecisiete años lejos de Sleepy Hollow. Apenas me acordaba de ciertos nombres, así que la encontré lógica si quería enterarme de quién hablaban. Me equivoqué, les resultó chocante porque tres cabezas se tensaron, tres pares de ojos se clavaron en mi persona como si me hubiese metamorfoseado.

—Vamos a ver, puede que recuerdes a un señor al que los niños le robaban las manzanas de su huerto —tía Faith me explicaba desde su emoción.

—Me suena, sí.

—Ese es el viejo Leonard.

—Hará un año más o menos —continuó tía Alondra—, vino a vivir con él su nieta, una muchacha demasiado alocada, y lo único que le acarrea a su abuelo son disgustos.

—Siempre supe que este momento llegaría. —Tía Faith dirigió una mirada acusadora a tía Alondra—. Lo auguré, tú lo sabes y no me creíste. ¿Quién más lo sabe en el pueblo? —Centró su atención en Tom que comía casi sin respirar.

—A estas alturas se estarán enterando todos —esclareció sin levantar la vista del plato.

«En serio, dónde mete todo lo que come». Trabajaba mucho, sí, también hacía deporte, comiendo el doble mientras no engordaba ni un solo gramo.

—Bien hecho, Tom —lo felicitó tía Faith radiante—. Alondra, vámonos al pueblo, tú también, Cecilia, esta vez no te escaqueas —añadió antes de que pudiera decir nada.

Mis tías apuraron su desayuno todo lo que pudieron metiéndome prisa a mí también.

Pocas ganas o ninguna tenía de bajar al pueblo, tampoco hice a nadie partícipe de ello, para qué, como bien dijo tía Faith, no tenía escapatoria. Recogiendo los platos, le pregunté a Tom si venía, él me sonrió, se acercó a mí rodeándome los hombros con su

brazo y tras meditarlo, sus palabras no ayudaron:

—No, hoy tengo tareas que hacer por aquí. —Me besó en la sien para luego salir al

jardín.

Bufé resignada, también crispada.

Las tías me esperaban en la entrada cuando salí de la cocina. Cogí una chaqueta del

perchero y salimos, ellas delante, yo detrás. Hablaron animadamente durante todo el camino, no les prestaba mucha atención, ya tenía suficiente con controlarme para no dar la vuelta corriendo. Aún faltaba lo peor. Lo peor de lo peor. La manía más horrible que tenían mis tías. Yo la consideraba una manía; ellas, un divertimento.

Caminábamos por Beekman Avenue, la calle principal de Sleepy Hollow, donde

estaban las cafeterías, restaurantes, la vieja librería de los Burns, la tienda de los Grant entre otros establecimientos. Era la columna vertebral del pueblo. Coches y furgonetas

iban y venían constantemente. La gente entraba, salía, percatándose de la presencia de

mis tías que con sus vestidos a modo de túnicas de estilo *vintage*, sus sombreros, el de tía Faith de ala ancha, y tía Alondra sujetaba el suyo, más pequeño, con un bonito fular blanco de seda bordado, llamaban la atención. No obstante, ellas se encargaban que toda persona con la que se cruzaran no fuera indiferente. Saludaban a todos tan alegres; a los más pequeños, pronunciando su nombre para alterar un poco más a sus madres; a

los perros que se les acercaban, en contra de la voluntad de sus dueños, hacían el amago de agacharse. Ellas se lo pasaban en grande; la gente respondía como

recordaba, bajando la mirada, apurando el paso, cambiando de acera, tapando los ojos

de los niños, como si eso los protegiese de mis tías. Sin embargo, nadie, al menos así

lo percibí, se daba cuenta de mí, parapetada detrás mis gafas. Habían pasado muchos

años desde la última vez que paseé por estas aceras. Físicamente cambié mi melena por un pelo corto y adelgacé bastante a como era de niña. Aquella niña murió para dejar paso a una mujer que solo pretendía pasar desapercibida, pero Sleepy Hollow no

me lo permitía. Jamás me lo permitió.

—Es mucho pedir llevar una vida normal en este pueblo —mascullé entre dientes,

creyendo que mis tías no me escuchaban.

—Querida, por favor, cuándo aprehenderás que ser normal no es una peculiaridad virtuosa, sino falta de agallas —rebatí tía Faith.

—¿Ves a esa joven pareja que sale de la cafetería? —me señaló tía Alondra

poniéndose a mi lado. Asentí—. Él la engaña, no sabe cómo decírselo, ella lo ignora y

se aferra a él como si no existiera otro hombre en la tierra. Ahora, fíjate en la señora vestida de negro que se cruza con ellos, no está viuda, pero la única súplica que eleva al cielo es que se lleve pronto a su marido. ¿A eso le llamas tú tener una vida normal?

—Terminó con una pregunta que de retórica tenía poco.

—No, claro que no.

—Todas las vidas son normales —dijo tía Faith—, incluso la nuestra lo es, con el ingrediente añadido que le ofrece la magia.

No pensaba lo mismo, así que decidí callarme. Seguí a mis tías en silencio, al tiempo que ellas continuaban saludando y exasperando a los transeúntes, hasta llegar a

la oficina de correos desde donde enviaron varias cartas a algunos *amigos* de los que no sabía su existencia. Yo las esperé fuera, mirando los carteles pegados en los ventanales de la oficina, de espaldas al resto. Aunque pendiente, sin quererlo, de comentarios que eran viejos conocidos para mí.

—Mira, las Wells —señaló la señora uno.

—¿Te has enterado que la pequeña está de vuelta? —susurró la señora dos.

—Escucha, todavía no está confirmado, nadie la ha visto y, según tengo entendido, está igual de desequilibrada que su madre —informó, cual reportero, la señora uno.

—Quién no lo estaría viviendo con esas dos mujeres.

Las dos amables señoras se rieron por lo bajo, mientras la bilis me subía por el esófago.

—Valga decir que todos sabemos cuál es el final que espera a esa chica, por llamarla de alguna manera —señaló, fervientemente, la señora uno.

—Si te soy sincera, ojalá le llegue pronto su hora, y mira que no le deseo ningún mal a nadie, pero no me entristece, lo celebraré porque al final el pueblo se liberará de esta familia.

Rabiosa, apesadumbrada, impotente, llegué a casa tras haber dejado a mis tías en el

pueblo. Con una disculpa muy poco convincente, me permitieron regresar sin oponer

resistencia, cosa que agradecí. Ahora, fuera de la vista de esa gentuza, todas las emociones y los sentimientos me embargaron calentándome el cuerpo, me pusieron al

límite de mis fuerzas, de mis capacidades. Tenía ganas de chillar o de romper cualquier objeto que tuviera delante. Los nervios por callarme la boca me carcomían

por dentro.

Así lo hice.

Me desahogué con un viejo tronco que muchísimos años atrás fue un árbol. Cual saco de boxeo, lo golpeé con los puños, abriéndome los nudillos hasta hacerlos sangrar, para terminar dándole patas e insultándolo.

—¿Qué sabréis vosotros? ¡¡Nada!! ¡Aburridos, eso es lo que sois! ¡¡Ah!! —Unos brazos fuertes me alzaron en el aire alejándome del tronco—. ¡Suéltame! —le grité a

Tom.

No respondió, me llevó al porche, donde me puso sobre mis pies, sujetándome igual de fuerte que antes.

—Tranquila —me dijo al oído—. Venga, intenta relajarte, por favor, Cecilia.

Me arropó entre sus brazos inyectándome sosiego. Forcejeé, no quería que nadie me

parase ni me frenase, solo quería seguir pegando al árbol. Me fue inútil. Tom, por muchos golpes que recibiera, no se separaba, y poco a poco fui cediendo al calor, incluso a la calma, de su cuerpo, de este modo se apaciguó parte de mi agresividad.

Me volteó entre sus brazos para quedar cara a cara.

—Dime qué ha ocurrido. —Esta vez estaba muy preocupado.

—¡Nada!

Rompió el agarre sin alejarse de mí, rodeándome la cara con sus cálidas manos.

—¿Por qué me mientes cuando es evidente que algo te ha pasado? —me reprendió

con el azul de sus ojos más oscurecido. Volvió a abrazarme, empujándome para sentarnos en el columpio—. ¿Quieres hablar de ello? —preguntó con sus labios pegados a mi pelo.

Negué con la cabeza. Tantos sentimientos me ahogaban: por un lado, estaban esas tremendas palabras que todavía retumbaban en mi cabeza, y por otro, todo el aluvión

de sentimientos que despertaba en mí Tom. Abrazada a él como estaba, fui capaz de comprender entre mi ofuscamiento mental que su presencia me reconfortaba.

—Cecilia, solo quiero pedirte una cosa —me levantó el rostro con su dedo índice

apoyado bajo mi mentón—, no te cierres a mí, permíteme ayudarte, aunque solo sea escuchándote. No me alejes de ti, porque no puedo verte mal. Quizá por lo que siento

por ti —su voz aquí comenzó a temblar—, no quiero ver la tristeza reflejada en tu rostro.

Nos sostuvimos la mirada. Los segundos se convirtieron en minutos, y los minutos

en un infinito que nos rodeó mientras una fuerza irrisoria nos empujaba a acercarnos cada vez más, hasta que las puntas de nuestras narices se pegaron. Al unísono, suspiramos, convirtiendo nuestros alientos en uno; nuestras bocas separadas a escasos

milímetros se tentaban. Movida por un impulso, torcí la cara en el momento en que Tom iba a besarme. Lo hizo igual, me besó en la mejilla. Allí, sus labios quedaron posados durante un buen rato. Ese contacto me erizó la piel, consiguió que todo el cuerpo me hormigueara, mi deseo despertó de su letargo. Al fin sentí su barba en mi piel, no pinchaba, era suave. Enseguida me arrepentí de no haberle permitido besarme

en la boca.

—Lo siento.

—No sientas nada, no es un rechazo —dijo apoyando la frente mi sien—. Me has permitido besarte la mejilla, no te has separado.

Sus palabras me asombraron. Muchos hombres en su lugar se sentirían molestos.

Tom me demostró cada día, a cada hora, minuto y segundo que no era como otros hombres.

—Dime qué piensas.

—No ha sido buena idea volver, creo que me voy a marchar.

—Cecilia, ha sido la mejor idea, no te arrepientas, porque gracias a tu llegada nos conocimos, y de eso jamás me arrepentiré —me sujetó el rostro entre sus manos otra vez, imprimiéndome más valor a través de su tacto—, te lo aseguro.

Me dejé perder en él, ¿qué más podía hacer? Nunca un hombre me dijo palabras tan

bonitas. Una parte de mí se asustó, no estaba acostumbrada a estas demostraciones y me costaba fiarme. Apoyé las manos en el hueco de sus codos sintiéndome desfallecer,

aguantando, además, el calambre de dolor que me produjo mover los dedos.

—Permíteme ver. —Con sumo cuidado me cogió las manos, las observó y enarcó

una ceja negando con la cabeza—. Deja que te cure esos nudillos.

Nos levantamos en dirección al baño de la planta baja. Bajó la taza del wáter, donde me indicó que me sentara. Del armario que había encima del lavabo sacó un pequeño botiquín para hacerme las curas con dedos sueltos, expertos, delicados en su

tarea. No pudo impedir el escozor del agua oxigenada en las heridas. Lo miraba con atención, estaba tan

absorto que si le hablara no me escucharía. En ese mutismo, una pregunta asaltó mi mente: «¿hasta dónde estaría dispuesto a aguantar Tom?».

Capítulo 10 - Cuando las luces se apagaban

«Cecilia, ¿qué esperabas? ¿Que abrieran los brazos para recibirte?, ¿que te trataran

como a una famosa actriz de cine? Ya tenías que estar curada de espanto». Exacto, tendría que estar, pero nunca se estaba lo suficiente para escuchar lo que yo sin inmutarse, sin perder los papeles y no formar un espectáculo en medio de la calle, cuando la gente no era consciente de quién estaba cerca. Así crecí y así seguía siendo

la situación tras años de ausencia.

«Está desequilibrada como su madre». «Chica, por llamarla de alguna manera».

«Ojalá le llegue pronto su hora». Si alguna vez pensé que no iba a oír más de estas personas, me encontré con lo más grande. Todos sabían la historia de mi familia, sin embargo, también expusieron por vez primera que nadie la conocía a la perfección, o

al menos no conocían ni la décima parte de lo que decían saber, porque ninguno de ellos vivió en sus carnes atarse a un hombre de por vida en un amor verdadero al mismo tiempo frustrado. Así estábamos abocadas a vivirlo, hasta exhalar el último suspiro. Fue lo que vivieron casi todas las mujeres Wells desde Abigail, hasta la última: mi hermana.

La otra parte, la masculina, tampoco quedó ilesa. Lo sufrieron del mismo modo. Se

enamoraban de unas brujas odiadas, más allá de lo sano, por todas las mujeres de su

familia. Ellas imponían la ley, marcaban la línea divisoria entre los amantes, separándolos, encaminándolos a una vida junto a otras personas que no amaban.

Lanzándolos a un abismo donde solo cabía una posibilidad, y eso, a mi entender, no era

estar más loco, desequilibrado o ser un psicópata, porque en cada uno de estos casos,

esos hombres desencadenaban el final. Hombres que siempre rehuí: los Crane.

Era de noche, estaba sentada a los pies de la cama de mi hermana con una fotografía

entre mis manos. En ella, mi madre nos abrazaba a Emily y a mí de niñas. Fue la última

que hizo mi padre; el último y único recuerdo que me quedaba de mi madre. Intentaba

respirar tranquila, pero no lo conseguía desde ayer. Tampoco podía borrar de mi mente

la información vertida sobre mi madre en la cual se afirmaba que padeció alguna enfermedad de tipo mental. Fue lo que más me dolió de todo. Sin embargo, esta instantánea mostraba lo contrario. En ella, las tres estábamos sonrientes, se nos veía felices estrechadas en ese vínculo irrompible que los hijos

teníamos con nuestras madres. Aun así, las dudas sobre la persona que me dio la vida acampaban a sus anchas en mi interior, las controlaba por el día, aunque bullían virulentas cuando las luces se apagaban. Todo lo ocurrido a mi alrededor me estaba precipitando al vacío desde un agreste acantilado.

La angustia ahogó mi corazón al preguntarme, ¿y si...? ¿Todo hubiese sido diferente si...? Ya no tenía sentido dar vueltas a estas cuestiones, nunca obtendrían una respuesta. Pasé la yema del pulgar por el cristal, a la altura de los rostros de mi madre y mi hermana, para eliminar unas imaginarias motas de suciedad. Verlas me supuso cambiar una percepción de la que no me había percatado hasta entonces.

La soledad.

Soledad, esa infatigable compañera que, si se materializara en ser humano, sería mi mejor amiga, mi confidente, se exhibió ante mí más pesarosa, inclusive nefasta, cuando un mes antes brillaba sin la necesidad de nombrarla. Se cargaba sobre mis hombros, se mecía en mi alma al sentir latente el vacío que esas dos personas dejaron en mi vida y creí haber colmado en estos años vaciando mi memoria, confinando recuerdos hasta el olvido. Ahora, todo se tornaba en una mentira.

Mi vida era una mentira.

Oprimida de nuevo, con el corazón astillado, agujereado por espinas de dolor; mis entrañas percibían como las aguas del río Hudson discurrían melancólicas; el viento ululaba mohíno antiguos lamentos, mientras las copas de los árboles gimoteaban entristecidas desde sus alturas.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —La voz suave y dulce de tía Alondra me sorprendió.

No alcé la vista porque no podía separarla de la imagen que sostenía. Mis tías se sentaron una a cada lado de mí.

—Nunca la he echado tanto de menos —reconocí.

—Ella está contigo —comenzó tía Faith—, en el aire que respiras, en lo que percibes, en todo. Está aquí dentro —puso una mano en mi pecho—, forma parte de ti.

Su espíritu nos acompañará siempre. Nunca morirá mientras la recordemos.

—Mi querida niña, debes de soltar ese lastre que llevas contigo desde hace tanto tiempo, porque nada podrías haber hecho.

—Pude ayudarla y no lo hice.

—Nada podrías hacer —medió tía Faith—. Cecilia, es cierto que no todo está

escrito en el Destino, pero lo que Él conmina nadie puede deshacerlo.

Mis ojos saltaron de mi madre a mi hermana, pues de ella hablaban mis tías. Era como un angelito hecho carne, su carita ovalada reflejaba alegría en una sonrisa que acariciaba sus bonitos ojos castaños. Su melena también castaña brillaba a la luz del veraniego sol revelando el aura que la envolvía.

—¿Cómo es posible que yo no pudiese ayudarla? —reiteré.

—Debes perdonarte. Emily vivió su historia, jugó su papel con el riesgo que eso conllevaba. Nadie podía entrometerse —me explicó tía Alondra.

—Y tú te enfrentarás a aquello que tu hermana no fue capaz —sentenció tía Faith.

Observé los rostros de mis tías, diferenciados por el rictus serio de tía Faith y por la mirada dulce que profesaba el de tía Alondra.

—¿Esta era la noticia que no queríais contarme? —la pregunta salió de mi boca casi sin permiso.

Ahora podía esclarecer este tema.

—Hay más —reconoció tía Alondra—. Todo a su debido momento.

Bajé la mirada a la fotografía con cierta punzada de ansiedad, no por lo omitido, la verdad ya me daba igual, sino porque quería saber más de mi madre. Una persona sobre la que pregunté muy poco durante mi infancia y adolescencia.

—¿Y mi madre? ¿Alguna vez dio muestras de estar enferma? —Tenía miedo de cómo les sentarían mis preguntas.

Supe, sin verlas, que se miraron por encima de mi cogote. Yo mantenía la cabeza baja y los ojos clavados en mi madre. Una joven mujer sonriendo a la cámara, sentada

en el suelo junto a nosotras. Su rostro ovalado era feliz, pero sus ojos verdes encerraban un triste secreto. Al verla con más detenimiento, reconocí muchos de mis rasgos: la misma piel blanca, labios finos, naricilla respingona; el color ámbar del pelo en contraste con los ojos verdes nos daban un aspecto más salvaje, también en su

dentadura me reconocí. Su vestido blanco estampado con pequeñas flores, de tirantes y vaporoso, resaltaba el cuello estilizado que mi hermana y yo heredamos. Fue una mujer muy hermosa.

—Estás así por lo que escuchaste ayer, ¿verdad? —Tía Faith endureció más la voz.

—¿Cómo lo sabéis?

—Somos brujas, se nos estima más por lo que callamos. —Tía Alondra repitió esta frase que siempre nos decía a Emily y a mí cuando nos hablaba de nuestros orígenes.

Asentí sin mirarlas.

—Jovencita, tu madre estaba tan cuerda como Alondra, tú o yo. Jamás perdió la razón, aunque es cierto que sufrió por amor —tía Faith dijo lo mismo de siempre.

—Murió de mal de amores —afirmé.

—Sí, igual que Emily —intervino tía Alondra.

«Yo también acabaré como ellas. Sé que ese es mi final». No era la primera vez que pensaba esto.

Tía Alondra cogió la fotografía y la dejó encima de la cama. Tomó mis manos entre

las suyas, ese gesto me hizo levantar los ojos hacia ella. Me sonreía de esa manera maternal que cuando era niña.

—Vivirás tu historia, lucharás por ella y saldrás victoriosa.

Me apretó suavemente las manos en aseveración a sus palabras. Extrañada por su revelación, giré la cabeza hacia tía Faith que sonreía y asentía a la vez.

A pesar de estar al borde de un *shock*, un relámpago de indignación atravesó mi estómago, porque su mensaje era claro: me iba a enamorar perdidamente de un Crane.

Iban apañadas. Eso sucedería por encima de mi cadáver.

Capítulo 11 - Las hierbas de las brujas

Los acontecimientos de los últimos días me dejaron exhausta, con un cúmulo de sentimientos que debía ir gestionando en algunos casos; en otros, tirarlos lejos.

Complicado cuando la desconfianza se tornó como la señal a seguir. Sospechaba sobre

todo de mis tías por esa última conversación. Ellas mejor que nadie conocieron a mi

madre, pero ¿me contarían la verdad o solo querían que tuviese un buen recuerdo de ella? Esta duda se fue haciendo cada vez mayor, consumiéndome hasta tal punto que no

me soportaba a mí misma. Procurando una solución para alejarme de esas lides, cogí el

móvil y llamé a mis jefes por si me necesitaban, así, con la excusa del trabajo, me marcharía. No funcionó. ¡Qué ingenua! Me repitieron que solucionase mis problemas sin pensar en el tiempo invertido.

Contestación simple, directa, que me obligó a tomar una decisión: pasar todo el tiempo que podía con Tom. Su compañía calmaba cierta parte de mí, conseguía que mis

problemas fueran más ligeros porque era una persona ajena a mis cuestiones

familiares. ¡Error, Cecilia! Sí. Me aferraba a él como una balsa salvavidas que en cualquier momento podía hundirse y me arrastraría con ella. La otra parte la alteraba al máximo. Cada día me sentía más atraída por él, tanto que aquel casto beso me dejó con

ganas de más. Quería acariciarle las mejillas y que las yemas de mis dedos se perdieran en su barba. Continué sin importarme las consecuencias. No obstante, quería

que mis tías vieran mi interés hacia él porque todavía perduraban las palabras de tía

Faith que vaticinaban mi enfrentamiento con todo aquello que mi hermana no fue capaz.

El trasfondo no lo entendía bien, aun así, para mí, traducido al lenguaje normal, significaba: enamorarme de un Crane. «¡Jamás!», me repetía cuando me acordaba. Por

mi hermana sabía que su novio, Jason Crane, tenía un hermano pequeño. En más de una

ocasión, Emily incitó a que se produjera el tan esperado encuentro entre él y yo, pero

nunca lo consiguió. También era consciente de que más tarde o más temprano acabaría

tropezándome con él, hecho que evitaría, aunque, para ser sincera, se me escapaba de

las manos.

Durante los dos días posteriores a la conversación que mantuvimos las tres en la habitación de Emily, hablaba con mis tías de temas carentes de importancia; con Tom

tampoco quería ahondar en cuestión de sentimientos, él estaba más que dispuesto, yo no. El problema radicaba en mi caos mental. Sin embargo, el hastío iba haciendo mella

en mí. Conscientes de lo que me pasaba, mis tías fueron las que me dieron la solución:

practicar conjuros.

Funcionó, y ellas lo sabían.

Jamás pensé que la magia lograra aislarme de todos esos pensamientos que me ofuscaban y me aportase un lugar donde refugiarme, aprender, además de conocer el alcance de mis poderes. En esos días solo hice pequeños conjuros, fáciles todos ellos,

no quería arriesgarme con algo mayor que se me escapara de las manos y generara una

hecatombe.

El invernadero era mi laboratorio particular. De esqueleto de madera, caparazón de cristal, que permitía el control de ciertos factores ambientales para el desarrollo de las plantas, era el espacio más grande y bonito de esta casa. Cuatro columnas de madera, delgadas, altas, pintadas en blanco, dispuestas en sus extremos, sostenían las vigas, de igual grosor, que dibujaban sobre mi cabeza un enorme rectángulo en el que descansaba el alto techo abovedado del que pendían dos lámparas rústicas con motivos florales. La claridad del día y la calidez del sol se internaban a través de las cristaleras confiriéndole al invernadero un ambiente acogedor, aunque la luz no entraba por igual en todos los lados porque contaba con un aliciente. Los árboles, tan viejos como esta casa, estaban situados de forma que protegían a aquellas plantas que no podían estar en contacto directo con el sol. Otras precisaban de sombra constante, por eso se colocaban en zonas donde la luz no llegaba, reforzado a su vez por cristales opacos.

Algunas estaban en las estanterías del viejo mueble, gemelo del que tenía enfrente, donde se hallaban organizados los frascos. Las demás se embebían de los rayos solares.

Ese jueves, día de Júpiter como lo llamaba tía Faith, me confiné de nuevo con la misión de estudiar detenidamente las plantas que me rodeaban. Mis tías las cultivaron

durante años perpetuando su presencia en este invernadero. Sus nombres me eran familiares, pero ignoraba las propiedades curativas y mágicas de muchas de ellas. En

mi praxis estaba apoyada por el Grimorio o Libro Blanco, a Emily le gustaba llamarlo

así. Un enorme libro de pastas de cuero marrón que encerraba la sabiduría de mis antecesoras y pasaba de generación en generación. Entre sus hojas color sepia, bellos

grabados de amuletos, recetas de pócimas, tisanas, remedios en general convivían junto

a hechizos, contra hechizos, conjuros, algunos muy poderosos, como los de amor.

Había hojas que a los márgenes tenían anotaciones, otras contaban con trozos de papel

pegados en sus esquinas.

Sentada en un pequeño taburete, en la gran mesa del centro, frente al Grimorio, me

maravillaba por la minuciosidad con la que se describía cada planta, señalando aquellas partes a utilizar: la raíz o las hojas. Además, las ilustraciones no escatimaban en detalles, dejándome realmente admirada porque parecían realizadas por la muñeca

experta de un artista. Contemplaba una bastante simpática. Se trataba de la

Mandrágora autumnalis, cuya raíz era de forma antropomórfica, debido a que las diferentes bifurcaciones representaban las extremidades y el cuello humanos. Me

incliné más sobre el libro para perderme en la precisión con que se delinearón las hojas, los nervios que las atravesaban, sus bordes, sus flores o los frutos, muy semejantes a una manzana. Pero pronto me erguí al sentir un rayo eléctrico subirme por

la columna vertebral hasta el último capilar de mi cuero cabelludo. Esa extraña descarga solo era ocasionada por una fuente de energía: Tom.

Sí, él estaba detrás de mí y, aunque no pudo verme, sonreí como una idiota al sentirlo.

—Puedes acercarte.

No me esforcé en girarme, todavía mi interior se estaba recuperando de su repentina presencia. Solo escuché como en dos zancadas se pegó a mí. Puso las manos sobre mis

hombros masajeándolos lentamente, de vez en cuando las yemas de sus dedos rozaban

la piel en la base de mi cuello, hostigando mis sentidos, obrando que mi deseo resurgiera de nuevo. Dejé caer hacia atrás la cabeza, apoyándola a la altura de su estómago. Aprovechó para besarme el pelo.

—¿Qué haces aquí tan sola? —Su aliento me erizó el vello de todo mi cuerpo—.

¿Continuas con tus conjuros?

—No, hoy me propuse aprender más sobre todas estas plantas —esclarecí con voz

queda, perdida en lo que me hacía sentir.

—Buena idea, a ver si consigues convencer a tus tías para que me dejen sacar ese espino.

Me di la vuelta rompiendo el contacto de piel con piel.

—Eso no lo puedes hacer —protesté, mirándolo fijamente—, lleva siglos en esta casa protegiéndonos y recordándonos lo que pasó.

—Joder, ¿hay que dejar esa cosa fea ahí? —lo señaló con la mano, sus cejas se alzaron formando dos uves invertidas que por poco se le unían en el centro.

Giré el cuello para ver como de la gran vasija de barro salía un tallo con espinas que recubría gran parte de las paredes y el techo.

—Ni es un espino ni una cosa fea, en su día fue un rosal del que brotaban rosas rojas, símbolo de la pasión amorosa, pero una maldición surgida de lo más profundo

de un corazón roto hizo que perdiera las hojas y las flores y que quedara desnudo con esa apariencia inerte. Solo le nacen esas grandes espinas causadas por el dolor. —Ese fue el principio de lo acontecido en mi familia.

—A pesar de su triste historia, es feo.

Entorné los ojos para mostrarle mi desacuerdo porque mi explicación no valió de nada, él pensaba lo mismo. Mis palabras fueron en vano.

—¡Eh, no me mires así! —replicó—. Es muy feo en comparación con el resto de las plantas.

—A veces la belleza se torna peligrosa.

—¿Por qué dices eso?

Me levanté, poniéndome a su lado. Desde donde estábamos tenía la vista perfecta para mostrarle la verdadera identidad de aquello que era bello ante sus ojos.

—Si te fijas, hay dos sectores bien diferenciados: a tu derecha están las plantas medicinales que todo el mundo conoce por infusiones, aceites esenciales u otro tipo de tratamiento de herboristería y cosmética, por ejemplo, el aloe vera, el jazmín, la *Verbena Officinalis*, las uvas de oso, menos conocidas, la Melissa, la hierba Luisa, las diferentes Artemisias, el romero que también está en el jardín. Sin embargo, a tu izquierda están las que se consideran desde la antigüedad como *las plantas de las brujas*. —Hice una pausa para fijarme en Tom, que parecía muy interesado en el tema

—. Las más peligrosas son: la Atropa Belladona, el Estramonio, el Acónito Común, el Beleño Negro o Hierba Loca, el Beleño Blanco; aquellas que están a la sombra —las señalé con el dedo—, son la *Mandrágora Autumnalis* y la *Mandrágora officinarum*, todas ellas son muy venenosas...

—¿Qué diferencias hay entre los beleños y las mandrágoras? —me preguntó volviendo por unos segundos la vista hacia a mí.

—Entre las mandrágoras, son las raíces; en la *Autumnalis* es de forma antropomórfica, ¿no ves? —le toqué el brazo y le señalé el dibujo del libro.

—Interesante —lo miró con detenimiento asintiendo con la cabeza—. Continúa, por favor.

—La raíz de la *Officinarum* es en forma de zanahoria. Después, por las flores y los frutos, para que te hagas una idea, en la primera tienen una forma similar a la manzana; en la segunda, a tomates. En cuanto a los beleños, ven. —Le indiqué que nos acercáramos a las plantas—. Este es el Beleño Negro, sus flores son de tono amarillento con el centro muy oscuro, como los nervios de los pétalos, en cambio, el

blanco —señalé al que estaba al lado—, es de tonos claros: amarillo con el centro verde. Este se utiliza para hechizos de amor. No obstante, hay otras, como la Hierba Mora, la Ruda o la Cicuta, que son igual de peligrosas.

Terminé de explicarle cada una de ellas cruzándome de brazos, dirigiéndole una mirada curiosa para ver cómo reaccionaba, y no se hizo esperar. Tom se estiró un poco

sobre sí mismo, me ofreció una mirada inquisitiva aguantando la risa.

—Lo bello no es siempre tan agradable como aparenta —apostillé.

—Entre las medicinales y las peligrosas, yo tengo mi favorita.

—¿Cuál?

Se volteó para quedar frente a mí antes de responder:

—Tú.

Si pretendía derribar mis defensas, lo consiguió. Jamás imaginé una contestación como esa. Me cautivó el romanticismo impreso en sus palabras, y su declaración de intenciones estaba clara: le importaba muy poco quién era yo. Me dejó tan bloqueada

que bajé la cabeza al notar como se coloreaban mis mejillas, además de tener el corazón latiendo a mil por hora. Tom dio un paso acercándose más a mí. Deshizo el cruce de mis brazos y me cogió las manos llevándoselas a los labios para besarlas.

Sentir el tacto de su boca sobre mi piel me hechizó, me puso al borde de un ataque. Me excitó. Luego las miró con cierto interés, pasando las yemas de sus pulgares por los nudillos.

—Tus manos están casi curadas —dijo con voz enronquecida.

Respiré profundamente antes de responder sin mirarlo:

—Un ungüento de mis tías hecho a base de Consuelda Mayor y otras plantas. —Mi voz era temblorosa.

Al romper ese contacto, nuestros dedos se entrelazaron, nuestras respiraciones se agitaron, acortamos la distancia acabando más pegados. Alcé los ojos y lo que vi me

sorprendió. Su mirada se había oscurecido, su azul se convirtió en fuego cuando sus ojos bajaron hacia mi boca. Durante esos segundos o minutos, me sentí desfallecer, me

cortó el aliento e inconscientemente separaré los labios para permitir la entrada de aire a mi interior. Ese gesto tuvo efecto inmediato en Tom. Abrió las alas de su nariz, apretando mis dedos entre los suyos, en un ejercicio que yo percibí como de autocontrol. No quería que se controlara.

Hoy no.

Embriagaba por la excitación que nos turbaba en el invernadero, lanzada como nunca estuve, empujada a saber por qué tipo de impulso, fui levantando el rostro exponiendo mis labios. La línea fina que dibujaba su boca se estiró en una imperceptible sonrisa, sus ojos volvieron a los míos para captar alguna fisura en mí.

No la encontró porque no la había. Seguro, bajó su rostro, acarició con su punta de la nariz la mía, para después juntar nuestros labios.

Suspiré.

Cerré los ojos dejándome llevar.

Sus labios suaves desprendían calidez y ternura. El tacto de su barba hizo vibrar cada fibra de mi cuerpo. La sensación era indescriptible, única. Tom, con maestría, movió un poco la boca permitiéndole así atrapar mi labio inferior. Mi boca respondió,

se entreabrió, acarició la suya suplicando más. El deseo, ya presa de mí, me dejó desprovista de todo juicio, olvidándome de donde estaba.

En el ahora, solamente Tom y yo teníamos cabida.

—Muchachos, te... —La realidad me zarandeó al escuchar la voz de tía Alondra.

Me separé de Tom unos centímetros. Abrí los ojos sorprendida, cazada, al tiempo que mi cara y mis orejas ardían. Tom, frente a mí, estaba pálido, como si viese un fantasma, no se movía. La situación era de lo más rara.

—¿Interrumpo algo?

—No, Alondra, yo ya me marchaba. —Tom me miró una última vez antes de salir.

Aturdida fue como me vio mi tía que, sin decir nada, se dio media vuelta y desapareció en la cocina.

Capítulo 12 - «¡Mentirosos todos!»

—¿Te gusta la música de David Guetta? —Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que a Tom le gustase ese tipo de música.

—Por supuesto, y la que suena la sé de memoria. —Hizo una pausa mientras el locutor presentaba la canción *She Wolf*—. Me recuerda a ti, atiende.

La voz de la cantante resonó en los altavoces de mi coche. Normalmente no ponía la

radio, sino algún disco que tenía en la guantera, sin embargo, hoy el conductor era él, así que le permití escoger. Lo último que pensaba era escuchar a David Guetta. Tom bajó el volumen para que oyese la letra de su propia voz:

— *You hunted me down / Like a wolf, a predator / I felt like a deer in love lights /*

You love me and I froze in time / Hungry for that flesh of mine / But I can't compete with the she wolf who has brought me to my knees^{3...} —dejó de cantar, pero sus dedos tamborileaban en el volante—. Lo dicho me recuerda a ti.

Estupefacta estaba yo. Sentada en el coche, clavada, giré poco a poco la cabeza, y ahí estaba él tan tranquilo.

—Es un poco creído por tu parte pensar que te amo, ¿no crees? —tenía que decirlo o reventaba.

Por unos breves instantes, separó la vista de la carretera para guiñarme un ojo.

—Sé que me amas —sonrió engreído.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Por la forma en que me hablas, me miras, no me rehúyes, son muchas las pruebas que hay, aunque lo niegues.

—A eso lo llamo gustar, no amar —repliqué molesta.

—Lo dejamos en una mezcla de los dos con tendencia al amar.

—Vamos a ver, Tom, es un poco fuerte que hablemos de amor.

—No lo veo tan fuerte, es más, no voy a negarlo.

—Por favor, que no hace ni un mes que estoy aquí.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¡En menos de un mes es imposible amar a alguien! —

exclamé abriendo los brazos como si fuera obvio.

—El tiempo no es un inconveniente.

—Lo es porque no nos conocemos.

Aparcó delante de la tienda de los señores Grant, apagó el motor y me miró

fijamente, con seguridad.

—¿A veces no te parece como si nos conociésemos de toda la vida? —Su pregunta me aturdió más cuando yo no lo recordaba, por eso callé, aparte porque no me salían las palabras—. ¿Ves? Ya me has respondido.

Bajó del coche como si tal cosa, dando por sentado algo que no era cierto.

Desabroché el cinturón de seguridad y bajé. Nos encaramos en la acera, donde me dio las llaves.

—No te he respondido —le recriminé, guardándolas en el bolso.

—Tu silencio habla por ti.

—Jamás te vi, Tom —reconocí cansada. No podía desmontar su teoría.

—Sí me viste, pero no te atreves a recordarlo. —Sin perder la seguridad que desde hacía tiempo lo acompañaba, echó a caminar dejándome en mitad de la acera.

Su contestación me extrañó, alojando un resquicio de duda en mí. Sleepy Hollow no era tan grande, conque probablemente nos tropezásemos y yo no me percatara. Estaba visto que él sí lo recordaba, por lo tanto, había mentido el día que llegué. No comprendí su mentira.

Dándome cuenta de dónde estaba, avancé para ponerme a su altura. Llegamos a la tienda cuando un hombre fuerte, musculoso, de melena negra como el carbón, al igual que sus ojos, salía.

—¡Hola, Kevin! —lo saludó Tom amablemente.

—¿Qué hay?

Kevin, otra persona que mi mente se negaba a recordar, sin mostrar ningún tipo de

temor, no me quitaba ojo de encima, me escudriñaba de una manera rara. Tom me cedió el paso, así aproveché también para escaparme de ese hombre que no transmitía nada bueno.

Entré en la tienda donde Jeff y Fiona Grant me recibieron con los brazos abiertos.

Ella me achuchó y me dio un sonoro beso en la mejilla. Me acaparó interesada en cómo estaba, si salía a divertirme o qué hacía para matar el tiempo ahora que había vuelto.

Sus preguntas no me incomodaban, era mero interés sin malicia, no se utilizaría en mi

contra ni tampoco saldría de aquí en forma de cotilleo. Para mí era como estar hablando con un familiar, más que con un conocido. Aunque estaba pendiente de la conversación, no perdí ojo de las dos cajas que entre Jeff y Tom sacaron del privado

que había justo detrás del mostrador.

—Cecilia, dame las llaves del coche para guardar todo, por favor —me pidió.

Las saqué del bolso, lanzándoselas. Las cogió al vuelo y salió detrás de Jeff. En ese momento me acordé de mi propia compra.

—Fiona, estaría hablando más tiempo contigo, pero tengo que comprar unas cosas para mí.

—Coge lo que necesites, si no encuentras algo avísame.

Su sugerencia no cayó en saco roto. El local poco había cambiado, era de tamaño medio; entrando, a mano izquierda estaba el mostrador; los estantes, cuya distribución

sí podía ser distinta, iban formando pequeños pasillos. Paseé entre ellos hasta encontrar los tampones y las compresas, que olvidé en el cuarto de baño de Manhattan.

Un pinchazo de añoranza me revolvió por dentro, echaba de menos la ciudad, un poquito menos que cuando vine, porque Tom ayudaba a que así fuese. Sonreí al recordar la conversación del coche.

La campana de la puerta sonó anunciando que alguien entraba. Busqué aquello que necesitaba y cogí dos paquetes de cada. Si me apuraba, nadie se percataría de mi presencia.

—¡Hombre, Crane! ¿Y tú por aquí?

Ese apellido atronó en mis oídos explotando en mi cabeza. Impresionada, los bultos se deslizaron de mis manos y cayeron al suelo. Sin prestar atención a nada, movida por

una curiosidad muy enfermiza, levanté la vista hacia el espejo que había en lo alto de una esquina. Lo que vi me heló la sangre: un chico alto, fuerte, rubio se dirigía a Tom. Esa imagen fue una patada en todo el estómago.

«¡Será cabrón de mierda!», pensé cerrando los ojos, abriendo las aletas de la nariz, apretando los labios y mordiéndome la lengua para no ponerme a chillar. Dejando todo tirado en mitad del pasillo, salí de mi escondite a toda velocidad, tomé las llaves que ese mentiroso había puesto en el mostrador y me fui.

—¡Cecilia! —Lo oí que me llamaba.

Pasé. Tenía que pasar porque si no iba a cometer un homicidio a plena luz del día.

Me monté en el coche completamente ida por la furia que me corría por el cuerpo entero, metí la llave en el contacto y arranqué el coche, pero a ese ser abyecto le dio tiempo a subirse.

—Cecilia, ¿qué te pasa? ¿Por qué te has marchado así?

Di marcha atrás, enderecé el coche para luego pisar el acelerador.

—¡No vayas tan rápido! —protestó—. ¿No vas a decir nada?

—Como no te calles, juro que te meto el puño en la boca —dije entre dientes.

Tenía que llegar a casa para hablar con mis tías, pedirles explicaciones por todo esto. Me mintieron y no supe verlo.

Me sentí traicionada.

Aparcando el coche de cualquier manera, me bajé. Di un portazo, fulminándolas con

la mirada. Estaban en el pequeño huerto de hortalizas; tía Alondra sostenía un rastrillo, tía Faith tenía una pequeña pala en las manos. Me miraban tranquilas, sabían

perfectamente qué sucedía. Seguro que lo pronosticaron y como otras tantas cosas se callaron la boca.

—¡A casa! ¡Tengo que hablar con vosotras! —exigí subiendo las escaleras del porche.

Fui directa a la cocina escuchándolos cuchichear a mi espalda y como mis tías intentaban tranquilizar a Tom.

Irritada, nerviosa como nunca estuve en mi vida, caminaba de un lado a otro, así me

encontraron. No les di tregua, quería mi explicación, ¡la quería ya! Me la debían.

—Vosotras sabéis que es un Crane desde el principio. —Con los brazos en jarras me enfrenté a ellas—. Me dijisteis que lo conociera, acepté porque es el chico que vive aquí, pero sabíais la verdad y ahora la pregunta es, ¿cuándo teníais pensado decírmelo!?

Se mantuvieron en silencio mirándome, no parpadeaban, lo que me permitió ver una luz en mi ofuscada mente, o quizás encenderme un poco más.

—No ibais a decirme que era un Crane, ¿verdad? —Me apreté con más fuerza los huesos de las caderas.

—¡Lo sabía! —irrumpió Tom, llevándose las manos a la cabeza, desesperado.

—¡Tú cállate, que nadie te ha dado vela en este entierro! —Lo señalé con el dedo, más cabreada que antes.

—¡Estás hablando de mí!

—¡Bag! —Hice un gesto con la mano indicándole que pasaba de él. Volví mi atención para ellas—. ¿Este era uno de esos temas para los que no estaba preparada?

Pues mirad por donde me enteré, y no precisamente por boca de mi familia. —Cerré las manos, mi garganta se obstruía por un extraño dolor—. ¡Jamás pensé que fuerais tan

hipócritas! Después de hablarnos mal de toda su familia, tenéis en casa a un Crane, ¡ni más ni menos que a un Crane!

—¿Cómo?

Tom estaba perplejo por el reproche que les hice a mis tías. Iba siendo hora de que se enterara de la verdad.

—En esta casa no tolero ningún insulto —declaró tía Alondra aparentando tranquilidad.

—¡No pongas en nuestras bocas palabras que nunca hemos dicho! —defendió acertadamente tía Faith, en el fondo sabía que llevaba razón—. ¡Quién os habló mal fue vuestra madre, y después tú te convenciste al enterarte de la historia compartida de nuestras familias! Muchachita, no nos acuses de tus propias faltas.

—¡Me habéis mentido! —grite con impotencia—. ¡Mentirosos todos! ¡Los tres!

—Mi niña, si no te hemos dicho nada antes, fue para que no te marcharas y

desaparecieras de nuevo —reconoció tía Alondra con rostro afligido—. Queremos verte feliz, que disfrutes con la mieles de la vida, aflojarte ese dolor que arrastras.

—Lamento deciros que habéis fracasado estrepitosamente. —Las lágrimas amenazaron al fin por desprenderse de mis ojos a medida que el nudo en mi garganta se estrechaba cada vez más—. Nunca pensé algo así de vosotras, nunca.

—Espera, mi niña...

Dando por finalizada la conversación, dejé a tía Alondra con la palabra en la boca, tenía que vérmelas con una persona que también había propiciado de alguna manera esta situación. Me dirigí a la puerta de la entrada con paso acelerado.

—¡Cecilia!

Obvié la voz de Tom que sonó detrás de mí. No quería oír sus palabras.

—¡Para, por favor! —Me agarró por el brazo, aunque no me di la vuelta para mirarlo—. Todo lo que te dije es cierto, lo que siento por ti, todo —reveló con voz enronquecida.

Su confesión me cayó como un jarro de agua fría, la sangre me hirvió de rabia por oírsele decir justo ahora, complicándolo todo aún más. Me giré y le di una bofetada en toda regla. La primera que di en mi vida y se la di a un Crane. Tom abrió los ojos alzando un poco las cejas, se llevó la mano a la mejilla donde había estrellado la mía.

—No lo vuelvas a decir porque no te creo, ahora nos separa un abismo y no pienso tener ningún tipo de trato contigo, haz como si no existiera porque es lo que voy a hacer contigo, Crane —pronuncié su apellido con todo el desprecio que me salió por la boca.

Salí corriendo.

Corrí lo más rápido que me dejaron mis zapatos. Pronto la respiración se me agitó, no por el cansancio, sino por los nervios, haciéndome consciente del vacío que se produjo en algún momento en mi pecho. El nudo en mi garganta se aflojó dejándome un

horrible dolor al tragar. Mi cuerpo estaba cediendo a todas las emociones que me rodearon en la última media hora, hallándome vulnerable a todo.

El bosque fue testigo de cómo rodaron las primeras lágrimas por mis mejillas. Así, corriendo, lloré. La naturaleza permaneció a mi paso estática, como si fuera un escenario de cartón

piedra. Ni pájaros cantando, ni viento soplando, ni sonidos de árboles, nada sonaba aparte de mis pies contra las piedras o el sonido del agua. Otra

vez, silenciosa, me acompañaba por el camino que me acercaba al cementerio.

No hacía muchos días que pasé por aquí. Los recuerdos se hacinaron en mi mente cuando, ignorante de todas las mentiras, mi vida era un poco más fácil por... Pensar en

él me hizo apretar la mandíbula, apurar las zancadas y soltar más lágrimas que me escocían en los ojos. El hueco en mi interior fue haciéndose más grande, el corazón me

retumbaba produciendo un extraño eco que me taponaba los oídos. Alejé de mi mente

esas imágenes basadas en una gran pantomima y me centré en el camino que, si no había cambiado en estos años, me llevaría a una oquedad que había en el muro del cementerio. Y así era.

Me colé por ella para enfrentarme con la otra persona que desde hacía seis años era

conocedora de todo lo sucedido: mi hermana. Corrí a través de las tumbas

profanándolas por la inquina que irradiaba mi persona. Sabía el lugar exacto donde estaba enterrada, incluso qué lápida era con los ojos cerrados.

Cuando la tuve delante, no me callé nada.

—Tú lo sabías —sorbí la nariz—, por eso aquel día me lo dijiste, te regocijaste en

el futuro a pesar de tu dolor. He venido para redimirme de todo lo que había dicho, Emily, pero ahora me arrepiento, eres lo más ruin y vengativo que hay y da gracias de

estar muerta, porque si no fuera así, te mataría con mis propias manos, te... —Me tapé

la boca con las dos manos para no poner voz a lo que mi mente clamaba.

3 Me has cazado / Como un lobo, a un depredador / Me siento como un ciervo en las luces del amor / Me amas y me congelo en el tiempo / Hambriento por probar de mi

carne / Pero no puedo competir con la loba que ha tomado el control de mis rodillas.

David Guetta, *She wolf (Falling to pieces)*. *Nothing but the beat Ultimate*. EMI Music, Virgin Records. 2011.

Capítulo 13 - La última conversación

Manhattan, seis años atrás.

Con las llaves en la mano, salí del ascensor hacia la puerta del fondo,

correspondiente al apartamento de mi hermana. La introduje en la cerradura y, con dos

vueltas, se abrió expulsando un aire viciado, malsano, como si hiciese siglos que no se ventilara. La reacción instintiva de mi cuerpo fue fruncir la nariz por el asco que me produjo. Toda la casa estaba a oscuras, en un silencio insalubre. Parecía deshabitada,

pues no había síntoma alguno de vida humana.

—¡Emily, soy yo! —alcé la voz para que me escuchara.

Cerrando la puerta con el peso de mi cuerpo, busqué a tientas el interruptor; al pulsarlo y encender la luz, comprobé que la oscuridad se debía a que las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas, salvo la del pequeño salón, pero daba lo mismo, desde mi posición vi las persianas bajadas y las cortinas echadas.

Viendo cuál era la situación, consciente del calvario de mi hermana, decidí tomar las riendas del caos en el que vivía desde hacía un año. Para ponerle fin, me dirigí al salón guiándome con la luz del pasillo. Avancé al mismo tiempo que se me revolvían

las tripas por ser yo, una vez más, quien recompusiese los despojos tirados por otros.

¡Crack!

El sonido de cristales rotos bajo las suelas de mis Converse irrumpieron captando

mi atención, avisándome que las cosas iban peor de lo que podía pensar. Con rapidez

me acerqué a la ventana, corrí las cortinas y subí la persiana permitiendo que entrara la luz del día. Poco a poco, pude observar como el polvo volaba loco a mi alrededor exponiendo también la suciedad. La persiana llegó a su tope bajo mi estupefacción. El

salón estaba patas arriba, como si un tornado pasase destrozando todo a su paso. Así,

había un móvil hecho añicos en el suelo, otro tirado de cualquier manera en el sofá; el jarrón de barro que le regalé a Emily un año por Navidad yacía muerto sobre la mesa;

los cristales que pisé eran de varios portarretratos arrojados al suelo, junto a ellos un montón de fotos rotas. No daba crédito a lo que estaba viendo.

—Baja la persiana, me molesta la luz. —Emily estaba en la puerta protegiéndose los ojos con los brazos. Caminaba hacia atrás escapando de la claridad,

resguardándose en el pasillo que volvía a estar oscuro.

—Ni lo sueñes —protesté.

—Me hace daño, ¿es qué no lo entiendes?

Sin prestar atención a sus quejas, me giré y abrí la ventana permitiendo que el aire

refrescara el ambiente, regenerándolo también. Luego, sin pisar los cristales, me acerqué a Emily. Su

aspecto era patético, en pijama, despeinada, con el rostro achicado por el dolor, con sus ojos castaños inyectados en sangre, empequeñecidos e hinchados

de llorar a saber cuánto tiempo. No sentí pena por ella, sino vergüenza.

—Al baño, necesitas una ducha —ordené.

—No la...

—Sí la necesitas —la interrumpí—. Tienes que despejarte y volver a ser una persona.

La cogí por el brazo obligándola a caminar. No opuso resistencia, lo agradecí, porque no sabría cómo respondería tras ser testigo presencial del incipiente final que

se estaba precipitando en la vida de mi hermana.

—Venga, desnúdate, ahora te traigo ropa limpia.

Sin tener por qué hacerlo, le abrí el grifo del agua caliente y salí cerrando la puerta, dándole así un poco de intimidad. Fui hasta su habitación. Tenía los cortinones echados de tal forma que no permitían la entrada de luz. Las corrí revelando una habitación revuelta, donde la ropa colgaba de los cajones mezclándose la limpia con la sucia; las

sábanas estaban tiradas hacia un lado de la cama, mientras la almohada estaba hecha un

ovillo, posición en la que mi hermana tuvo que pasar horas, sin embargo, un papel sobresalía de debajo. Me acerqué, lo cogí y comprobé que era una foto de Jason, un año atrás.

Era en casa de mis tías, en Sleepy Hollow. Sonreía a la cámara mostrando su dentadura blanca, sus ojos azules brillaban jubilosos, estaba afeitado. Nunca lo había

visto afeitado. Tenía un rostro de líneas armónicas, ya que sus pómulos altos y nariz alargada estaban en sintonía con su frente ancha, mandíbula sutilmente cuadrada terminada en un mentón estrecho. Estaba más delgado en comparación con la última vez

que estuve con él. Un sentimiento de rechazo me impulsó a dejarla sobre la mesilla porque él era la fuente de sufrimiento de mi hermana.

Recordando a qué vine, fui hasta el armario de donde saqué un chándal; de la cómoda, la ropa interior. Abandoné esa leonera para ir directa al baño. Entré sin llamar.

—Tienes ropa limpia encima del lavabo —le avisé porque ya estaba duchándose.

—Vale —dijo con voz apagada.

Salí de nuevo. Me tapé la cara con las manos tragando así el grito que quería soltar.

Controlándome, respiré hondo y comencé a limpiar con rapidez la casa. Empecé por el salón, después por su habitación; haciéndole la cama, al colocarle la almohada noté que estaba húmeda en ciertas partes. Lloró, tuvo que estar llorando casi toda noche.

Comprobarlo no me conmovió, al contrario, me cabreeé más, porque estaba dando importancia a un hombre que no la quería. Terminé por la cocina, lo que me relajó.

Había utensilios sucios, en algún momento comió. Todo al lavavajillas, comida estropeada a la basura, sin comprender como no había bichos.

Al final, parecía una casa y todo.

Le preparé, a mayores, una infusión a base de valeriana, melisa y amapola de California.

—Gracias. —La voz de Emily me sobresaltó.

—No es nada, ahora siéntate y tómate esta infusión. —Se la coloqué encima de la mesa, ella se paró frente a mí acariciándome la mejilla. Luego se sentó y con manos temblorosas cogió la taza para beber un poco—. ¿Qué pasó, Emily?

Apoyé las caderas en la encimara, cruzándome de brazos, esperando su contestación. Tampoco me pasó desapercibido que mi pregunta la incomodó; como solía hacer en esas tesituras, esquivó mi mirada.

—Ayer discutí con Jason. Estuve todo el día intentando localizarlo. Cansada, esperé a que me llamara él por la noche. Le he pedido otra vez que no vaya a Afganistán, es peligroso, si eso no le valía, que pensara en mí. —Paró unos instantes, jugando con la taza que sostenía entre sus manos—. Él respondió que me dejara de tonterías, es lo que tiene que hacer por su país. Sigue reprochándome que no lo apoyo ni comparto su ilusión, me llamó egoísta. Dijo que estaba muy cansado y colgó. —Me miró al fin con

los ojos completamente anegados en lágrimas—. Lo estoy perdiendo y no sé qué hacer para retenerlo. —Se mordió el labio inferior tratando de contener los temblores.

Las lágrimas ya se deslizaban por sus mejillas suicidándose poco después al caer al vacío.

—Te lo dije.

—¿Cómo? —preguntó limpiándose las lágrimas con las mangas del jersey.

—Te lo dije, es más, llevo tiempo advirtiéndote de este momento, pero tú nunca me

escuchas, te escudas en que Jason jamás hará nada que ponga en riesgo vuestra relación, ¿puedes afirmarlo ahora?

—Cecil...

—No, ahora vas a escucharme, aunque no quieras. —Con la furia hirviendo dentro

de mí, me acerqué a la mesa, apoyé las manos y me eché hacia adelante de un modo bastante agresivo—. Siempre te reíste de mí cuando te decía que el amor es una adicción. ¡Mírate! Te has convertido en una amoradicta, una amor-yonqui desesperada

que no sabe qué hacer para conseguir un poco de su droga llamada Jason Crane. Tienes

tanto mono de él que si aparece ahora mismo por la puerta y te dice ven, tú te echarías a temblar, como el yonqui cuando le ponen heroína delante, terminando en sus brazos al

final. Si hasta tu aspecto delata la necesidad de tu chute diario. Tienes una pinta patética, das vergüenza, pero tienes lo que te mereces. No me despiertas ninguna

lástima, tú tienes toda la culpa amando a un hombre que a ti no te ama. —El ataque fue de órdago, solté por la boca lo guardado durante años.

El pecho me subía y me bajaba alterado por los nervios, dominantes de todo mi ser.

La relación con mi hermana estaba muy deteriorada, para mí, perdida desde hacía mucho tiempo.

—Eres una amargada —me recriminó como siempre.

—Prefiero ser una amargada que no una arrastrada implorando amor.

Me erguí manteniendo las yemas de los dedos apoyadas sobre la mesa. Emily,

llorando, se cubrió la cara con las manos, respiraba con cierta dificultad por los sollozos amargos que salían de su garganta. Se frotó los ojos con los dedos para mirarme fijamente mientras las lágrimas continuaban rodando por sus mejillas.

—No reconozco a mi hermana en la mujer en que te has convertido, Cecilia. Eres insensible y fría.

—Lo que ves como frialdad es protección, deberías haberlo hecho tú para no estar

agonizando. ¿A esto le llamas amor? ¿Estar tirada como un trapo? ¡Ni Jason te quiere,

Emily! —Giré la cabeza hacia un lado negando, apreté los labios en un vano conato por calmarme—. No entiendo como las tías te permitieron llegar a este punto, las tres

sois culpables de esta situación.

—Algún día te enamorarás y te acordarás de estas palabras, yo espero ver como el sufrimiento se convierte en tu modo de vida. —Se defendió sin fuerzas.

—Si pasa, nunca rogaré. Es mejor ser fría que no un ser débil, dependiente, incapaz de hacer nada por sí misma. —Le dirigí una mirada encendida por el odio—. Eso es lo que eres, un ser deprimente que no vale para nada...

—Vete —dijo entre lágrimas. Me quedé paralizada—. Vete, no necesito que me echen más mierda encima...

—Mejor —contesté indiferente—, porque me enervas.

Salí de la cocina escuchando sus lloros. Cogí mis pertenencias y abrí la puerta dispuesta a no regresar a esta casa.

—Adiós, Cecilia.

La voz de mi hermana sonó por encima de mis hombros. No miré para atrás, crucé el umbral pegando un portazo.

Capítulo 14 - «Esta soy yo y... tú»

De vuelta a la actualidad

Los días posteriores a aquella discusión horrenda, no tenía palabras para definirla, fueron agotadores. El dolor se liberaba en cada rincón de la casa, el silencio se convirtió en la conversación que mantenía con mis tías desligándome de ellas, al menos en todo lo que podía.

Aflicción. Esa era la palabra correcta.

La perfidia describía la situación. Los tres cometieron ese ignominioso acto. Iban en el mismo saco, cortados por el mismo rasero, porque la mentira también pendía de sus bocas. Así lo vi y lo sentí. No dejaba de ser penoso. A mis tías las quería más que a esa madre a la cual no recordaba; siempre pude fiarme de ellas, sin embargo, con este vuelco de la historia ya no lo tenía tan claro. ¿Esperaba alguna explicación por su parte? No. Rotundamente no. Ya no me interesaba.

Tom era el punto y aparte, además me situaba en una dolorosa encrucijada. Era el causante de la lucha encarnizada entre mi mente y mi corazón, solo uno podía salir vencedor. Lo sería a

mi costa. Escuchaba cada palabra que gritaban, a veces muy acertadas, otras me mareaban de dolor. «¿Hay algo más doloroso que estar separada de

una persona que te atrae hasta perder la razón?», clamaba mi corazón. «¿Qué hay más sucio en la faz de la tierra que un Crane?», le replicaba mi cabeza.

Mi segundo nombre era angustia. Angustiada, me costaba no mirarlo y si lo hacía, era de soslayo, sin que él lo supiera, ¿o lo sabía? Aún a día de hoy no sabría cómo responder. A veces me buscaba con la intención de aclarar las cosas, yo me iba, no le

daba pie a hablarme y que su maléfica voz soltara sus redes hechizadas para hacerme caer en su trampa nuevamente. Lo cierto era que su cercanía, más ahora que antes, no me permitía pensar con claridad.

Una noche en que no podía dormir, bajé al jardín en pijama, descalza, con una chaqueta de lana como único abrigo. Sentir la helada en mis pies me reconfortó. Me senté como un indio y miré a la sombría y borrosa lejanía. «¿Cuál es mi papel?» era la

única pregunta que me asaltaba cuando los otros dos dejaban de discutir y de lanzarse

pullas hirientes. «Vivir, amar y aprender por las malas», me contesté a mí misma siguiendo la letra de una de mis canciones favoritas. Esa era mi lección más dura, seguir adelante a pesar de cómo me manipulara la vida. Era lo que me tocó y no podía

hacer nada para modificarlo. Pero también podía reprocharle a la vida la forma en la

que me estaba tratando, porque siempre alguien me fallaba. Uno de esos *alguien* lo

sentí detrás de mí. Apoyé una mano en la fría y húmeda hierba y me giré. No vi a Tom, sin embargo, lo percibía. Volví a mi posición mordiéndome los labios; en un impulso

de ira, arranqué hierba a dos manos para soltarla después. La daga de dolor clavada en

mi corazón desde aquel día se hundió un poco provocando que las lágrimas regresaran

a mis ojos. Apoyando los codos en los muslos y la cara en las manos, lloré otra vez.

Llorar se estaba convirtiendo en la normalidad de mi día a día. Los sentimientos hacia Tom se hicieron más vívidos, aunque al conocer quién era, los comprendí mejor,

discerní por qué con él, y no con otros hombres, me flaqueaban las fuerzas y perdía el

raciocinio. Emily lo comparó en su día con una antorcha brillante ardiendo. ¡Vaya tontería! Más bien era un túmulo donde terminar tus días. Tenía seguro que cuando pasara todo este proceso y mis ojos se secaran de nuevo, debía mentalizarme de mi rol:

estar sola. Nunca tuve miedo de quedarme sola; de hecho, lo estaba.

Al encontrarme y tropezar con este nuevo escollo, por mi mente serpenteó una decisión a tomar: quedarme o irme. Me decantaba más por la segunda, pero antes de llevarla a cabo, debía arreglar todo con mis tías. No quería que esta situación se encallara entre nosotras y me sucediera como con Emily. Respecto a Tom, me daba igual, era un Crane. Nada había que solucionar con él.

Dos días después a aquella noche, sentada en el columpio de mimbre del porche, con los talones cruzados sobre la barandilla de madera, meditaba sobre mis pasos a seguir: pedir disculpas a mis tías. Las aceptarían, de eso estaba segura, en un enfado se podían decir muchas palabras que no se sentían, en mi caso, no filtré las palabras que

dije. Luego de anunciarles mi marcha y conseguir no preocuparlas. Con seguridad pensarían que me iba para no volver, esta vez no cometería ese error.

—Cecilia.

Me levanté para no hablar con esta persona.

—Por favor, Cecilia, tenemos que arreglar este disparate —insistió, interceptándome.

—No tengo nada que decirte. —Lo separé de un empujón con el hombro.

—Debemos hablar. —Me volvió a parar.

—Hazlo tú solito, por mi parte está todo dicho.

Pretendía marcharme, pero no me dejó. Me agarró por el antebrazo con fuerza, como si temiese que me esfumara de repente. Sus dedos desprendían una calidez que

alteraba mis terminaciones nerviosas, me descomponía. Su tacto me estaba resultando demasiado excitante y debía mantenerme firme.

—¿Qué te he hecho para que me trates de ese modo tan despectivo?

Le clavé una mirada furibunda. Él estaba serio, pero no me impidió decir lo que pensaba.

—¿Ser un Crane te parece poco?

—Eso es una tontería, Cecilia...

—¡Para mí no! —alcé la voz—. Óbviamente como yo lo hago contigo, porque para mí ni existes, ¿vale?

Al no moverse, me permitió soltarme y entrar en casa.

—¿Cómo puedes ser tan cretina? —Su pregunta me frenó en seco—. Esa actitud no va contigo, no eres así.

Me giré con los puños apretados y muy encendida.

—¿Tú qué sabes cómo soy yo? No me conoces para afirmarlo. Mucha gente te diría que estás hablando con la Cecilia que conocen.

—Se equivocan —afirmó contundentemente.

—No, aquí, el único equivocado eres tú, porque te agarras a un ideal que has creado. Soy persona y, como tal, tengo adicciones sanas; guardo muchos secretos y lo

hago para mí, así nadie los conocerá jamás; soy egoísta; siempre estoy a la defensiva

porque la gente no suele gustarme; soy muy insegura y les presto mucha atención a esas

inseguridades; tengo impurezas, no soy perfecta ni mucho menos; a veces soy muy complicada, los cambios me alteran y la forma que tengo de ver la vida me la enseñó

Sleepy Hollow. Por eso me da igual lo que tú —remarqué la última palabra— puedas

pensar o creer de mí. Esta soy yo y... tú, bueno ya se ve lo que eres, un Crane —dije

con todo el desprecio que me salió de dentro.

Se quedó de piedra con mi discurso, me dio que no se esperaba esto último. Me dirigí a las escaleras para subir a la buhardilla. Poniendo mi pie derecho en el primer escalón, me acordé de otro tema a tocar con él. Ya que estábamos, había que aprovechar para zanjar todo.

—Por cierto —me volví a él apoyándome en el pasamos—, prométeme que no te

enamorarás de mí, nunca, jamás. —Era una tontería, pero no quería morir por su culpa.

Tom se echó a reír. En esos momentos no supe si lo hacía de mí o de mis palabras.

Estuvo un buen rato riendo, hasta que vio procedente parar. Negando, giró la cabeza hacia un lado, después me clavó su azul mirada con hostilidad. Su boca, ahora, era una

línea severa remarcando la seriedad de su expresión.

—De acuerdo, no hay problema.

—Genial, es fácil hacer tratos contigo.

Con esas palabras me fui.

Capítulo 15 - La advertencia de Narciso

Un viejo piano deploraba mohínas notas rodeando las casas de los Crane y las Wells, acompañadas por los retazos de un antiguo vaticinio oculto en ellas.

Flotaba en el agua.

Se olía en el aire.

Lamentablemente, se sentía en la tierra amedrentando a las dos ancianas.

La rueca auguró ese último acontecimiento: la pugna de su sobrina con ellas, abriendo un cisma profundo, no insalvable, por el consabido ocultamiento del apellido

de Tom. Esa noche vieron con preocupación cómo algunas hebras del hilo se partían anunciándoles la posibilidad de revivir otra vez la trágica historia. Una historia de doscientos años, exactamente doscientos veintidós años. Dos siglos en los que hombres

Crane y mujeres Wells, sin ver satisfecho su amor, morían. Esa noche, el hilo no se rompió, lo cual era motivo de celebración. No obstante, en la casa de las brujas, había otro mecanismo que indicaba, sin error alguno, una muerte trágica, y estaba brotando ante los expectantes ojos de Faith Wells.

Tan rauda como le permitió su avejentado cuerpo, fue al encuentro de su hermana que parecía no estar al tanto del reciente brote surgido de aquella maceta de apariencia vacía, sin embargo, escondía una planta de connotaciones dramáticas.

—¿Faith?

Alondra supo que su hermana era portadora de una aterradora noticia. Ella también padecía el lamento que rebullía de la tierra.

—El narciso está floreciendo —comunicó Faith acongojada, con el cuerpo tenso en mitad del umbral, expectante a su hermana.

—Lo sabía. Los elementos me lo han advertido, no quería prestar atención porque el hilo pronosticó otro desenlace —reconoció sentándose en una silla de la mesa del salón.

Su cuerpo cedía a los nervios producidos por el recuerdo de todas las muertes. En

total habían presenciado tres y se negaban a revivir ese trágico final con su única sobrina. Juntó las manos encima de la mesa mostrándole a su hermana que podía controlar su sensiblería, considerada un gran defecto en las brujas.

Faith, sentada ya delante de su hermana, compartió su temor.

—Y es otro, Alondra, no debemos dudar de la rueca, el hilo no se cortó.

—¡Oh, gracias, Diosa Fortuna! —Alzó las manos y la mirada al cielo—. Si fuera por las abominables

tijeras de Átropos, ese hilo estaría roto, ¿lo sabes!

Alondra señaló a su hermana con el dedo índice tembloroso, no podía dominar su alteración.

—Lo sé, mas no se rompió.

—Entonces, ¿por qué florece el narciso? —Su exasperada voz quebró la

tranquilidad del día—. Narciso es tan mal augurio como la rotura del hilo.

Las dos hermanas compartieron la misma mirada. Faith estiró sus manos sobre la mesa, Alondra se agarró a ellas sin titubear, uniendo fuerzas para impedir otro desastre familiar.

La planta en cuestión, el Narciso, no era convencional. Según narraba el mito, Narciso, hijo de Cefiso y Leiríope, era un joven de extraordinaria belleza que enamoraba a todo aquel que lo veía. Él los repudiaba dejando corazones rotos a su paso. Algunos elevaron dolorosas súplicas a los dioses; otros pedían venganza, querían

ver a Narciso enamorado de una persona que lo rechazara como él había hecho.

Némesis, personificación de la Venganza Divina, ejecutó las exigencias de las víctimas. Tras un largo día de cacería, Narciso paró en un arroyo para beber cuando, al fijarse en el reflejo del agua, vio a un hermoso joven del que quedó instantáneamente

prendado. Cuanto más lo miraba, más extasiado se sentía, más aumentaba su pasión por

esa imagen que le devolvía el agua y le era imposible alcanzar, porque se diluía cada

vez que sus dedos rozaban la límpida superficie del agua. Desesperado, sin saber que

era su propia imagen, poco a poco fue consumiéndose en las llamas de la pasión hasta

morir. En su lugar nació una flor de pétalos planos y una corola en forma de campana,

cuyos extremos eran rojos, que recibió su nombre. Para muchas culturas, tradiciones, al igual que para la familia Wells, el Narciso era símbolo de muerte prematura, de ahí el

sinsabor de las ancianas.

—Los planes han cambiado, Faith.

—Cierto, hay que redactar a nuestros amigos las excusas procedentes, ya no

podemos ir a Inglaterra; debemos frenar a nuestra Cecilia para impedir que se vaya y

contarles la historia de la maldición —reveló los pasos a seguir.

Soltó las manos de su hermana.

Faith contaba con más capacidad de reacción cuando se trataba de asuntos

familiares. Alondra lo tenía, pero sus sentimientos eran mucho más fuertes. Las dos brujas, para ser hermanas, eran diferentes. En el rostro redondeado y en los ojos color miel de Alondra se plasmaba el miedo por perder a la que consideraba su hija. Faith,

por el contrario, aunque temerosa también, en su rostro ovalado de firmes, aunque suavizadas líneas, se desprendía el deber de acometer lo profetizado.

—No sé yo cómo vamos a conseguir que Cecilia pase más de un minuto sentada al lado Tom. —Negó con la cabeza, apoyando una mano en la mejilla.

Cuatro ojos al mismo tiempo chispeaban diversión a pesar de la seriedad del tema.

—¡Uy, eres muy positiva! ¡Un minuto! —Faith se sentó de medio lado en la silla de madera tapizada en colores ocres, con su brazo izquierdo apoyado en el respaldo; el otro, sobre la mesa—. Cecilia ni un segundo estará sentada al lado del joven Crane.

—Ha sacado tu endiablado carácter —criticó.

—¡Por supuesto que sí! Alguien debía tenerlo aparte de mí.

Faith siempre estuvo muy orgullosa del carácter de Cecilia, aunque recientemente no aprobaba ciertos modales.

—¿Hiciste el hechizo? —Alondra recordó la pregunta que llevaba días rondándole la mente.

—Siempre dudando de mí. —Faith chasqueó la lengua con disgusto—. En la última luna llena de abril.

—Muy bien, muy bien —suspiró—. Ahora comprendo lo que vi.

Faith la miró con curiosidad mientras su hermana no soltaba palabra.

—¿Debo preguntar o me lo vas a contar *motu proprio*?

—Los vi compartir un ósculo en el invernadero.

La mandíbula de Faith se precipitó hacia abajo.

—¡Esas cosas se cuentan a tiempo no a destiempo!

—No te asombres tanto, sabemos que se enamoraron nada más verse.

—Cierto, pero tú no me mantuviste informada de los nuevos avances.

Las dos hermanas se miraron con los ojos entornados.

—Parece que el hechizo no surtió efecto con Cecilia —apuntilló.

— *Amantium irae amoris integratio est*⁴.

—¿Crees que son las riñas de unos enamorados?

—Alondra, de verdad, los has visto besarse y todavía desconfías. —Se colocó en la silla para quedar frente a frente con su hermana—. Están predestinados a estar juntos, aunque Jason y Emily sobrevivieran.

Vio como Alondra se tapaba la boca con sus arrugadas manos, de dedos gordos algo más cortos que los de ella, para no reírse.

—Me gustará verlos reír. —Su voz llegó amortiguada a oídos de su hermana mientras la sonrisa iluminaba sus ojos.

—Sí, lo pasaremos bien, pero... —Respiró hondo.

—Deben hacer el viaje.

—Sí.

Las dos brujas compartieron una mirada llena de intenciones.

—No se lo tomarán bien —repuso Alondra tras unos breves instantes de silencio.

—Tom es un poco inconsciente, como todos los Crane, él no es un problema —

explicó la cualidad más sobresaliente del muchacho—. Cecilia, con el paso de los años, se ha vuelto más escéptica.

La joven cambió a lo largo de los seis años que pasaron sin verla. Ahora debía aceptar y afrontar su destino, sin embargo, no sabían cuál sería su reacción. Se había

vuelto una mujer impredecible.

—Es valiente, más de lo que era Emily, lo hará. —Alondra nunca dudó de los arrestos de Cecilia.

—Tendrá que hacerlo si no quiere morir.

Sleepy Hollow tembló con la sentencia de Faith.

⁴ «Las riñas de los enamorados son nuevo refresco del amor». Frase de Publio Terencio en su comedia *Andria*.

Capítulo 16 - Alondra y Faith

—¿Puedo hablar con vosotras?

Estaban de espaldas a mí lavando una gran cantidad de arándanos que tía Faith utilizaría para sus zumos.

—Claro —respondió ella.

Tía Faith fue la primera en volverse; la primera en fijarse en la maleta que había dejado apoyada en el arco de la cocina; la primera en quedarse de piedra. Toqueteando

el aire con la mano, buscó a tía Alondra hasta dar con ella, que, al verla en esas tesituras, se giró sobre sí misma sorprendida también al percatarse del objeto que portaba mis pertenencias. Sus rostros cambiaron a un tiempo cuando presintieron mis

intenciones. Tía Faith frunció los labios; tía Alondra... bueno, fue la primera vez que

la vi inexpresiva.

Mi corazón se saltó varios latidos, no supe si por los nervios o por el disgusto, si

podía definirse así, que reflejaban sus rostros. Haciendo acopio de mi valentía, me acerqué a ellas. No se inmutaban, eran como dos estatuas de cera del Madame Tussauds.

—Quería pedir os disculpas por mi comportamiento del otro día, dije cosas que no

pensaba, con el cabreo os ofendí innecesariamente. No os merecéis un trato tan desagradable por mi parte. Lo lamento de corazón —me disculpé arrepintiéndome del

insulto que les proferí.

—Te disculpas y te vas —reprochó tía Faith.

Nerviosa, cambié de pie el peso de mi cuerpo.

—Sí, es lo mejor, ne...

—¿Lo mejor para quién?

—Para mí, necesito poner distancia...

—¿Con nosotras?

Esa pregunta directa mostró mis sospechas: el temor a que no volviera.

Sus actitudes me alteraban. Tía Faith era directa, pero no podía luchar contra tía Alondra. El taladrador silencio que mantenía me hacía sentir más vulnerable para explicarles mis motivos. Ese era el causante del nudo en mi garganta. Nunca pensé que

este momento fuera a ser fácil, tampoco imaginé que fuera tan difícil.

Mis tías no variaron un ápice sus rictus.

Me metí las manos en los bolsillos del vaquero para aferrarme al poco valor que me quedaba.

—No, por supuesto que no, las cosas han cambiado...

—Estás huyendo otra vez.

Tía Alondra por fin rompió su mutismo acaparando toda mi atención con una afirmación que llevaba clavada la tácita recriminación de lo sucedido años atrás. Me escudriñaba con ojos entornados, incluso aprecié la desconfianza en ellos, y dolió.

Yo quería hacerme explicar, aunque iba a ser complejo cuando no dejaban de interrumpirme.

—No puedes estar huyendo siempre, Cecilia —me refirió tía Faith.

Me envaré y no por sus palabras, sino por la presencia que andaba a grandes zancadas.

«¡Perfecto, lo tengo más planificado y no sale mejor!» exclamé para mí misma al sentir a Tom. Ahogada en mis propios nervios, me aventuré a hablar lo más rápido que pude para salir cuanto antes de aquí:

—No huyo, solo digo que las cosas han cambiado, creo que...

—¿Te vas? —preguntó desde la puerta.

Evidentemente pasé de él y seguí con el discurso que estaba echando a mis tías mientras ellas mantenían sus ojos fijos en mí.

—Es lo mejor, pero esta vez vendré a veros más, pasaré con vosotras algún que otro fin de semana...

—Te he hecho una pregunta —me interrumpió de nuevo, poniéndose a mi lado—.

¿Te vas?

—Es obvio, ¿no crees? Además, discúlpeme, señor, con usted no hablo.

—¿Desde cuándo nos tratamos de usted?

De soslayo lo vi enarcar una de sus largas cejas.

—Es tonto —musité más para mí que para los demás. Negué con la cabeza y cerré los ojos.

Me agarró por el codo zarandeándome un poco. Nos miramos con furia. Nos

retamos. Tom, que siempre me pareció un hombre bastante tranquilo, ya no lo era tanto.

Estaba tan alterado que su rostro de líneas alargadas remarcaban, a pesar de la barba,

su tensa mandíbula cuadrada. En ese momento sentí un cosquilleo en la punta de los dedos. Tuve que frotarlas entre sí porque solo quería acariciarle la mejilla y relajarlo.

—No voy a consentir que me insultes más por apellidarme Crane, y no me has respondido.

—A lo mejor es que no quiero contestarte —arremetí, soltándome de su agarre.

—No pensabas decírmelo —dijo apretando los dientes, hasta juraría oírlos rechinar.

—¡Es que no tengo nada que decirte!

Sin separar nuestras miradas, nos pusimos uno frente a otro, nos separaban escasos centímetros. Desde esa distancia pude oír los latidos de su corazón acompañados con los míos, su pecho bajaba y subía al unísono que el mío, respirábamos a un tiempo.

¿Qué nos pasaba para estar tan conectados? No tenía las capacidades en ese instante para explicarlo porque sin querer, siempre sin querer, miré su boca de labios finos y

rosados, unos pelos del bigote sombreaban un poco la esquina derecha de su labio inferior, también no me pasó desapercibido el gesto adusto que dibujaban.

—Te ibas a marchar sin despedirte de mí, ¿verdad? —Subí la mirada hacia él. Sus ojos transmitían crispación, además había un reflejo de dolor que no esperaba.

—Al fin llegas a la conclusión correcta.

—¿Por qué?

—Sabes la respuesta, creo que puedes responderte tú solo sin mi ayuda.

Nuestros alientos en algún momento se unieron, así lo percibí cuando nuestros ojos miraron a la vez nuestras bocas con deseo para posteriormente clavarse con más ganas, el azul en el verde y viceversa. Sin embargo, la batalla de colores duró poco, porque mis tías comenzaron a cuchichear como si no estuviésemos.

—Tenías razón, *amantium irae amoris integratio est* —oí, por lo bajo, la voz de tía Alondra.

—Nunca me equivoco —reafirmó tía Faith.

Me volví a ellas bastante molesta. Sus rostros, como sus actitudes, habían cambiado tras sus comentarios. Sonreían, estaban disfrutando del enfrentamiento entre Tom y yo porque con él debían argumentar o validar algún tipo de teoría conspiradora sin que nosotros lo supiésemos.

—¿Qué habéis dicho? —Fruncí el ceño incómoda—. No entiendo el latín.

Odiaba y siempre odié que alguien hablase a mis espaldas, pero que lo hiciese en otra lengua no lo iba a consentir.

Mis tías se miraron, se carcajearon, volviendo después sus ojos a nosotros dos.

—Las riñas de los enamorados son nuevo refresco del amor. —La sonrisa de tía Faith lo decía todo.

—¡Disculpa!

No estaba escandalizada, lo siguiente.

—¿Enamorados? —La voz de Tom sonó más aguda de lo normal.

—¡Serás cínico! —Me puse de lado para encararlo, sin perder de vista a mis tías—.

Te asombras, ¿de qué? El otro día tú mismo me dijiste con el pecho henchido por una canción que estaba colada por tus huesos, y ahora te extrañas de lo que dicen ellas, ¡increíble!

—Te estaba tomando el pelo —se defendió, encogiéndose de hombros, aguantándose la risa.

—Vale, lo que tú digas.

—Riñas de enamorados —nos señaló tía Faith cual paradigma de sus palabras.

—Lo que digáis. —Les di a todos la razón, como a los locos—. Si me disculpáis, tengo por delante un viaje de casi cincuenta kilómetros...

—No lo harás si quieres salvar tu vida —sentenció tía Alondra.

—¿Cómo?

En ese momento entré en pánico, aunque no lo pareciese. De soslayo vi a Tom blanco como la pared.

Los ojos castaños de tía Faith brillaron por la entereza que salpicaría sus palabras:

—Debes quedarte porque haréis un viaje para cambiar el rumbo de la historia.

—Haremos un viaje —susurró Tom conteniendo el aliento.

—Lucharéis por aquello que anteriores parejas no pudieron —retomó tía Faith su sentencia.

—No os preocupéis, muchachos —dijo, con suma tranquilidad, tía Alondra—, tenemos que solucionar unos temas, pero conversaremos más detenidamente.

Se marcharon dejándonos desorientados.

Tras la marcha de mis tías, salí de la cocina para subir de nuevo la maleta a la buhardilla. No sabía qué pensar ni cómo tomármelo. Estas palabras coincidían con aquellas que aseveraban mi lucha contra lo que mi hermana no fue capaz. Al borde de

la finca, con el mirador a mi espalda y delante el río Hudson, recordé la razón que me

trajo de nuevo a Sleepy Hollow: buscar mi redención con Emily. Ahora mismo me parecía un imposible. La vez que me acerqué a su tumba fue para insultarla más si cabe, no implorando precisamente su perdón. Ir hasta el cementerio ya no era una posibilidad, podía dar al traste con todo otra vez.

Después estaban mis tías. Vaya dos, tiraban la piedra y escondían la mano diciendo:

«todo a su momento». Sus comentarios me dejaban con miles de preguntas sin

respuestas, además, no podía hablarlo con nadie. Ellas eran lo más parecido a la madre

que nunca tuve, dividida en dos mujeres auténticas y diferentes entre sí. Tía Alondra era la más maternal de las dos. Su rostro se iluminaba cada vez que reía o sonreía, instante en que sus ojos color miel chispeaban. Mientras, tía Faith era la figura disciplinaria, aunque no fueron de poli bueno, poli malo. Siempre nos trataron de

manera adulta, sin escondernos nada en lo mágico o en lo terrenal. Las he admirado toda mi vida. Eran dos supervivientes a las que no les importaban lo más mínimo las

habladurías o los miedos que suscitaban entre la gente. Estaban muy por encima de todo eso. Atendían a esa panda de hipócritas que las señalaban a su paso para después

venir hasta aquí porque necesitaban de sus conjuros, hierbas o para saber su futuro.

Cuando se hicieron cargo de Emily y de mí, se tomaron nuestros estudios como la

labor más importante. Jamás desatendieron esa parte de nuestra educación, aunque los

tutores, profesores y directores no las atendieran en persona, salvo el viejo director Walker. A veces, las informaban mediante correspondencia, otras era un hombre de pelo castaño, de bondadosos ojos azules,

quizás muy similares a los de Tom, peinado

de forma extraña, quien les comentaba nuestros avances escolares. Todo ello sucedía

por semana, porque el sábado y el domingo oíamos de boca de tía Faith: «adiós, escuela, adiós, estudios, hoy aprenderéis lo que nadie os enseña». Aun así, que te cuenten ciertos asuntos dejándote a medias o manteniendo el misterio, no me gustaba.

—¿Puedo hablar contigo?

—No —negué de manera cortante para no dar pie a más.

Tom me estaba cansando mucho. Era demasiado insistente acercándose a mí cuando

yo le escapaba. Lo había sentido, por eso no me moví pensando que pasaría de mí.

Como siempre, con este hombre, me equivoqué.

—Haz una excepción, olvida tu acritud hacia mí durante un momento, por favor, vamos a hacer un viaje, tengo numerosas preguntas y tú eres a la única persona a quien

puedo hacérselas.

—¿Mis tías no han llegado? —intenté sonar impersonal.

—Todavía no.

—Pregunta. —Me tragué mi orgullo para no mandarlo a paseo.

Estábamos en este embrollo juntos, me gustase o no.

Me di la vuelta de mala gana, tratando de reflejarlo en la cara. Lo encontré sentando

en el banco del mirador. Tenía apoyados los antebrazos en los muslos, con las manos

unidas. Estaba demasiado guapo y atractivo, vestido con un pantalón negro y una camisa verde de cuadros azules remangada hasta los codos, con los dos primeros botones desabrochados por donde asomaba el vello que cubría su pecho,

permiéndome también disfrutar de su largo cuello. Esa visión me alteró, me produjo

un pinchazo de excitación en mi bajo vientre. Levanté la vista. Me miraba fijamente, pero inseguro, al menos eso me pareció, ya que antes de hablar carraspeó.

—¿Adónde tenemos que ir?

—No lo sé.

Metí las manos en los bolsillos y comencé a jugar con la punta del tenis en la

hierba.

—¿No sabes? —Enarcó un ceja incrédulo.

—No, no sé nada, no sé si tenemos que comprar billetes, no sé a qué lugar vamos, ¿crees que no te lo diría si lo supiera?

Se encogió de hombros como respuesta.

—Te lo contaría, no soy tan desalmada, además es una tontería, te acabarías enterando.

—Quiero pensar que lo dirías.

—Lo haría —afirmé con seguridad.

Asintió mirando para el suelo.

—¿Cuándo? —Sus ojos azules se clavaron con mayor ímpetu en mí, estremeciéndome.

—Tampoco lo sé. —Ahora sí que mi voz perdió fuelle.

Desde que mis tías hablaron del viaje y se fueron, estas mismas preguntas se me presentaron. Sin embargo, ahora mismo, lo que me importaba era que él confiara en mis palabras, porque estaba desconfiando de mí.

—En serio, Tom, no lo sé, créeme —le pedí.

—Te creo —dijo sin mirarme.

Permanecimos en silencio unos minutos, lo que viví como una eternidad. Tom se levantó pensativo, recorriendo la longitud del mirador. Lo hacía en tres zancadas, con

sus pies enfundados en unos botines deportivos que hacían juego con los pantalones y la camisa. Su postura era la que adoptaba muchas veces, recta y las manos unidas en la espalda.

—¿No hay ninguna fecha mágica cercana? —preguntó, parándose junto a mí, girando levemente el cuello para mirarme.

Tiré de las comisuras de los labios hacia abajo, negando con la cabeza. No se me ocurría ninguna.

—A lo mejor me expliqué mal, vamos a ver, ¿no hay ningún acontecimiento

relevante en la magia que esté próximo?

—Mi cumpleaños —caí en la cuenta.

Me miró con las cejas alzadas, estaba sorprendido por mi respuesta.

—Bueno, sí, la fecha de cumpleaños de uno es importante, pero no me...

—El solsticio de verano —expliqué.

—Veintiuno de junio —dijo llevándose la mano derecha hacia su mentón donde sus

dedos comenzaron a acariciar la barba. Ejercían un efecto hipnótico en mí, no podía separar los ojos. Me celé de su mano—. Por cierto, bonita fecha para nacer. Llámame

ignorante, ¿los solsticios tienen connotaciones mágicas?

—Gracias, y sí. El solsticio de invierno trae la noche más larga; el de verano, la más corta. En los dos casos se abren las puertas que comunican el mundo sobrenatural

con el humano, consiguiendo que fluyan, se mezclen el uno con el otro de tal modo que

puedan suceder hechos mágicos. Es la fecha idónea para realizar determinados

conjuros, la recolección de determinadas plantas, y en todo el mundo, durante la noche

del solsticio de verano, se realizan numerosos rituales.

Asentía en silencio a mi explicación. Estaba a mi lado, concentrado, mirando a la orilla opuesta del río al que yo daba la espalda. De soslayo vi como su brazo izquierdo cruzaba su pecho, en él se apoyaba el derecho y sus dedos continuaban jugando con su

barba. ¡Esa tendría que ser mi mano!

—¿Y con esta posible fecha no hay algún destino que se te ocurra? —Su interés como su insistencia seguían al máximo nivel.

—Hay muchos lugares alrededor del mundo que tienen vinculaciones mágicas,

podría ser cualquiera. Si no recuerdo mal, mis tías tienen muchos conocidos en las Islas Británicas, así que a lo mejor vamos a Stonehenge. —Me encogí de hombros porque no tenía ni idea de los planes que tendrían mis tías para nosotros.

Respiré profundamente inhalando el aroma a cítricos y madera de su perfume. Me crucé de brazos para no caer en la tentación de acariciarlo.

—Son conjeturas, Tom, ellas son las únicas que conocen los detalles.

—Lo sé, pero es mejor tener una idea preconcebida que no saber nada, ¿no crees?

—Volvió sus ojos a mí.

Yo levanté los míos hacia él. Asentí.

—Gracias. Como ves, ser educada no cuesta dinero.

—Soy educada con quien me da la gana, y tú no estás dentro de ese grupo —
arremetí.

—Lo estaré, ya lo verás. —Respondió confiado.

—Me pone enferma tu seguridad.

—Y a mí me pone verte alterada. —Sonrió con suficiencia.

En un arrebato de furia, levanté la mano para cruzarle otra vez la cara. Fue más rápido. Me agarró la muñeca al vuelo, antes de que mi mano se estrellara en su mejilla.

—Jamás me vas a poner una mano encima si no es para darme una caricia de amor.

Forcejeé para poder soltarme. Era imposible. Cuanto más lo intentaba, Tom más apretaba su agarre. Me atrapó la mano libre, llevando mi brazo hacia atrás. En esa postura, mi cuerpo estaba pegado al suyo, más fibroso, duro y excitado; nuestros pechos chocaban. Se acercó tanto a mí que su nariz acarició decadentemente la mía.

Separó los labios y soltó el aire, provocando que mi boca se aflojara. Inconsciente, me

humedecí los labios con la punta de la lengua, gesto que lo provocó pegando más su incipiente erección a mi cuerpo.

Me estremecí.

Ardí en deseo.

Miré sus labios suplicando que me besara, que lo hiciera por todo mi cuerpo si lo

deseaba. Ante tales pensamientos y la anticipación de un posible beso, tragué ruidosamente. Con nuestras miradas prendidas, enganchadas la una en la otra, rozó sus

labios con los míos, erizándome el vello de todo el cuerpo, cortándome el aliento, notando las mejillas más encendidas.

Su rostro serio apenas daba muestra de su deseo, no así sus ojos azules chispeantes,

intensos, que le daban apariencia felina, aunque destilaban un inminente adiós. Poco a

poco, su agarre se debilitó hasta que me soltó, dio media vuelta y comenzó a caminar

alejándose de mí con paso decidido, sin mirar atrás, con las manos otra vez a la espalda. Esta imagen me

permitió, aún con la respiración acelerada y embriagada por

la excitación, pegarle un repaso de arriba abajo. La camisa le quedaba algo holgada,

no así el pantalón que, flojo en los muslos, se ajustaba a sus caderas pegándose a líneas sinuosas de su trasero.

«Me es imposible ser indiferente a este hombre», me reconocí a mí misma.

Mi propia testarudez, mis miedos incluidos, me estaban alejando de la persona con

la que quería estar.

Capítulo 17 - Maleficio bicentenario

No se habían cumplido veinticuatro horas desde el anuncio del viaje, cuando mis tías ya nos tenían reunidos en la mesa del jardín aprovechando el buen clima que nos

concedía la primavera.

Aquí la vida estaba renaciendo tras el indomable invierno. Los árboles frutales, el

tomillo limonero, las uvas de oso, florecían salpicando de color sus alturas; el abedul y el sauce blanco estaban reverdeciendo tras pasar el frío invernal; otras, como el arándano, la zarzamora o el frambueso, se estaban preparando para dar sus frutos entre

verano y otoño; el *Sedum telephium*, la *Oenothera biennis*, la consuela, considerada por muchos una mala hierba, y la hierbabuena eran las perennes de esta tierra. Plantas

de otros climas como el ajeno, la hierba del Éter, la Melissa, el limonero, el estragón o el romero crecían en este jardín gracias a los cuidados mágicos de mis tías, coexistiendo, además, con la *Verbena Hastata*, la *Hamamelis virginiana* conocida con nombres tales como el avellano de las brujas o escoba de brujas, y las grandes hayas

americanas que sombreaban el invernadero.

Todo era vida en esta casa. Mientras que la naturaleza era capaz de regenerarse, no

podía decirse lo mismo de las vidas humanas de nuestra familia.

Ubicados cada uno en una esquina de la mesa, Tom en diagonal a mí, sentado al lado de tía Faith, y tía Alondra a mi lado, delineábamos el rectángulo de la mesa construida por grandes tablones de madera poco trabajados. Muy gastada por las inclemencias del tiempo, tenía una apariencia vieja, con algunas astillas, una esquina rota creando un entretente y saliente. Lo que utilizábamos como asientos no eran sino

trozos de un tronco hecho sillas. Frente a nosotros no faltaba nada para picotear: fruta, pan, queso, tarta de fresas y otros manjares que Tom atacaba sin compasión. Yo no tenía hambre, estaba más pendiente de los gatos que andaban a nuestro alrededor.

—¿Sabéis por qué estamos aquí?

Tía Faith entró en tema con cuidado. Su firmeza contrastaba con el resquemor, tal vez, por nuestras reacciones a lo que íbamos a oír.

Asentí sin pronunciar palabra alguna. Solo quería que hablasen de una vez.

Tom dejó de comer, se limpió la boca y se irguió en su silla adoptando una actitud más seria.

—Bien. Empezaremos por el principio, contando la historia conjunta de los Crane y las Wells —aclaró tía Alondra.

Tom y yo cruzamos una mirada incómoda. La mía procedía de las imágenes proyectadas en mi mente sobre lo ocurrido la tarde anterior.

—Faith, cuando quieras.

Tía Alondra miró en su dirección para que comenzase a hablar.

—Abigail Warren y su madre Maria eran oriundas de Salem, lugar muy relacionado con la brujería. Sus antecesoras se salvaron de los juicios que allí se produjeron en el siglo XVII. Sin embargo, pasara el tiempo que pasara, dicho tema quedó muy arraigado entre los lugareños que veían las manos de una bruja detrás de cualquier acto extraño o nefasto. Por eso decidieron escapar, antes de levantar las suspicacias de los vecinos, y se refugiaron en el territorio que posteriormente se denominaría North Tarrytown, hoy conocida como Sleepy Hollow. Aquí, madre e hija iniciaron una nueva vida adoptando el apellido de soltera de Maria, Wells.

—Tengo una duda —interrumpí a mi tía—. Siempre que contáis esta historia, omitís al padre de Abigail, ¿qué pasó con él?

Emily y yo siempre nos hicimos esta pregunta, ahora era el momento de esclarecerla.

—Maria se había quedado viuda no hacía mucho tiempo. Su esposo era pescador y murió faenando. Nadie supo cómo ocurrió, su cuerpo nunca fue encontrado —tía Alondra hizo el inciso.

—Continuemos pues —propuso tía Faith—. Con ellas llegó un joven profesor,

Daniel Crane, natural de Connecticut, que estuvo mucho tiempo instruyendo a los párvulos de Salem. Allí fue donde conoció a Abigail y desde la primera vez que sus

ojos se cruzaron, entre ellos se estableció y estrechó el vínculo más poderoso: el amor.

—Paró un segundo para beber un poco de zumo de arándanos—. El joven Crane se hizo un hueco en North Tarrytown como maestro del pueblo.

»Tras vivir su pasión y desahogarse en el vientre de Abigail con promesas de amor

verdadero y dispuesto a casarse con la joven, puesto que había pedido su mano a Maria poco antes de que falleciera, la historia entre ellos se truncó. Un día, Abigail, estando ya encinta de Crane, noticia que él desconocía, decidió ir al bosque a buscar

unas ramitas de abedul para proteger su gestación. Allí, un leñador que pasaba la escuchó recitar un breve conjuro de agradecimiento a la Madre Naturaleza. Al poco tiempo la acusaron de brujería, tema en el que Daniel creía fervientemente porque era

un hombre muy supersticioso, detalle que Abigail ignoraba. Él la acusó de brujería, no

solo por sus propias creencias, sino por la influencia de la gente, ya que muchos padres no enviaban a sus hijos a la escuela por la relación que Daniel mantenía con Abigail.

»Aunque se puede pensar que la palabra del leñador y de Crane serían suficientes

para llevarla a la hoguera, no lo fueron. La vida de Abigail era muy discreta, su madre se había granjeado la confianza de los lugareños y, tras la muerte de Maria, su vida era como la de cualquier otra mujer de North Tarrytown. Secundando las enseñanzas de su

madre, ayudaba a quien se lo pedía, a veces tenía que atender a alguna parturienta cuando el galeno de turno no podía. Mucha gente, sobre todo mujeres, confiaban en ella

y jamás practicó ritual mágico alguno delante de los comunes mortales. A pesar de ello, fue obligada a no salir de las lindes de su casa y el peso de la duda siempre cayó sobre la familia Wells, a la que se acusa de todo cuanto acontece en Sleepy Hollow.

Bufé indignada. Había escuchado muchas veces esta historia y me ponía enferma la

hipocresía de la gente, al igual que el desapego que Daniel mostró por Abigail.

—Entretanto —prosiguió tía Faith—, en la vida de Crane apareció una adinerada joven, Catharina Van Tasell. De todos es sabido que no hay nada más débil que el corazón de los hombres, y aquí la historia se enturbia un poco. Por un lado, se dice que Catharina se encaprichó de Crane; otras lenguas apuntan, quizás con cierto atino, que fue él quien pretendió a la joven por su herencia. ¿Qué versión se daba en casa de los

Crane, Tom?

—Me contaron que Catharina se encaprichó de Daniel, y Abigail...

Bajó la mirada. No quería desvelar las barbaridades que se decían en su casa sobre Abigail.

—Dilo, muchacho, no temas, no te vamos a juzgar —lo tranquilizó tía Alondra.

«Vosotras no, yo sí», pensé con frialdad e irritada.

—Abigail embrujó a Daniel con malas artes para maldecirlo después —confesó sin levantar los ojos.

—¡Puf! —bufé otra vez—. Como siempre, las Wells somos las culpables de la historia, cuando el único que cogió el camino fácil fue Daniel —escupí con rencor.

—No pongas en mi boca algo que no dije. —Tom levantó la cabeza airado.

Hasta su flequillo daba muestras de su enfado.

—¡Ya está! —nos calló tía Alondra—. No estamos juzgando a nadie, ni a una familia ni a la otra.

Su regañina iba más dirigida a mí que a Tom.

—Dejadme terminar —exigió tía Faith.

Mantuvimos silencio para que continuase sin más interrupciones, aunque yo, por morderme la lengua, me estaba ahogando en mi propia sangre.

—Por dónde iba, ¡ah, sí! Esa relación, si se le puede llamar así, llegó a oídos de Abigail por medio de los dimes y diretes que corrían por la villa, mientras su vientre

crecía. Ella, todavía cegada por su amor hacia Daniel, al principio no los creía, pero el dolor causado por la traición del hombre al que amaba fue en aumento. Así, ese dolor

se convirtió en amargura, y la amargura en agonía. Debido a los susurros arrastrados

por el viento, supo que Daniel iba a declararse a Catharina. Víctima de sus propios sentimientos y de la desesperación, Abigail formuló la maldición que recae sobre las

Wells y los Crane desde entonces: el Crane que ose enamorarse de una Wells / y ese amor sea correspondido / por la agonía del amor serán destruidos. / Frustrados amores

/ los llevarán a morir de mal de amores.

»Y surtió efecto. Al poco tiempo, Catharina rechazó a Daniel, más bien se burló despachándolo con cajas destempladas. En ese preciso instante, él comprendió que la

mujer de su vida era la que había señalado como bruja. Crane se marchó de la casa de

Catharina con rictus amargo, no por el rechazo, sino por perder a la única mujer que amó de verdad. A diferencia de lo que se dice, Daniel intentó huir, sin embargo, no fue muy lejos, ya que se instaló muy cerca de esta, nuestra casa. —Todos miramos al lugar

donde estaba la casa de los Crane, que desde aquí no se veía—. Fuera como fuese, Abigail y Daniel murieron, él sin saber que fue padre de una niña; ella sin conocer las verdades del corazón de Crane. Los dos murieron, como dice el maleficio, de mal de

amores, al igual que el resto de parejas que vinieron tras ellos y se toparon con graves e insalvables dificultades familiares que los separaron frustrando, a lo largo de dos siglos, los amores entre las Wells y los Crane.

—Esta es la historia que ha llegado a nosotros, mas no significa que sea la verdadera. A lo largo de estos dos siglos, muchos detalles y matices se habrán perdido

—puntualizó tía Alondra sin perder la seriedad del momento.

—Muy cierto, Alondra, es más, estoy en disposición de deciros que ni yo misma me

creo el papel secundario de Catharina. Jamás una mujer tendrá ese papel en una historia de semejantes características. —Sonrió mientras en sus ojos brillaba cierta chispa de diversión—. Estas palabras siempre me llevaron a discutir con tu abuela, ella pensaba que la historia era tal cual se cuenta.

Permanecemos en silencio. Saber el origen de todo mal es necesario en algunos casos para no cometer los mismos errores, sin embargo, las Wells siempre caíamos en

la misma trampa: los Crane.

Notando que nadie se decidía a romper el hielo, tomé las riendas, cansada de secretos, harta de esta historia que avivaba más mis fantasmas y de que nadie hablase

sobre el viaje.

—¿Qué tiene que ver esta historia con el viaje?

—Todo —sentenció tía Alondra con ojos visionarios.

—¿Y qué es todo?

—A ver, empecemos por el principio —intervino Tom levantando las manos en señal de calma—. ¿Cuándo tenemos que irnos?

—El veintiuno de junio.

Tía Faith se distrajo a propósito con la elección de una fruta para comer. Me pareció verla sonreír, tampoco pude afirmar porque su pamelita de ala ancha, colocada de tal modo que la parapetaba del sol,

no me dejaba ver su rostro.

Tom me miró confuso.

—Entonces, si viajamos en esa fecha, ¿nos vamos a Stonehenge? —Su pregunta demostró que estaba bastante confundido entre lo que escuchó y nuestra conversación de ayer.

Llevando una mano a la frente, cerré los ojos negando con la cabeza. No entendía cómo podía ser tan... tonto.

—No vais a ir a Stonehenge —se burló un poco tía Alondra.

Esquivé la mirada acusatoria de Tom, ya le había comentado el día anterior que no tenía ni idea de los planes de mis tías.

«No me creyó».

—Iréis más cerca —dijo tía Faith apoyando sus brazos en la mesa e inclinándose un poco hacia delante.

—¿Adónde? —insistió Tom.

—A Sleepy Hollow.

La sonrisa de ella era triunfal, mientras que mi boca se abrió de par en par pensando que nos estaban tomando el pelo.

Tía Alondra levantó una mano para que no hablásemos.

—Iréis al Sleepy Hollow de 1782.

Capítulo 18 - El cometido

—¿Disculpa?

¿Estaba soñando o me estaban tomando el pelo? Sabía lo que había escuchado, pero no daba crédito a lo que acababa de decir tía Alondra. Alucinada era poco. No me lo creía. No obstante, ya estaba Tom para demostrar lo contrario. Parecía más un Wells que yo. Sus ojos bailaban entre mis tías con curiosidad más que con miedo o estupefacción. Juraría que estaba encantado con este nuevo destino.

—Viajaréis a 1792 —confirmó tía Faith.

Sonriente, cogió su copita de zumo de arándanos y se colocó en la silla; se puso de medio lado para quedar más de frente a mí y cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Esos viajes pueden hacerse?

Tom era la viva imagen de la fascinación.

Tía Alondra se echó hacia adelante, puso los codos en la mesa, ladeó la cabeza y apoyó la cara en una mano. Su expresión se tornó otra vez soñadora, regalándole una mirada cariñosa.

—Claro que sí.

—¡Oh, qué guay!

Tom se estiró en la silla cuan largo era, con las manos en la nuca. Se lo veía feliz, como daba buena muestra su sonrisa que me recordaba a la de un ratoncillo, aunque era más pícara, exhibiendo también esa perfecta dentadura blanca. Su rostro irradiaba felicidad, sus ojos chispeaban alegres bañados por un brillo especial.

—Deberías estar atónito, no emocionado —censuré su actitud frunciendo el ceño y los labios.

—No hagas caso, muchacho, ese es el talante. —Tía Faith levantó la copa en dirección a Tom antes de pegarle un pequeño sorbo.

—De verdad, ya no sé cuál de los tres está más loco.

La mente me iba a mil por hora. Al trabajar en una editorial, leí algún libro de ficción romántica donde la protagonista viajaba en el tiempo, pero, claro, sufriendo algún tipo de accidente, cruzando extraños lugares, ¿qué tenían pensado mis tías? Torné los ojos hacia Tom sin comprender cómo podía estar tan contento y no hacerse ninguna

pregunta.

—A ver, ilustradme —utilicé un tono un tanto insolente—, ¿cómo vamos a viajar en el tiempo?

—Qué cínica eres. —El rictus de Tom se endureció en disconformidad a mi comentario.

—Prefiero ser cínica que no una inconsciente.

Tom, enfurecido, se levantó de la silla, puso las manos abiertas sobre la mesa, matándome con la mirada.

Los gatos se erizaron.

—¡No voy a permitirte que...!

—Tranquilos —interrumpió tía Alondra sosegándonos.

Levantó una mano indicándole a Tom que tomara asiento otra vez. Él aceptó la orden a regañadientes.

—A tu pregunta, querida niña —tomó la palabra tía Faith—, debo decirte que viajaréis por un hechizo.

—¿Hay hechizos para viajar en el tiempo? —preguntó Tom recayendo en esa curiosidad insana.

—Por supuesto, hay un hechizo para cualquier aspecto de la vida, para todos los asuntos de los hombres y del corazón —le explicó.

Él asentía, ensimismado en algún punto de su mente.

—Pero, por ejemplo, no podéis resucitar a muertos, ¿no?

Tía Faith estaba encantada con todas sus preguntas. Dejó de nuevo su copa medio vacía en la mesa para dirigirle toda su atención. Puse los ojos en blanco, harta de esta conversación.

—Se puede, mas no lo hacemos porque la persona que vendría de vuelta estaría llena de maldad.

—No es bueno interrumpir el descanso de los fallecidos —terminó tía Alondra la frase de tía Faith.

Mis tías tenían la manía de terminar las frases por la otra.

Tía Alondra se echó hacia atrás en la silla colocando sus manos con los dedos entrelazados encima de su vientre.

—Muy cierto, Alondra. ¡Ah! Otra cosa antes de que me olvide y no sé por qué lo pasáis por alto, el viaje durará hasta finales de verano —añadió sin amilanarse.

—¡Finales de verano! —exclamamos Tom y yo a la vez.

Compartimos una mirada bastante alarmada.

—Sí —afirmaron ellas al unísono también.

—Yo no puedo pasar tanto tiempo fuera, tengo un trabajo al que volver, no estoy en su situación. —Lo señalé.

—Tú qué sabes si tengo un trabajo o lo estoy buscando. —Tom volvió a tensarse,

apretando los labios.

—Vale, eres exmarine sin oficio ni beneficio.

Subí las manos en señal de falsa disculpa.

—¡No tienes ni idea de cómo es mi vida para acusarme de vago!

—¡No te estoy acusando de vago, solo digo que no trabajas!

—¡Ya está bien! —alzó la voz tía Faith—. Os tiene que preocupar más otro asunto que por si tenéis o no trabajo.

—Si yo fuera vosotros, me amigaría de nuevo como estabais hace unas semanas.

—Muy bien dicho, Alondra, porque debéis ir pensando una excusa creíble que explique por qué viajáis juntos y qué hacéis juntos.

—¿Siempre tienen que estar los malditos Crane por medio?

Le regalé una sonrisa provocándolo todavía más. Iracundo, me miraba mientras en sus ojos azules bailaba la furia contenida.

—Cecilia, ya basta —me advirtió tía Faith con los labios fruncidos—. ¿A qué viene increpar a una persona de esa manera?

«No hace falta que os lo diga, ya lo sabéis», repuse mentalmente. Odiaba sentir lo que sentía por él.

—Como respuesta a tu intolerable pregunta, te diré que la presencia de Tom es necesaria porque es el vínculo directo con Daniel, como tú lo eres con Abigail.

Además —tía Alondra entornó los ojos hacia mí—, ¿cómo explicarías tu sola presencia en el siglo XVIII?

Una exposición razonable, pero no estaba dispuesta a claudicar.

—Me las apañaría —contesté.

—Vale, es un hecho que tenemos que viajar. Juntos —recalcó Tom esa palabra sin quitarme ojo de encima—. ¿Para qué? Esa es otra cuestión a tener en cuenta.

—Debéis conseguir que Daniel y Abigail no se separen —anunció tía Alondra con

cautela.

Me llevé las manos a la boca. La mente durante unos segundos se me paró, se quedó en blanco, no esperaba semejante petición. Tom, aunque asombrado, tuvo más capacidad de reacción que yo.

—De estas cosas que hacéis vosotras no entiendo, pero, si ellos se quedan juntos, influirá en el futuro, así lo entiendo, por tanto, ¿no desapareceremos todos los que estamos en esta mesa? —vaciló mientras el ceño se le iba frunciendo hasta crear esos profundos surcos.

—Nadie desaparecerá, tampoco los muertos resucitarán. No estamos intentando cambiar el rumbo de la Historia de la Humanidad. Solo debéis lograr que Abigail no formule la maldición y así poder liberar en el futuro a nuestras familias. Da igual cómo lo hagáis.

La mandíbula se me tensó por los nervios al escuchar las palabras de tía Faith. Su calma no caló hondo en mí, sino todo lo contrario. Sospechaba del doble sentido que atronó en mis tímpanos como un trueno. Casi balbuceé al hablar:

—No, no, jamás, sé lo que significa.

—Muchacha, métete en esa cabeza de chorlito que es vuestro cometido. Sois los únicos que quedáis con vida y solo os auguraré que saldréis ilesos —ilustró tía Faith con otro doble matiz.

Tía Alondra me cogió de la mano en señal de apoyo.

—Es un alivio escucharlo, porque aguantarla durante tres meses será una tortura, es un poquito insoportable cuando quiere, ya me entendéis —asestó Tom con una esplendorosa sonrisa.

Abrí los ojos todo cuanto me dieron, como la boca (cualquiera podría verme los empastes). De pronto, comprendí la venganza de sus palabras tras mis ataques hacia su persona.

Volviéndose a colocar en la silla, tía Faith tomó un gajo de naranja. Observó con detenimiento como

captaba la luz.

—Vuestro destino está escrito. —Alzó la vista hacia Tom cuyo rictus era más serio

—. Conseguirlo y lograréis aquello por lo que otros murieron. —Volvió a azuzarme con su mensaje ahora más directo que antes.

Capítulo 19 - Estos somos y en ellos nos convertiremos

Con un viaje en el tiempo sobre mis hombros, el calendario avanzó

vertiginosamente, demasiado para mí, porque junio entró sin avisar.

Mis tías estaban organizando todo para que saliera bien y no hubiese sorpresas de

última hora. No se dejaban ver mucho; subían, bajaban, volvían a subir al desván recuperando, según ellas, objetos que podríamos utilizar en el siglo XVIII. ¡El siglo XVIII! Quién me iba a decir cuando llegué que acabaría viajando dos siglos atrás.

Cualquiera me llamaría chalada u otros improprios me regalaría.

Pero en mi vida siempre tenía que haber un pero, todo esto no sucedería si mi queridísima hermana y su novio hubiesen hecho bien los deberes. Arreglar esta historia

no debería tocarme a mí, era asunto de ellos. Así, me veía enrolada en sus problemas, comiéndome follones que no me pertenecían. Estaba comenzando a odiar más a Emily, estaba presente en cada paso que daba, desde mi motivación por venir, hasta el viaje que iba a hacer.

«Y pensar que quería poner en orden esa parte de mi vida». Si supiera esto, no regresaría.

Vine por una razón, una idea para llevar a cabo que hoy no estaba dispuesta a cumplir. Mucho debía perdonarme a mí misma de aquella última conversación que tuve

con Emily. Fui maleducada, dictatorial también, y mi decreto ley tuvo que haber sido

estar al lado de mi hermana. Aunque algunos remordimientos expiraron, otros se reforzaron al darme cuenta de que ella, en sus sueños premonitorios, lo había adivinado todo. Vio, seis años atrás, como, al igual que ella, sucumbiría a un Crane.

Seis años hacía que no la veía; seis años en los que, de vez en cuando, escuchaba su grupo favorito, no el mío; cogía el móvil para llamarla hasta recordar que no la tenía.

Seis años captando a veces su presencia, como me ocurrió al estar de nuevo en Sleepy

Hollow. Precisamente, cuando todo estaba predispuesto a cumplir mi cometido para con ella, a pesar de

tener miedo y, por ende, me costase dar el paso, ella volvió a arremeter contra mí, desempolvando la vieja rabia con la que hablé aquel día. Desde

aquella, la soledad, mi única amiga, la única que me trataba bien y con respeto, casi se esfumó por culpa de Tom, además del regalillo de mi hermana: hacer aquello que no fue capaz.

Siempre supe que Emily tenía un as bajo la manga, sin embargo, nunca me imaginé que sería un viaje en el tiempo.

En ese momento supe que no me acercaría a su tumba a pedir disculpas por ese

pasado tormentoso que compartimos en Manhattan; primero porque no las sentía, y segundo, si me calentaba un poco, escupiría en sus cenizas. Ella se encargó de prender

una vez más la hoguera de la ira.

Mi otro gran problema era Tom. Desde aquel día en el jardín no me habló, me esquivaba, si podía, evitaba incluso sentarse conmigo a la mesa. Mis intentos por pedirle disculpas se frustraban cada vez que intentaba un acercamiento. Él me rehuía marchándose. La noche tampoco me facilitaba nada, porque no las pasaba aquí.

Sentada en la ventana de la buhardilla, lo vi marcharse repetidamente, una noche tras otra, en dirección a su casa. Tampoco me enteraba si regresaba a dormir, mi intuición

me decía que no. Esos días fueron duros, mi conciencia no me dejaba en paz, el arrepentimiento corría por mi sangre hasta reventarme de culpabilidad. Las palabras que salieron de mi boca durante este tiempo no fueron justas, pero mostraban mi situación interna: sentía por él algo más que una mera atracción, sin embargo, me echaba para atrás su apellido, por eso me controlaba, me repetía a mí misma que debía

alejarme, sacarlo de mi cabeza como fuese. Era muy difícil.

Y yo... bueno, qué decir. Cuanto más rápido pasaba el tiempo, peor dormía, de hecho, salía a correr y el cuerpo no se agotaba. Eso sí, sufría de cansancio mental, ya que en bucle caía siempre en los mismos pensamientos.

Ese día, de regreso a casa, me tropecé por el camino con Tom.

—¡Tom! —lo llamé.

Se volvió. Al verme, continuó andando.

Me apuré para darle alcance.

Dio dos pasos y paró.

—Buenos días —saludó cuando me acerqué.

Llegué a su lado sin aliento. Para recuperarme, apoyé las manos en las rodillas

—¿Qué llevas ahí? —Señalé con la barbilla al rollo de papel que sostenía en su mano derecha.

—Lo descubrirás en breves momentos junto con tus tías.

Echó a caminar de nuevo.

—Espera. —Lo agarré por el brazo frenándolo—. Quiero pedirte disculpas por todo.

Giró levemente el cuello hacia mí dirigiéndome una mirada inquisitiva.

—Me lo pensaré, ahora tenemos algo más importante en lo que pensar.

Se soltó de mi agarre de un tirón, comenzó a caminar otra vez.

Lo seguí en silencio, nada podía hacer, era su decisión.

Entramos en casa. No había ni rastro de mis tías. Tom dejó el rollo sobre la mesa y fue hacia la escalera de la dama blanca.

—Faith, Alondra —gritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó tía Alondra saliendo del invernadero.

—¿Por qué vociferas tanto, muchacho? —Tía Faith entró por el arco de la cocina, con los labios fruncidos.

—Tengo algo que contaros a las tres. —Nos miró a los ojos con emoción—. Por favor, tomad asiento.

Hicimos lo que nos pidió, cada una en su correspondiente asiento.

—Adelante, no nos tengas en ascuas —lo animó tía Alondra a empezar.

Tom desplegó el rollo que trajo consigo mostrando un árbol genealógico.

—Sin interrupciones —exigió, a lo que nosotras aceptamos—. Creo haber encontrado el plan perfecto que puede contribuir en nuestra estancia en el siglo XVIII.

Me explico. Este —sus dedos se movían nerviosos sobre la enorme cartulina— es el árbol genealógico de los primeros Crane hasta Jason y yo. Aquí está Daniel...

—Se parece muchísimo a Jason —murmuré.

—He dicho sin interrupciones.

Tom me clavó en la silla con su mirada.

—Perdón.

—Sí, ese es Daniel. Separado a escasos centímetros está su primo hermano, Walter

Crane, soldado al mando del General George Washington durante la Guerra de la Independencia entre mil setecientos setenta y cinco hasta mil setecientos ochenta y tres.

Tras la guerra, de vuelta a casa, donde lo esperaba su esposa, Martha, una mujer a la

que apenas conocía porque se casaron el mismo día que Walter partió a la guerra, se

convirtió en profesor de Harvard. Los dos primos tuvieron una relación de hermanos,

se criaron juntos, pero se separaron cuando Walter, con la herencia de su padre, se fue a estudiar historia a Oxford. A su regreso, Daniel se había marchado a Salem. A pesar

de la distancia, los dos mantuvieron una estrecha relación mediante correspondencia, que todavía conservamos en casa, y gracias a esas cartas sé que Daniel en reiteradas

ocasiones le pidió a su primo que viniera a visitarlo a Sleepy Hollow, hecho que nunca

ocurrió porque la salud de Martha no era buena.

—Y esta historia la cuentas porque... —dejó inacabada la frase tía Faith.

—Sé que a Cecilia no le va a hacer gracia —ahora, con los brazos en jarras, me guiñó un ojo—, pero es lo único que se me ha ocurrido. Nos podemos hacer pasar por

este matrimonio.

A modo de visera, puse la mano derecha sobre la frente, atónita por el plan de Tom.

Negué con la cabeza en completo mutismo, sin creer todavía lo que acababa de escuchar.

—No te emociones tanto, muchacho —cascó tía Faith—. Has dicho que los dos

primos se escribían, es posible entonces que Daniel reciba una misiva estando vosotros en el pueblo, ¿no te lo has parado a pensar?

Esta observación de tía Faith me hizo levantar la cabeza y mirar a Tom, cuya expresión era de satisfacción.

—No —gesticuló con su dedo índice señalándola—. Resulta que la

correspondencia entre los primos durante la Guerra de la Independencia fue muy escasa, algo más fluida era entre Walter y Martha. Hubo una etapa de unos doce años,

es decir, entre mil setecientos ochenta y tres a mil setecientos noventa y cinco, donde no hay ni una carta de Daniel a su primo, ni viceversa, porque su regreso a casa tras la guerra no fue precisamente el mejor.

Desconectando de la extensa explicación, a modo de conferencia familiar de Tom,

miré a los dos primos. Daniel, como ya me había fijado, tenía un rostro muy parecido

al de Jason. Frente ancha, ojos azul claro, pómulos altos, nariz alargada, boca de labios finos. En general, sus rostros eran más anchos que el de Tom, quien se...

Sobresaltada, me levanté al contemplar el rostro del tal Walter con mayor

detenimiento. A simple vista era igualito al de...

—¡Hala! —prorrumpí.

Miré a Tom. Señalando el dibujo con el dedo índice, espeté:

—Se parece a ti.

Fue decirlo y separé el dedo.

Tom se acercó. Estuvo un buen rato mirándolo. Su expresión impasible no mostraba si reconocía a alguien en el rostro de Walter Crane.

—Y yo que pensaba que mi físico era único. —Su ironía se reflejaba en la mueca burlona de su rostro.

—Es único, pero procede del siglo XVIII —contesté.

Mi comentario le resultó gracioso.

—Bueno —interrumpió tía Alondra—, parece que lo tienes todo ideado y no es malo. ¿Qué te parece?

Mis tías compartieron una mirada que solo ellas supieron qué significaba.

—Es bueno, teniendo en cuenta que es el único plan existente, hum. —Por un momento, tía Faith frunció los labios en nuestra dirección—. Ayuda mucho tu parecido

con ese militar, profesión que compartís, así que yo no voy a ser quien objete nada.

Solo os diré que en estas últimas semanas leáis todo lo posible del siglo XVIII —nos

recomendó.

—Perfecto. —Tom estaba más que contento—. Iré a la librería a buscar algún libro.

—¿Puedo ir contigo?

Tom alzó las cejas ante mi pregunta.

—Sí —afirmó dubitativo.

—Me ducho y bajo.

Me dirigí a la escalera cuando la voz de tía Alondra me paró:

—Cecilia, ¿no protestas?

Me giré sobre mis pies y los encaré:

—¿Serviría de algo?

—No —dijeron los tres al unísono.

—Pues ahí tenéis la respuesta. —Me encogí de hombros.

Mi presencia por las aceras del pueblo acompañada de Tom Crane no pasó

desapercibida a ojos de nadie. La gente se paraba abriendo los ojos cuales lémur, algunos como sapos; otros negaban a nuestro paso mascando una nueva tragedia; la compasión reflejada en sus rostros la avivaba Tom, impasible a mi lado; después estaban los típicos corrillos que, similares a camarillas de una corte real, miraban con descaro y llevaban una mano a la boca para que no los viera cuchichear; los más atrevidos, aquellos que pasaban por mi lado, musitaban: «bruja», incluso algunos grupitos pequeños de niños, levantando el dedo, decían: «bruja, eres una bruja».

Con ese himno, que iba pasando de generación en generación, se pretendía hacernos

de menos, señalarnos como los bichos raros del pueblo. Éramos el mal de males. En

realidad, hastiada de las memeces y el anquilosamiento de este pueblo, con la furia corriendo por mis venas, entré en tromba en la librería, cerrando la puerta tras Tom y

mirando a través de los endebles barrotes de la persiana metálica.

—De verdad o...

—No lo digas —me detuvo con voz y mirada cautas—, no merece la pena, ya sabes

cómo es la gente, pasa de ellos, no le des más importancia de la que tienen.

Que él dijera esas palabras me enfureció tanto que lo estrangularía con los ojos si pudiera. Mi cuerpo se tensó y se elevó unos centímetros más por la ira.

Tom, sorprendido, alzó las cejas, abrió la boca como si intentara defenderse, pero calló dando un paso atrás.

—¡Tú qué sabrás! Tú eres un Crane, un dios en Sleepy Hollow, he visto como todos

te veneran y se apiadan de ti por solo caminar a mi lado. Así que cállate la boca porque nunca sabrás lo que es estar a este lado de la historia —le espeté soltando parte o todo el rencor que en esos momentos sentí por él y por su familia, aunque sabía que

no era culpable de esta situación.

—¿Cecilia?

Una voz femenina llegó desde mi espalda, envarándome, cogiéndome desprevenida.

Lo último que esperaba era salir de mi escondrijo tan pronto. Percibí como el rostro me mudó pasando de furibundo a asombrado.

Mientras, Tom sonreía a la persona que estaba detrás de mí y que todavía no me había atrevido a mirar.

—¿Cecilia Wells? —insistió.

Inspiré y expiré lentamente para no perder los papeles y la poca cordura que me quedaba. Cerré los puños girándome para encarar a la persona que me reconoció sin mi

consentimiento. Me impresionó cuando me encontré de frente con una chica que me sonreía amable, era más o menos de mi estatura, de larga melena trigueña, con unos bonitos ojos marrones.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Negué con la cabeza, en mi vida había visto a esta mujer.

—Soy Janet King, fuimos compañeras en primaria y secundaria —me explicó.

Ahí estaba la razón por la cual no me acordara de ella. No estaba perdiendo facultades, sino que de aquella época de mi vida había formateado mi memoria y nada

recordaba, salvo algún profesor. En esa acción ayudó infinitamente el haberme marchado a Manhattan.

—No te recuerdo, debes perdonarme —dije, sintiéndome un poco mal por la situación.

—Es normal —hizo un gesto con la mano para restarle importancia—, ha pasado mucho tiempo. Ahora peinamos alguna cana.

Sonrió de nuevo con esa dulzura que parecía una característica suya.

—Desde hace unos cuantos años, además.

Nos reímos. Así, mi cabreo inicial fue desapareciendo a medida que me iba relajando. Quién me diría que al final acabaría soltando unas risas. No, no pensé en esa posibilidad.

Janet saludó a Tom con un caluroso abrazo. Era como si se conocieran de toda la vida.

—¿Y qué os trae por aquí? —nos preguntó agarrando a Tom por la cintura.

Él la mantenía a su lado, con un brazo sobre sus hombros.

—Necesitamos libros de historia sobre el siglo XVIII y alguno que tengas sobre la

Guerra de Independencia, esos son los que me interesan —contestó Tom que hasta entonces se había mantenido en silencio.

Janet alzó la vista hacia él. Su escasa altura hizo que su cabeza encajara la perfección bajo su axila. Asentía cavilando bajo la atenta mirada de Tom.

Se soltó de su agarre para observar las estanterías que había a mi espalda.

—Justo en esa estantería —señaló con el dedo—, están ordenados los libros de historia según sean de antigua, medieval, moderna o contemporánea. Busca bien porque

sé que hay bastantes sobre la Guerra de Independencia —le especificó a Tom.

—Gracias, Janet.

Tom se alejó para ir a la estantería.

No me pasó desapercibido que actuaba como si la librería le perteneciese.

Sucumbí a la curiosidad.

—¿Trabajas aquí?

—No exactamente. Soy la propietaria desde hace casi cuatro años, cuando los Burns se retiraron.

—¿Y cómo decidiste quedarte con ella?

—Tenía ganas de regentar mi propio negocio y qué mejor que la librería de mi pueblo. Cuando se lo comenté...

Su expresión se volvió más reflexiva. Nerviosa, se retorció los dedos, no sabía si continuar.

—¿Sí? —la incité a seguir ladeando la cabeza.

—Fue... fue Emily la que me animó...

Su voz sonaba estrangulada, en su rostro también se reflejaba cierta angustia.

—Preciosa, ya te arreglé el grifo, no sé cuánto durará.

Janet se volvió al lugar donde sonó la voz.

Un chico alto, corpulento, de hombros anchos y algo más estrecho de caderas, hacía acto de presencia tras salir de una puerta de la que colgaba el cartel de privado. Era rubio, con unos bonitos ojos castaños chispeantes, que no juguetones como los azules de Tom. Sus rasgos marcados, mandíbula cuadrada alineada con una prominente nariz recta y boca ancha de labios carnosos, captó la atención de los tres. A este chico estaba segura de que no lo conocía, porque por mucho que formateara mi cerebro, no se me olvidaría.

—¡Crane, amigo! —exclamó al reparar en su presencia.

—¡Eddy!

Se abrazaron sonrientes al encontrarse inesperadamente. Ese instante, sin yo quererlo ni pretenderlo, se clavó en mí por ver una sonrisa sincera dibujada en la cara de Tom. Desde que llegué, fueron pocas las veces que lo vi sonreír, alguna sonrisilla tímida, aunque la mayor parte era la que acompañaba su expresión burlona. Esta, por el contrario, era tan abierta y amplia que su rostro se iluminó delante de mí, consiguiendo que nada más tuviese importancia.

«Quiero verte sonreír más veces de ese modo». Este peregrino pensamiento se me escapó y, como una flecha, cubrió la distancia que me separaba de Tom, porque me miró haciéndole un gesto con la cabeza a su amigo. El tal Eddy me dedicó una bonita sonrisa.

—Tú debes de ser Cecilia. —Se encaminó hacia mí con seguridad, plantándose un beso en la mejilla después—. Encantado, soy Edward Baker, puedes llamarme Eddy, bombero profesional a tu servicio.

—Igualmente —carraspeé tratando de no sonar titubeante.

Ahora caí en quién era. Tom lo nombró aquella noche en la que le limpié el bigote tras comer la magdalena de chocolate.

Janet le pegó un suave manotazo en el brazo por lo último que dijo.

—Lamento haberos interrumpido, chicas —se disculpó con simpatía.

—No pasa nada —Janet se abrazó a él—, le estaba contando a Cecilia que fue Emily la que me animó a hacerme con la librería —confesó al fin.

—Por cierto, te das un aire con ella —soltó Eddy.

Sus palabras me asombraron.

—Qué va, qué va —negué.

—Un aire os dais, sois hermanas.

—Quizás en la sonrisa. —Janet me escrutó un poco.

—No —intervino Tom—. La sonrisa de Cecilia tiene más fuerza que la de Emily, más dulce. —Salvó la distancia que nos separaba sin quitarme los ojos de encima y sujetando ya algunos libros—. Aunque es cierto, tienes un aire con tu hermana.

—¿Os conocíais todos?

Cambié de tema. No me sentía cómoda con ese parecido razonable que veían con mi hermana.

—Claro —replicó Eddy—. Siempre que podíamos, Tom, Jason, Emily y nosotros dos quedábamos para vernos. Aún lo hacemos los tres, todos los viernes cenamos juntos si podemos.

—Emily no hacía otra cosa que hablarnos de ti, del talento que tienes para el dibujo, no dejaba de repetir que su hermana era una gran artista, un talento por descubrir.

Janet me dio la estocada final.

Asentí casi imperceptiblemente, intentando controlar las emociones.

La mente se me quedó en blanco a la vez que un regusto amargo subía por mi estómago, pasaba por el esófago y me llegaba la boca con esta declaración. «Ellos saben más de Emily que tú, siendo su propia hermana». Darme cuenta de ello me provocó que las entrañas se me encogieran como si me acabaran de dar un puñetazo en

todo el estómago, ya que por aquel entonces no mantenía contacto con Emily.

—Lo he visto con mis propios ojos y Emily se quedó corta —acentuó Tom.

Janet miró a Tom. Se separó de Eddy, cogiéndome las manos con impaciencia.

—Llámame atrevida, pero aprovechando que estás aquí, porque no sé si pasarás...

—Nena, Sleepy Hollow no es tan grande. —Eddy hizo un gesto con las manos recalcando sus palabras.

—Tom dijo que no le gustaba pasearse por el pueblo —le explicó.

Maté con la mirada al cotilla de Tom Crane.

Él, alzando las cejas al verse descubierto, me sonrió y se encogió de hombros.

Volví mi atención a Janet.

—Por eso, ahora que te tengo aquí, me gustaría compartir contigo una idea para la temporada turística de verano.

—Está bien —acepté.

—Verás...

—Cecilia —me llamó Tom—, acuérdate que nos vamos de viaje en poco tiempo.

Me dirigió una mirada censora.

—¿Os vais de viaje? —Eddy no esperaba esta noticia.

—Sí... —balbuceé.

Tom reaccionó.

—Nos vamos con sus tías a Stonehenge.

Volvió a mentir. ¡Qué perra le había entrado con ese lugar! Bufé para mis adentros.

—Entonces a vuestro regreso hablamos, estoy segura de que dará tiempo a hacer algo —sugirió Janet buscando mi complicidad.

—Cuenta conmigo para lo que sea —me comprometí.

—¡Estupendo! Mil gracias.

Janet dio unos saltitos de alegría, contagiándome.

Con la simpatía y el cariño que desprendía esta pareja, Tom y yo nos quedamos hablando un buen rato

con ellos. También compramos varios libros sobre la etapa histórica a la que íbamos a viajar en menos de dos semanas.

Capítulo 20 - Círculos

Las dos últimas semanas se precipitaron como el agua que caía desde lo más alto de una cascada.

Tom y yo compartimos momentos de silenciosa lectura, de conversaciones sobre el siglo XVIII, divertidas en algunos casos, o de histeria en otros, como cuando mis tías nos recitaron una enorme lista de enfermedades que podíamos contraer si no teníamos cuidado. Muchas dudas suspendían de nuestros ojos haciéndonos tambalear hasta

perder el equilibrio, no obstante, ahí estaba el otro para sujetar y convertirse en ese obelisco en el que apoyarse, al que mirar para no perder el rumbo y no dejarse llevar

por los nervios o la desesperación que removía nuestro cometido.

Ahí también estaban ellas, mis tías, trabajando para no dejar nada al azar. ¡Ya había suficientes cosas que caían en manos del azar! Al menos así eran mis pensamientos. A destajo, sin comentarnos nada, habían confeccionado nuestros baúles de viaje.

Sorprendente pero cierto. Mientras ellas se convertían en verdaderas modistas de alta costura, nosotros dos éramos los maniqués. Entre hilos, agujas, tijeras, dedales, alfileres, discerní lo mucho que las iba a echar de menos. Ya no nos separarían cincuenta kilómetros, sino dos siglos. Un sentimiento similar a la vulnerabilidad me embargó. Ellas, si lo sabían, lo callaban con sus discusiones, sus charlas. ¡Estaban más emocionadas que nosotros!

En el caso concreto de Tom solo tuvieron que hacerle unas cuantas camisas y un par de pantalones, porque revolviendo en el desván de su casa, se encontró con ropas de aquel siglo. Solo hubo que pasarles un agua y como nuevas. «¿Esa familia sufrió de síndrome de Diógenes a lo largo de este tiempo?», no entendía cómo alguien en sus cabales podía guardar cosas que a simple vista jamás utilizaría.

A mí, por el contrario, me confeccionaron varios vestidos, todos, según ellas, con colores que resaltarían mis ojos, aunque la suerte también las acompañó. Entre los recuerdos de nuestras antepasadas había varios vestidos de otras épocas, vamos, que

las Wells padecieron ese síndrome también. ¿Sería por amor? Mejor no saberlo. Los modificaron con tanto ahínco que a ojos de cualquiera parecerían recién adquiridos.

Uno de ellos lo vestía ese día, exhibiendo el gran trabajo realizado por mis tías como costureras.

Sí, ya estábamos a 21 de junio.

Me alcanzó demasiado rápido.

Esa noche me ayudaron a vestirme porque yo no sabía por dónde empezar. Primero

me pusieron la camisa de lino blanca, sencilla, encima el incómodo y asfixiante corsé, seguido de las enaguas, las medias de seda blancas que llegaban hasta el muslo sujetas

por unas cintas. Después, en las caderas, me ataron unas almohadillas que le daban mayor volumen a la falda color púrpura. Abierta por delante, mostraba una falda interior de color beige con detalles bordados en hilo gris, como la puntilla que remataba las bastillas de las faldas. Por último, el corpiño se cerraba por delante con seis corchetes ocultos por una solapa. Era de manga tres cuarto, por debajo del codo, y el escote redondo se tapaba por un pañuelo blanco hecho de un material parecido a la

muselina. El conjunto remataba en una bonita cofia, varias me confeccionaron para combinarlas con los trajes. Con ella se tapaba mi ausencia de melena. Me

recomendaron explicar, si fuese necesario, que me cortaron el pelo tras sufrir unas elevadas fiebres, teniendo en cuenta que Martha Crane tenía una mala salud.

Frente al espejo, casi no me reconocía. La cofia resaltaba las líneas redondas de mi

rostro, mis ojos sobresalían debido al púrpura del vestido, como bien apuntaron mis tías. La piel continuaba con ese color apagado, pero ya no era ceniciento, a lo mejor

tenía algo que ver el liviano toque de colorete rosado con el que pinté las mejillas. Mi silueta cambió considerablemente: las almohadillas acentuaban mis caderas, el corsé,

por otro lado, afinaba mi cintura y embellecía mi busto, ¡tenía pechos! Esta molesta prenda los realzaba. No, si al final iba a tener algo bueno ir al pasado, descubrir mis atributos femeninos que no eran tan visibles en el siglo XXI.

Di un último vistazo a mi nuevo atuendo y salí del salón hacia la cocina donde estaban mis tías acompañadas de un nervioso Tom cuyos dedos bailaban agitados a los

lados de su cuerpo. Cuando me vieron, sus expresiones cambiaron, ellas me veían con

orgullo por el trabajo bien hecho; él lo hizo con una mirada estupefacta que dejó paso a la admiración. La verdad, a mí también me impresionó verlo. Peinado a su estilo, el flequillo se erguía orgulloso sobre su cabeza, iba vestido de manera mucho más sencilla. En colores oscuros (mientras yo parecía sacada de una fiesta de disfraces porque no me consintieron vestir con esa gama cromática), el pantalón y la chupa eran

negros, con una camisa blanca de cuello, en el que se ató un tipo de lazo, negro también. La casaca era

gris con botones dorados y todo remataba con unas botas que

parecían de montar (mis pies sufrían lo indecible con unos zapatitos de tacón). Vestido así, el *sex appeal* de Tom había aumentado un cien por cien. Esas ropas lo hacían mucho más atractivo.

—Dáselo, Tom.

La orden de tía Faith me cogió de improviso.

Él, rebuscando en uno de los bolsillos del pantalón, sacó algo que no pude ver. Se

acercó a mí con paso seguro, con semblante impertérrito. Frente a mí, casi con las puntas de los pies pegadas a las mías, me cogió la mano izquierda y, lentamente, en mi

dedo anular rodó una bonita alianza de oro amarillo.

Alcé la vista hacia él para encontrarme con sus ojos azules que centelleaban de forma especial.

—Ahora estamos casados —dijo con voz enronquecida.

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta, el corazón se olvidó de latir durante varios segundos al tiempo que una extraña sensación me envolvió.

—¡Qué bonita pareja! —exclamó tía Alondra con voz soñadora.

Sonreía con las manos unidas debajo de la barbilla. Pero contrastaba con la de tía Faith, que era más severa.

—Ya es la hora —señaló muy seria.

Tom y yo compartimos una mirada nerviosa. En silencio las seguimos hasta el jardín

trasero. En la mitad había un enorme círculo. En su interior ya estaban los baúles. Solo faltábamos nosotros.

La noche ocultaba los propósitos que teníamos entre manos.

Tía Faith nos dio las últimas recomendaciones.

—Acordaos de lo que os hemos dicho, no habléis de este tiempo a no ser que estéis

solos, controlad vuestros impulsos, pensad antes de hablar —me ofreció una mirada sesgada—, recordad vuestra nueva identidad, ante todo no olvidéis vuestro cometido y

estad siempre juntos... —hizo una breve pausa para coger aire—, es decir, nunca os abandonéis. Sé que pasaréis tiempo con Daniel o con Abigail a solas, pero lo importante es que vosotros dos no os perdáis de vista y, sobre todo, tened cuidado...

—Su voz era bastante temblorosa.

—Una última pregunta —habló Tom a mi lado—. ¿Qué pasa si nos hieren con algún arma? —formuló la pregunta dándome cuenta de la importancia que tenía.

Mis tías compartieron una mirada lamentablemente alarmada.

—Si es un rasguño u otro tipo de herida superficial no ocurrirá nada, salvo que —
tía Alondra no pudo continuar hablando.

Se llevó una mano a la boca para no soltar un sollozo. Sus ojos brillaron vidriosos.

—Protegeros de heridas más profundas —tía Faith negó con la cabeza, cogiendo aire por la boca—, porque entonces solo uno regresará.

Bajé la cabeza ante esa declaración. La mente me iba a mil por hora, porque hasta ese momento no me había percatado de los peligros a los que podíamos estar expuestos. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

La tensión podía palpase en el ambiente tras ese comentario.

El mutismo se apoderó de los cuatro.

Fue tía Faith quien intentó aligerar el estado en el que nos encontrábamos.

—Dejemos esos pensamientos agoreros. —Hizo un aspaviento en el aire acercándose a mí—. Buen viaje, mi querida niña.

Me fundí en un abrazo con ella. Un nudo atenazó mi garganta, me ahogaba y las lágrimas amenazaron con reaparecer.

—Cuídame de ella, muchacho, y cuídate tú también, por favor —oí como casi rogaba tía Alondra.

—Lo haré —le prometió Tom con voz solemne.

Sin soltar a tía Faith, abracé a tía Alondra.

—Os voy a echar mucho de menos, no sabéis cuánto —confesé con un hilo de voz.

Mis tías se separaron para mirarme.

—No te preocupes, aquí estaremos para recibirlos. —La seguridad de las palabras pronunciadas por tía Alondra calaron poco en mí.

Sus ojos volaban entre Tom y yo.

Tía Faith abrazó fugazmente a Tom.

—No perdamos más tiempo —alentó—. Meteos dentro del círculo y cogeros de las manos.

Su tono y su expresión eran víctimas de la impaciencia.

Obedecimos en silencio. Entramos en el interior del gran círculo hecho a base de velas blancas y cantos rodados de varios tamaños. En ellos, si te fijabas bien, había dibujado en color negro antiguos símbolos que yo al menos no conocía, aunque algunos

me recordaban a las runas. Tampoco podía afirmar que se tratase del alfabeto rúnico.

Además, cada uno de los baúles, encima de la tapa, tenían siete cantos. Estaba claro, las piedras nos conducirían al lugar donde pasaríamos los siguientes meses.

Nos cogimos de las manos, mientras yo miraba a mis tías una última vez intentando grabarlas en mi retina.

Ellas se situaron a nuestro lado, fuera del círculo, cogiéndose de las manos también.

—Concentraos, muchachos —aseveró tía Faith.

Tom me dio un suave apretón para que lo mirase. Su rostro cauto acentuaba las líneas de expresión alrededor de su boca. Ni la barba las ocultaba. Sus ojos prudentes, algo temerosos a la par, estaban tintados por algo similar a la preocupación.

De repente, al unísono, mis tías empezaron a recitar un viejo hechizo:

—El tiempo corre / El tiempo gira / Pasado, presente, futuro / Unidos están, unidos quedan / La Fuerza de Cronos te envía / En los albores del día / Al comienzo de tu nueva vida.

Como si se tratase de un mantra, lo repetían cada vez más rápido.

Sin apartar mi vista de Tom, todo comenzó a moverse, volviéndonos lentos,

pesados, en la línea espacio-tiempo. Nos desmoronábamos, y un eco, como el silbar del viento, arrastraba ciertas palabras de las que solo distinguía dos: vida, Cronos.

Súbitamente nos movimos más rápido, desdibujándose todo a nuestro alrededor, la sensación era muy similar a cuando la montaña rusa, estando en la cima, precipitaba la

caída más veloz.

Tenía el estómago contraído.

Solo el particular aroma de las velas del círculo me resultaba familiar a medida que nos perdíamos en el vacío.

En ese túnel del tiempo, voces, imágenes borrosas, pasaban como si alguien las rebobinase, mientras la cebolleta del reloj giraba al sentido contrario. El cielo se oscurecía y se iluminaba con la misma rapidez. Un tic-tac lento retumbó como las campanas de la iglesia llamando a sus feligreses.

Nosotros caíamos en bucle girando con mayor celeridad que antes, tanto que Tom parecía desvanecerse. Asustada, me agarré con más fuerza a él y sin querer vi de soslayo círculos dibujados a nuestro alrededor.

Nos precipitamos en un abismo sin fin, empujados al fondo con un peso invisible atado en nuestros pies, desmoronándonos en algún lugar.

Capítulo 21 - 1792, nuestro nuevo hogar

Todo estaba sombrío.

No sabía si tenía los ojos cerrados o abiertos, y si así era, solo podía ver un color: el negro.

Los oídos los notaba taponados por el cambio de presión, el mismo que se originaba en el avión o en el agua.

Sentía la cabeza embotada, aunque no advertía un dolor inminente.

El estómago, algo revuelto. Las tripas me subían y bajaban constantemente.

Las extremidades las tenía atrofiadas; las articulaciones, pesadas; el esqueleto, en general, se resentía.

Creía estar sobre un asiento un tanto estrecho, algo incómodo, duro, que se clavaba

en mi trasero por llevar mucho tiempo sentada. Mi mano derecha se deslizó por el cojín y percibí que estaba tapizado en terciopelo o un material similar.

Mis piernas entumecidas, al igual que mis pies, estaban cubiertas por una manta un poco pesada que aumentaba la sensación de molestia.

—Cecilia, Cecilia, ¿estás bien? —Una voz sonó a lo lejos. La presencia de otra persona me indicó que no estaba sola—. Cecilia.

Lentamente fui abriendo los ojos. La visión, al principio borrosa, no me permitía reconocer a mi acompañante. Parpadeé varias veces hasta que el enfoque se hizo más

claro y pude ver a Tom. Me observaba con una expresión bastante inquieta. Aun así, sus ojos seguían pareciendo cansados, con las ojeras muy acentuadas. Parecía no haber

dormido en días o en semanas.

—Por favor, Cecilia, di algo...

—Tom.

Muy abrumada, me abracé a él como si fuese mi salvación. Los últimos

acontecimientos provocaron en mí un millón de sensaciones que se derrumbaron en el

interior de mi pecho. Comencé a temblar entre los brazos de Tom. Comprensivo, apretó

su agarre para insuflarme fuerzas, sin embargo, fue su aroma, ahora más concentrado,

intensificado también, a cítricos, madera, con esa pizca de especias y minerales, lo que me reconfortó haciéndome sentir en casa.

—Ya está, tranquila —me susurró al oído.

—¿Dónde estamos? —pregunté sobre su cuello impregnando mis labios de la sal de su piel.

Se separó, cogiendo mi rostro entre sus manos.

—En un carruaje —dijo con una exaltación contenida—. Estamos en el siglo XVIII.

Me soltó, alzó los brazos como si acabase de ganar la *Super Bowl*, se carcajeó echando la cabeza hacia atrás, expresando su propio nerviosismo. Me lo quedé mirando de forma sesgada, porque mientras él estaba loco perdido, yo me moría de terror. Cuando sus ojos volvieron a mí, se calló, manteniendo su expresión divertida.

—Vale, lo reconozco, me he dejado llevar por la emoción. —Hizo una mueca burlona—. ¿Qué tienes?

Por mi falta de respuesta, ladeó un poco la cabeza con una apostura más seria.

Me encogí de hombros, no era capaz de expresarlo con palabras.

Sus ojos azules me escrutaban intentando adentrarse en mí para desvelar qué ocurría.

Volvió a cogerme la cara entre sus manos.

—No temas, Cecilia, estamos juntos en esto. —Su tono era firme, sus manos

desprendían una calidez que iba calando en mí—. Hice una promesa a tus tías y la cumpliré hasta el final de este viaje, no dudes de ello, ¿de acuerdo?

No contesté. Los ojos azules que tenía enfrente me habían cautivado, casi hipnotizado; a la vez ansiaba ser portadora de esa misma confianza.

El carruaje se paró con un fuerte frenazo que originó originando que en un principio me echase encima de Tom, sujetándome a él por miedo a caer, para después empujarnos hacia atrás.

—¿Por qué paramos? —Mi voz era un fino hilo casi inaudible.

—No lo sé, si me sueltas, podré salir e informarme.

Poco a poco, con mucha renuencia, hice lo que me pidió.

Tom, recolocándose la ropa, abrió la pequeña puerta del carruaje y bajó de un salto.

Habló con el conductor, pero no supe qué decían.

Los nervios me carcomían. En cualquier momento iba a entrar en un ataque de pánico o de ansiedad. Las manos me sudaban frío, los pies los tenía ateridos, era incapaz de relajar la espalda, lo que me ocasionaba cierto malestar en los costados. El corazón se me aceleraba como la respiración.

El ruido de las piedras al contacto con la suela de unos zapatos me indicó que alguien se acercaba.

—Querida, hemos llegado. —Tom asomó la cabeza por la puerta.

—¿Adónde?

Estaba completamente desorientada. No sabía qué me estaba pasando.

—A casa de mi primo Daniel. Acuérdate que ahora somos Walter y Martha Crane

—su voz fue una prevención.

Asentí echando a un lado la manta de piel de animal. Me levanté del asiento con piernas temblorosas, casi de mantequilla, por ello decidí tomar la mano que me ofrecía

Tom mientras con la libre levantaba la falda para no pisarla. Antes de dar un paso en falso, miré donde debía colocar el pie, pues no todos los días una viajaba en carruaje.

¡Cómo echaba de menos mi coche! Agarrando con fuerza a Tom, bajé el escaloncillo y, al fin, pude poner los pies en tierra firme.

El sol me recibió deslumbrante. Pestañeeé durante unos segundos, antes de que mis ojos se acostumbraran a la luz. Habíamos arribado en el siglo XVIII un día apacible y

bastante caluroso. Cuando pude observar a mi alrededor, me topé con el bosque. Ese

que veía desde la buhardilla del Sleepy Hollow futuro que, ahora enorgullecido, nos rodeaba más frondoso a ambos lados del camino.

Tom, con una sonrisa nerviosa en los labios, también con ojos cautos, colocó mi mano en el hueco de su codo. Era normal, debíamos mostrarle al mundo el decoro y formalidad de cualquier matrimonio.

—Baje los baúles —ordenó, autoritario, al chofer.

—Sí, señor.

El hombre, servicial, tan alto como flaco, con gran agilidad, bajó nuestro pesado equipaje. Me fijé en su pelo rubio, recogido en una pequeña cola que sobresalía por debajo de su gorro dibujando algunos tirabuzones.

—¿Desea algo más el señor?

—No —respondió Tom muy metido en su papel.

El cochero nos hizo una venia con la cabeza, sin embargo, antes de retirarse, alzó el

rostro hacia mí. Era ovalado, de suaves líneas, casi podía decirse que resultaba femenino, sus labios fruncidos me recordaron a los de... No, no podía ser, ella quedó

en el siglo XXI. Con mis tías en mente, lo miré y...

Sus ojos eran distintos, uno color miel, otro castaño. Asombrada, con el corazón a

mil por hora, no era capaz de desviar mi mirada. «¿Habéis venido?», me pregunté en el

mismo instante en que por esos extraños ojos atravesaba un rayo. Quizás,

comprendiendo la pregunta que se me pasó por la cabeza, el hombre se montó en el carruaje y con un golpe de las riendas, los dos corceles, blanco y negro, emprendieron

el camino a galope. Volví la cabeza viendo como desaparecía en un insólito efecto de

profundidad, como si el espacio se moviera y entrase en otra dimensión.

Al percatarme de que no se trataba de mis tías, un hueco se fue abriendo en mi pecho. Respiré hondo hasta donde me permitió el corsé, que me ralentizaba de algún modo, para no sucumbir a las emociones que amenazaban con desbordarse. Al hacerlo

aromas conocidos se filtraron en mí: la humedad del río, la frescura de los árboles, aunque uno sobresalía a los demás. El humo. El olor a madera quemada embriagaba, ya

que sin electricidad o gas, el fuego era el modo con el que estas gentes cocinaban y mantenían calientes las casas a través de las chimeneas.

—Qué raro —afirmó, de repente, Tom.

—¿El qué?

Lo miré frunciendo el cejo.

Tom estaba paralizado a mi lado, con la vista clavada al frente.

Seguí la dirección de sus ojos y lo que vi fue impresionante. Era una enorme casa de dos plantas. Un perfecto cuadrado, amplio, de ladrillo, con el tejado en dos aguas, abuhardillado con varias chimeneas sobresalientes. El robusto muro se abría por pequeñas ventanas, como las cuatro que veíamos desde aquí: dos al lado de la puerta,

otras dos justo encima correspondientes al piso de arriba. La propiedad estaba cercada por una verja poco o nada trabajada ni cuidada. Para ser una construcción simple, en comparación con las que se hacían en el siglo XXI, la contemplábamos como si nunca viésemos una casa.

—¿Qué ocurre, Tom?

No comprendía por qué lo impresionaba tanto la casa.

—Tenía entendido que la vida de Daniel en North Tarrytown fue muy sencilla...

—Pues para ser sencilla, pedazo de casa —no pude callar el comentario.

—Eso mismo pienso yo. Algo se me escapa y no sé lo que es —musitó esto último.

—Lo descubrirás —lo alenté—. Hay tres largos meses por delante para enterarse.

Asintió sin separar la vista de la casa.

La puerta de la entrada se abrió y salió un hombre de edad, baja estatura, rechoncho, vestido de negro. Bajó las escaleras encaminándose hacia nosotros.

—¿Necesitan de alguna cosa? —inquirió elevando demasiado la voz.

—Sí —respondió Tom—. ¿Esta es la casa del señor Crane?

El hombre arrugó su pequeña nariz en un gesto de desconfianza, además nos escrutó

buscando algo por lo que poder echarnos de la propiedad.

Ahora frente a mí pude observarlo mejor. Su gordura resaltaba sus cortas

extremidades y lo hacía aparentar menos altura, aun así, no medía más de un metro sesenta. Su cabeza era una circunferencia perfecta debido en gran medida a su incipiente calvicie. Apenas tenía cejas que definieran su rostro y esos ojos marrones hundidos. Su pequeña nariz simulaba un botón, no sabía cómo podía respirar, su boca

era también pequeña y su mentón desaparecía por la papada.

—Sí, vive aquí, ¿quién lo demanda?

—Walter Crane, su primo hermano.

En décimas de segundo el rostro bastante arrugado del hombre pasó del recelo al asombro.

—¿Cómo sé que no me mienten? —Frunció el cejo.

—Mi esposa y yo hemos viajado desde lejos para ver a mi primo. —La explicación no sirvió de mucho—. Un soldado nunca mentiría —pronunció con voz solemne, irguiéndose un poco más.

—Claro que no, señor —claudicó—. ¡Pequeño! —Un niño se asomó por la puerta—. Ve a la escuela a llamar al señor Crane, dile que tiene una visita que atender. —El niño, veloz, salió corriendo en dirección contraria a la que estábamos nosotros—.

Maurice, Charles —dos hombres jóvenes salieron a su llamada—, coged los bártulos de los señores y metedlos dentro.

Los dos hombres, solícitos, hicieron lo que se les pidió.

El hombre volvió su atención a nosotros.

—Por favor, acompáñenme adentro, deben estar cansados y famélicos.

Caminó delante de nosotros con paso mucho más ligero que cuando lo vimos salir.

Tom, con esa apostura erguida, parecía impasible a mi lado.

Acerqué la cabeza a su hombro para hablarle.

—¿Es normal que un profesor de pueblo tenga servicio?

—No que yo sepa —dijo tajante. Cogió aire ruidosamente—. Esta casa es igual que

la mía.

La contemplaba de nuevo ensimismado.

—Tu futura casa —maticé.

—Chiss... alguien puede oírte. —Me ofreció una mirada sesgada y una sonrisa en sus labios.

El hombre, al lado de la puerta con un brazo estirado, señalaba al interior de la casa.

—Por favor, adelante, pasen y pónganse cómodos, el profesor Crane llegará en breve.

Nuestra nueva vida daba comienzo de esta manera.

Capítulo 22 - Ellos

—¿Tardará mucho? —preguntó, al aire, Tom.

Estaba nervioso. Caminaba de un lado para otro a grandes zancadas con las manos en la espalda y erguido en sí mismo.

—Si lo supiese te lo diría.

Un pequeño reloj, en la cornisa de la chimenea, dio las cuatro de la tarde. Con muchísima curiosidad y fascinación, lo observaba. Nunca vi una pieza tan exquisita.

Era de madera, adornado ricamente en sus lados con pequeñas columnas salomónicas

propias del estilo barroco, bañadas en oro, o al menos eso parecía, al igual que los pequeños pies que lo sostenían; el espacio alrededor de la esfera era blanca, como el

nácar, con números romanos en color negro. Las agujas también estaban elaboradas con

mucha elegancia. Para mí era la pieza más hermosa del salón donde esperábamos la llegada de Daniel Crane.

Era una estancia muy amplia. Los techos más bien altos, aunque los tenía visto más

elevados, eran de madera. Las paredes lisas estaban cinceladas simulando columnas que no había, no estaban pintadas y las cubrían varios muebles de madera, en los que

había libros y objetos preciosos a la vista de cualquiera. Dos pequeños canapés se situaban al fondo, donde dos amplias ventanas iluminaban a raudales la estancia. Las

cuatro que había en total estaban cubiertas por unas cortinas gruesas, recogidas a estas horas del día por unos cordones que se prendían en la pared. En el otro extremo vi un

tipo de mesita de pequeñas dimensiones, hecha de forja, y encima, escrupulosamente colocadas, había varias botellas de licor. Pero lo que más captó mi atención fue el piano.

—¿Un piano?

Me resultaba un instrumento un tanto anacrónico para este siglo, teniendo en cuenta que no sabía nada de instrumentos.

—Sí —afirmó Tom. Volví la mirada hacia él, parado en mitad del salón—. El primero que se construyó en Estados Unidos fue en 1775, en Filadelfia.

—¿Cómo lo sabes? Esa información no venía en ninguno de los libros que leímos.

Salvó la distancia que nos separaba en una zancada.

—Querida, soy profesor de música. —Me dedicó una mirada incisiva.

Alcé las cejas.

—No... no lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Pues deberías...

La puerta del salón se abrió de golpe. Tom y yo nos giramos para encontrarnos con...

—Jason —musitó Tom con la voz quebrada.

Su rostro se mantuvo impávido, perdiendo el color a cada segundo.

—¡Walter, hermano! —exclamó el recién llegado, soltando el pomo de la puerta.

Apuró el pasó para abrazar a Tom, que le costó reaccionar por el impacto, porque si en la pequeña imagen del árbol genealógico Daniel tenía cierto parecido con Jason, en persona podías decir que eran idénticos. El mismo rostro ancho y alargado, la misma forma de las cejas, la misma sonrisa, incluso se les creaban a los dos esas arruguitas en torno a los ojos al sonreír. ¡Eran clavados!

Daniel rompió el abrazo sujetándolo por los hombros.

—No pareces muy complacido de verme —bromeó.

—No desatines. —Le sonrió cómplice.

Se abrazaron de nuevo dándose sonoros manotazos en la espalda.

Yo estaba estática. Lo último que esperaba era estar de nuevo frente a Jason Crane, bajo otro nombre y en otro siglo.

—Disculpa, primo, pero debo saludar a tu bella esposa. —Se separaron y Daniel caminó hacia a mí—. Un placer conocerla, señora Crane.

Recordando lo leído, estiré la mano, y él, cortés, me la besó.

—Lo mismo digo. Por favor —carraspeé antes de continuar—, llámame Martha.

Me sentía rara encontrándome delante de un físico tan similar al novio mi hermana.

Daniel, como Jason, desprendían una simpatía innata, era como si los conocieses de toda la vida, no te hacían sentir incómodos.

—Primo, eres un tramposo.

—¿Por qué lo dices? —Tom enarcó una ceja.

Estaba pasmado por el arranque de Daniel. Su rostro era la mejor prueba, aunque una sombra de preocupación se adivinaba también en él, sobre todo, en el azul de sus ojos.

—¿Y aún debo elucidártelo? —Su voz sonó más grave consiguiendo que Tom tuviese enarcadas las dos cejas en una simpática mueca—. Tus descripciones, querido Walter, no hacen justicia a la belleza de tu esposa.

Los ojos azules de Daniel me observaban con curiosidad, sin resultar ofensivos, del mismo modo que lo hacía Jason.

Bajé la mirada al sentir como las mejillas se me sonrojaban.

—Gracias —musité.

—Una mujer nunca debe agradecer a nadie los requiebros hacia su belleza. ¿Cómo va tu salud?

Abrí los ojos como platos porque ahora tenía que hacer mi papel sin titubear.

Manifestando una seguridad de la que carecía, alcé la cabeza para comenzar mi actuación.

—Se va recuperando —comenté por encima.

—Me complace oír esas palabras, querida. Como habrás descubierto en sus

misivas, tu esposo no hace otra cosa que hablarme de ti —se acercó a mí como si quisiese confesarse—, lo tienes a tus pies, y ahora lo compruebo por mí mismo.

Busqué con la mirada a Tom, que me la sostuvo impertérrito.

—No lo sabía. —Le sonreí a mi marido.

—Por supuesto que no. —Se irguió de forma similar a Tom—. La debilidad del hombre está en su corazón, no lo olvides.

—No lo haré. —Forcé una sonrisa sincera.

—¿Y tú? —intervino Tom—. ¿Para cuándo la boda?

—Aprovecharé vuestra presencia para acelerarlo —anunció—. Qué descortés por mi parte, por favor, tomemos asiento.

Señaló a los canapés que había detrás de mí. Esperé a Tom para caminar a su lado.

Daniel se situó frente a nosotros, que estábamos de espaldas a las ventanas.

—¿Cuándo partís?

—¿Estás pensando en despacharnos? —Tom le devolvió la pregunta. Se llevó una mano al mentón. Se acarició la barba fingiendo una expresión pensativa, porque de soslayo vi la comisura de sus labios estirarse en una sonrisa.

—Siempre con tus chanzas pesadas. —Daniel bufó dándose cuenta de la broma.

Cruzó su pierna izquierda sobre la derecha.

—No hemos pensado todavía en una fecha —intervine—, ¿por qué lo preguntas?

—Me gustaría que estuvieseis en mi enlace y que tú fueses mi padrino. Espero que aceptes, si no, no hay camino que te salve de mí —ahora bromeó él.

—Por supuesto que acepto —dijo Tom con voz grave y seria.

—Daniel, querido, no entiendo por qué tanta presteza... —interrumpió una mujer joven.

Al vernos, se paralizó, no contaba con nuestra presencia. Sus cejas alzadas dejaban

ver unos bonitos y expresivos ojos castaños como su melena, que lucía recogida, aunque a los lados de su rostro ovalado colgaban, juguetones, dos mechones de pelo.

Su boca, algo entreabierta, de labios finos, de los cuales el inferior sobresalía algo, esbozaba una sonrisa nerviosa.

Con esa composición yo también me congelé. Nunca me paré a buscarle un parecido con nadie a Abigail Wells, pero lo tenía. ¡Vaya si lo tenía! Era como estar viendo el espectro de mi hermana muerta.

A tuestas, busqué la mano de Tom que, comprendiendo qué me pasaba, la cogió, además de envolverme los hombros con uno de sus brazos.

—Tranquila, Cecilia —susurró en mi sien.

Un nudo en la garganta avisó con ahogarme.

Daniel, raudo, se levantó y fue hacia ella.

—Amor. —Le dio un beso en los labios—. Ven, quiero presentarte a mi primo

hermano Walter y a su esposa Martha. —Se acercaron a nosotros. Daniel tenía una resplandeciente sonrisa de orgullo. A ella se la veía algo más tímida—. Os quiero presentar a Abigail Wells, la...

Miraba para ella con encandilados ojos de enamorado. Las palabras se le atascaron en la lengua, tuvo que tragar.

—La mujer de tu vida —terminó por él Tom—. Un placer, señorita Wells.

—Un honor, señor Crane.

Sus ojos, al mirarme de cerca, se abrieron como si reconociera cierta familiaridad en mí. Me costaba sostenerle su profunda y expresiva mirada color avellana que hizo tambalear mi alma.

—Encantada, señora Crane. —Su sonrisa iluminó su rostro.

Lloraba e hipaba. Las lágrimas eran la expresión tácita de las emociones vividas: la

despedida de mis tías, el viaje, Daniel y Abigail. Toda acción tenía su reacción, ahora estaba intentando sobrevivir a la segunda en la intimidad de nuestro nuevo dormitorio.

Sentada en el regazo de Tom, me abrazaba a él para no dejarme llevar por la desesperanza y el desconsuelo. Era la persona más cercana que tenía muy a mi pesar.

Eso ya no importaba.

Mis ojos lloraban y mi corazón clamaba mientras iba perdiendo sus pétalos de sangre para que aflorase de su interior una parte que guardé tirando su llave en el río del olvido. No quería recuperarla.

No quería.

Si había algo más antiguo que el hombre, era el dolor. Y el mío era futuro o presente, depende de cómo se mirase. No sabía qué me tenía deparado este viaje, sin

embargo, bajo la luz de mi recalcitrante conciencia, vislumbré mi propio purgatorio o

el infierno al que bajé para poder obtener el perdón que ansiaba.

—Venga, Cecilia, no llores.

Tom me agarraba fuerte, como si quisiera contagiarme su fuerza y relajarme al mismo tiempo, acariciándome el pelo.

—Soy —hipé entre lágrimas— Martha.

—En este dormitorio somos Tom y Cecilia, de puertas para fuera utilizaremos los otros nombres, ¿de acuerdo? —explicó pacientemente.

—Vale.

—Intenta relajarte. —Estiró el brazo para coger una pequeña taza—. Toma, bebe poco a poco esta infusión.

Me iba dando de beber porque mi pulso era muy inestable.

Separé un momento la taza.

—Es igual que ella, Tom, su sonrisa, su mirada...

—¿Cómo tendría que estar yo? —Apoyó su mentón en mi cabeza—. Daniel se parece más a Jason de lo que Abigail se parece a Emily.

—¿No la has visto?

Alcé la vista hacia él.

Tom la bajó.

—Sí la he visto, comparte muchos gestos con Emily, como me he dado cuenta de que Daniel ama de la misma manera a Abigail que Jason a tu hermana, pero piensa por

qué. —Ladeó un poco la cabeza—. Descendemos de ellos y, si los observamos bien, seguro que nos vemos.

No me estaba comprendiendo.

—Tom, me altera su presencia, es como tenerla delante. —Sorbí la nariz aguantando

las lágrimas—. No lo entiendes, mi historia con Emily no fue sencilla ni terminó bien.

La última conversación con ella me perseguía desde la última vez que estuve en su tumba.

Me acercó otra vez la taza y, de un sorbo, acabé la infusión.

Dejó la taza en la mesita supletoria.

—Voy a ser incapaz de hacer nada —reconocí.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Me ofreció una mirada honesta—.

Comenzando, solo así lo sabrás.

—Pero...

Me tapó la boca con su dedo índice para, posteriormente, limpiar unas lágrimas furtivas que rodaron por mis mejillas.

—No tires tan pronto la toalla, porque como se parecen también deben diferenciarse de nuestros hermanos.

—Tengo miedo de confundirla y llamarla Emily.

—Cecilia, no vas a cometer ese error, en el fondo sabes que no es tu hermana.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy —afirmó perforándome con su mirada azul.

—Ojalá tuviera la mitad de tu seguridad. —Bostecé.

—Creo que estamos bajo el *shock* inicial, por eso sientes que todo se te puede hacer muy grande —me dijo al oído, sonriendo—. A dormir, Cecilia.

—Hummm...

El cansancio iba haciendo mella en mí, los párpados me pesaban y aunque alguna lágrima se desprendía de mis ojos, ahí estaba Tom para secarla. Su cercanía, su contacto y la calidez de su cuerpo me permitieron ir cediendo al sueño.

Caí rendida poco a poco en brazos de Morfeo viendo el rostro de Emily.

Capítulo 23 - Tú puedes, Cecilia

—¡Auch!

Un golpe seco sonó en la madera del suelo.

Asustada, me incorporé.

Ya había amanecido. Algunos rayos anaranjados de sol entraban por las dos ventanas clareando el ambiente. En el aire permanecía el olor de las velas consumidas durante la noche.

—¿Tom? —lo busqué con la mirada.

—Aquí —su voz sonó dolorida.

Al no verlo gateé por la cama hasta la otra esquina y, asomando la cabeza, vi a Tom tirado, cuan largo era, en el suelo, con los brazos en cruz, una pierna encogida hacia atrás, la otra estirada. Ante tal estampa no pude aguantar la risa. Arrodillada, escondí la cara en el colchón. No podía parar reír.

—¿Serías tan amable de no reírte tanto y ayudarme a levantar? —preguntó con cierta sorna.

—Voy...

Intenté no reírme, ¡claro que lo intenté! No valió de nada, volví a estallar en carcajadas cuando mi mente lo comparó con el dibujo que hacía la policía en el escenario de un crimen.

—Ya se ve lo veloz que eres socorriendo a una persona indefensa tirada en el suelo.

Esperaré con ansias que te ocurra ti. —Su tono todavía reflejaba la ironía.

—Vale, me callo, voy.

Metiendo los labios para dentro y haciendo acopio de todas mis fuerzas para contener la risa, me levanté de la cama. Me acerqué a él, sin que me lo dijera, le coloqué bien la pierna doblada, así lo ayudé a levantarse. Ya sobre sus pies fue hacia

el borde de la cama, donde se sentó.

—Gracias.

No me miró mientras se masajeaba la pierna derecha.

—¿Cómo te caíste? —me interesé.

—No lo sé, creo que me mareé al...

—¿Te mareaste? —Esto ya era serio.

Me acuclillé delante de él.

—Sí, creo que me he levantado demasiado rápido y me he caído, no me dio tiempo a sentarme —explicó con la mirada baja.

—¿Ahora te encuentras bien? ¿Tienes algún síntoma más?

—Sí, estoy mejor, aunque noto embotada la cabeza y los oídos me zumban.

Puse mis manos sobre las de él. Lo miré con comprensión porque, aun a sabiendas de que no estaba enfermo, esas sensaciones eran bastante molestas.

—Esos síntomas los tuve ayer en el carruaje, pueden ser debido al paso en el tiempo, tampoco lo sé, mis tías no dijeron nada de esto. ¿Te podrás vestir tú solo?

—Sí.

Me separé para que pudiese incorporarse. Lo hizo poco a poco, esperando unos segundos antes de caminar. Fue hacia el palanganero, un mueble similar a un tocador aunque más pequeño. Era de madera, con un espejo en el frente, sus lados estaban abiertos a modo de biombo, ocultando de miradas indiscretas a quien se aseaba. La jofaina de porcelana, al igual que la palangana, estaba justo debajo.

Tom se sacó la camisa enseñándome una estrecha y fornida espalda de musculatura marcada y hombros huesudos. Cada uno de sus movimientos me permitieron disfrutar de su anatomía, a la vez, podía hacer un recuento del número de vértebras y costillas porque su delgadez me lo facilitaba. Comprobé que su tono de piel era igual por todo su cuerpo, al menos donde me alcanzaba la vista, pero salpicada por algún lunar.

—¿Me coges en el baúl una pastilla de jabón, por favor? —pidió por encima del hombro.

—Sí —dije con voz queda.

Me acerqué a su baúl y comencé a revolver hasta dar con ella. Olía como su perfume. Se la di apresurada, mi cuerpo me estaba traicionando por verlo semidesnudo.

—Toma.

Desvié la mirada a otro lado. Fui hasta la cama para sentarme otra vez, agarrando el borde del colchón con las manos. Bajé la mirada avergonzada por mi imaginación que, libre, volaba perdida en esa espalda larga, delgada, en cómo sería su tacto, en acariciarla con los dedos separados. Escuchar como se limpiaba con el agua me estaba

alterando. Cerré los ojos y respiré profundamente.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me inquirió, despejando mi mente.

—No lo sé. —Me encogí de hombros.

—Yo voy a la escuela, Daniel quiere enseñármela. —Cogió un paño que utilizó a modo de toalla—. Ayer Abigail te dijo que, si querías, podías estar con ella, ¿por qué

no vas a su casa?

—Puede que vaya —mi voz se convirtió en un susurro.

—¿Estás bien?

Se giró hacia a mí. De soslayo vi su pecho, muy diferente a como lo había imaginado. Delgado, sin embargo, trabajado, con los pectorales marcados y con la tableta de chocolate. «¿Cómo podía ser que ese cuerpo estuviese tan bien torneado?».

—Sí —casi suspiré.

—¿Segura?

Asentí. Él se volvió hacia la jofaina al tiempo que mis ojos revolotearon hacia su trasero tapado con los calzones. Cerré los ojos negándome a mí misma lo que estaba haciendo. Debía estar premenstrual, en esos días mi excitación afloraba de forma salvaje, como ahora. Miré al suelo para calmarme.

—Y retomando el tema, te aconsejo que vayas, es el modo de generar confianza...

—Lo sé —lo interrumpí, su voz era un narcótico que no me ayudaba en estos momentos.

—¿En serio estás bien?

—Sí.

Me miró por encima del hombro regalándome una mirada sesgada, desconfiada también.

Con paso tranquilo, se acercó al baúl, sacó una camisa limpia y comenzó a vestirse.

—¿No te cambias?

Alcé la vista bastante molesta por su pregunta. Su mirada era interrogante, tranquila, con una ceja enarcada.

—Lo haré cuando salgas —respondí secamente.

Nos aguantamos la mirada, la mía firme, no tenía pensado hacerle un *striptease*. Su expresión pasó de la diversión a la seriedad en segundos, ahorrándome escuchar alguna gracietta.

—Tranquila, ya terminé. —Acabó de meterse la camisa por debajo del pantalón, cogió la casaca y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, bufé.

—Querida, nos vemos más tarde —se despidió Tom en la puerta de la verja dándome un beso en la frente, simulando ser un buen marido—. Pasa buen día.

—Lo mismo digo, querido —reliqué exagerando el tono cariñoso de mi voz.

Cada uno cogió por el lado contrario del camino. El mío, por muy irrisorio que pareciera, era de casa de los Crane a la que dos siglos después consideraría mi casa

familiar. Era la primera vez que me encaminaba en dirección contraria. Emily lo hizo

muchísimas veces, tantas como Jason. Pero ahora ahí estaba yo, haciéndome pasar por la señora Crane y yendo al encuentro de esa mujer que me recordaba a mi hermana.

Anduve lentamente, sabía el camino a la perfección, sin embargo, no ansiaba llegar,

bien por nervios, bien por miedo a mí misma, a la situación, a cometer un error. No me fiaba ni de mis propias reacciones. Solo esperaba ser capaz de controlarme.

Poco a poco, la espesura del bosque, que apenas permitía la entrada de algún rayo

de sol, se fue abriendo hasta mostrar, en un claro, una pequeña casa de madera de una

sola planta. No era la casa de las Wells que recordaba. Aun así, la emoción me abrumó

por estar ante el génesis de mi familia tal y como la conocía.

El jardín, por el contrario, ya estaba adquiriendo el aspecto que más o menos tendría en el futuro, los ajos rodeaban la casa a falta de la lavanda, el romero, el invernadero, el mirador. Estaban presentes las hayas, el sauce blanco, algunos árboles

frutales despuntaban en la parte trasera y los rosales crecían en torno a la vaya, más cuidada que la de Daniel. El conjunto en sí era muy diferente al que conocía, pero esta casa tenía algo especial como la futura.

—¡Martha! —Abigail me saludó desde la puerta de la entrada, saliendo a recibirme

—Buenos días. —Le sonreí. No me costó hacerlo.

Cerré la puertecita de la verja y caminé por el mismo empedrado que pisé cuando regresé a casa de mis tías. La única diferencia era que algunas losas estaban sueltas.

Bajó las dos escaleras de las tres que tendría posteriormente el porche.

—¡Has venido, qué alegría!

Nadie se alegró tanto en verme como ella en estos instantes. Sus ojos destellaban del entusiasmo.

—Por supuesto, no decliné tu invitación.

—Ayer te vi tan derrotada que pensaba en acercarme a verte, no creí que vendrías

—dijo con dulzura.

—Necesitaba descansar, fue un viaje muy largo y no estoy acostumbrada —
expliqué.

—Eso quiere decir que la infusión hizo efecto, bien. —Asentimos al mismo tiempo

—. Te preparé un poco más, después de cenar, durante unos días, tómala.

—Gracias.

—No se dan, pero adelante, pasa. —Comenzó a caminar delante de mí—. Mi casa
es más humilde que la de Daniel e igual de acogedora.

Entré detrás ella. No la reconocía. El pasillo era estrecho, con puertas a ambos lados. Me llevó hasta la
cocina que tenía la misma ubicación que la de mis tías, sin embargo, era más pequeña. Rodeada por
varias sillas, había en el centro una mesa de

madera ocupada, casi en su totalidad, por macetas pequeñas, tazas, ramitas de lo que

parecía laurel, un mortero y más utensilios. Giré los ojos hasta donde estaba la cocina de las brujas, en su
lugar había una cocina de leña en la que cocía algo en una olla muy usada. No obstante, la esencia que
desprendía era la misma.

No hacía ni veinticuatro horas que nos presentaran y podía afirmar, sin

equivocarme, que era una mujer con genio, mucho carácter, dulce, al mismo tiempo, protectora.
Cualidades todas ellas que compartía con mis tías, también con Emily.

—Lamento este desorden, normalmente no tengo visitas, excepto las de Daniel. —

Retiró algunas cosas de la mesa—. Siéntate, por favor.

Así lo hice. Separé una silla y tomé asiento con las manos entrelazadas sobre mis piernas.

—¿Vives tú sola?

Entendería si no quisiese responderme.

—Sí, desde que mi madre murió. —Se paró, miró por la ventana y dirigió una mirada entristecida al exterior.

—Lo siento, no lo sabía —mentí.

—Fue hace algún tiempo. —Recuperó su buen talante. Tornando su mirada hacia a

mí, volvió a sonreír—. Mañana hay mercado, me gustaría que vinieseis Walter y tú, hablé con Daniel y le parece bien, de hecho, nos acompañará.

Tomó asiento frente a mí.

—Claro, me encantaría, además, mi marido —arrugué un poco la nariz al

pronunciar esa palabra, sonaba rara en mi boca— siempre encuentra alguna rareza para llevarse a casa.

—Daniel me habló mucho estos últimos años de Walter recalando su inteligencia.

—Lo mismo que Walter me contaba de Daniel —improvisé de forma patética.

«Si son igual de listos vamos apañadas», pensé para mis adentros.

—Está muy emocionado con vuestra llegada, su buen humor desde ayer ha mejorado más, por eso debo daros las gracias.

La observé fijamente. Tom estaba en lo cierto, no era Emily, aunque la conexión que

sentí con Abigail, al estar las dos solas compartiendo nuestra primera conversación, era similar a la que tenía con mi hermana.

—Sobra preguntarlo, pero ¿lo quieres mucho, verdad?

Esta pregunta jamás se la hice a Emily.

—Es lo único que tengo.

Sus ojos brillaron reforzando sus palabras.

Capítulo 24 - ¡Maldito Crane!

Estaba acostada en nuestro dormitorio. Era básico y muy elemental. Una cama

sencilla pero cómoda, muy cómoda, o al menos así le parecía a mi agotado cuerpo.

Frente a mí estaban las dos ventanas, ahora cerradas por unas contraventanas y con las cortinas echadas. A mi derecha estaba el palanganero. Del otro lado, el armario; junto a él, un pequeño escritorio con una silla, donde dejé la ropa.

Coloqué una vela en el suelo que me iluminaba mientras esperaba a que Tom

subiera. Las sombras que proyectaban los muebles eran cuanto más simpáticas e inquietantes, como la del armario, que se alargaba hasta llegar a la puerta, o la silla, que también llegaba al techo.

Sombras, así estaba rodeada incluso mentalmente.

Mi estancia en casa de Abigail se prolongó bastante, tanto que pasé el día con ella,

bajo la promesa de que fuera así mientras nos quedásemos. No rozamos ningún tema personal, más bien los evitamos. Su cercanía y su presencia no me resultaron molestas

o dolorosas, tampoco fue agradable al principio, ese aire que se daba con mi hermana

no me ayudó. Por mucho que buscase las diferencias, que las había, la conexión con Abigail era similar a la que tuve con Emily. No obstante, no impidió a que me sintiera, poco a poco, a gusto junto a ella.

También hice varios ejercicios de contención para no dejarme llevar y cometer algún error.

—¿Estás despierta?

Seguí el sonido del susurro volviendo la cabeza hacia Tom, que acaba de llegar, sin enterarme cuándo había entrado.

—Te estaba esperando.

Se paró, con la puerta cerrada detrás de él, levantó un poco los ojos dedicándome

una mirada muy penetrante, muy profunda. Sus ojos azules brillaron ardientes a la luz

de la vela por algún motivo que desconocía. Me estremecieron bajo las sábanas.

—Una proposición muy sugerente, Cecilia. —Sus labios formaron una línea que se estiró en una sonrisa—. Me alegro que te creas tanto tu papel, pero ¿quieres llegar a ese extremo?

—¿De qué hablas?

Estaba más dormida de lo que pensaba porque no me enteraba de qué hablaba.

—Tu comentario haría que la imaginación de cualquier hombre volase, así que

reitero mi pregunta, ¿estás dispuesta? Yo sí, ¿y tú?

Por su expresión, su mirada que en cuestión de segundos se tornó ardiente y seductora, me agarré al borde de las sábanas.

—Jamás me pondrás una mano encima, vete olvidando, Crane —me defendí—. ¿De dónde has quitado esa estupidez?

Sonrió, puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza.

—Tu comentario fue una sugerencia directa.

—Te estoy esperando para hablar, no para acostarnos, idiota —mascullé con enfado.

—Qué pena, con las ganas que tenía. —Negó con la cabeza.

En dos zancadas fue hasta el escritorio, donde se sacó la casaca, dejándola encima de mi ropa.

—Ni en tus mejores sueños me pondrás un dedo encima.

—Nunca digas nunca, Cecilia —dijo con ínfulas de suficiencia—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Cómo te fue el día? —me interesé.

—Bien —se encogió de hombros—. No he averiguado nada, si es lo que te inquieta.

Solo —bajó la voz— que Daniel es el típico profesor que aplica la letra con sangre entra.

De espaldas a mí, empezó a desnudarse como si no le importara mi presencia. Se deshizo de las botas, las colocó a un lado; se desabrochó los pantalones, los deslizó por sus largas piernas con mucha elegancia, y por último la camisa fue a parar junto a

la casaca.

La luz de la vela me permitió contemplarlo. Me senté en la cama disfrutando mejor

de su cincelado cuerpo, asombrándome por ese físico que para nada era enclenque como se aparentaba antes de este viaje. Una apremiante excitación me calentó las entrañas retorciéndolas, mi respiración se agitó levemente, las yemas de mis dedos cosquillearon ante las maravillosas vistas que me regalaba. Quería acariciar cada una

de las líneas iluminadas por la vela.

«¡Maldito Crane!», me chillé.

Caminó hasta el palanganero para refrescarse las manos y la cara, posición perfecta para distraerme con su trasero, percibiendo su contorno a través de los calzones.

—Vaya... —musité con la boca seca.

Sintiendo demasiado calor, eché la ropa de la cama hacia atrás.

—Sí, me hice con un pequeño grupo de niños a los que daré clase siempre y cuando

no falten por ayudar a sus familias. —Cogió el paño para secarse—. Me ha puesto bastante nervioso su actitud con ellos.

—Ya...

—¿El tuyo qué tal?

Dejó en su sitio el paño bien doblado. Mirándose al espejo, se colocó el flequillo.

—Bien —respondí deshaciéndome de mis tórridos pensamientos—. Tenías razón.

—¡Ah, sí! ¿En qué? —preguntó curioso sin separar la vista del espejo.

—Abigail se diferencia de Emily. —Sopesé mis palabras—. Físicamente tiene ese aire que me perturba, su forma de amar a Daniel es la misma que tú percibiste, pero no tiene esa visión de la vida tan romántica como la de mi hermana y carga más dolor, no como Emily...

Me callé, no era plan atacar a Jason.

—Normal, Cecilia —se volvió para encararme—, no son la misma mujer, aunque se parezcan, además han nacido en tiempos distintos. Piensa, por mucho que mis biznietos o mis tataranietos se parezcan a mí, serán aspectos más físicos, no sé si me explico.

—Sí, sé a dónde quieres llegar. —Desvié la vista al frente.

Tenía razón.

Se acercó con lentitud a la cama. Sentándose en el borde, me dio la espalda, donde se reflejaban los claro oscuros que creaba la luz de la vela.

—Dejando de lado si nos recuerdan más o menos a nuestros hermanos, hay asuntos que me escaman, y la verdad, estoy intrigado.

—¿Qué asuntos? —Me apoyé sobre un brazo girando el cuerpo hacia él.

—Deberías recordarlo —dijo por encima del hombro—, esta casa. ¿Cómo un maestro de pueblo puede tener una casa en estas condiciones? Y, ¿con servicio?

Siempre que mi padre nos contaba a Jason y a mí esta historia, repetían lo mismo: «la vida de Daniel era muy sencilla». Ahora sé que hay algo más que no llegó a nosotros.

—Lo descubrirás, estoy segura. —Traté de serenarlo.

—Eso intentaré.

Se levantó y separó la sábana.

—¿Qué haces? —Fruncí el ceño desconfiada.

—Meterme en cama, estoy muerto.

—De eso nada.

Fui tajante con mis palabras, tanto que me miró con ambas cejas enarcadas.

—Cecilia, no bromees, anda.

—¿Me ves con cara de cachondeo?

Nos sujetamos la mirada por unos instantes, lo bastante como para demostrarle mi posición.

—Ayer dormimos juntos —protestó, sujetando todavía la sábana—. No te violé ni atacé tu integridad...

—Lo de ayer no cuenta, estaba ida.

Fruncí los labios y me crucé de brazos. No estaba dispuesta a ceder porque mi cuerpo iba a rendirse a su contacto, por nimio que fuese, después de verlo en ropa interior. ¡Eso ocurriría por encima de mi cadáver!

—Joder, lo que me faltaba. —Soltó el aire entre dientes—. De acuerdo.

Se levantó de la cama dando un manotazo a la sábana. Fue al armario, de donde sacó dos mantas, colocando una a los pies de la cama, estirada a modo de colchón. La

otra la utilizó de abrigo. De un soplido muy sonoro, apagó la vela.

—Buenas noches. —Su tono fue cortante, no le gustaba estar en el suelo.

Yo me recosté otra vez. Cerré los ojos procurando caer pronto en el sueño, sin embargo, las imágenes de Tom pasaban a cámara lenta, muy lenta, por mi mente impidiéndome dormir. Toda la habitación estaba oscura, en silencio, salvo por unas pequeñas pisadas en el tejado.

—Tom, ¿qué es ese ruido?

—No escucho ningún ruido, duerme.

—Sí, escucha.

—Puede ser un pájaro —respondió con voz somnolienta.

Sí, había aves nocturnas, pero ¿caminaban por los tejados? Ese extraño animal pasó a un segundo plano cuando a mis oídos llegó un chillido semejante al de los roedores.

Esa palabra hizo que me sentara en la cama como un resorte, rozando la histeria.

—Tom, hay ratas.

Me tapé la boca con las manos para no gritar.

—¿Dónde?

—Aquí, dónde va a ser —exclamé un poco más alto de normal.

—No hay ratas, Cecilia, duerme —habló con resignación.

—Qué sí, que las hay, qué sí, que las hay...

Me tapé con la sábana como si no hubiese un mañana, escondiéndome entre ellas.

Cerré los ojos para no ver nada. Oí un ruido en los baúles y mi mente comenzó a imaginarse a grandes ratas hurgando por todos los rincones. Unas pisadas me alteraron

más hasta que Tom, iluminado con la vela, me destapó.

—¿Dónde están tus ratas? —Su expresión y su tono de voz eran decididamente muy hostiles.

—Eh... —se me trataban las palabras—, no... andaban por...

—No. Hay. Ratas.

Estaba enfadado.

—Vale.

Aun así, no estaba muy convencida. Miraba a todos lados, hasta subí los ojos al techo para asegurarme. Daba igual, en mi cabeza estaba ese asqueroso sonido que me alarmaba más por momentos.

—Ya está, se acabó tanta tontería —sentenció Tom.

Se acercó al lado libre de la cama y, ante mi atónita mirada, se acostó.

—Me importa un pito lo que digas, duermo aquí, tengo tanto derecho como tú sobre esta cama, y mírate —acercó la vela a mi cara, la llama casi me quemaba las pestañas

—, estás al borde de una apoplejía por unas ratas que no existen. Sí, Cecilia, no hay ratas ni ningún tipo de animal, pero sí las hay porque no existe un sistema de canalización de aguas, ¿estamos?

Asentí, no podía hacer nada más.

—Ahora haz el favor de dormir.

Se giró, apagó la vela de un soplido que rasgó la tranquilidad de la noche, y la puso de nuevo en el suelo. Se acostó dándome la espalda.

Pasado un rato, una eternidad más bien, su respiración era muy regular. Su cuerpo por sí solo había caldeado la cama y su presencia me quitó los miedos imaginarios sobre animales que no había.

«Maldito Crane», pensé antes de dormirme.

—Ramírez, Jackson, alejaos, ¡alejaos, granada!

El grito de Tom cortó el aire de la habitación.

Capítulo 25 - Primeros contactos

—¿Por qué te paras ahora?

Tom me estaba crispando, cada dos por tres, a cada paso, se paraba a visualizar algo con gran curiosidad, arqueando o alzando las cejas, señalando todos los objetos con sus dedos largos y huesudos encogiéndose, estirándose en extravagantes movimientos.

—Mira esa señora, parece *Mr. Magoo* vestido de mujer.

Torné la mirada hacia donde me señaló con un gesto de cabeza poco disimulado.

—Sabes que eres cruel, ¿verdad?

—¿Te has fijado bien? Es *Mr. Magoo*, a lo mejor quiere que lo reconozcan de incógnito.

— *Mr. Magoo* en el siglo XVIII, vaya asociación tan buena —aduje—. Procura que no te oiga nadie o pensarán que estás tarado.

Eché a caminar para alcanzar a Daniel y Abigail que se habían adelanto bastante.

Aun así, Tom me resultaba hilarante, aunque no le riera las gracias, además de atractivo. Muy atractivo. Desde hacía semanas, en el siglo XXI, ya no le era indiferente, pero ayer, tras ver su cuerpo semidesnudo, alumbrado por la luz de vela,

mi mente no podía alejar esa imagen a la que me hice muy sensible, tanto que mi corazón palpitaba al mismo tiempo que el centro de mi cuerpo.

—Se parecía, no me lo niegues —insistió a mi lado.

Me encogí de hombros como respuesta. No estaba dispuesta a darle alas y que siguiese buscando parecidos razonables.

Caminábamos por el mercado abarrotado de gente, sobre todo de mujeres que iban y

venían con sus cestas llenas de víveres u otros productos. Se paraban, observaban, continuaban, muchas saludaban a unos y otros, charlaban con sus conocidos, por ello debías tener varios ojos en la cara para no tropezar o que ningún rufián te robase. Los puestos eran muy variados, iban desde matanza, caza, productos agrícolas, a otros más

raros, tachados incluso de exóticos. Sin embargo, no todos eran iguales, algunos usaban unas tablas a modo de mesas tapadas con telas que protegían los géneros de la luz del

sol, mientras otros estaban en el suelo. Evidentemente, en el siglo XVIII no existían los barrenderos, porque sería un invento posterior, así que en esos casos se colocaban sobre telas gruesas si se trataba de comestibles o a contacto directo con el suelo si era cerámica u otros utensilios del hogar.

El ambiente era bastante asfixiante, se mezclaba el olor a carne fresca, pescado,

humo, originando un hedor que se me quedaba clavado en la nariz, bajaba hasta la garganta revolviéndome todo el cuerpo, con un añadido: hacía calor y no corría una triste brisa. Evitando poner una constante cara de asco, con frecuencia me llevaba una

mano a la nariz para que nadie me viera arrugarla. Era inútil, no conseguía alejar el nauseabundo olor.

Siguiendo a Daniel y a Abigail, dimos con un puesto en el que vendían plantas, raíces, hojas, me pareció

ver algunas semillas, frutos raros. Allí se paró Abigail para recoger su pedido, entreteniéndose también con el amable anciano. No muy lejos estaba lo que en el siglo XXI consideraríamos un artista ambulante pintando unas magníficas imágenes de paisajes, escenas cotidianas, bodegones. Verlas me llevó a echar de menos dibujar, aunque solo fuese para distraerme un poco. Me acerqué a una

distancia prudencial para observar mejor los cuadros.

—No pinta tan bien como tú —me habló Tom al oído.

—Tiene una técnica formidable.

Contemplé cada una de las láminas con mucha admiración.

—¿Son carboncillos? —preguntó con curiosidad.

—No, si fuesen carboncillos, tendría que echar algún tipo de adherente —expliqué

—. Están hechos con lápices de grafito, esos que importamos a Europa, muy publicitados por Benjamin Franklin y que tu querido George Washington también utilizó.

—Si quieres llevarte alguno, dilo —dijo con firmeza.

—Me gustaría pintar, eso es lo que quiero.

—¿Sabes pintar? —La voz de Abigail sonó muy cerca de mí.

—Sí —afirmé sin apartar la vista de las imágenes.

—Es una gran artista, doy fe —reconoció Tom.

Me concentré en los movimientos firmes de su muñeca, la gracia con la que la movía, como sus ojos, ajenos a mí, no se separaban de la lámina. Era cierto, cuando pintabas alguna imagen que rondaba por tu cabeza, te abstraías tanto que perdías la realidad de vista. Lo mismo que le sucedía a este joven muchacho.

—Primo, marchemos para la escuela o no encontraremos a ningún pillastre —

bromeó Daniel.

—Querida, nos vemos a la noche. —Tom me cogió de la cintura, pegando sus labios a mi sien.

—Tened un buen día —comenté en general.

Tras despedirse de Abigail, Daniel y Tom, bueno, Walter, echaron a caminar con la

misma apostura: las manos en la espalda. Por mucho que Tom naciese en otro siglo, parecía hecho para el dieciocho.

—Creo que hay alguien que se ha fijado en tu marido. —El tono utilizado por Abigail no me pasó desapercibido, tenía un deje de inquina.

Volví la vista hacia ella, con el ceño fruncido. Su rostro se había enturbiado.

—¿Quién?

—Una de las mujeres más ricas de este pueblo, conocida por todos como Catharina.

Seguí la dirección de su mirada y vi a una mujer de pelo negro azabache, como sus ojos, en los que, desde mi posición, no distinguía la pupila. Iba vestida con lujosas telas que resaltaban su piel anacarada. Sus labios del color de las cerezas se entreabrieron cuando Daniel y Tom pasaron por su lado sin percatarse de su presencia.

Escuché a mis tías hablar de ella al relatar la historia de la maldición, pero no contaba con conocerla tan pronto.

—No ha causado admiración en los Crane. —Ese detalle me relajó en cierto modo.

—Como decía mi madre, no hay nada más débil que el corazón de los hombres. —

Esa frase hizo que el corazón me diese un vuelco dentro del pecho y que me subiese a

la boca. Eran las mismas palabras que tía Faith utilizó en el siglo XXI—. En parte tiene razón.

—Daniel te quiere, Abigail. —Apoyé una mano en su codo en señal de ánimo.

—Lo sé, tanto o más que yo a él. —Suspiró—. El amor es el único sentimiento con

poder suficiente para hacernos sentir débiles e inseguros ante la vida y el futuro, quebrando nuestras voluntades, arrastrándonos a oscuros lugares de padecimiento.

Enmudecí.

Observé en silencio su expresión ausente, sus ojos estaban nublados, como si estuviesen pronosticando el aciago final que la deparaba.

Capítulo 26 - Sin secretos

Ese comentario *a posteriori* ocasionó que Abigail se aislara. Estaba más callada, esquivaba mi mirada, era como si tuviese miedo a que la juzgase de algún modo.

No tenía pensado hacerlo.

Lo hice en su momento, ya no iba a cometer ese error.

Emily sería mi primera y única víctima.

Yo no iba a juzgar a nadie, cada persona amaba con mayor o menor intensidad, pero amaba al fin y al cabo.

Fue extraño no verla sonreír, no darme conversación, por eso creí conveniente no interrumpir su silencio. Estuve con ella como si nada pasara ni dijera, hasta que me fui para casa.

Los asuntos del corazón nunca me gustaron ni me parecieron sencillos. Las pocas relaciones que tuve fueron más sexuales que sentimentales. Jamás permití a ningún hombre adentrarse en mi vida lo suficiente para que me hiciera daño y que dejase mi

corazón hecho añicos. Con ninguno de ellos me interesó tener nada más allá de lo físico. Tampoco fui una fresca, una de esas mujeres que buscase sexo por el sexo, lo

que no restó que solo me interesase un pequeño *affaire* con un hombre que, a simple vista, me resultase atractivo. Ninguno de ellos me golpeó del modo en que lo hizo Tom.

Ya no era su atractivo o que me atrajera más que la miel al oso. Todo radicaba en mi

mente. A veces se echaba a volar, sobre todo desde ayer, imaginándose cómo sería tenerlo entre mis piernas, tras haber dejado en mí la necesidad hambrienta de probar las delicias de su cuerpo con esos *casi besos* que nos habíamos dado.

Tom era un jugador experto, sabía cómo afrontar cada momento, aflojando o

seduciendo, provocando que mi cuerpo, esclavo del suyo, pidiera más y mi mente solo se centrara en la anticipación de un beso que nunca vino. Ese hecho hacía que creciera en mí el deseo por un beso más profundo y húmedo, aunque el último intento hubiese ocurrido tiempo atrás, en el futuro.

«Cómo es posible que con solo pensar en su lengua rozando la mía, mi cuerpo se estremezca», no lo sabía, pero así era.

Estaba sola en casa de Daniel. El servicio no dormía aquí, sino que regresaban a sus casas y volvían todas las mañanas muy temprano, antes de que él se levantase. Así

estaba yo, hermanándome de nuevo con aquella vieja soledad que me acompañó en el siglo XXI y que viajó conmigo, no supe cómo, al siglo XVIII.

La quietud de la naturaleza tenía su reflejo en el bosque; su silencio secundaba al

río Hudson que, sigiloso, transcurría detrás de mí. No obstante, la ausencia de viento no fue impedimento para que llegase hasta mí el sonido de la música. Alguien estaba

tocando el piano de manera magistral.

No estaba sola.

Salí de la habitación, descalza. Tenía el cuerpo ardiendo por el calor que hacía. A

medida que avanzaba por el pasillo, adornado con algunas pequeñas estampas

paisajistas colgadas en sus paredes, bajé las escaleras de madera levantando el bajo de camisa para no tropezar. Las notas se hacían más claras y trajeron a mis inexpertos oídos una pieza clásica muy conocida para cualquiera, menos para mí. Estaba segura de que no era de Beethoven ni Mozart.

«Debo escuchar más música clásica», pensé bajando el último escalón.

Me dirigí al salón. La puerta no estaba cerrada, de ahí que la luz se colara por la rendija. La empujé, asomando la cabeza. Las velas, puestas en candelabros, estaban colocadas en diversos lugares, proporcionando una mayor luz, aunque bastante tenue.

Tom, en el otro extremo del salón, estaba sentado delante del piano que destellaba bajo la llama de dos velas.

No sabía si él era consciente de mi presencia, estaba casi de espaldas a mí, pero yo, hechizada por la música desde que la oí, no pude aguantar y me acerqué hasta sentarme a su lado. Observé como sus manos volaban sobre las teclas. Se movían de las blancas

a las negras con tal delicadeza que no las tocaba ni las rozaba, sino que las acariciaba sacando lo mejor de ellas. Cada movimiento era más hipnótico que el anterior, cada nueva nota era más relajante, permitiéndome perder la noción del tiempo y del espacio

por primera vez en mi vida.

—Tocas el piano, no lo sabía —dije sin ser consciente de mis palabras.

—Desde pequeño —contestó, dejando de tocar.

—Por favor, continúa, no pares.

Mi suplica fue atendida, pues Tom me tomó la palabra y, con la maestría de un gran pianista, retomó la pieza exactamente donde la había dejado.

—Es preciosa.

—Lo es —sentenció—. *Sonata para piano número once*, de Mozart.

«Un aplauso para mí», estaba claro, debía escuchar más música clásica.

—No la conocía.

Las mejillas me ardieron de vergüenza. Me encantaba la música y ahora mismo era una completa ignorante.

—Su tercer movimiento lo reconocerás en seguida. —Comenzó a tocar una pieza

famosísima que la había escuchado millares de veces—. Es *Alla Turca*, más conocida como la Marcha Turca. Suele tocarse por separado, pero pertenece a la *Sonata once*.

—Eres exmarine, profesor de música, tocas el piano, ¿cómo es posible?

Finalmente dejó de tocar.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—¿Qué debo saber, Tom? —Alcé la mirada hacia él, que me observaba fijamente.

En su rostro no había reflejo de resentimiento o broma—. Estamos haciendo un papel y resulta que no sé tu edad, no...

—Cumpliré treinta y tres años, el veintitrés de julio...

—Naciste el mismo año que yo —señalé con asombro.

—Un secreto. —Se acercó a mí para que solo quedase entre nosotros—. Eres un mes mayor.

Asentí mientras él continuaba.

—Estudié en Juilliard, en mi penúltimo curso me alisté, y al terminar mis estudios tras conseguir el título de postgrado en dos mil cinco, fui comisionado para Iraq. —Me sonrió—. ¿Qué música te gusta?

—Country.

—Dime algo más, ¿cantantes?

—Faith Hill, Tim McGraw, Brad Paisley, Little Big Town...

—A ver si te suena —dijo con bastante misterio—. ¿Hay alguien en casa?

—No

Comenzó a tocar una música muy sencilla a la vez que bonita. Unos extraños nervios se asentaron en mi estómago al escucharla. ¡Claro que la conocía!

—Fue de un anuncio... Creo.

—Sí, del iPhone, es *Blue*, de Rob Simonsen —concretó, parando de tocar—. ¿Y esta?

Mi cerebro enseguida dio con la canción al escuchar las primeras notas,

declamando la letra porque me la sabía de memoria, aunque no era una de mis favoritas

hoy por hoy, ya que jamás creí en las palabras que le daban título: *El amor siempre ganará*. Una balada de Faith Hill.

—Ya sé cuál es —declaré escuetamente—. ¿Te gusta el country? —pregunté con curiosidad.

—Normalmente me muevo entre la música clásica, la electrónica o dance —reconoció.

—Sí, cierto, te gusta David Guetta.

—Me estoy controlando para no tocar ninguna de sus canciones.

Su expresión se volvió más simpática, menos concentrada que cuando tocaba.

—Toca algo, lo que quieras —le pedí.

—No puedo tocar cualquier cosa, estamos en el siglo XVIII, a él me tengo que atener.

Bajó la vista a las teclas acariciando algunas con la yema de su dedo índice, cuando de repente empezó otra vez a tocar. No sabía qué pieza era, tampoco podía preguntarle, ya que rodeada por la maravillosa melodía, cedí al movimiento estudiado de sus largos y huesudos dedos. Carente de cualquier raciocinio, apoyé mi mano sobre la suya haciendo que parase. Su piel era suave, templada; sus falanges finas eran fuertes.

Levanté la mirada y sus claros ojos me analizaron con precaución, detenimiento, procurando encontrar algún tipo de broma.

No la había.

Nos giramos al mismo tiempo para quedar cara a cara. Mi mano libre se fue acercando a su velluda mejilla hasta descansarla sobre ella. ¡Al fin mis dedos podían

perderse por su barba! Suave al tacto, algo punzante también, ese simple gesto se convirtió en el más erótico en cuestión de segundos. La euforia, si podía denominarse

así, me recorrió entera al no ser rechazada. Me aventuré algo más, acariciándole, con

la yema del pulgar, el pómulo, momento en que él inclinó la cabeza para conseguir un

mayor contacto entre nuestras pieles. Mil sensaciones me rodeaban al sentirlo tan cerca.

Nuestras miradas continuaban presas la una de la otra.

Tom, quizás siendo víctima del mismo sentimiento que me embargaba, aproximó su

rostro al mío a la vez que bajaba sus ojos azules a mis labios. Estábamos envueltos en

una atmósfera diferente, creamos una burbuja solo para nosotros. Se acercó más, nuestras respiraciones se confundieron, su aroma a cítricos mezclado con madera se filtró en mis sentidos provocativamente.

Cuando solo nos separaban milímetros, vi como Tom entreabría sus labios. Me estremecí y cerré los ojos para clavar esa imagen

en mi memoria. Pronto sentí sus labios pegados a los míos, atrapando entre los suyos

mi labio inferior incitándome a abrir la boca.

Sin embargo, en vez de dejarme llevar para conseguir el beso que tanto tiempo llevaba deseando y que Tom estaba muy dispuesto a darme, me paralicé. Simplemente

entré en pánico. Me separé. Tom me dirigió en silencio una mirada en la que se apreciaba su incomprensión hacia mi acto. No lo culpé, yo tampoco me entendía.

Traté de buscar una excusa patética, de esas que se me daban tan bien; al no encontrarla, me levanté como un resorte y, a toda prisa, fui hasta la puerta. Solo quería irme, dejar de arder en las llamas de mi cuerpo.

La abrí, pero una enorme mano la cerró con demasiada facilidad.

—Sé que sientes lo mismo que yo —me susurró al oído soltando su aliento sobre mi piel, que se erizó con su roce—, tiemblos cada vez que te rozo. Quieres responderme, necesitas responderme y haces lo contrario. —Suspiró—. Siempre me dijeron que el corazón de una Wells es secreto y profundo, ¿cómo es el tuyo, Cecilia?

Separó su mano de la puerta. Sus dedos acariciaron la línea de mi cuello, bajaron y delinearon su base, logrando sin muchos esfuerzos que el cuello abierto de la camisa de lino se deslizase para dejar al descubierto mis hombros. Sus dedos se detuvieron, martirizándome con su contacto.

En mi cuerpo, las llamas prendieron todavía más.

Tenía que contestar a su pregunta, lo sabía. Su piel contra mi piel me atrancaba las palabras en la garganta, tenía la boca reseca y un único deseo fluía por mi sangre al sentir, en la parte baja de mi espalda, su dureza: hacerme suya.

Sentirlo tan cerca me estaba alterando, su pecho subía y bajaba con aparente normalidad, no como el mío, que ya estaba acelerado. Además, mientras que él controlaba la situación, yo, a cada segundo, perdía de vista la realidad, más, cuando su cálido aliento quemó la piel de mi hombro derecho, para después posar sus labios. Lo

besó e intentó apagarlo, apagarme, con el roce de su lengua.

Alejando su boca, Tom me asió por los hombros para voltearme hacia él. En esas tesituras, bloqueada, pocos centímetros separaban nuestros cuerpos. Entre su pulgar y su índice tomó mi mentón para elevar mi cara. Nuestras miradas chocaron sin ningún propósito de separarse.

—Dime, Cecilia, cuáles son tus secretos. —Acercó su boca de labios finos, sugerentes también, a los míos, provocando que mis ojos se fijasen en ellos—. Antes de termine el verano, conoceré cada uno de ellos —continuó con voz enronquecida—, cada rincón de tu corazón para surcar sus profundidades, donde me quedaré.

Su aliento suscitó que abriera los labios sin dejar de observar los de Tom. Él no perdió el tiempo e hizo lo que los dos deseábamos: besarnos. Cuando nuestros labios

se unieron, mi cuerpo se tensó y mis ojos se cerraron. Tom, para retenerme, llevó una de sus manos a mi cintura, la otra a la nuca, lo que permitió profundizar el beso.

Drogada por el frescor que desprendía el interior de su boca, me sujeté al cuello de su camisa, así fue como noté en las puntas de mis pulgares el vello de su pecho.

No supe cuando su cálida lengua se introdujo invasora en la mía. Incitadora, tanteó

mi lengua que, como si llevase milenios aletargada, se despertó, y las dos, cuales samurái, comenzaron una lucha inevitable por dominar el beso. No duró mucho, debido

a que me rendí a la boca de Tom por completo. Tal vez la razón estuviese en que la fricción de su barba me hacía unas estimulantes cosquillas en los labios. Nunca me habían besado de esa forma. Era exigente y tierno, contenido y gentil, sabía que en ese contraste residía su poder, además, no era vacilante lo que me provocaba, me calentaba, estimulaba todo mi cuerpo.

Sus manos, guiadas por los movimientos de nuestras lenguas, no estuvieron quietas;

una reptó sigilosamente de mi cintura hasta mi cadera, de ahí a mi trasero. Dueño ya de

él, me apretó una nalga empujando mi pelvis hacia su abultada entrepierna. Sentirlo así por mí hizo que de mi garganta saliera un gemido que se desvaneció en su boca. La otra

me sujetaba el rostro. La yema de su pulgar acariciaba suavemente mi pómulo inyectándome más calidez. Me sensibilicé a su ardor. Sus dedos, mientras tanto, vagaban por los cortos mechones de mi pelo en un erótico e hipnotizante masaje que no

me relajaba, sino que me enardecía más, convirtiendo mi sangre en magma. Me sentí desfallecer. Mis manos se enroscaron en su cuello y, valientes, se introdujeron por dentro de su camisa explorando la piel de sus hombros.

El deseo a cada movimiento de nuestras lenguas iba en aumento. Un fuego interno nos consumía desde lo más hondo de nuestro ser. Sabía que él era tan consciente como

yo de ese detalle, pero parecía no importarle. Sin darme cuenta, cierto signo de magia

nos rodeó fuerte e invisible, originando que nuestra unión fuese indisoluble a pesar de los avatares que nos podría tener reservado el destino.

«Destino», esta palabra recorrió mi cerebro de lado a lado. El pánico se apoderó de

mí otra vez. Rompí mi abrazo y, con los dedos abiertos sobre sus hombros, empujé a

Tom para que se alejase.

Lo logré.

—Cecilia —su voz fue un murmullo enronquecido.

Sin perder tiempo, girando sobre mis pies, salí del salón dejando a Tom solo.

Capítulo 27 - Confesiones y visiones

Are you sleeping with your own regret?

On your side of the bed[5](#).

Esa noche, Tom no se acostó en cama.

Tardé mucho en quedarme dormida, tanto que llegué a desesperarme. Daba una vuelta, otra, me sobraba la sábana, después tenía frío y los nervios aumentaban.

Finalmente, me quedé dormida en su lado de la cama, en su almohada, que ya tenía impregnado su aroma. Fue él quien me calmó para poder cerrar los ojos y

desvanecerme durante unas cuantas horas, pero al volver a abrirlos, sentí la misma excitación con la que me acosté, con el mismo arrepentimiento repiqueteando en mi mente.

«Quieres responderme, necesitas responderme y haces lo contrario», sus palabras regresaron a mi mente con una brutalidad que me encogió el estómago.

Era verdad.

Lo quería cerca, después lejos. Quería que me besara y cuando lo hacía, me alejaba

como si se tratase del ser más abyecto. Él percibía mis propias contradicciones que ni

yo misma podía defender, porque a Tom no me podía resistir. Lo comprendí también esa noche tras el beso, todavía impregnado en mis labios, merecedora asimismo de su

ausencia.

No podía luchar contra Tom Crane.

—Estás muy cavilosa —me despertó de mi letargo Abigail—, bueno, quién va a hablar. Sé que desde ayer estoy poco habladora...

—No estás obligada a darme ninguna explicación—me apresuré a decir, girando la cabeza hacia ella.

Asintió mirando a sus pies con una expresión tímida, como hacía mi hermana. Al momento levantó la mirada y su actitud había cambiado un poco.

—¿Qué te ocurre? —Me estudió con atención—. Creo que deberíamos tomar

asiento, por favor.

Me señaló con su mano la mesa de madera que estaba en el jardín trasero. Caminé a

paso lento, sintiendo en mi piel la brisa que procedía del río. En sí, el conjunto todavía no había adquirido la apariencia que tendría dos siglos después. La mesa estaba muy

cerca del sauce blanco que nos protegía a su manera del sol.

—Estás en un ay por Walter, ¿verdad?

—Puede ser.

La vi sonreír mientras jugaba con una hoja caída del árbol.

—Son los hombres los que atormentan a las mujeres, y los ademanes femeninos los que arrancan los requiebros a los labios masculinos. Es sencillo, Martha, ha sucedido algo entre Walter y tú.

Por su actitud y el tono suave de su voz supe que estaba interesada en que nos abriésemos la una con la otra. Mi reacción fue cohibirme, me daba mucha rabia no poder contarle la verdad. Una que mi mente quería chillar.

Bajé la mirada para que no viera mi titubeo. Debía utilizar todo lo que Tom me contó sobre el matrimonio de Walter y Martha. Mi dedo índice dibujaba unas líneas imaginarias encima de la mesa.

—Hemos tenido una disputa propiciada por mí, una majadería. Ahora no sé cómo solucionarla.

—No hay trifulca que mil años dure.

—Lo sé, pero hay palabras que se quedan clavadas muy hondo y actos irreparables.

—Todo hecho se repara si el perdón sale del corazón. Tus palabras de ayer para mí

fueron ciertas y también lo son para ti. —La miré expectante, no sabía a lo qué se refería—. Walter te quiere.

Por unos segundos dejé de sentir la brisa, todo a mi alrededor quedó estático, incluso mi respiración paró.

—¿Cómo? —De inmediato, sacudí la cabeza solventando mi error—. Quiero decir...

—Tranquila, a todas nos pasa. Nunca acabamos de creernos que un hombre se

pueda enamorar o esté dispuesto a dar la vida por nosotras. A veces ocurre, lo veo en

Walter como en Daniel.

«¡Tom enamorado de mí! Si tú supieras», le grité mentalmente. Para no perder de repente las fuerzas de mi cuerpo y salir corriendo sin rumbo, uní mis manos encima de

la mesa entrelazando los dedos, con los ojos clavados en ellos.

—Ayer no estabas tan segura —le recordé volviendo mis ojos hacia ella.

Asintió apretando los labios al mismo tiempo, para después apoyar los antebrazos

en la mesa.

—Y sigo sin estarlo. Son mis propios miedos, bastante incongruente viniendo de una

mujer que vive sola y sola se enfrenta a la vida. —Se quedó pensativa durante unos segundos—. Daniel es todo. Es el brazo derecho que necesito para trabajar y si me lo

arrancan, me quedo indefensa.

—Te quiere, hasta Walter se dio cuenta.

«Viniendo de un Crane del futuro es mucho decir, te lo aseguro», así, sin poder remediarlo, me mofé de Tom. Se lo tenía ganado con creces.

—Sí, mas no compares nuestra historia con la vuestra.

Bajó la vista a la hoja que tenía entre sus dedos. Su expresión, ante mis ojos, era sincera a la vez que cauta. Me dio la sensación de que anhelaba una historia como la de los verdaderos Walter y Martha.

—No es oro todo lo que reluce. —Llamé su atención—. Verás, el mismo día de nuestro enlace, Walter marchó a la guerra. No hubo ni banquete ni pasamos juntos esa

noche. Mi regalo de bodas fueron ocho años sin mi recién estrenado marido. Para muchos somos un paradigma del buen matrimonio, pero en diecisiete años solo puedo

afirmar que no conozco al hombre con el que me casé, ni él a mí. Ahí radican nuestras

discusiones. Nueve años llevamos intentado conocernos y todavía nos estamos

acostumbrando a nuestras presencias.

A juzgar por como sus ojos castaños se abrieron, Abigail era desconocedora de esta

historia.

—De ahí la ausencia de hijos —confirmó.

—Sí, un hijo es una bendición, para nosotros sería un problema añadido, una disculpa más para alejarnos y abrir un nuevo cisma.

Guardamos silencio tras mi confesión. Me sentía extraña hablando de una vida que

no era la mía, aunque ahora lo era. Nunca tuve que medir las palabras con nadie, además, se me daba horriblemente mal. Mentir, alguna vez lo hice, en estas

dimensiones jamás. Una brisilla me rozó la oreja derecha. Giré la cara cerrando los ojos y la respiré cuanto me permitió el corsé. ¡Qué cómodos eran los sujetadores!

Una mano pequeña, cálida también, me agarró la mía con fuerza en un gesto de apoyo.

Me volví.

Abigail y yo compartimos una mirada de mujer a mujer, como si nos conociésemos

de siempre, no desde hacía unos días. Su expresión en general era el vivo ejemplo de

la comprensión, y la obstinación se entreveía en el color castaño de sus ojos.

—Vamos a la escuela —dijo de repente.

Me quedé sin habla, no contaba con ese arranque.

Las dudas y la curiosidad por ver la escuela no me permitían decidir. No quería meter la pata de nuevo con Tom.

—No sé, yo...

—¿Te han llevado a ver la escuela? —inquirió expectante.

Negué con la cabeza, manteniendo mi silencio. Nadie me lo había ofrecido en este tiempo.

—Vamos, no perdamos más tiempo, preparemos una cesta con viandas y comeremos con ellos.

Se levantó con tal rapidez que ni escoger pude, ya lo hizo ella por mí.

Así fue. Poco tiempo después estábamos de camino hacia la escuela por un sendero

bastante polvoriento. Alejado del río Pocantico y a diferencia de los que normalmente

transitaba desde mi llegada, el bosque que lo rodeaba para nada era frondoso, se abría

en un paraje más solitario por el cual podía divisar las colinas que se alzaban a lo lejos, delante de mí; también podía ver con más claridad el vuelo de los pájaros o escuchar, en el silencio que nos acompañaba, el trabajar del pájaro carpintero.

Poco a poco ante mis ojos, en medio de la planicie, a los pies de las colinas, fue tomando forma una pequeña casa de una sola planta. Estaba hecha a base de troncos y

aunque pudiera parecer una construcción débil, se notaba que era fuerte, puesto que no

se veía, desde esta distancia, desperfecto alguno. A su alrededor, pequeñas figuras trotaban, saltaban y jugaban.

—Están en el descanso, perfecto —rompió el silencio Abigail.

—¿Descanso?

—Sí, Daniel se dio cuenta de que si permite cierto descanso a los niños, una vez que se sientan de nuevo, están más despejados, incluso prestan más atención.

Se refería al recreo del siglo XXI.

Las risas y los chillidos de júbilo llegaban a mis oídos cada vez más claros a medida que nos acercábamos. Nuestra presencia despertó la curiosidad entre los niños

que, raudos, se acercaron a nosotras entre brincos y risas infantiles.

—Vamos, seguid jugando y dejad a las señoras —los espantó Daniel con una

sonrisa en los labios—. ¿Qué os trae por aquí? —abrazó a Abigail por la cintura, dándole un beso en el pelo.

—Os hemos traído algo para llenar el buche, así Martha conocía la escuela —

explicó cariñosa.

—Estupendo, ya me estaban rugiendo las tripas. —Frotó las palmas de las manos con entusiasmo.

—Voy a avisar a Walter.

Me dirigí hacia el viejo abedul donde estaba Tom jugando con un pequeño grupo de

niños que no tendrían más de seis años. Les daba volteretas en el aire, corría detrás de ellos o se dejaba atrapar. Esa imagen de él, desconocida hasta ese momento para mí,

hizo, quizás, que lo quisiese un poco más.

—Hola —saludé cuando llegué.

Los niños se quedaron muy quietos, uno de ellos, avergonzado, se escondió detrás de la pierna de Tom.

—Niños, id a jugar con el resto —les pidió Tom. Ellos salieron a la carrera—.

¿Qué haces aquí? —Su tono hosco me cortó el aire.

—Os hemos traído algo para comer. —Asintió, comenzando a caminar—. Espera, por favor...

Lo agarré por la manga de la camisa, pero se soltó tirando con brusquedad.

—Ahora no, Cecilia.

Se alejó a grandes zancadas sin tan siquiera poder decirle palabra alguna.

Desanimada, comí con ellos, más bien procuré ingerir algún alimento, porque la verdad, los nervios me atenazaban el estómago cerrándolo. Daniel era el único que mantenía una charla fluida en la cual me contó que un tiempo atrás había reformado la

escuela con la ayuda de unos cuantos padres, pero que le gustaría hacer una más grande, con mayor capacidad.

Para beneficio de mi salud física y mental, esta situación duró poco. Debían retornar las clases. No podían tener tanto tiempo a los niños jugando.

Mientras recogíamos, ya si en ellos presentes, Abigail fue sincera tras haber observado a Tom durante la comida:

—Por muy orgulloso que sea, claudicará.

La noche volvió a ser solitaria, fría, sin la compañía de Tom, y todo por mis miedos

vivididos, padecidos desde niña. La gente que me conocía en Manhattan me repetía lo mismo: «déjate de miedos y vive». No era tan sencillo cuando tu apellido era Wells.

Nadie lo entendía, bueno, sí, había una persona: Tom. Ahora más lejos de mí que antes.

Abigail, como buena Wells entrometida al igual que mis tías, se mostró cabezota y

casamentera, empeñada en solucionar los problemas de alcoba. Todos los días, por su

obcecación, íbamos a la escuela a llevarles la comida. Ésa era la disculpa. La verdadera razón era propiciar el acercamiento entre Tom y yo, aunque salió el tiro por

la culata porque me acabé convirtiendo, muy a su pesar, en la cuenta cuentos de los más pequeñitos. Nunca trabajé con niños, sí para los niños, haciendo las ilustraciones de cuentos y otras historias infantiles que debía leer para dar rienda suelta a mi trabajo.

Me sabía muchos, ellos estaban encantados, por eso esperaban mi llegada con una ilusión insólita. Sorprendí a todo el mundo, hasta Daniel estaba dispuesto a darme trabajo. No lo aceptaría, los niños no eran mi fuerte. Sin embargo, continué, ya que percibía cierto cambio en Tom. De soslayo lo veía en la

lejanía observándome y, la verdad, me daba esperanzas.

¡Nuevo error, Cecilia! Sí, fue un error poner mi ilusión en manos de un Crane cuando la podía despedazar.

Lo hizo no una, sino dos veces seguidas.

Semana y media llevábamos yendo a la escuela. Un día no vi a Tom por ningún lado.

Me propuse ir en su busca, pues no debía estar muy lejos, y no me equivoqué. Estaba detrás de la escuela, agazapado por la sombra que proyectaba la construcción, junto a

Catharina. Se reían animadamente y él se dejaba hacer carantoñas. También pude percibir un halo de negatividad muy fuerte que me absorbía las fuerzas. En silencio, dolorida, volví con Daniel y Abigail, mintiéndoles a bocajarro. Poco tiempo después

apareció contento, ignorando mi persona, hecho que no pasó desapercibido a Abigail.

Yo me centré en los pequeños, no podía hacer otra cosa. Si se pensaba bien, Tom no me era nada, bueno, sí un marido postizo, pero en realidad era libre para vivir como le viniese en gana.

No obstante, esclarecí dónde y con quién pasaba las noches.

El arrepentimiento por no llevar más lejos aquel maldito beso me carcomía por dentro.

—Me duele un poco la cabeza, ve tú a la escuela —me disculpé con Abigail a la mañana siguiente.

Fue una burda disculpa que funcionó. La verdad, para mí fue una salvación, así no

presenciaba aquello que me molestaba, me cabreaba y, por mucho que me costara reconocerlo, me dolía. «¡Debía ser yo!», clamaba de nuevo mi corazón.

La Cecilia del siglo XXI apareció esa misma tarde, cuando Daniel regresó solo a casa. En un arranque de lucidez, me fui en busca de Tom sin que ellos dos lo supieran.

Quería dar fin a esta ridícula situación, no por mí, sino para no poner en peligro nuestra misión.

Sí, me engañé una vez más.

Me eché al camino con buenas intenciones.

Una parte de mí me decía que regresara. Debí hacerle caso.

Al llegar no vi a nadie, aunque sí percibí en el ambiente esa negatividad que me arrebatava el vigor del cuerpo. Busqué a Tom por las zonas donde solía verlo frecuentemente, ni rastro. Frustrada, me acerqué a la puerta de madera de la escuela, allí no había mirado y mejor que no lo hubiese hecho, porque la escena ante mí era asquerosa, aunque para muchos fuese erótica.

De espaldas a la puerta estaba Catharina desnuda de cintura para arriba, algo despeinada y con un pie encima de una mesa mientras se subía la falda provocando a

Tom que, sin camisa, miraba con asombro su sexo.

Abrí los ojos como platos, el aire se me quedó congelado en los pulmones, entrecerré los ojos, fruncí los labios dando un paso al frente, mostrando mi presencia.

La rabia se apoderó de mí, me sentía traicionada en lo más profundo del corazón.

Tom, percatándose al fin de mi existencia, me miró alzando sus largas cejas. Sentí como el nerviosismo le corría por las venas agitando sus constantes vitales. Cazado en su aventura amorosa, si podía definirse así, empujó a Catharina de forma poco amable para separarla.

—No es lo que parece —se defendió nervioso.

Mis ojos, mi mente, en realidad todo mi cuerpo, estaba inyectado en ira.

—Te odio.

5 ¿Estás durmiendo con tu propio arrepentimiento? / En tu lado de la cama. Little Big Town. *Your side of the bed*. Tornado. Capitol Records Nashville, 2013.

Capítulo 28 - La habitación secreta

Después de salir a toda prisa de la escuela, me escondí como pude en el bosque para tomar aire. Sentada entre la maleza, vi a Tom pasar a toda velocidad, corriendo

supuestamente detrás de mí. Su fugaz imagen apretó el nudo en mi garganta y me esforcé en no llorar. Lo conseguí a medida que me fustigaba despertando de nuevo mi

inquina por la familia Crane, cuando días atrás parecía haberse desvanecido. Viejos recuerdos, rencores y detalles de la historia de mi familia invadieron mi mente enervándome el doble.

Decidí regresar a casa al caer el ocaso. Caminé con cierta demora, no me apetecía

llegar rápido, por mí no volvería, me hubiese quedado muy a gusto en el bosque, pero

no podía ser egoísta ni maleducada con la gente que me había acogido. De hecho, Daniel y Abigail estaban muy preocupados. Los tranquilicé como pude, recalcando, sin

mucho humor, que se trataba de una riña matrimonial. En esos instantes me di cuenta de

que para mí ya no eran los malos de mi entorno familiar, si acaso Daniel se merecía ese adjetivo por ser cómplice de los escauceos amorosos de Tom. Los dos eran de la

misma familia.

Abigail pasó de ser esa figura maldiciente para tornarse en mi apoyo.

La amiga que nunca tuve.

La hermana que una vez perdí.

Empecinada, siempre buscaba algún modo extraño o conocido para arreglar este problema. Yo la dejaba, para mí no había solución.

—Supe que podía confiar en ti desde el primer día, algo dentro de mí me dice que

no me equivoco, túdame de lunática, puede que me lo merezca. Es más, entre nosotras se está forjando un vínculo muy estrecho, no vislumbro las razones y nada tiene que ver con nuestros hombres.

—Lo sé —le dije porque la veía un tanto nerviosa y preocupada—, sé a lo que te refieres, yo también lo siento.

Me cogió de sorpresa que me confesara tan pronto el ligamen que se creó entre nosotras. Éramos familia, no podía ser de otra forma.

—Debo confesarte un tema, no te asustes, por favor. —Su mirada era una súplica en sí misma.

Coloqué mi otra mano encima de la suya para reforzar mis palabras:

—Tranquila, di lo que quieras.

—¿Crees en la magia? —inquirió directamente, sin tapujos.

—Sí.

—Lo sabía. —Su gesto era de completa alegría. Su sonrisa se ensanchó, sus ojos brillaron soñadores. En general se relajó—. Acompáñame.

Presurosa, se levantó irradiando entusiasmo. La seguí con paso acelerado hasta el interior de la casa. En la cocina sacó una llave del bolsillo delantero de su guardapolvo y abrió una puerta inexistente en el siglo XXI. Un intenso olor a incienso

me golpeó la nariz, volviéndose más denso por la concentración de otras fragancias que para nada causaban repulsión.

Durante estos días pensé que se trataba de una despensa. ¡Qué equivocada estaba!

En dos pasos me adentré en un habitáculo semioscuro, la poca luz procedía de las velas colocadas en candelabros, además de un pequeño óculo hecho en el tejado. Su techo, a diferencia del resto de la casa,

era mucho más bajo y de sus vigas pendían hacia abajo hojas secas, otras frescas, ramas de árboles con frutos, hasta una jaula con un pichón.

De proporciones pequeñas, cuadrado, cuyos lados estaba segura que medían

exactamente lo mismo, se revistieron con materiales diferentes: frente a mí, utilizando la piedra natural, había una chimenea de la que colgaba el caldero de bronce que mis

tías usaban para sus pociones; junto a ella, un pequeño horno de leña del que sobresalía una especie de tetera. La cornisa que los cubría estaba hecha con un enorme tronco; colocados encima de él había pequeñas botijas, albarelos, todavía los conservábamos

en el invernadero, velas y otros utensilios que no vi en mi vida. También de madera eran las paredes laterales tapadas por unos muebles con estantes, el de la izquierda tenía un cráneo humano, frascos transparentes llenos de sustancias líquidas, otros contenían raíces o tierra, al menos así me lo parecía; en el mueble de la derecha, en sus tres estantes, había plantas, separadas algunas por albarelos. Las plantas no las cultivaba en macetas, algunas crecían en frascos, otras en recipientes de barro. Las más grandes, como el estramonio, el acónito, la belladona y los beleños, estaban a los pies del mueble, justo debajo del óculo. Las mandrágoras lo hacían a la sombra.

En el centro de la estancia estaba la gran mesa de madera que me era tan familiar.

Estaba llena de probetas o algo similar, embudos, un caldero negro de tres pies, fuentes y platos de cerámica, cuchillos de todos los tamaños, un mortero, hojas secas, flores,

hojas de papel color sepia, un fuelle y el Grimorio.

Cualquier persona que entrara se percataría de su aspecto desordenado, porque en

el suelo de losas de piedra con disposición entrenzada, estaban desperdigados rollos de papel, algunos libros tirados con gran elegancia, sacos, cántaros, grandes botellas de vidrio, candelabros de pie en plata y madera. En sí era un desorden ordenado, porque cada objeto estaba donde debía estar

Los muebles me resultaban también extrañamente familiares. La mesa daba por

sentado que era la misma de Sleepy Hollow, sin embargo, no podía decir lo mismo de los otros dos porque blancos no eran. Miraba alternativamente uno y otro.

—¿Son bonitos, verdad?

—Me resultan familiares...

—Verías alguno similar, pues los talló un carpintero hace algún tiempo —aclaró—.

Siempre los recuerdo en casa. Pero su poder no radica en su belleza, sino en las maderas.

La curiosidad me picó más si cabe, ya que podían ser los muebles de nuestro invernadero.

—¿Qué maderas? —Me volví a ella. Había adquirido un talante muy profesional.

—A tu siniestra es madera de sauce; el de tu diestra, madera de abedul. Dos árboles con multitud de usos mágicos, compartiendo la protección contra todo mal. Ahora están un poco deslucidos.

—Era desconocedora de esas propiedades.

—Tienen más, el abedul purifica y exorciza; el sauce es muy bueno para la salud, cura mucho males, y los dos atraen el amor. —Compartió una mirada algo temerosa—.

Muy poca gente lo sabe, para muchos, mi persona sería la de una bruja si me escucharan. ¿Te acuerdas del anciano del mercado?

—Sí.

—Pues bien, me trae plantas que le encargo de otras tierras y yo las cultivo aquí. A veces le llevo algunos remedios para él y su esposa.

Se quedó meditabunda mirándolas.

—¿Daniel sabe de tu conocimiento sobre plantas? —Me imaginaba la respuesta, pero era pregunta obligada.

—Sí y no. Sabe lo que todos, las conozco, las cuido bien e ignora que domino la magia que ocultan. —Suspiró pesarosa—. Es un hombre muy supersticioso, si lo supiera, me rechazaría.

«¿Cómo sabe que Daniel es supersticioso?». Su confesión me cogió desprevenida porque contradecía las palabras de mis tías.

—No creo que le importase...

—Mejor que ignore todo —dijo con prudencia—. No te traje aquí para parlotear.

—Se acercó al mueble donde estaban las plantas—. Tú me confesaste lo ocurrido con

Walter, pues bien, como obsequio a la confianza depositada en mí, contribuiré a que halles una solución, y la búsqueda puede que termine pronto.

Comenzó a mover la cabeza escudriñando cada una de las plantas.

Me acerqué a ella con sigilo, interesada en la que me iba a proporcionar.

—Aquí estás. —Se alzó de puntillas y cogió un recipiente mediano. En él brotaban

unas preciosas flores blanca, muy parecidas a las margaritas—. Toma, es Balsamita, planta curativa para la salud y el amor. Lo fortalece, además, aplaca los tormentos del matrimonio. Colócala en vuestra alcoba, por la noche, riégala cuando Walter duerma,

por la mañana debe estar cerca de la ventana o en ella sin que le dé el sol, sino la estropeará.

Cogí la planta con cierta aprensión. No era la primera vez que hacía algo semejante.

Mis tías siempre tenían uno de estos remedios en mente, sin embargo, lo que me echaba para atrás era mi realidad, muy diferente a la que Abigail se pensaba, ya que Tom y yo no estábamos casados.

—En tres días apreciarás alguna mudanza en tu marido —afirmó muy segura y confiada.

Asentí levemente. Miré las flores dudando de todo.

Cené sola y Tom no durmió en nuestra habitación esa noche...

Capítulo 29 - ¿Un hombre enamorado?

... Ni la siguiente.

La semana se derivó de una manera bastante extraña. No coincidí en ningún momento del día ni de la noche con Tom. Alguna vez me supuse que se habría acostado por el hueco en su almohada, aun así, cabía la posibilidad de que la dejase mi cabeza.

Abigail también aportaba su granito de arena, haciendo mis días más livianos, y contribuyó más al pedirme que completase un libro que su madre no pudo terminar. Se

trataba del Grimorio familiar, el Libro Blanco, que pasó de generación en generación

en la familia Wells. ¿Cómo afectaría al libro del futuro? ¿Pudiera ser que lo dibujos que tanto me gustaron estuviesen hechos por mí? Miles de dudas me asaltaron, pero no

podía negarme, si lo hacía, levantaría sospechas y no me podía permitir ese lujo.

Además, dibujar me proporcionaría una distracción.

Todo el tiempo que pasaba con ella intentaba animarme, conversábamos mucho y no dejaba de repetir que: «al tercer día, Martha».

La noche del tan esperado día llegó.

Regué la Balsamita como siempre. Preparada para irme a cama, estaba acuclillada frente a la planta, contemplando las hermosas y sencillas flores, cuando Tom entró en

la habitación sobresaltándome. Jamás estuve tan nerviosa como en ese momento.

—Pensé que estarías durmiendo, vengo más tarde.

Iba a cerrar la puerta y lo paré:

—No, esta habitación es tuya, pasa.

Me levanté para sentarme al borde del colchón en mi lado de la cama.

Un absoluto silencio nos envolvió. Era aterrador, me asustaba, me paralizaba. Una

parte de mí quería tratarlo con indiferencia; la otra, pedir perdón para conseguir un poco de tranquilidad. ¿A cuál debía hacer caso? Luego estaban las palabras de Abigail

que me taladraban el cerebro: «Walter te quiere».

Emily siempre dijo de mí que era una inconsciente, aparte de fría, amargada, insensible o antipática. Haciendo acopio de un valor que se había esfumado, rompí el

macabro silencio:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Nunca preguntaste, ni para ser irreverente —espetó a mi espalda, desde el otro lado de la habitación.

Obvié el tono irónico que utilizó.

—¿Dónde has dormido estas últimas noches?

—No te incumbe —respondió escuetamente.

—Tom, por favor, estamos en esto...

—¡Déjate de tonterías, Cecilia! Bien sabes por qué estoy así.

Me envaré por su tono seco y arisco. Agarré con más fuerza el colchón en mi empeño por controlar el mal genio. Fracasé. Me levanté con el estómago encogido por

la incipiente furia que se despertaba en mi cuerpo. Al girarme, me quedé estática. Tom

estaba de espaldas a mí, descalzo, desnudo de cintura para arriba, delante del palanganero, secándose con una toalla el torso. A sus pies estaba la camisa tirada de

cualquier manera. Algunas gotas de agua corrían por su espalda brillando a la luz de

las velas. Bajé los ojos, y sus pantalones pegados a sus piernas húmedas marcaban cada músculo, ciñéndose a sus nalgas. La garganta se me secó y la excitación resurgió

en mi cuerpo.

—Venga, comienza a soltar gilipolleces —atacó por encima del hombro.

—Descuida, no debí preguntarte, ya me imagino con quién has pasado estas últimas noches.

—¡Ah, sí! —Sonrió engreído—. ¿Con quién? Ilústrame.

—Con Catharina —solté entre dientes.

—Cecilia, cada día te superas más. —Su tono burlón me calentó en todos los sentidos.

—¡Es evidente que has estado con ella! —exclamé con rabia.

La toalla se le calló de las manos. Se giró con expresión granítica y el cejo fruncido, pero poco a poco una de sus cejas se fue enarcando.

—¿Cómo te atreves a creer semejante idiotez? —Estaba comenzando a enfadarse.

—No me niegues lo que vi no una, sino dos veces, ¡dos!

—No es verdad.

—Te has liado con esa mujer cuando no sabemos qué pinta en esta historia, ¡eres un inconsciente!

Contempló con detenimiento mi rostro iracundo por su falta de honradez.

—Estás celosa —dijo con una sonrisa sesgada y mirada inquisitiva

—¿¡Qué dices!?! —Me negué en reconocerlo.

—Los celos son la muestra viva del amor. —Sus ojos brillaron más que la luz de las velas.

—Y tú te atreves a pronunciar esa palabra después de follarte a una...

—La estaba rechazando —me interrumpió pasándose, resignado, nervioso también, las manos por el pelo, despeinándose el flequillo.

—¿Ahora se rechaza a las personas en pelotas? —pregunté frustrada.

—¡No estaba en pelotas! —Dio un paso al frente. Respiró profundamente antes de continuar hablando—: Con nadie me he acostado, porque le soy fiel a la mujer que llevo en el corazón.

Su confesión me sorprendió cortándome la respiración. Ahora debía ir directa al grano.

—¿Te gusto?

—¿Qué más da si me gustas o no? No cambia nada.

—Lo cambia todo.

—¡Nada! —casi gritó. Su mandíbula se tensó por el enfado.

—¿Estás enamorado? —Crucé los brazos delante de mi camisa de lino.

Sus cejas se elevaron, su expresión pasó del enfado a la sorpresa.

—¿Enamorado de quién?

—Ahora el gilipollas lo pareces tú. —Me clavé las uñas en la piel por sus tonterías.

Puso los brazos en jarras al tiempo que volvía la cabeza hacia un lado negando, con los ojos cerrados. Cuando tornó de nuevo sus ojos hacia mí, echaban llamaradas azules que me asesinaban.

—¿Qué más da que lo esté?

—Lo estás... —Mi voz se fue apagando.

Me quedé sin aire en los pulmones. Todavía con los brazos cruzados, apreté más los puños para no temblar.

Tom alzó la vista al techo.

—¡Oh, por Dios, qué tortura! —Bajó la mirada perforándome con ella—. Lo reconozco, ¿estás contenta?

—Tom...

Vi como sus manos se cerraban hasta dejar los nudillos blancos.

—Antes de que digas nada, no tengo la culpa de ser un hombre enamorado de una mujer que no me corresponde. —Se volvió, dando la conversación por zanjada, cogió la camisa del suelo y se dirigió a la puerta.

—Me prometiste no enamorarte de mí —le recordé su promesa con voz temblorosa.

Iracundo, tiró bruscamente la camisa otra vez al suelo.

Cubrió en dos zancadas la distancia que nos separaba.

—¿Eres tan ingenua como para creerte semejante patraña? —Su rostro se endureció,

frunció tanto el cejo que las líneas en él eran más profundas, las alas de su nariz estaban abiertas, su mandíbula tensa y sus sensuales labios dibujaron una fina línea—.

¡Enhorabuena! —exclamó con falsa ilusión—. Eres la primera persona que conozco

capaz de controlar los sentimientos y sensaciones que le despiertan los demás. —

Acercó su rostro más al mío—. Por mi parte, lo siento, siento ser un pobre mortal que

no tiene esas capacidades extrasensoriales, mágicas o cuales quiera que sean. Sí, soy

un hombre enamorado y si por eso merezco ser juzgado, hazlo, pero entonces no te quejes de la gente que se aparta de ti por la calle porque conmigo estás siendo igual

que ellos.

Negó de nuevo con la cabeza, mientras que sus ojos reflejaban algo parecido al desagrado, a la frustración de querer hacer algo y no poder.

—¿Sabes qué me molesta más de ti? —Negué en silencio—. Que niegues lo que

sientes por mí porque no nos somos indiferentes desde el mismo día en que llegaste a

casa de tus tías.

Su aire de suficiencia me jugó una mala pasada.

—No siento nada por ti.

Me alzó las manos deshaciendo mi cruce de brazos, me empujó sobre la puerta del

armario y con una facilidad asombrosa, rajó mi camisa. El sonido de la tela rasgándose

atravesó la habitación de lado a lado. La camisa cayó al suelo hecha un harapo, exponiendo mi cuerpo desnudo.

Me asió por la cintura y, sin demora, apresó uno de mis pezones entre sus labios. Lo

rozó con los dientes antes de succionarlo con la mayor de las delicadezas, para mortificarlo con la seda que envolvía su lengua. Lentamente, elevé las manos hasta apoyarlas en su húmeda espalda. Mis piernas ya no me sujetaban, me temblaban de tal

modo que creí caerme.

La sensación de tener su boca en mi piel, aunque me costara reconocerlo, era más

que exquisita. Sabía cómo prender mi cuerpo desde aquel primer beso, pero esto. Esto

todo lo cambi6. Destruy6 mis barreras, me hizo perder la cabeza, la realidad, consiguiendo que nada me importara.

Roz6 de nuevo sus dientes sobre mi endurecido pez6n y lo solt6, para recorrer con

la punta de su lengua el espacio entre mis pechos. Su c6lido aliento se perdi6 en mi enardecida piel. Me costaba respirar. Procur6 no soltar un gemido tras otro cuando, con fiereza contenida, alcanz6 el otro pez6n.

Mi cuerpo entero se estremeci6 de placer.

Conocedor de lo que me pasaba, estrech6 su abrazo mientras las palmas abiertas de

sus manos bajaron hasta mis nalgas. Las apret6 con fuerza, peg6ndome m6s a su fibroso

cuerpo, haci6ndome partcipe de su erecci6n que, enhiesta, golpeaba contra su pantal6n. Quería ser liberada y acabar con este juego. Me deshacía entre sus brazos como nunca me había pasado. Entrelacé mis dedos en su pelo corto, peg6ndolo m6s a

mí. Me arqueé ofreci6ndole de forma abierta mis pechos para que continuara con esta

dulce tortura. AsÍ lo hizo durante unos segundos m6s, antes de separarse y levantar la

cabeza hacia mí. El aire c6lido que nos rodeaba se convirti6 en frÍo al entrar en contacto con mis humedecidos pezones, endureci6ndolos m6s.

Nos miramos a los ojos. Su color azul tenía un brillo especial, su intensidad en ese

lapso se volvi6 m6s profunda. Sus pupilas dilatadas me indicaban el estado en el que

estaba, como yo. Sin poder evitarlo, mir6 su boca de labios finos, ahora m6s enrojecidos por la succi6n, pero igual de sugerentes, y unas irrefrenables ganas de besarlo asolaron mi mente.

—Dime que no has sentido nada con lo que te acabo de hacer. —Su voz me trajo de

vuelta a la realidad arrastr6ndome de mis enfervorizados pensamientos—. Dímelo si te

atreves —me desafi6—. No me jodas, Cecilia, este deseo es m6s que compartido, no

lo podemos negar por mucho que lo intentemos. No podemos huir de lo que sentimos el

uno por el otro, yo al menos no lo voy a hacer porque ya me da igual todo, los conjuros, los artificios, las maldiciones ancestrales, todos, excepto una cosa —se tom6 un momento para mirarme y quemarme con él —: tú. No quiero seguir evit6ndote por m6s tiempo —susurr6 sobre mis labios.

Nuestros cuerpos en ese tiempo se unieron m6s, su erecci6n hacÍa palpar mi sexo,

mis dedos siguieron surcando los caminos inescrutables de su pelo y los suyos continuaban en mi trasero sin la intencionalidad de soltarlo. Adem6s, el ímpetu de sus

palabras hablaba directamente por el mío y me hizo querer lo que él quisiese. Nuestros

labios se rozaron, se acariciaron hasta que al final, lanzándome, porque él no lo hacía, solo me provocaba, me apoderé de su boca en un pasional, húmedo y profundo beso.

Nuestras lenguas, a diferencia de aquel primero, se amaron, se mimaron. No buscaban dominar, sino estar la una con la otra.

Me cogió en volandas; sorprendida, enrosqué mis piernas alrededor de su cintura y

enlacé mis brazos en su cuello apretando más mi boca contra la suya. En pocas zancadas me llevó a donde deseaba tenerme. La cama. Con delicadeza se inclinó para

que mi cuerpo yaciese sobre el colchón. Trató de romper el beso, pero no se lo permití.

Lo retuve un poco más. No quería que se alejase, pretendía hacerle acabar lo que había

empezado. Tras unos cuantos besos más, se separó para desnudarse. Desde mi posición

baja, privilegiada también, pude contemplar su pecho de abdominales marcados y duros como sentí hacía un momento. Sus firmes músculos se movieron cuando comenzó

a desabrocharse los botones del pantalón. Los bajó junto con los calzones por sus robustas piernas hasta deshacerse de ellos con una patada.

La vela lo iluminaba desde atrás, de ahí que su blanca piel ahora se mostrase oscura, aunque no me impedía ver el suave vello que cubría su pecho. Su cabello castaño brillaba, sin embargo, su flequillo, despeinado a causa de mis dedos, se alzaba vigoroso al igual que su excitado miembro.

Tom, poniéndose de rodillas en el colchón, me cogió por los muslos, elevó mis

caderas y se clavó de una sola embestida en mi interior. Cerré los ojos a causa de la brusca invasión. Eché la cabeza hacia atrás, soltando un gemido entre la sorpresa y la

excitación. No tuve que acostumbrarme a la dureza de su miembro, me amoldé a él completamente. Se fue inclinando para terminar tumbado sobre mí, apoyado sobre sus

manos, con mis piernas rodeándole la cintura. Entre abrí los ojos y lo vi observarme.

—Me voy a resarcir de estos últimos meses. —Me abrasó de nuevo con la mirada.

Su voz enronquecida se quebró antes de retirarse y clavarse de nuevo en mí. Las embestidas eran profundas, mantenía un ritmo constante, al principio lento, que se fue

incrementando, haciéndome más sensible a sus penetraciones cada vez más intensas.

La cabeza me daba vueltas; mis senos se frotaban contra el vello de su pecho, de ahí

que mis pezones estuviesen cada vez más endurecidos. Jadeos de placer salían de mi garganta y se perdían en la boca de Tom, los suyos en la mía, al besarnos.

Enredábamos nuestras lenguas del mismo modo que lo estaban nuestros cuerpos. Mis manos se perdieron por su espalda de tensados músculos, bajaron hasta su terso trasero y, como él había hecho con el mío, lo apreté incitándolo a que se moviese más rápido.

Lo hizo, pues tras unas cuantas embestidas más, perdí el control y el mundo de vista con un poderoso orgasmo. Mi vientre no había acabado de contraerse cuando Tom, con cuerpo tembloroso, se dejó ir derramándose en mi interior. Durante unos segundos, permaneció inmóvil con el rostro escondido en el hueco de mi cuello.

Capítulo 30 - Te recuerdo

Abrazados.

Sudorosos.

Nuestras respiraciones eran acompasadas.

El ambiente en la habitación estaba muy condensado; el aire, pesado, nos cubría aumentando la sensación de calor. Al respirarlo, se podía distinguir el dulce olor a sexo mezclado con el aroma de su piel entre a madera, cítricos, especias, obteniendo

un efecto sobrio, elegante y viril. No había captado estos detalles de su fragancia hasta ahora. Tenía la cabeza apoyada en su pecho; una de mis piernas estaba encima de las

suyas, si la subía un poco, rozaba su pene ahora dormido; debajo de mi oído escuchaba

los pausados latidos de su corazón mientras mi mano izquierda le cruzaba el abdomen

y le acariciaba la suave piel de su costado, a la misma velocidad que unos dedos largos y huesudos recorrían mi espalda erizándome el vello. Aunque estaba muy tranquila, adormecida quizás, una curiosidad bailó en mi mente:

—¿Cómo es que regresaste a casa empapado?

—Me fui a bañar al río.

—¿Al río? —pregunté sin moverme.

—Sí, hace una noche tan calurosa que necesitaba darme un chapuzón, se lo comenté

a Daniel y nos acercamos al Hudson, por eso tardamos tanto.

Debajo de mis mejillas, su pecho convulsionó.

—¿Por qué ríes? ¿Te ríes de mí? —Mi mirada se ensombreció ante la duda.

—Estoy contento. —Se quedó meditabundo unos segundos—. Esa no es la palabra exacta, más bien estoy feliz. —Se movió un poco para quedar frente a mí—. Feliz por tenerte entre mis brazos, ver tus mejillas arrojadas, como el sudor baña tu piel y todo por mí. —Me besó en los labios.

Nos sostuvimos la mirada. No me iba a cansar nunca de contemplarlo.

—Debo entender que ese brillo en tus ojos, ¿es por mí? —Apoyé mi mano en su mejilla.

—Lo es, no tengas la menor duda de que lo es.

Nos abrazamos de nuevo, en silencio. Yo también me sentía feliz porque era la primera vez que experimentaba estos sentimientos en mí, pero la realidad golpeaba fuertemente en nuestra puerta. Me tensé al pensar en todo lo ocurrido en nuestras familias.

—¿Qué tienes? —inquirió Tom.

—Nada.

—Tu cuerpo se ha tensado, Cecilia, así que debes contármelo, porque en todo momento sabré que algo pasa. —La firmeza en sus palabras me sorprendió y al mismo

tiempo me relajó al comprobar que no fue solo sexo, sino que pretendía que me abriera más a él.

Respiré hondo antes de hablar:

—Tengo miedo. Miedo a que terminemos...

Nerviosa, me incorporé sentándome en la cama abrazada a mis rodillas.

—Olvídalo, no lo voy a permitir, estoy dispuesto a luchar por nosotros hasta mi último aliento.

—No puedes asegurarlo, Tom, nadie puede.

—Sí puedo y se lo demostraré a quién haga falta —dijo rotundo.

Tom se movió hasta quedar sentado a mi lado. Su mano, con decadencia, comenzó a acariciarme la espalda.

—Pero la historia de nuestras familias es la que es...

—Me da igual, Cecilia, sé lo que siento por ti. No habrá nadie que nos separe.

Hemos viajado para solucionarlo, para que no se vuelva a repetir, yo estoy haciendo todo esto para tener una oportunidad contigo.

Lo miré asombrada por su declaración. Lo estudié a la tenue luz de la vela casi consumida, pero lo único que encontré en su rostro fue una expresión firme y sincera.

Me cogió la mano entrelazando nuestros dedos.

—Hay cosas que no podemos borrar. —La derrota se iba apoderando de mí cada vez más rápido.

—¿Te refieres a nuestros padres y hermanos?

Asentí porque el nudo atenazaba de nuevo mi garganta.

—No recuerdo a tus padres —confesó en voz baja.

—Mark y June Martin. —Aparté la vista a un punto fijo de la pared.

—¿Martin? —preguntó confuso.

—Sí, el apellido de mi padre. Mi madre utilizó su apellido de soltera y nosotras también lo hicimos desde siempre, aunque en Sleepy Hollow nunca nos hizo falta porque siempre fuimos las Wells —le expliqué—. Lo único que tengo claro es que era

un buen hombre, el resto lo supimos por nuestras tías. Ellas nos contaron, con los años, que papá estaba locamente enamorado de mi madre, siempre pendiente de ella, la colmaba de atenciones, de cariño, aunque su corazón le pertenecía a otro.

—A mi padre —intervino Tom soltándome la mano.

—Sí.

Volví la mirada hacia él, tenía la cabeza gacha y jugaba inquieto con el borde la sábana.

—Derek Crane, casado por mandato de mi abuela con Anne, mi madre, de la que tampoco estaba enamorado. —Negó con la cabeza—. Amaba a tu madre. Todo el

mundo piensa que los niños no se dan cuenta de las cosas. Se equivocan. Nosotros sabíamos que el matrimonio de nuestros padres no iba bien. Mi madre odiaba a las Wells, y sin ella saberlo, mi padre visitaba a tus tías con mucha frecuencia, charlaban durante horas, nunca pregunté sobre qué. —Me miró de soslayo—. Es más, yo a ti sí te

recuerdo, mi padre y yo fuimos quienes te enseñamos a atar los cordones de los zapatos, esa fue la última vez que mi padre pisó la casa de tus tías, porque al poco tiempo el cáncer se lo llevó.

No escuché nada más, ya que me concentré todo lo que pude en aquella tarde de verano en la que, sentada en las escaleras, un niño flacucho se sentó a mi lado, otro jugaba con Emily, y un hombre de pelo castaño, de grandes ojos azules y sonrisa amable, me enseñó el truco para hacer la lazada a mis tenis.

—¿Eras tú? —le pregunté sin dar crédito a lo que había escuchado.

—Sí.

—¿Pero entonces...?

—Aquel día en la cocina te reconocí, pronto me di cuenta de que tú a mí no, por eso te seguí la corriente —me aclaró.

—Éramos muy pequeños —me defendí como pude.

—Teníamos cuatro años. —Sonrió. Le debía de hacer gracia mi expresión de horror

—. Te aseguro que me fue imposible olvidarme de esos ojos color esmeralda. —

Acercó su mano a mi mejilla y me acarició—. ¿Y tu madre?

El continuar con ese tema me cogió desprevenida.

—Mamá murió unos meses después de tu padre. Murió de mal de amores, lo que yo

creo entender como una profunda depresión. También arrastró a mi padre. Ninguno de

los dos llegaron a las Navidades de ese año. Tras dejarnos con mis tías, mi padre desapareció, posteriormente nos contaron que un día apareció la policía en casa.

Debían reconocer un cuerpo que había aparecido en una cuneta. Era él.

El recuerdo triste de esta historia, como la de nuestros hermanos, comenzaba a pesarme mucho y no veía futuro. No del mismo modo que lo debían hacer los enamorados.

Inclusive daba por fracasado este viaje.

Tom me rodeó con su brazo y me arrimó a él; mi cabeza quedó apoyada en su hombro. Con sumo cariño me beso el pelo. Su calor, su cercanía, era lo mejor que me

había pasado en años. Era ese bálsamo que aliviaba un poco mis heridas todavía abiertas. Sin embargo, sentirlo efímero de repente fue como si una espina se clavara más hondamente en mi corazón.

Tras unos minutos, me separó de él para quedar cara a cara y así rodearme el rostro con sus manos.

—Atiende, quiero que algo te quede claro: somos libres de escribir nuestra historia

como nos dé la gana. Nos queremos, es lo que importa, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, por muy loca que sea, con tal de permanecer junto a ti. De hecho, ya la estoy haciendo. ¿Tú estás dispuesta? —Su seriedad se reflejaba en la convicción que

desprendían sus palabras, en la solemnidad al pronunciarlas.

—Sí.

Tom sonrió y me besó.

Me llevó con él hasta tumbarnos de nuevo, abrazados, en silencio, mirándonos fijamente. Perdido, Tom en el verde, yo en las aguas azules de sus ojos, comprendimos

el alcance de nuestros hechos en el pasado que vivimos y en el futuro al que debíamos

regresar. Un vetusto miedo se quedó anclado en mis entrañas porque no supe si sería

capaz de mantener mi promesa de no enamorarme nunca y menos de un Crane.

Tom, intuyendo o quizás descubriendo mi temor, me besó dominando su propia

pasión. Su mano derecha, que acariciaba uno de mis pechos, se deslizó lánguida siguiendo la línea descendente de mi cuerpo atravesando mis costillas, mi vientre, calentando mi piel, enardeciendo mi cuerpo entero a su paso. Separó sus labios de mi

boca una vez que alcanzó mi muslo. Pasó mi pierna por encima de su cintura, se acomodó entre mis piernas y me penetró con sutileza, con una ternura infinita solo innata en los buenos amantes.

Sin dejar de mirarnos, nos mecimos en la cadencia nocturna de la noche, al son de

nuestros suspiros de placer, fundiendo nuestros cuerpos en uno solo.

De madrugada, el cuerpo de Tom me despertó, no por excitación, sino por sus movimientos nerviosos. Se agitaba bastante violento y entre los sonidos inteligibles que pronunciaba distinguí algunos nombres: Ramirez, Jackson, Allen. Me incorporé con el alma encogida de pena, ¿qué tipo de fantasmas fustigaban el plácido sueño de Tom?

Capítulo 31 - Afrodisiacos

El cielo estaba encapotado amenazando la que sería nuestra primera tormenta

veraniega del siglo XVIII. Con este ambiente húmedo, las gotas de sudor caían desde

mi cuello, reptaban por entre mis pechos hasta perderse en la tela del corsé que hoy me molestaba muchísimo. La sensación de asfixia aumentaba a cada paso que daba.

Iba caminando al lado de Abigail, ayudándola a portar sus compras hechas en el mercado. Delante, Tom y Daniel hablaban animados.

Desde que habíamos hecho el amor por primera vez, la relación entre Tom y yo cambió radicalmente. Nos buscábamos con la mirada, nos tocábamos o rozábamos

siempre que podíamos; besarnos, no teníamos excusa para no hacerlo puesto que nuestra condición de

matrimonio nos ayudaba, salvo para mantener las distancias de vez en cuando.

Todo lo que me hacía en la cama me gustaba, era como si se hubiese aprendido mi manual de instrucciones erótico-sexual, porque el gesto más nimio podía prenderme en llamas en cualquier momento. Esas sensaciones, esos sentimientos, tenían un efecto en mí casi hipnótico, me provocaban estar más feliz. Tenía otro talante, incluso el servicio de Daniel me miraba de otro modo. A veces me abstraía a lo largo del día con imágenes evocadoras, soñaba despierta en como Tom me haría el amor esa noche, pero

unas sombras se acercaban a mí provenientes del futuro. Estábamos a últimos de junio y la fecha de la muerte de mi hermana estaba más cerca. Sin embargo, la pesadilla que sufrió Tom me inquietaba también. Esas eran las razones por las que mi felicidad no era completa.

—¿Debo preguntar o me lo vas a contar?

—¿Qué? —pregunté a Abigail porque no la había escuchado.

—Estás distraída, sonríes en silencio cuando crees que nadie te ve, tus ojos brillan, el color de tu piel ha mejorado a como era cuando llegaste —comentó con una sonrisa contenida, amable y calmada.

—El cambiar de aires también es bueno.

Me paró cogiéndome del codo.

—La Balsamita ha surtido efecto —afirmó, no preguntó.

Asentí. Vergonzosa, bajé la mirada sin evitar sonreír.

Ella apretó ligeramente su agarre llamando mi atención. Su rostro ovalado de piel blanca se iluminó, al igual que sus ojos castaños, por la alegría.

—Es maravilloso, Martha, no sabes cuánto me alegro. Te lo dije. —Me señaló con el dedo índice de su mano libre.

Me recordó a mis tías.

—Ha funcionado de más —puntalicé.

—¿De más? —Frunció un poco el cejo—. ¿Qué significa eso?

—¿La Balsamita tiene algún componente afrodisíaco?

—No. —Pensó unos segundos—. Estoy segura.

—A lo mejor lo tiene y no lo sabes.

—Te doy mi palabra. ¿Es que Walter está más fogoso de lo normal? —inquirió con curiosidad.

Asentí otra vez, volviendo la mirada para uno de los dos hombres que continuaban andando a paso lento delante de nosotras.

—Nunca utilicé la Balsamita para ese menester, en casa tengo otras plantas para aumentar o disminuir el deseo sexual —me confesó en voz baja acercando su cabeza a la mía.

—¿De verdad?

No estaba anonada, lo siguiente.

—En cuanto llegemos, te las muestro. —Se la veía hasta ilusionada con el tema—.

Si no te da pudor conversar de estos temas, con mi madre no podía, los evitaba.

—No, para nada, me resulta interesante y extraordinario.

—Pues en...

—Señoras mías, por favor, apuren un poco más el paso que el camino a casa no es tan largo y se ven todos los días para parlotear —nos llamó la atención Daniel.

Lo miramos a un tiempo. Nos sonreía como si su comentario fuese gracioso. Su apostura y la expresión de su rostro así lo demostraban.

Tom no lo miraba, lo admiraba. En ese instante comprendí que veía a Jason, no a Daniel.

—Primo, nosotros siempre tenemos de lo que hablar aun durmiendo bajo el mismo techo —dijo con tono burlón.

Daniel enarcó una ceja en su dirección.

—No es comparable, nosotros caminamos charlando, pero míralas —nos señaló con una mano—, ellas, paso que dan, paran, no se puede estar así.

—No gruñas tanto —lo regañó, cariñosa, Abigail.

Llegamos a su altura y ella, amorosa, lo estrechó en un abrazo.

Yo me acerqué a Tom, que me recibió agarrándome por la cintura.

—¿Lo hago? —Sonrió divertido mirándola con abnegación—. Querida, solo digo que debéis aligerar el paso.

Un niño pequeño, de ojos azules y pelo negro como el carbón, llegó a nosotros corriendo.

—Señor Crane, una misiva urgente para usted —le comunicó fatigado.

—A ver, pequeñuelo —se inclinó Daniel hacia él—, ¿para cuál de los dos señor Crane?

—Para usted, maestro. —Alzó la carta.

—Gracias.

El niño salió corriendo por donde vino.

Daniel sacó un papel del sobre. Lo leía con atención y ojos rápidos.

—¿De qué se trata? —le preguntó Abigail.

—Nada importante, la invitación anual a la casa de los Van Tassel por la fiesta del Cuatro de Julio.

Se me había olvidado esa fecha por completo con todo lo vivido hasta ahora. Nunca me había pasado, recordaba la fiesta nacional como si fuese mi cumpleaños. Era el día más importante en nuestra historia. Desde que se firmó la Declaración de

Independencia de nuestro país, separándose así del Imperio Británico, el cuatro de julio se celebró siempre.

Miré a Tom. Debía hablar con él lo antes posible.

—Toca desempolvar el traje elegante —musitó Abigail.

—Aún tienes un tiempo, querida, no te angusties. —Le dio un tierno beso en el pelo.

Nos miró divertido, dibujando la misma sonrisa de dientes blancos que Jason—.

Primos, preparaos para un juicio social, seréis el entretenimiento de la velada.

Tom y yo compartimos una mirada en la que se reflejaba cierta inseguridad ante tal acontecimiento.

En la habitación secreta, Abigail me ofreció una estupenda clase magistral sobre afrodisiacos. Ella misma cultivaba algunas plantas que contenían, al menos así se creía, esas propiedades. Entre las que me enseñó había plantas que mis tías tenían bien en el invernadero, bien en el jardín. La hierba del Éter, la Mandrágora o el estragón.

Me sorprendió cuando hizo referencia al ajo y al espárrago explicándome que eran afrodisiacos conocidos tiempo ha por los romanos o los griegos. «¿Por qué no sé estos

datos si vengo del futuro?». La pregunta podía parecer idiota, pero ahí estaba yo, una chica del futuro en el siglo XVIII escuchando atontada las propiedades afrodisíacas de

ajos, espárragos, cebollas o el apio. Sabía de las propiedades del tomate para la

protección de las pasiones amorosas, sin embargo, el resto era nuevo para mí. Si no era suficiente, lo que vino después me dejó blanca:

—Cerca de ti hay algo más poderoso.

—¿Cómo? —pregunté frunciendo el cejo extrañada.

—Desde tu alcoba observarás que en el jardín de Daniel hay dos pinos, un árbol muy benefactor; potencia los hechizos para las ganancias económicas, eleva el deseo carnal y si coges una piña y la llevas siempre contigo, aumentará tus posibilidades de

concebir un hijo. También el trébol rojo que encuentras por algunos lugares potencia el deseo sexual.

«Así que el deseo de Tom hacia mí es por dos pinos, ¡dos pinos!», era para llorar y

no soltar una triste lágrima. Se lo iba a contar solo por ver su cara.

Después de esa exclusiva sobre los pinos, me mostró una planta más, la Pastorcilla

o Damiana, una planta originaria de Nueva España, supuestamente, muy afrodisíaca; sus propiedades estimulaban los genitales.

—No sé si lo has pensado, pero —la interrumpí—, todos estos detalles deberías escribirlos en el Grimorio.

—¿Lo piensas así? —consultó con la duda reflejada en su expresión.

—Sí, es una propiedad más de la planta, además, has dicho que muchas se utilizan en hechizos.

Permanecí inmóvil, expectante a su respuesta. Fui honesta, en el Grimorio del futuro

aparecían y creí que debía hacerlo. ¿Qué pasaría si se cambiaba algún detalle?

¿Tendría algún efecto negativo en el Grimorio?

La presencia de mis tías se me hacía más necesaria. Si ya las echaba de menos, ahora, con tantas dudas aglomerándose en mi mente, no tenerlas aumentó mis

inseguridades, ¡no quería cometer un error!

—Está bien, seguiré tu consejo —dijo con la certidumbre reflejada en sus ojos castaños al igual que mi hermana.

Capítulo 32 - La historia no concuerda

Esa misma noche

—Tom, tenemos que... —suspiré—, que ha... hablar...

Mi voz era entrecortada debido a los círculos que Tom se empeñaba en dibujar alrededor de mi ombligo con la punta de su lengua. Mis manos se aferraron a las sábanas cuando una libidinoso brisa salió de su boca erizándome el vello,

humedeciendo mi centro de placer, endureciéndome los pezones.

Tomé una bocanada de aire ahora que las sensaciones menguaban.

—Tenemos que hablar —repetí veloz.

Resopló sonoramente.

Abrí los ojos y alcé la cabeza apoyándome sobre mis codos para mirarlo. Él lo hacía de forma sesgada.

—¿Por qué resoplas?

—Esa frase no depara nada bueno viniendo de tu boca.

Se tendió en la cama con su cabeza apoyada en mi vientre, sin perder el contacto visual.

—No es cierto —protesté.

—Cecilia, lo es, créeme que lo es, ¿de qué quieres hablar?

—¿Estos días has hablado con Daniel?

Mis manos comenzaron a masajear su cuero cabelludo; mis dedos se extraviaron entre los mechones de su pelo castaño; por el contrario, mis ojos a veces volaban a su

miembro erecto que casi rozaba la piel de su vientre. Decididamente debía mirar al techo, pero sus manos seguían en mi piel trazando ahora el contorno de mis costillas.

—Siempre hablo con él, ¿por?

—¿Sabes el primer día qué fuimos al mercado?

—Como para olvidar a *Mister Magoo*.

—Tonto. —Tiré suavemente de su pelo.

—Dime qué pasó. —Aguantó la risa.

—Ese día, Abigail me confesó que Daniel es un hombre supersticioso, cosa que...

—me interrumpió con ganas de terminar la conversación.

—A mí, Daniel, ese mismo día, creo, me habló de Abigail como una sabia de las hierbas, sanadora la llamó, y añadió que uno de sus preparados le salvó la vida. Tengo

la sensación de que no la considera bruja.

Mis manos abandonaron su pelo para poder apoyarme sobre mis codos otra vez.

—¿No te das cuenta que algo en esta historia no cuadra? —lancé la pregunta—. Mis

tías nos contaron que ella era desconocedora de lo supersticioso que era Daniel y que

él no sabía que era bruja. Vale, en el caso de Daniel podemos deducir que es cierto, sin embargo, no con Abigail. —Me tomé unos segundos—. En esta historia faltan piezas.

Tom se movió encima de mí, quedó atravesado con su brazo derecho al otro lado de

mi cuerpo. Su mano libre voló a mi garganta, cerrándose en ella. Me empujó suavemente hasta quedar tumbada de nuevo, para luego bajar y acariciar la piel de mi

torso.

—Cecilia, pasaron dos siglos de estos hechos hasta el día en que tus tías nos lo contaron. Habrá datos que se perdieron y otros que se cambiaron según les convenían a

nuestras familias. Sé sincera, ¿ves a Abigail cómo una mujer lianta o lenguaraz?

—No.

—¡Fue como me la pintaron! —exclamó resignado—. Ahora que la he tratado, a mí

tampoco me lo parece. —Me dirigió una mirada esperanzada—. Estamos aquí para desentrañar esta historia, sabremos la verdad.

Su dedo índice bajó hasta mi vientre, jugueteando alrededor de mi ombligo,

excitándome de nuevo, sin embargo, no me impidió cambiar de tema.

—¿Viste a... Catharina? —le pregunté con voz temblorosa.

—Sí. —Irremediablemente, mi cuerpo se tensó a pesar del placer que estaba recibiendo.

Tom, percibiendo este cambio, enarcó una ceja al levantar la vista hacia mí.

—Sigue rondando la escuela casi todos los días, pero, tranquila, es Daniel quien la despecha.

Enganché su mano con la mía mientras le sostenía una azulada mirada picante sin derretirme en el intento.

—Tened cuidado con ella —le aconsejé—. No sabemos de qué va o qué pretende con todo esto.

—¿Por qué desconfías?

—El primer día que fuimos al mercado con Abigail y Daniel, ella estaba allí observándonos. Cuando os ibais para la escuela, pasasteis por su lado, ninguno de los

dos os percatasteis de su presencia, y, créeme, ella os comía con la mirada. —Nunca se me olvidaron esos ojos en los que no se distinguían las pupilas del iris.

—Puede ser, no me fijé en ella. —Negó con la cabeza sin dejar de mover su dedo.

De repente, las comisuras de sus labios se estiraron en una sonrisa—. ¿Celosa? —No dejó de escrutarme.

—Para nada. —Intenté parecer firme.

—No debes estarlo, desde aquel día en la cocina de tus tías me robaste los ojos, el aliento, el tacto de mi piel, me despojaste de mí mismo.

Con pasmosa agilidad, se irguió sobre mi cuerpo, con una mano me separó las piernas y uno de sus dedos largos y huesudos abrió mis labios acariciándolos decadentemente, sin prisa, martirizando la trémula carne de mi sexo, hasta introducirlo en mi húmeda hendidura. Carente de control, exenta de raciocinio, eché la cabeza hacia

atrás y gemí, cerrando los ojos para concentrarme solo en el movimiento de su dedo.

—En este tiempo solo albergué un deseo. —Se tomó un momento antes de concluir

—: Tenerte en mi cama. Llevo todo el día pensando en tu cuerpo desnudo, en la ambrosía de tus pechos, en cómo hacerte mía. Soy esclavo de tu piel, Cecilia.

Sus palabras calentaron mi sangre grabándose en mi corazón a fuego lento. Abrí los

ojos, quería verlo. Nos reconocimos con sendas miradas lascivas, y, movidos por el mismo arrebató, nos fundimos en un beso ardiente que prendió más nuestros cuerpos si

eso era posible. Encima de mí, con movimientos rápidos, medidos también, me penetró

alzado sobre sus brazos. Los gemidos se ahogaron en nuestras bocas al tiempo que nos

paladeábamos. Nuestras lenguas retozaban, nuestros dientes chocaban por la pasión que llevaba impresa el beso. Perfectamente encajados, empezamos a movernos juntos,

con violencia, yo alzaba las caderas para recibir sus embestidas cada vez más profundas mientras su miembro me atravesaba, henchía, se clavaba más hondo con cada nuevo movimiento. Desfallecida, con mis dedos entrelazados en su nuca, me sentía perdida y encontrada a la vez. Lo único que me hacía percibir que no vivía un

sueño era su febril mirada azul a la que estaba enganchada. El ritmo de la pasión aceleró el ritmo de nuestras caderas, nos condujo a un delirio extremo hasta que estallamos en una oleada de placer convirtiéndonos en uno, dejándonos jadeantes, rendidos y exhaustos.

La noche no fue fácil, Tom sufrió varias pesadillas. No supe si las noches anteriores

se despertó, en este caso no lo hizo. Temeraria de mí, lo abracé, le susurraba palabras tranquilizantes para calmarlo. Varias veces me abrazó, pero en esas horas, una parte de mi corazón se rompió al ver su rostro contraído por el dolor. Después de la última, encendí una vela de cera de abejas que me había dado Abigail. Estuve más de una hora

vigilando su sueño, contemplando su cuerpo desnudo. Lo recorrí con ojos cautos, memoricé cada rincón de su piel. Así descubrí una fea cicatriz de color oscuro en su

muslo izquierdo.

—¿Qué te han hecho? —le pregunté acariciando su velluda mejilla.

Capítulo 33 - Las fuerzas de la atracción

Los días anteriores a la fiesta del cuatro de julio fueron los más dulces que viví en

años, aunque el cielo amenazase lluvia y no descargara sobre nosotros con la cólera que se olía en el ambiente húmedo. Cuando lo hiciese, no pararía, cargaría con fuerza

arramblando casi todo a su paso.

Sin embargo, la meteorología desafiante no supuso un problema para localizar mi hallazgo del siglo XVIII: Tom. Jamás pensé que este hombre de mirada pícaro y amable

se mostrase ante mí, lo más probable sin él saberlo, como una persona que arrastraba

un doloroso pasado. Dentro de ese hombre guapo y atractivo, de facciones perfectas que me cautivaba un día tras otro, había heridas abiertas. ¿Quién me lo iba a decir?

Tom Crane y yo, dos almas heridas. Él, por lo vivido; yo, por hechos cometidos.

Durante esos días lo escruté con máxima atención. Se reía, conversaba

animadamente, en nuestras cenas compartidas con Daniel y Abigail se mostraba afable.

En definitiva, nadie diría que sufría terrores nocturnos. En nuestra intimidad compartida era el perfecto amante, además de romántico. A medida que pasaban las noches, me regalaba palabras ardientes, otras muy amorosas. El día ya no lo pasaba todo con Daniel, venía a buscarme con la disculpa de pasear a la orilla del río, por el bosque, charlando de todo y afianzando, sin darnos cuenta, nuestro papel de

matrimonio. Pero yo sufría no solo por la carga a mis espaldas o cierta fecha que estaba pegada a mis talones, sino por él. Verlo angustiado todas las noches me encogía

las entrañas, y en un intento por protegerlo, me abrazaba fuerte a él. ¡Ojalá pudiera meterlo dentro de mí para que no sufriera más! Si no era suficiente, sus cicatrices aumentaron ante mis ojos. Su costado izquierdo estaba salpicado de pequeñas marcas

que arrugaban su piel al tacto. Tenía miles de preguntas sobre su servicio en la guerra de Iraq, pero no tenía potestad para hacerlas. No era quién.

—Estás apática, más callada de cómo eres, ¿qué pasa, Cecilia?

Alcé la vista hacia él, que me miraba de forma sesgada con esa apostura tan suya,

recto como una vara, salvo por una diferencia, su brazo derecho le cruzaba el abdomen, ya que iba agarrada a él.

Paseábamos por uno de los muchos caminos que llevaban al pueblo. En esta ocasión

estábamos muy cerca del puente original que inspiró a Washington Irving una de las escenas más conocidas de *La leyenda de Sleepy Hollow*, el encuentro de Ichabod con el jinete sin cabeza.

—Nada —dije despreocupada.

—Ya te he dicho que siempre sabré cuándo te ocurre algo, reitero mi pregunta y espero una respuesta. — Me miró fijamente, su gesto endurecido denotaba malestar.

—Estoy cansada. —Paré un momento, a ver qué decía. Viendo que no contestaba continué—: Me aplana este bochorno —le mentí.

—¿Segura?

—Sí, tranquilo. —Tiré de él un poco—. Venga, acompáñame a la orilla del río.

Le guiñé un ojo cómplice, mostrándole que mi estado de ánimo no había cambiado

tanto como pensaba. Me solté de él para subirme el bajo de la falda y bajar por las piedras hasta el río Pocantico.

—Recuerda que está contaminado —dijo Tom detrás de mí.

—No en esta época —bajé la voz.

Me acuclillé en la orilla y hundí las manos en el agua. La agradable sensación de frescura subió por mis dedos, recorrió todo mi cuerpo al tiempo que comencé a sentirme un poco mejor. Las saqué del agua para refrescarme un poco la nuca. Las volví a hundir y esta vez hice lo propio con el cuello, levanté un poco el pañuelo blanco de muselina que me cubría el torso para humedecerlo también. Mi acalorada piel lo agradecía.

Tom, agachado a mi lado, cogió agua entre sus manos y se refrescó la cara, limpiándose después con la manga de la casaca.

—Un acto poco decoroso para un militar que estuvo al servicio del presidente Washington —lo bromeé.

—Me da igual, no me puedo resistir, tengo calor. —Elevó su rostro al cielo—.

Esperemos que llueva pronto a ver si el ambiente se renueva.

—Y eso que no utilizas corsé —puntualicé—, es incómodo, a veces siento que no puedo llenar los pulmones de aire, ¡cómo echo de menos el sujetador! —exclamé en voz baja.

Quieto, tieso, me observaba con cierta seriedad que para nada encajaba con lo que acababa de decir.

—Pues no lo pongas.

—¿Disculpa? —Fruncí el cejo.

—No te pongas el corsé —repitió—. A mí me harías un favor, porque desvestirte es un martirio entre tantos hilos, tanta ropa, pareces un embutido. —Sonrió enseñando su blanca dentadura.

Abrí los ojos como platos.

—Se notaría que no lo llevo, mis pechos son muy pequeños y cualquiera se daría cuenta.

—Tus pechos son perfectos, cogen aquí. —Levantó una mano.

—Tonto.

Lo salpiqué. Entre risas comenzamos a jugar como niños en la orilla.

—Vale, me rindo.

Se rindió riendo, mirándome con mucha intensidad. Yo también reía aguantando esa mirada azul que tanto me gustaba.

—¿Qué ángel cayó del cielo para que sonrías? —Sus ojos bajaron a mi boca—. ¿Es que ahora soy más digno de la música de tu risa y la joya de tu sonrisa?

Nuestras miradas se quedaron prendadas. Mientras me perdía por sus lagos azules, mi sonrisa permanecía a la vez que el recuerdo de sus pesadillas parecía lejano. En las aguas de sus ojos me vi reflejada, más aún, custodiada como si estuviera grabada en su retina. La felicidad me embargó, no la sentía desde hacía mucho tiempo en el grado con que ahora la vivía. Era una sensación extraña. Sin embargo, duró poco.

Mis sentidos se pusieron en alerta al escuchar en la distancia un galope y unas ruedas rotando sobre el camino, acompañados de una sombra oscura venida del

Averno. La sonrisa se me borró de la cara, percibía cómo se aproximaba a nosotros a una velocidad indómita. Me levanté rápidamente, volviéndome para ver quién era.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tom con preocupación.

—Viene alguien —contesté por no decir «algo».

Lo cogí de la mano y lo conduje hasta el borde del camino cuando un coche tirado por dos corceles negros pasaba. Lo rodeaba un aura siniestra. Me arrimé a Tom en un burdo intento por mantenerlo a salvo. El cochero frenó no muy lejos de nosotros. Me agarré a su codo con temor poco disimulado.

Por la ventanilla se asomó una cabeza femenina, de piel blanca como la nieve, labios gruesos, sugerentes, rojos carmesí, pelo y ojos oscuros. La mujer contemplaba a

Tom con hambre.

—Buenas tardes, capitán Crane, es un honor coincidir de nuevo con usted. —Su voz aterciopelada era seductora a los oídos de cualquiera.

—Buenas tardes, señorita Van Tasell —saludó Tom muy cortés.

—¿Desea que lo acerque a algún sitio? —le ofreció embaucadora—. Podremos

platicar apaciblemente antes de la fiesta de mañana.

Mis ojos alternaban entre Tom, cuyo rostro granítico no dejaba entrever ninguna emoción, y Catharina, que era la viva expresión del deseo.

—No puedo aceptar, señorita Van Tasell, como puede observar, mi esposa Martha y yo estamos disfrutando de un agradable paseo.

Yo apreté mi agarre sobre su brazo. Tom apoyó su mano izquierda sobre la mía.

—¿Puedo aproximarlos a algún sitio? —reiteró.

Me sorprendió que en ningún momento hiciera el amago de mirarme.

—No. —Su voz recalcaba su frialdad—. Gracias.

Miré a Tom de soslayo y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Su expresión, en cuestión de segundos, se había vuelto más inflexible.

—Entonces los veo mañana —dijo a modo de despedida—. Cochero, continúe.

Obedeciendo la orden, el hombre golpeó las bridas en los corceles que comenzaron a galopar de nuevo.

Mi cuerpo se iba desinflando muy rápido, era como si esa fuerza oscura que percibí me extrajera todas las fuerzas.

—¿Qué fue eso? —El cuerpo de Tom también se fue relajando.

—No lo sé. —Era cierto, no encontraba explicación a esa presencia oscura.

—Echo de menos a tus tías —confesó.

—Y yo.

Las fuerzas acabaron por abandonarme. Mis rodillas flaquearon, sentí que me desfallecía. Tom me sujetó fuertemente por la cintura.

—¡Cecilia, Santo Dios! —La voz de Tom retumbaba a la lejos—. La tarde aporta un regalo nuevo cada vez, excelente.

Tom entró en la habitación con talante serio que no disimulaba su preocupación.

—Abigail te preparó esta infusión.

Se sentó al borde de la cama tendiéndome una taza humeante. Esta cercanía me permitió fijarme en como sus ojos se tornaban cansados, las ojeras estaban más acentuadas, ni la barba disimulaba las líneas de expresión alrededor de sus labios.

—Está muy alarmada por tu salud. No es la única. —Suspiró—. No vuelvas a darme un susto así —pidió con voz fatigada.

Le acaricié la mejilla, gesto que agradeció frotando suavemente su barba en mi palma. Su roce me hizo cosquillas. Tomando mi mano, la besó para luego entrelazar nuestros dedos.

—No puedo prometer nada —bromeé.

—Pues tendrás que hacerlo.

—¿Es una orden? —Alcé las cejas siguiendo la broma.

—Sí.

—No tolero nada bien las órdenes. —Arrugué la nariz clavando la vista en el líquido amarronado, muy aromático. Llevé la taza a los labios, con cuidado lo probé,

estaba a la temperatura perfecta, así que bebí la tisana bastante rápido.

—A veces eres imposible —murmuró cogiéndola y dejándola en el suelo.

No subió la mirada, estaba cohibido. En ese instante comprendí algo que me había pasado desapercibido hasta ahora.

—Tuviste miedo —afirmé con voz queda.

—Desde luego. —Sus ojos regresaron a mí con firmeza—. Deberías saber que...

Detrás de la puerta, procedentes de otra habitación, escuchamos unas risas que pronto dieron lugar a suspiros, gemidos entrecortados y jadeos roncós. Tom y yo compartimos una mirada divertida.

—Hay quién se lo está pasando bien —comentó con mueca burlona.

—¿Apenado? —Me tapé la boca con la mano para no soltar una carcajada.

—¿Quién? ¿Yo? —Se señaló a sí mismo con uno de sus largos dedos—. Para nada.

—Por cierto, antes de que se me olvide, ¿ya sé por qué me deseas?

—¡Ah, sí! Sorpréndeme. —Enarcó una ceja.

Yo me acomodé mejor en la cama para disfrutar de su reacción.

—Es por los dos pinos del jardín. Tienen poderes que elevan el deseo sexual.

—Me considero humillado, vilipendiado en lo más hondo. —Frunció el cejo—.

Pensar que te deseo por dos pinos. ¿Quién te dijo semejante cosa?

—Abigail.

—¿Y puede saberse a cuento de qué salió el origen de mi deseo por ti?

—De los afrodisiacos, te sorprenderías de la cantidad de plantas y verduras que tienen propiedades afrodisíacas, hasta el ajo y el espárrago. —Todavía no salía de mi

asombro.

Se notaba que estaba aguantando la risa. Su cejo se relajó, la diversión estaba reflejada en sus ojos, acompañada, además, por la sensual sonrisa sesgada de sus labios.

—Venga, a descansar, que mañana nos espera un día muy largo, y dependiendo de cómo estés, así iremos o no a la fiesta.

Se levantó, sacó de detrás de mí dos cojines tirándolos de cualquier manera en el suelo y me ayudó a acostarme.

—Prométeme que iremos, no podemos faltar. —Impulsiva, lo agarré por la camisa.

—¡No insistas, Cecilia! —Se soltó muy molesto por mi actitud—. Dependiendo de cómo te despiertes mañana, iremos o no, necesitas reposar. No estoy dispuesto a pasar por lo de hoy, discusión zanjada. —Bufé, ni su mirada ni su voz daban opción a réplica.

Desde la cama, observé como se desnudaba sin perder detalle de los movimientos

de su cuerpo. Me deleitaba verlo, jamás me hastiaría de esta visión. De repente, sentí la imperiosa necesidad de sincerarme con él, porque Tom me hacía sentir querida y protegida al mismo tiempo. El alcance de mis sentimientos hacia él era mayor de lo que había imaginado.

—No apagues la vela, acuéstate. —Mi voz sonó como un susurro apagado en la habitación.

Me obedeció. Se acostó de lado, mirándome. El color alrededor de su iris era casi

azul marino, mientras que el resto se volvió más profundo. Sentí unas ganas irrefrenables de acariciarlo, así lo hice, no tenía por qué contenerme. Es más, quería hacerlo.

—Gracias por cuidarme y preocuparte —dije con voz queda.

—Les hice una promesa a tus tías y la cumpliré hasta el final.

La firmeza de su voz se reflejó en su mirada, que me atravesó entera. Puso su mano

en mi mejilla, acariciando con la yema de su pulgar mi pómulo. Su tacto era exquisito, tanto que experimenté como las fuerzas de la atracción viajaban entre nuestros cuerpos.

—¿Puedo besarte? —pregunté tímida.

—Los besos no se piden, se dan.

Su respuesta me dejó bloqueada. Era cierto, pero pregunté quizás porque no quería

meter la pata; quizás la razón estribaba en que todavía no lo conocía lo suficiente como para saber su reacción. Su intensa mirada se tornó sincera. Observándome fijamente, colocó su mano en mi cadera y me empujó más hacia él, quedando más pegados. Sin

parpadear concluyó:

—Cecilia, tus besos jamás serán rechazados por mí. Ahora haz el favor de besarme.

Capítulo 34 - El cuatro de julio

—Preciosa —dijo Abigail tras acabar de arreglarme.

Me volví hacia ella.

—Gracias —agradecí aliviada por haber terminado.

—No, gracias a ti, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Nos fundimos en un abrazo fraternal. Uno de esos abrazos que eché de menos durante seis años.

—¿Me dejarías unos instantes a solas? —le pedí.

—Claro. —Sonriente y feliz, salió de la habitación.

Toda la tarde la habíamos pasado encerradas acicalándonos. Me ayudó a vestirme,

puesto que me sentía bastante fatigada, además, las pocas fuerzas con las que me levanté las perdí durante el día. No dije nada, aunque Abigail se lo olía. Todo el tiempo me esforcé por aparentar recuperada, a regañadientes pasé el escrutinio de Tom, que me mandó pasar toda la mañana en cama para estar más descansada. No opuse resistencia, no me convenía, porque, como le diera el aire, me prohibiría ir a la fiesta.

Abigail, muy diestra, me vistió sin problemas. No le sorprendió mi ausencia de melena, ya se había fijado; en mi defensa, le di una explicación muy similar a la que me dio tía Faith, y su malestar no se hizo esperar:

—¿Es qué la gente no sabe que la corteza de sauce es una potente medicina contra

cualquier mal? Si estuvieras aquí conmigo, no permitiría que te dejaran calva.

Mientras que ella se maquilló con algún tipo de producto de la época, a mí me recalcó que no lo necesitaba porque mi tono de piel era de envidiar.

No le creí, por ello me acerqué al espejo con cierta cautela y me asombró lo que vi.

Tenía razón.

Mi aspecto físico había cambiado radicalmente. Mis ojos resplandecían en un verde intenso que contrastaba con mi piel blanca, ya no cenicienta ni mortífera como antaño, pues mis mejillas arreboladas me conferían una lozanía que no sentía. Mi boca, sin haber motivo aparente, sonreía, cuando antes era incapaz. Mi rictus en general había cambiado, no todas las líneas de dolor habían desaparecido; todavía portaba con una carga muy pesada sobre mis hombros.

El vestido aportaba su granito de arena. Era de seda color beige con flores bordadas en rojos, rosas, las hojas eran verde oliva y las ramitas en amarillo oro; adornaban el corpiño y la parte baja de la falda interior. En el resto del conjunto, las

flores salpicaban la tela; los bordes de las dos faldas tenían cosidas flores hechas con la misma tela, al igual que el ribeteado de las mangas. Por el contrario, el cuello estaba rodeado de muselina blanca cuyos pliegues simulaban un poco a aquellos cuellos lechuguilla que se podían contemplar en las pinturas españolas del siglo XVI. Al principio me había decantado por uno negro, sobrio, muy sencillo, pero no procedía, más cuando Tom iría vestido de ese mismo color. ¡Íbamos a una fiesta, no a un velatorio!

Tomé aire y salí de la habitación. Desde abajo me llegaban las voces de Daniel, Abigail y Tom.

—Querida, esta fiesta se va a hacer más llevadera al tenerte a mi lado, estás majestuosa —oí a Daniel piropear a Abigail.

—Zalamero. —Rio por lo bajo.

—No me habías comentado que compraras un traje nuevo.

—Es un regalo de Martha —le aclaró.

—Le estaré agradecido toda la vida a tu esposa, primo.

—Mi mujer siempre ha tenido muy buen gusto para las prendas —dijo Tom algo nervioso.

Me alegré que a todos les hubiese gustado, ya que me había permitido el lujo o la licencia de escoger entre mis vestidos uno para ella. Tenía el mismo tono de piel que mi hermana, perlada, anacarada, que tan pronto le daba un rayito de sol se mudaba a un suave color canela. Por ello, el vestido elegido era perfecto. Sencillo, de seda gris perla, atado con unas

lazadas. La falda interior era blanca con topos grises, del mismo tono que el resto del traje. Lo más llamativo y bonito era la puntilla de hilo plateado, brillante a la luz, que combinaba los motivos geométricos con otros florales que engalanaba los bajos de las dos faldas. La finura de ese encaje diferenciaba el vestido de cualquier otro. Fue confeccionado por mis tías y mi abuela, cuando eran jóvenes, por eso me hacía ilusión que lo vistiese.

Bajé las escaleras poco a poco, nerviosa por lo que me esperaba esa noche, pero decidida a pasar el examen social del que iba a ser víctima. Una cabeza se giró cuando

pisé el último escalón; unos ojos me observaron y su dueño llamó a mi despistado marido para avisarle de mi presencia.

El mundo se paró cuando Tom y yo nos miramos.

Guapo no era la palabra exacta para describirlo a la perfección, aunque debía valer.

Estaba muy elegante vestido de negro, con su camisa blanca de cuello en la que llevaba anudado un lazo. La casaca era gris jaspeada, con los botones dorados, parecidos a los de la chupa. Además, se había aseado, ya que su pelo estaba muy peinado y su barba, recortada.

—Estás bellísima. —Se acercó a mí sonriente. Me besó en la mejilla, cerca de la oreja, apoyando una mano en mi cintura.

—Tú también.

Compartimos una mirada cómplice.

—¿Preparados para la hoguera de las vanidades? —soltó Daniel abriendo la puerta de la calle.

—Intuyo que esta fiesta la disfrutas mucho —lo bromeé cogiendo los guantes y el monedero que me daba Abigail.

—Es mi día favorito del año. —La expresión irónica de su rostro me hizo reír.

—Qué gruñón —musitó Abigail.

—Sí. —Le dirigió una mirada sesgada—. Hoy seréis testigos de mis palabras, después me daréis la razón. —Asintió a sus palabras y salió encaminándose al coche de caballos que nos esperaba en la entrada.

El trayecto fue relativamente corto, pero a medida que las ruedas giraban y nos acercaban más a la casa

de los Van Tasell, el malestar se apoderaba de mí. No porque

me fallaran las fuerzas, sino por la exposición pública. En comparación con mi hermana, a la que le gustaban las multitudes, inclusive pasearse bajo la mirada de todo Sleepy Hollow, yo siempre prefería un segundo. ¡Qué digo! Un tercer o un cuarto plano. Siempre deseé pasar desapercibida, así no caía en el escrutinio social que la gente hacía de mí por apellidarme Wells. Ahora la historia era diferente, sin embargo,

la misma. Si en el futuro no podía cometer un error, en mi presente tampoco, debido a

que Tom y yo nos aferrábamos a una mentira. Si no salía corriendo, si no chillaba de

frustración, si aplacaba la añoranza a mi pequeño apartamento de Manhattan, era gracias a la presencia de Tom. Debía reconocermé a mí misma que él se estaba convirtiendo en una de las personas más importantes en mi vida, por mucho que fuese

un maldito Crane.

Bajé del carruaje y mis ojos recorrieron el gran jardín que se extendía delante de ellos. Estaba muy cuidado, la hierba cortada, los setos al tamaño exacto, recortados en hexágonos y octógonos separados entre sí por otros más pequeños de forma redonda.

En su interior albergaban flores llamativas que le confería al jardín mucho color, además de alegría.

Aceptando el brazo de Tom, seguimos a Daniel y Abigail hacia la entrada de la casona. Una enorme construcción carente de porche se elevaba sobre tres alturas que

acentuaba más su forma rectangular. De sus pronunciados tejados a dos aguas

sobresalían dos gruesas chimeneas de ladrillo rojo que contrastaba con las tejas oscuras y el color blanco de la casa. Las ventanas eran muy numerosas, todas las de la

parte baja estaban encendidas. En la puerta tuvimos que presentarnos a un hombre de

mediana edad, calvo y regordete, presentí que era el mayordomo, si esta figura existía

en esta época, que nos permitió la entrada al lujoso interior.

Paredes blancas adornadas con bellos cuadros, jarrones con flores frescas y caros

muebles de madera. Sus suelos, de madera también, estaban cubiertos por mullidas alfombras que al pisarlas notabas como el zapato se hundía en ellas. Pasamos a un gran

salón a rebosar de gente. Parte de la mueblería había desaparecido, solo quedaban algunas vitrinas, para poder albergar a todos los invitados. De los techos altos colgaban una especie de lámparas candelabro con una gran cantidad de velas

encendidas en cada una de ellas, lo que proporcionaba tanta claridad, mientras las paredes, como ocurría en la entrada, estaban decoradas por bonitas pinturas entre las

que destacaban los retratos de los anfitriones.

—Señor y señora Crane, bienvenidos a nuestro humilde hogar. Soy Bartholomeus Van Tasell y mi esposa, Katrien.

El matrimonio hizo una venia, correspondida por nosotros. Eran una pareja cuanto más singular. Él, alto, enjuto, algo encorvado, de pelo castaño con mechas

blanquecinas. Su rostro era rectangular, en el que predominaban unos ojos grises muy

juntos y pequeños, como los de un besugo, una nariz muy pronunciada y una boca de labios carnosos. Por el contrario, la señora Van Tasell era bajita, gordita, su cara redondeada albergaba unas cejas pobladas que querían juntarse en el centro y desentonaban con unos bonitos ojos azul verdosos, nariz pequeña y boca de piñón.

Llamaba la atención su extraño peinado que simulaba un moño en el que se recogía su pelo rubio rizado.

—Gracias por la invitación, señor Van Tasell —agradeció Tom con falsa amabilidad.

—No hay nada que agradecer, capitán, es un orgullo tener en mi casa a un hombre que luchó mano a mano con nuestro presidente. —Su sonrisa y sus ojos resplandecieron bajo ese comentario.

—Un placer, señores Van Tasell —saludé con cortesía.

—El placer es nuestro, querida. —Sonrió, aunque no me pasó desapercibida su estupefacción al fijarse en mi pelo—. Maestro Crane, señorita Wells, bienvenidos ustedes también —dijo la señora Van Tasell.

—Gracias, Katrien —Daniel sonó un tanto brusco.

—Por favor, señores, acompáñenme, quiero presentarle a unos amigos, capitán Crane.

Tom y yo nos miramos compartiendo la misma inseguridad, pues ahora nos

enfrentábamos por separado a todos estos desconocidos. Más él, que debía demostrar

sus conocimientos sobre la historia de nuestro país en el siglo XVIII. Con un tímido beso en la mejilla, se marchó, dejándome en compañía de Abigail y la señora Van Tasell que evitaba mirarme la cabeza. En ese

instante, mis ojos volaron a Catharina,

que observa a los Crane con mirada hambrienta, los deseaba, como reveló la punta de su lengua humedeciendo sus carnosos labios color carmín.

—Katrien, ¿cómo sigue de las jaquecas? —preguntó, interesada, Abigail.

—Muy bien, muchacha, gracias a tus hierbas, he mejorado inmensamente. —Se

dirigió a mí confiándome sus siguientes palabras—: Esta mujer tiene las mejores manos.

—Lo sé. —Miré con afecto a Abigail, que reaccionó tomándome del brazo.

—Me alegro que esté más restablecida, cuando precise de más, hágamelo saber. —

La disponibilidad de Abigail para ayudar a los demás me resultaba familiar. Era hereditario de las Wells.

—Lo haré, querida, créeme. Ahora, señora Crane, conocerá a mis buenas amigas.

Al tiempo que seguíamos a la señora Van Tasell, Abigail acercó su boca a mi oreja

para que nadie la oyera.

—Ahora vas a conocer a las vanidades que odia Daniel.

Nos reímos por lo bajo, pero cuando las tuve delante, comprobé que no se

equivocaba. Katrien me presentó con orgullo a un grupo de seis señoras mayores, cada

cual más estirada y clasista, así me lo declaraban sus expresiones que se mudaban del

asombro por mi corte de pelo, a la indiferencia en algunos casos o a la aversión en otros, cuando se percataron de la presencia de Abigail.

—¿Qué le pasó a su pelo, señora Crane? ¿Es que en Connecticut las mujeres quieren

emular a los hombres? —se jactó la señora Wilson, una anciana alta y muy delgada, de

hecho, su blanca piel, por los grandes ojos azules, era como un pellejo pegado a sus huesos. Su cara estaba llena de arrugas que no simulaban el gesto de asco de su nariz,

como también mostraban sus finos labios.

Todas se carcajearon como gallinas cluecas. La bilis me subía a la boca dejándome

un regusto amargo en el paladar, sin embargo, me demostraron que no importaba el siglo en el que estuvieses para ser centro de comentarios insidiosos.

—Cuestiones de salud —respondí con desagrado, controlando mi carácter.

—¿Y qué piensa su marido de la ausencia de cabello? —preguntó otra, a la que no miré.

—Él siempre ve el lado positivo, para él, lo más importante es que yo esté a su lado. —Paseé mis ojos por el salón en busca de Tom, que no estaba muy alejado de mí.

Él, como si me sintiera, me devolvió la mirada. Nos sonreímos a un tiempo. Verlo me alivió un poco.

Desde donde estaba podía oír más o menos el tema que trataban los hombres, así decidí descolgarme de la conversación superficial de estas mujeres para centrarme en

esa otra que giraba en torno a la guerra, al presidente y al nuevo estado incorporado, Kentucky.

—¿Conoció al presidente, señor Crane? —inquirió un hombre entrado en edad.

—Por supuesto, hemos hablado durante la contienda en determinadas ocasiones. Es

un hombre cabal, serio, reservado, muy prudente. Fiel a sus ideales, aprende de sus propios errores. Un gran militar convencido en la necesaria independencia de las colonias, y como presidente está demostrando su capacidad de solventar todos los problemas que surgen por el camino.

—¿Qué opinión le ofrece Isaac Shelby? —interrogó otro.

—No lo conocí personalmente, pero nos llegaban noticias muy favorables de sus campañas. Es un héroe de guerra y sus hazañas le han granjeado una gran popularidad

que ha sabido aprovechar para comenzar una carrera política que preveo que será muy exitosa.

Tom me estaba asombrando, se había aprendido todos los detalles de la historia de Norteamérica y sus respuestas sonaban a meras opiniones, incluso vivencias.

—Desde mi humilde opinión —intervino el señor Van Tasell—, más territorios deberían tomar ejemplo de Kentucky y ponerse bajo el mando del presidente Washington.

—Lo harán, los aquí presentes lo presenciaremos, porque saben que si quieren prosperar, la unión hace la fuerza. Estoy seguro de que nos convertiremos en una gran nación.

—Si sus palabras quedan en aguas de borrajas, tantos años de guerra no habrán servido de nada —dijo un hombre joven—. ¿Qué se comentaba en la filas, capitán?

—Poco, todos luchábamos por el mismo fin, la independencia con el Imperio

Británico. Ahora bien, tener hombres a tu mando es la mayor de las responsabilidades,

sus vidas llegan a ser más importantes que la tuya propia, como se suele decir, estás más vivo cuanto más cerca de la muerte estás, y todos lo sabíamos.

Capítulo 35 - Cotilleos

«Muerte», repitió mi mente. «Tom muerto», este último pensamiento hizo que un escalofrío me recorriese de pies a cabeza erizándome la piel, a modo de mal presagio.

«¿Eso fue lo que le pasó en Iraq? ¿Casi murió?».

Un repentino malestar me revolvió el cuerpo, me nubló la mente y me oprimió la garganta hasta casi ahogarme. La mera posibilidad de no haber conocido a Tom me produjo unas irrefrenables ganas de llorar que controlé como pude. Acongojada, volví

la vista al grupo de buitres carroñeros. Reían y cotorreaban, no las escuchaba, sin embargo, por la luz de sus ojos supe que estaban cotilleando.

Yo sonreía, ida totalmente.

A tientas busqué a Abigail hasta dar con su muñeca, a la que me agarré, mientras la

angustia se apoderaba de mí y el vacío en mi pecho se hacía enorme. El suelo que pisaba se convirtió en el agujero negro que seis años atrás me había engullido entera y ahora se abría de nuevo con la sola idea de perder a Tom.

«Él no, por favor, él no, él se tiene que quedar conmigo». Entré en pánico. La respiración se me agitó, el aire que respiraba no era suficiente al tiempo que la sangre se congeló en mis venas.

—Martha, ¿estás bien? —La voz preocupada de Abigail llegó distorsionada a mis

oídos—. ¿Quieres que salgamos fuera?

—Sí —musite sin oír lo que decía.

—Discúlpennos, vamos a tomar un poco el fresco —nos dispensó Abigail.

Giramos sobre nuestros pies para marcharnos, lo que aprovechó el grupo de buitres

hambrientos para realizar comentarios fuera de tono, tales como: «Qué mujer más rara»

o «ya comprendo por qué el capitán no quiere hijos».

Abigail me sacó de ese salón, de esas lenguas dañinas que ignoré con bastante facilidad porque no atentaban contra mi persona.

La garganta me dolía por el nudo atado a su alrededor a causa de la pena. Una pena enraizada en mí por ese sentimiento de pérdida que me acompañó desde que tuve uso de razón y que se acrecentó con el paso de los años.

Primero fueron mis padres, luego mi hermana, ahora en vida mis tías, distanciada de ellas por este viaje del que no sabía cómo íbamos a salir.

«Y Tom». Un miedo irrefrenable me cubrió de nuevo al pronunciar mentalmente su nombre.

—Tranquila, ya estamos fuera, coge aire despacio —me recomendó sujetándome por la cintura. No me permitía desfallecer.

Hice lo que me mandó. Respiré el aire nocturno, su frescor me fue reconfortando, aliviando a mayores la sensación de ahogo. Sin embargo, un hálito pérfido se aferró a

mí como el veneno que de manera lenta te arrebatara la vida.

—¿Qué fue lo que te pasó ahí dentro? —preguntó con preocupación.

—La aglomeración de gente me agobia.

En parte conté la verdad, nunca fui persona que gustase de tumultos. Sin embargo, no era lo que realmente ocurría, ¿cómo podía explicar el miedo a perder a una persona?

—A lo mejor tenía razón Walter y no debías haber venido —reconoció en voz baja

—. Para serte sincera, a mí tampoco...

Una risa fría y fingida desde algún punto cercano del jardín interrumpió a Abigail.

Esa sobresalía al resto que se escuchaban. Todas eran femeninas.

—Cada día el maestro Crane está más guapo —comentó una de ellas.

—¿Qué me decís del capitán? —inquirió otra con voz soñadora.

—Qué guapo... —suspiró la primera.

—Uno está comprometido y otro, casado. —Reconocí la de Catharina.

—Muy mal gusto tienen para las mujeres —proclamó la segunda.

—Esas se dan un aire —afirmó la primera.

—Tienes razón, cada cual más fea —se carcajeó la segunda.

—Podrían haberse fijado en unas doncellas casaderas como nosotras y no en una pordiosera y en una mujer de lo más extraño —confesó la otra.

—No olvidéis que son hombres, débiles, fáciles de atrapar en redes ajenas.

Mis alertas saltaron en efecto dominó. Catharina consiguió despertar la curiosidad

en las muchachas y en nosotras. Miré temerosa en dirección a Abigail que estaba estática e interesada por lo que allí se contaba.

—Desde hace un tiempo cabalgo por las inmediaciones de la escuela, nunca me atreví a acercarme, hasta que unas semanas atrás me lancé a la aventura y cuál fue mi

sorpresa que me encontré con el capitán. —Hizo una pausa para elevar más la expectación—. Hombre locuaz, amable, receptivo a mis requiebros, tanto, que conozco

el sabor de sus labios y la calentura de su semilla. Ahora solo falta que caiga el profesor.

—Deja que coja a esos dos canallas —gruñó, por lo bajo, Abigail.

Volví mi rostro a ella y me vi reflejada porque su expresión de cabreo era la mía sin

duda alguna. Sus ojos castaños estaban inyectados en furia; sus mejillas, sonrosadas; las alas de su nariz, abiertas cuanto daban; sus labios fruncidos formaban una línea, y su agarre en mi hombro se cerró fuerte.

—¿Has estado con ellos? —las chicas sonaron estupefactas.

—Todos los hombres son como los Crane —expuso Catharina con confianza.

—Cuéntanos todo —pidió la primera para matar su curiosidad.

—Y con detalles.

—Vamos para dentro, ya es suficiente —me dijo, entre dientes, Abigail.

Tiró tan bruscamente de mí que la cabeza comenzó a darme vueltas, el estómago se

me puso del revés logrando que las fuerzas me abandonasen por completo, además, mi

cuerpo estaba vacío de energía. Avancé con paso vacilante tratando de seguir el ritmo

de Abigail hasta la puerta en donde, rendida, perdí todo de vista.

En casa, el ambiente estaba tenso: Tom, conmigo; Abigail, con ellos dos. Los rictus

de los tres eran de clara preocupación. Daniel caminaba de un lado a otro muy nervioso; Tom, apoyado en la pared, taladraba el suelo con la vista.

Yo estaba bien, sin fuerzas, pero mi cuerpo estaba bastante restablecido. Las vibraciones negativas que sentía cuando Catharina estaba cerca me absorbieron todas

mis energías hasta secarme como una uva pasa. No era la única causa, había algo más.

—Toma, bebe esta tisana. —Abigail se acercó a mí con una taza—. Descuida, no quema.

La cogí y fui bebiendo a pequeños sorbos mientras observaba como su gesto se tornaba más iracundo. Cruzó los brazos delante de su corpiño color gris perla que contrastaba con su mirada oscurecida por un inminente enfado a punto de estallar.

Prueba de ello fueron sus uñas emblanquecidas por la fuerza ejercida en sus brazos. En ese momento supe de donde había salido mi cabezonería y mi mala leche.

—Sentaos, por favor. —Abigail sonó demasiado tranquila y la poca inexpresividad de su voz llamó la atención de los presentes.

Los dos hombres miraron para ella con expresiones muy similares.

—Estoy demasiado nervioso para sentarme —espetó Daniel con el ceño fruncido.

—Prefiero estar de pie —dijo Tom.

—Como gustéis, mas os debo proferir algo. —Hizo una pausa sin separar su vista de ellos—. ¿Sabéis cuál es el nuevo rumor que va a ir corriendo por el pueblo?

—Abigail —Daniel comenzó de nuevo su paseíllo—, ¿a qué viene esto ahora? —Se pellizcó el puente de la nariz.

—Viene porque hemos escuchado ciertos comentarios de lo que sucede en la escuela. —Se envaró. Dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo, apretando de tal modo los puños que los nudillos en cualquier momento desgarrarían la carne.

Daniel se detuvo, se volvió hacia ella con rostro endurecido y mirada enojada.

—¿Qué sucede? —preguntó Tom sin comprender.

Dejé la taza en la mesita aledaña, al lado de las compresas frías que me había puesto Abigail cuando llegamos a casa.

—Todas las tardes recibís la tan esperada visita de Catharina que os regala los oídos, os seduce con su

cuerpo y, ¡sucumbís a los placeres de la carne con ella! —

Abigail estaba a un paso de perder los papeles. A medida que iba alzando más la voz, fue echando el cuerpo hacia delante. No podía verle el rostro desde la cama, pero me lo figuraba.

Tom y Daniel se quedaron petrificados. El primero en reaccionar fue Daniel, que nos asombró a todos riéndose a carcajada limpia. Llegó a doblarse.

—¡Y aún tienes la desfachatez de reírte!

Daniel paró. Se quedó mirándola con una expresión más cercana al estupor que al enfado.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lllore? —preguntó en defensa propia, dando varios pasos hacia ella—. No voy a llorar cuando de lo que se me acusa es de un disparate salido de mentes hastiadas, sucias y tediosas que conviven en este pueblo y que no tienen otra cosa que inventarse desatinos como este. Sí, es cierto que viene por la escuela, sin embargo, la despachamos con cajas destempladas.

—Ninguno de los dos ha mantenido relaciones carnales con esa mujer. —Tom nos miraba con ojos sinceros.

Yo le creí, pues Tom no decía nada que no supiese ya de su boca. Las sospechas recaían en Daniel porque se me escapaba su parte. Tampoco se me ocurrió preguntarle

a Tom. No obstante, se notaba que estaba enamorado de su prometida, pero ¿sería capaz de ser infiel con Catharina? Tenía mis dudas.

—¿Ahora entendéis por qué no me gustan estas reuniones? —se dirigió Daniel a nosotros dos.

—Martha lo escuchó tan bien como yo, ¿miento? —Abigail se volvió a mí buscando apoyo.

—Está en lo cierto, lo escuchamos las dos.

Daniel, frustrado, se mesó el pelo con las manos, despeinándose.

—Ninguno de los dos hemos tenido nada con esa mujer por dos razones —levantó

su dedo índice—; la primera, no necesitamos buscar fuera lo que tenemos en casa, y segundo —otro dedo se unió al anterior—, si estáis tan ciegas que no veis la manera en

que os amamos para creerlos de buenas a primeras los chismes de tres viejas aburridas

con ganas de carnaza fresca, es vuestro problema, pero nadie, ¡nadie!, en mi casa me

acusa de ser infiel a la mujer que amo, ¿estamos? —La expresión exacerbada de Daniel me arrebató el aliento. De nuevo se paseó por la habitación soltando exabruptos

y maldiciones dirigidos a todos.

Sin embargo, fue la pasividad de Tom, su mirada inquisitiva puesta en mí, la que me congeló la sangre.

—¿Podéis dejarme a solas con mi esposa? —su voz rezumaba una calma más que fingida.

—Cómo no, primo. —Daniel se acercó a Abigail y la tomó del brazo.

Aprovechando la cercanía, se dirigió a mí con gesto solícito—. No enfermes por los enredos de esas viejas, tu marido te quiere, Martha; si mi palabra sirve de algo en estos instantes, créeme.

El rictus general de su rostro, el uso de las palabras, incluso responder riéndose, eran como Jason. Comprendí muchas actitudes de Tom hacia Daniel.

Asentí con una leve sonrisa en los labios.

Salieron cerrando la puerta tras de sí, dejándome a solas con un Tom bastante contenido. Se separó de la pared y se puso a los pies de la cama, con los brazos en jarras. Jamás vi su rostro tan granítico como ahora, ni en el futuro cuando lo hostigaba tanto. Solo mostraba frialdad.

—¿Por qué te desmayaste otra vez? —sonó igual de tranquilo que antes.

—No lo sé —le mentí de nuevo.

—¿No lo sabes o no quieres decirlo?

Me callé. ¿Cómo iba a decirle que no quería que me abandonase? ¿Qué si se le ocurría morir le pegaría tal paliza que no querría levantar la cabeza otra vez? No, no

podía.

—Vamos a ver. —Se pasó la mano izquierda por la barba—. Estamos juntos en este viaje, estamos solos, nos tenemos el uno al otro, creía que confiabas en mí...

—Y lo hago —lo interrumpí con voz queda.

—¡No, no lo haces! —Levantó las manos con las palmas hacia arriba en mi

dirección—. ¿Acaso me estás contando las causas de tus males? Cecilia, por tu bien, te

recomiendo que hables, no estamos en el siglo XXI, no tenemos sus adelantos médicos,

a saber qué podrían hacer contigo. Si es algo que te atormenta, confía en mí, no huyas, no te escondas, puedo con los dos, pero necesito tu ayuda.

—La tienes.

—¡Pues habla, joder! ¿Qué te pasa? —inquirió desafiante.

—No sé explicártelo, ojalá estuvieran mis tías... —Me tomé un segundo—. Percibo algo muy maligno, no sé, lo sentí en el bosque, hoy en la casa de los Van Tasell.

Alzó el rostro al techo, se llevó las manos a él y se lo frotó antes de mirarme.

—¿Magia, no?

—Sí.

Asintió sin decir nada. Su reacción fue salir de la habitación.

No supe cuándo me quedé dormida ni cuándo Tom se acostó. Solo recordaba que cuando el sueño me sobrevino, estaba sola en cama. Una cama que ahora era como un campo de batalla. Gemidos angustiados, movimientos violentos de extremidades, me despertaron en mitad de la noche. Tom sufría una pesadilla más virulenta que las anteriores.

Me levanté para encender varias velas y tener algo de luz. Colocadas en el suelo, alejadas de la cama, me puse a su lado de rodillas. La pena por verlo sufrir de ese modo me encogió el corazón. Lo cogí por los hombros renuente, porque no sabía si hacía bien o no en despertarlo, pero algo dentro de mí me decía que lo hiciera.

—Tom —lo sacudí. No se despertó, así que lo hice con más fuerza—. Tom.

Abrió los ojos. Estaba desorientado, de hecho, los movió para ubicarse. Sus ojos, bajo la poca luz que me daban las velas, estaban vacíos, carentes de todo sentimiento, hasta que me vio. Furioso, se deshizo de mi agarre y se incorporó impetuoso, llevando sus manos a mi garganta. Tuve miedo, nunca le vi esa mirada de odio. Sentí que quería matarme. Intenté soltarme varias veces sin éxito, porque cada vez estrechaba más fuerte sus dedos sobre mí a medida que un estruendoso gruñido salía de su pecho hasta cobrar forma en su boca.

—Primo, ¿qué haces? —La voz asustada de Daniel sonó como mi salvación.

Y así fue.

Tom, desconcertado, lo miró. No supe si lo reconoció o no, sin embargo, al volver sus ojos a mí, los reconocí. Eran los mismos que me estremecían, me leían el alma o en los que podía perderme por lo bonitos que eran. Asustado, al borde de las lágrimas, me soltó.

—Cecilia —masculló entre dientes, casi de manera inaudible.

Capítulo 36 - Sin ti

Esa noche fue la más horrible de mi vida.

Los acontecimientos pasaron a cámara lenta delante de mis ojos.

Daniel me cogió en volandas y me llevó al salón donde me dejó encerrada, sola, temblorosa, conmocionada. Mi mente no reaccionaba, estaba totalmente paralizada con

todo lo ocurrido. Tenía la vista clavada en mis manos que se retorcían nerviosas. Un ataque de ansiedad se estaba apoderando de mí. Al poco tiempo vino Abigail con unas mantas para taparnos, mientras Daniel se hacía cargo de Tom.

Me abrazó. Apenas percibí su cercanía, era incapaz de sentir nada, salvo el miedo.

Arriba no se oían ni voces ni ruidos, solo, muy de vez en cuando, se movían encima

de nuestras cabezas unos pies nerviosos. Pasada una eternidad, al menos así lo percibí, apareció Daniel indicándonos que podíamos regresar a la alcoba.

Así lo hicimos.

Entramos y la habitación estaba vacía, no había rastro de Tom, únicamente permanecían su baúl y otras pertenencias.

Esa noche la pasé con Abigail. No pegué ojo, me era imposible porque la mente me

perturbaba con imágenes de Tom: sus ojos azules vacíos de vida, su rostro angustiado,

su mirada furiosa, las ganas de acabar con aquello que lo dañaba proyectado en mi persona. Las entrañas se me encogieron y lloré amargamente expulsando el temor de mi

cuerpo, quedándome solo con un pesar que me aplastaba el corazón y sacudía mi alma

con crueldad.

A la mañana siguiente, Daniel, muy serio, con expresión cansada y sin ánimos, me pidió que me fuese a casa de Abigail. La ansiedad me oprimió de nuevo. Las lágrimas, mis nuevas compañeras de viaje, comenzaron a rodar por mis mejillas. Adolorida, reteniendo mi último hálito de vida dentro de mis pulmones, cogí algunos enseres, pocos, porque creí que sería una breve estancia, pero me equivoqué.

Los días corrieron presurosos ante mi extenuada y rota existencia.

Al tercer día, Daniel se acercó hasta casa de Abigail para comentarnos que todavía no podía regresar, tampoco sabía cuándo. Pretendía llevarse a Tom a un lugar alejado, explicó que les llevaría días entre ida y vuelta. Mi petición fue una: poder verlo. Me lo negó. El mundo se me derrumbó encima, el suelo se abrió precipitándome a un profundo abismo desconocido hasta entonces por mí. Con la respiración alterada, los

ojos anegados en lágrimas, el corazón encogido en un puño despedazándose en pequeños trozos que se perdían en el hueco oscuro de mi pecho a cada latido, temblorosa por los nervios, fui dando pequeños pasos hacia atrás alejándome de ellos.

Giré sobre mis pies perdida en el dolor que me supuso no poder ver a Tom. Portadora del dolor más atroz que me partía en dos y me arrebatava la vida, salí al jardín.

Carente de brío, caí de rodillas sobre la hierba, elevando una mirada suplicante al cielo, ese mismo cielo empedrado que se desplomaba sobre mí. Presa de la mayor de

las congojas, solté un alarido tal que hizo eco.

Estaba completamente alienada.

Contrita, lloré ese día y todos los sucesivos mientras mi mente se nublaba más con pensamientos que creí olvidados.

«¿Por qué pierdo a todas las personas que quiero?». Víctima otra vez del

sentimiento de pérdida que había experimentado tras la muerte de Emily, me hundí. Los segundos se convertían en minutos, ellos en horas. Los días iban pasando nefastos, lentos, se transformaron en una semana, y ella, en quince días de los cuales ni Abigail ni yo supimos nada de ellos.

La rutina fue mi mejor aliada. La mayor parte del tiempo lo pasaba dibujando en el

Grimorio. Cada trazo de las plantas que mi mano pintaba, cada línea del tallo, las hojas, las flores, cada rasgo que las definía, desde el más pequeño hasta el último, se mostraron ante mí como los caminos que había tomado a lo largo de mi vida. Fáciles

algunos, cortos por tanto, ya que siempre eran las soluciones más rápidas. Otros más

intrincados, los más dolorosos también, los que tomé pasando página e intentando olvidarme de todo hasta que los remordimientos eran tan impetuosos, inclusive insoportables, que no me permitieron mirar hacia otro lado. Sin embargo, los había los

que llevaban impregnados la marca de Tom, por eso era distinto a como fue con la pérdida de Emily. Ahora no quería dejarlo ir, no me cabía en la cabeza la posibilidad

de perderlo. Si este fue nuestro momento ya terminado, yo no iba a pasar página, porque Tom Crane era mi pasado, mi presente, mi futuro, el único hombre con el que

quería envejecer. No podía dejar de dibujar, si lo hacía, lo percibía tan cerca que levantaba la vista buscándolo y al no encontrarlo, el abatimiento se apoderaba de mí cual telaraña.

Desde que llegamos al siglo XVIII nuestra relación cambió, a la par, me arrepentí de todos los agravios que le solté en el futuro. Fueron dichos desde la manía, la desconfianza, la negación de su propia existencia. Los recuerdos de los últimos días iban y venían. Si me tocaba esperar, lo haría, aunque me consumiera en el dolor, me ahogara en mis propias lágrimas o en las llamas que me quemaban por dentro desgarrándome el alma, pero nunca, ¡jamás!, iba a decirle adiós a Tom.

Abigail, a lo largo de estos días, se reveló más que una amiga. Nuestro vínculo se

estrechó, uniéndonos de una manera casi irrompible. Sabía cómo actuar a cada momento; era esa mano que disipaba las tinieblas para salvarme de mí misma; a veces

sus abrazos se tornaban maternales, acunándome en mitad de la noche, como lo haría una madre con su hijo; otros eran fraternales, retro trayéndome a aquellos tiempos en los que Emily y yo nos abrazábamos en busca de un alivio o un apoyo cuando el mundo

parecía no comprendernos.

Ahí fallé.

Ahora, cuando creía que había perdido al hombre que más quería, comprendí a mi

hermana. Era imposible seguir viviendo tras la desaparición de la persona más importante, porque la desesperación te embarcaba a la única solución: quitarte la vida.

En esos instantes lo supe, por eso el arrepentimiento se unió al dolor. La acusé de la

maldición, me alejé de ella como si se tratase de una sanguijuela, la dejé abandonada

con el mayor de los pesares, con la tortura de saber que su destino, escrito en las estrellas, era morir junto con su amor por Jason. Solo ahora, sufriendo, masticando el

calvario por el que pasó durante sus últimos meses de vida, todavía con el resabio en mi lengua de aquellas brutales palabras que le regalé, comprendí que nunca había estado enamorada. —No hay mayor dolor que el del amor —me susurró, una noche, Abigail tratando de calmarme.

Era una de las mayores enseñanzas de la vida y tuve que viajar al siglo XVIII para discernirlo.

Viejas heridas cerradas, o al menos eso creía, se sajaron desangrándome por dentro.

Ríos de sangre añeja me asolaron, originando tras su paso que mi mundo se asemejara más a un estéril desierto. Desolada por dentro y por fuera, así estaba.

Finalmente, veinte días con sus respectivas diecinueve infernales noches pasaron.

La mañana del día veintiuno, Abigail y yo regresábamos del mercado donde la amabilísima gente nos regaló sus comentarios callados, sus miradas insidiosas, todas dirigidas a mí. Sobreviví bien a ellas, eran para Martha Crane, no para Cecilia Wells.

Abigail llevaba el peso de la conversación. Yo intentaba hablar, le prestaba atención, la escuchaba, pero las palabras no me salían. Me lo perdonaba porque el mutismo y las lágrimas eran mis nuevos aliados. En ese tiempo, no permitió que cayera en brazos de la soledad en la que antaño estuve. Esta vez miraba al suelo mientras caminaba, puesto que en mi difuminado y ennegrecido horizonte nada nuevo había.

—¿Qué están...? —preguntó, de repente, Abigail.

Alcé la mirada hacia ella. Observaba al frente con expresión de sorpresa. Me hizo un gesto con la cabeza para que mirase a donde lo hacía ella.

Lo hice.

Poco a poco volví la vista. A lo lejos, dos siluetas masculinas se dibujaban y caminaban con aparente tranquilidad hacia nosotras. Desde esa distancia reconocí a uno de ellos por su pelo castaño oscuro. Era Daniel y... ¡no podía ser! Fue su flequillo alzado con dignidad quien me lo confirmó.

La respiración se me cortó en los pulmones, la cesta que sujetaba entre mis manos

se precipitó al suelo. Lo miraba sin moverme ni parpadear. No creía lo que veía.

Una fuerza invisible me empujó hacia adelante y eché a correr hacia Tom. Nos fundimos en un abrazo, sujetándonos el uno al otro, reconociéndonos de nuevo. Tom me

estrechaba cada vez con más fuerza, tanta que mi cuerpo se resintió y pensé que me rompería entre sus brazos, pero me dio igual. Ya nada tenía importancia salvo él. Las

compuertas de mis ojos se abrieron otra vez al respirar su aroma a cítricos, especias y madera, su perfume fue el antídoto para que toda la tristeza me abandonase tornándose

en alivio. Mis lágrimas eran de incredulidad y felicidad por tenerlo entre mis brazos.

Mentalmente daba gracias a un algo o alguien indeterminado.

—Chiss, tranquila —murmuró—, ya estoy aquí y no pienso alejarme.

Separándome de su cuello, lo miré con los ojos anegados por las lágrimas. Sin refrenar mis impulsos, tomé su rostro entre mis manos y comencé a besarlo con un enfervorizado apremio, en los labios, los ojos, las mejillas, le recorrí el rostro con besos rápidos y cortos. Solo quería hacerle saber lo mucho que lo añoré. Su risa me paró, era música celestial para mis oídos. Las aguas azules de sus ojos fue la visión más bella que jamás contemplé. Memorice su rostro y percibí como sus facciones aparentaban más alargadas, de hecho, parecía más delgado.

—¿Dónde has estado? ¿Adónde te llevó Daniel? —inquirí con voz trémula y queda.

—A un lugar donde aliviar las cicatrices del pasado.

Capítulo 37 - Cicatrices

I can finally stand the man in the mirror I see

I ain't as good as I'm gonna get

*But I'm better than I used to be*⁶.

—¿Cómo estás? ¿Por qué habéis tardado tanto tiempo en venir? ¿Os ha pasado

algo? —lo interrogué al borde de un ataque de nervios.

Iba a soltar otra retahíla de preguntas cuando me puso su dedo índice, largo y huesudo, en mis labios para hacerme callar.

—Te voy a contar todo desde el principio —asentí—. Sin interrupciones.

Asentí otra vez.

Estábamos en el jardín de la casa de Abigail. Daniel y ella se quedaron dentro hablando, mientras que nosotros estábamos sentados cerca del sauce.

Tom, con expresión seria, se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Cruzó una de sus largas piernas sobre la otra y colocó sus manos entrelazadas encima del muslo. Me miró calmado antes de comenzar a hablar:

—Seis meses antes de tu llegada a Sleepy Hollow, lo hice yo. Tus tías me abrieron las puertas de su casa sin pedir explicaciones, me acogieron como si fuese uno más de vuestra familia —sonrió de forma sesgada—. Mi padre siempre nos dijo a Jason y a mí que cuandouviésemos algún problema, acudiésemos a Alondra y Faith Wells, ellas nos ayudarían. Así fue. —Tomó aire—. Recibieron en su casa a un hombre sano por fuera, pero echo una mierda por dentro, incluso tuvieron que curar mi herida de la pierna, no sé si la viste.

—La vi una noche —afirmé escuetamente sin desviar mis ojos de él.

—Gracias a tus tías cicatrizó, como lo hizo en parte mi alma. —Bajó la mirada, tragando ruidosamente—. Las pesadillas que tú viviste no son comparables a lo que pasaron ellas, es cierto que nunca las ataqué como a ti, lo siento, Cecilia. —Su expresión contrita me pellizcó el corazón produciendo un repentino dolor.

—No hay nada que perdonar —sentencié.

—Casi te mato.

Me incliné hacia él y le acaricié su velluda mejilla. No supe cuánto había echado de menos ese roce hasta ahora. Necesitaba sentirlo, también hacerle saber que nada más me importaba excepto él.

—Olvídalo, en serio —le pedí—. Sigue, por favor.

Respiró hondo bastante disconforme con mi respuesta.

—Tus tías se pasaron día y noche exorcizando los fantasmas que arrastraba de la guerra. Por el día me obligaban a hablar, a contarlo todo; por las noches se mantenían a los pies de la cama aliviando mi mente de los delirios que sufría. También ayudaban

sus brebajes, alguno me dieron, estoy seguro —sonrió—. Nunca me dejaron solo, se empeñaron en salvarme cuando yo era incapaz de mirarme al espejo y si lo hacía, solo

veía a un subteniente que había fallado. —Se frotó los ojos con el pulgar y el índice de su mano derecha.

—¿Qué pasó en Iraq, Tom? —pregunté con cierto temor.

—A eso voy. —Desdobló las piernas y apoyó los codos en la mesa—. Cuando

Jason murió, me centré en mi trabajo, el mismo que le quitó la vida. Esa había sido nuestra elección y sabíamos a lo que nos exponíamos. Su pérdida fue dura de asumir,

estábamos muy unidos, de hecho, me alisté por él. A pesar de la distancia, él en Afganistán y yo en Iraq, siempre nos comunicábamos. Los mandos se enteraron que era

mi hermano, mi única familia, por eso me permitieron repatriar el cuerpo y volver con

él para enterarlo. Tus tías, los Grant, Eddy y Janet fueron los únicos asistentes al entierro. —Hizo un alto, con la mirada perdida en algún punto invisible de la mesa—.

Sin terminar el permiso, vestí de nuevo el uniforme. Una semana antes a mi regreso, habían llegado nuevas filas procedentes de Quantico. La situación en Iraq se había complicado más. —Sus ojos continuaban ausentes—. Pensarás que en una guerra nada

puede complicarse, pues sí puede. Muchas tropas aliadas sufrieron ataques, en uno de

ellos estábamos mis hombres y yo. —Bajó la cabeza hasta casi pegar la barbilla en su

pecho. Cerró los ojos—. Hasta ese día me había librado, por eso lo pagué con creces.

Caímos en una emboscada que nos hizo dispersarnos. Yo sabía la ubicación de mis hombres, algunos juntos, otros solos como yo. Sin embargo, en ninguna situación, por

dura que sea, no puedes combatir contra el ser humano. El enemigo, mucho más astuto,

jugó con nuestra propia sensibilidad. Un niño pequeño apareció a un lado de la calle,

sabía perfectamente que era una trampa, pero Allen, Jackson y Ramirez, desoyendo mis

órdenes, salieron a rescatarlo y los masacraron a balazos delante de mis ojos. En un intento por salvarlos, me expuse, de ahí la cicatriz de mi pierna, después, para rematar, lanzaron varias granadas y la metralla se me clavó en el costado. Estuve horas haciéndome el muerto hasta que nos encontraron y nos pusieron a salvo. Desde aquel

día comencé a sufrir pesadillas.

—Tú no tuviste la culpa de sus muertes —contesté con un nudo en la garganta.

—Sí lo fue, eran hombres a mi mando, jóvenes con sueños por cumplir, apenas habían vivido... — Suspiró pesaroso. Se tapó la cara con las manos—. Tus tías me ayudaron, no sé si a superarlo, al menos las pesadillas desaparecieron permitiéndome

recuperar mi vida anterior a la guerra, también encontrándome a mí mismo, llegando a estar mejor de lo que solía estar, hasta ahora. No sé si fue este extraño viaje al pasado o qué, pero algo las despertó, al principio eran vagos recuerdos, después se tornaron

más virulentas. —Me mordí el labio cuando me miró con expresión de culpabilidad—.

Nunca me perdonaré lo que te hice, Cecilia, nunca.

—Olvídalo —reiteraré.

—No podré hacerlo.

Sus ojos dolientes me desgarraban las entrañas. Quería abrazarlo, aun así, no lo hice porque había asuntos que quería saber.

—¿Y Daniel? ¿Adónde te llevó? —Cambié de tema para que me siguiera contando.

—Después de bajarte al salón, le pedí que me separase de ti —alzó la mano para

que me callara—, no quería hacerte daño. Al día siguiente planeé la escapada a las montañas aprovechando que tú estabas con Abigail. Fue dura la caminata; más, su silencio. —Me miró con ojos cansados y sorprendidos—. Actuó como actuaría Jason

en su lugar, se calló a la espera de una explicación. Y se la di, pero había escuchado tu verdadero nombre. Me preguntó quién era Cecilia e, imagínate, tuve que contarle la verdad.

—¡Qué! —exclamé con incredulidad—. ¿Te creyó?

—Antes le dije lo que me habías dicho tú, mantén la mente abierta. No daba crédito,

de hecho, me dejó solo durante horas, pensaba que no iba a volver y lo hizo alegando

que mi físico no podía ser una mentira. También recalcó que antes de regresar debía quitarme los males que me atormentaban y me ayudó con algunas hierbas que le había

dado Abigail, no preguntes, ni idea cuáles eran —finalizó.

No reprimí más mi necesidad de abrazarlo, me levanté como un resorte y me senté

en sus piernas, escondiendo mi rostro en el hueco de su cuello. Él me respondió acunándome en sus fuertes brazos.

Abrí los ojos mirando a la casa, tomando más conciencia de las palabras de Tom.

—¿Entonces ahora...?

—Sí, se lo debe estar contando.

Oliendo su aroma, me sinceré con él.

—En casa de los Van Tasell hubo una frase que dijiste, algo de sentirse más vivo...

—Estás más vivo cuanto más cerca de la muerte estás —repitió.

—Sí, esa misma. —Saqué la cara de mi escondite para mirarlo mientras hablaba con rapidez—. Esas

palabras fueron las causantes de mi malestar, porque me di cuenta

que no quería perderte, sentí una pena tan grande que me ahogaba y...

Me calló tapándome la boca con una mano.

—Yo también te quiero, Cecilia —dijo en voz alta. El corazón me dio un vuelco en

el pecho—. Te llevo grabada a sangre en mi piel y a fuego en mi corazón, aunque quisiera, no podría borrarte de mí. Fuiste tú quien me ayudó allí arriba en las montañas; por las noches, bajo la única compañía de la naturaleza, miraba a las estrellas y era como estar viendo el brillo de tus verdes ojos. — Quitó la mano de mi boca y me dio un

suave beso.

Me dejó sin palabras. El nudo de mi garganta había regresado y las lágrimas comenzaron a rodar mejillas abajo.

—No llores —me besó otra vez—, porque siempre has estado conmigo, Cecilia, siempre.

Me volvió a besar. Esos besos eran las alas de mariposa que flotaban en mí.

—¿Interrumpimos? —La voz de Daniel nos separó.

—No, para nada —dijo Tom sin separar sus ojos de mí.

Yo alcé la vista hacia ellos. Daniel rodeaba los hombros de Abigail con un brazo.

Ambos se mostraban felices. Abigail me sonrió con expresión soñadora.

—Así que somos familia.

Asentí sin poder hablar porque las palabras estaban atropelladas en mi lengua, solo la miraba con expectación. Me levanté para acercarme a ella.

—Por eso percibí esta conexión contigo desde el día en que te conocí, sabía que podía contarte cualquier cosa que nunca me delatarías.

—Jamás lo haría. —Mi voz sonó firme.

—No te lo había comentado, pero tus ojos y tu cabello son como los de mi madre.

—Tímidamente, cogió un mechón entre sus dedos.

—Pues ahora que lo comentas, es cierto. —Daniel asentía a sus propias palabras.

—Y tú te das un aire con mi hermana —le confesé.

—¿Por qué no pasamos adentro y departimos mejor? —propuso Daniel muy acertado.

—Sí, mejor —aceptó Abigail.

Los cuatro nos encaminamos a la casa en silencio. Nosotras íbamos delante, ellos detrás.

Ya dentro, en la cocina, nos sentamos con nuestras respectivas parejas, Tom enfrente de Daniel y yo frente a Abigail. El pasado y el futuro unidos en un presente un tanto especial.

—¿Cómo un viaje al pasado? —Abigail estaba sedienta de información, además, me observaba con excesiva curiosidad.

—Un conjuro en la noche del solsticio de verano.

—Cuando la Puerta del Hombre está abierta.

—¿Qué puerta? —la voz de Tom sonó sorprendida.

Abigail y yo compartimos una mirada cómplice.

—Por favor, Martha...

—Mi nombre verdadero es Cecilia Wells —me identifiqué con cierto temor.

—Ilústranos, Cecilia —me pidió con ilusión.

Miré para los dos hombres que esperaban, expectantes, una explicación.

—A los solsticios, desde la antigua Grecia, se los conoce como puertas; el solsticio

de verano es la Puerta de los Hombres; el de invierno, la Puerta de los Dioses. En esos días, deidades, hadas y otros seres sobrenaturales pueblan la tierra, pero también suceden algunos acontecimientos extraños: algunos espectros se muestran o personas desaparecen misteriosamente. —Mis ojos alternaban entre ellos, que me escuchaban con atención—. Por eso pudimos viajar a este siglo.

—¿Vosotros de qué época sois? —preguntó Abigail interrumpiendo mi discurso.

—Venimos del siglo XXI —contestó Tom.

—¿Has oído, Abby? El siglo XXI, ¡el siglo XXI! —exclamó Daniel embargado por

la emoción—. El hombre ha pisado la luna, vuela, hay aparatos con los que nos podemos comunicar, te, tel...

—Teléfonos —aclaró Tom.

—Eso y otros por los que podemos ver a los artistas, noticias...

—Televisión. —Tom volvió a dar el nombre técnico de dicho aparato.

El entusiasmo de Daniel me hacía gracia, era como un niño que había descubierto todo un mundo desconocido y, en este caso, era verdad.

—Abby, prepara un pequeño petate que nos vamos —ordenó con celeridad, sin levantarse de la silla.

Abigail le dio unas palmaditas en su hombro mirándolo con ojos comprensivos. Le daba la razón como a los locos.

—Está bien, tranquilo.

—Lo digo en serio.

—Sí, Daniel. —Volvió su vista a mí—. Por favor, Cecilia, continúa.

—Hay otras fechas, como Halloween...

—¿¡Halloween!?! —dijeron al unísono.

—La noche de las brujas —esclareció Tom.

Cerré los ojos y puse mi mano izquierda en la frente a modo de visera, negando con la cabeza. Sabía que Tom intervino de buena voluntad, pero complicó la situación un poco más, porque Daniel y Abigail compartieron sendas expresiones de pasmo ante sus palabras.

—¿El Samhain o víspera de Todos los Santos? —expresé expectante tratando de salir de este embrollo.

—Samhain —repitió Abigail pensativa—. Sí me suena, el viejo del mercado me habló de este festejo porque su mujer es irlandesa y todos los años le habla de cómo lo celebraban.

—Pues en nuestro siglo se le conoce como la noche de las brujas. Es de origen celta y se cree que la línea entre este y el Otro Mundo se estrecha tanto que permite el paso de espíritus benévolos y malignos.

—Interesante —susurró muy interesada—. Pero —sus ojos bailaron entre Tom y yo—, ¿qué causa os hizo viajar a este tiempo?

—Una maldición —repliqué sin perder tiempo.

6 Finalmente puedo soportar al hombre que veo en el espejo / No estoy tan bien como voy a llegar a estar / Pero estoy mejor de lo que solía estar. Tim McGraw Better Than I Used To Be. Emocional Traffic. Curd Records, 2012.

Capítulo 38 - Las cartas boca arriba

—¿Una maldición? —El rostro de Abigail mudó de la sorpresa al temor.

—¡Vaya dislate!

—Daniel, por favor, no te chances, es un tema muy serio.

—Abby, ¿quién en su sano juicio pronunciaría una maldición? —Nos miró—. ¿Eh?

¿Quién?

—Abigail —señaló Tom.

El estupor se adueñó de sus rostros. Ella abrió los ojos como platos. Daniel, tras unos segundos sin parpadear mirando en su dirección, se tapó la cara con las manos.

—¿Yo? —inquirió con voz de pito.

—Sí —afirmé afligida. Ahora que la conocía, me parecía incapaz de hacerlo.

—Pero ¿por qué? —nerviosa, pidió una explicación.

—Daniel te acusará de brujería, no te juzgarán, pero no podrás salir de los límites de tu casa. Él caerá en las redes amorosas de Catharina, luego ella lo abandonará.

Cuando escuches los rumores de ese supuesto amor, maldecirás a las dos familias —resumió Tom.

Abigail a estas alturas tenía la cabeza baja, aun así, pude ver la tristeza en su rostro.

—¡Esto es el acabose! ¡Es una necedad! ¿Yo con Catharina? ¡Jamás! —dijo Daniel con aversión. Muy alterado, se levantó de su silla y comenzó a caminar nervioso—.

Vamos a ver, Abby, yo te quiero, ¿es que no lo ves? —Separó la silla, acuclillándose a su lado. Envolvió sus manos entre las suyas—. Ahora me quieres explicar tú, ¿por qué maldices a dos familias y las impeles a un desierto donde el amor no florece?

—No lo sé. —El labio inferior le temblaba, estaba al borde de las lágrimas.

—Por el dolor que le infligiste con tus actos —interviene, ganándome una mirada recriminatoria de Daniel.

—Cecilia y yo lo sabemos, Daniel. Tenemos la certeza de que las pronunciará y debemos impedirlo. El amor puede ser un arma muy peligrosa, en este caso lo será.

Tom me sorprendió por esa sentencia final. Era profunda y verdadera a un tiempo, hasta podría definir la relación entre las Wells y los Crane a lo largo de estos siglos. Oírsele decir instaló en mí cierto temor.

—También es verdad que hay cosas que no me cuadran —tomé la palabra—. A nosotros nos dijeron que tú no sabías que él era supersticioso; tú —señalé a Daniel— no sabías que era una bruja.

—Para mi fuero interno es una sanadora, jamás utilizaría esa palabra abominable con ella, sí para referirme a alguna fulana que se pasea por el pueblo.

—Aun así, lo sabes —repitió Tom.

—Sí. —Miró a Abigail con devoción—. Mi corazón siempre le pertenecerá. —

Tomó su rostro entre sus manos y la besó en la frente. Se sentó de nuevo, cogiendo sus manos entre las suyas.

Abigail, que hasta ese momento se mantuvo en silencio, decidió romper su mutismo:

—Un tiempo antes a vuestra llegada, tuve una serie de sueños, premonitorios —

matizó—, en ellos veía algunos retazos de la historia que contáis. —Se quedó pensativa durante unos segundos—. Antes no tenían sentido, ahora sí.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Daniel con decisión.

—No lo sabemos —le respondió Tom.

—Excelente —bufó.

—Sabéis que estuve enferma —uní mis manos encima de la mesa, mirando seria a

las tres personas que me acompañaban. Debían prestar atención a mis palabras—, no

fue por mala salud. En este pueblo hay una presencia maligna, la sentí en el bosque, en la fiesta, y cada vez que estoy cerca de esa fuente mis fuerzas desaparecen, de ahí mis vahídos.

—¿Tú también la percibiste? —No contaba con esta confesión abierta de Abigail.

—Sí y es muy intensa.

—Lo es, mas tengo una vaga idea de dónde procede...

—¿Por qué yo no siento nada? —nos interrumpió Daniel—. ¿Tú sientes algo? —le preguntó a Tom.

—Nada.

—¿A qué se debe?

—Ellas son mágicas, nosotros no —explicó Tom a su manera.

—Contigo aquí me será más fácil dar con el problema —dijo, alentadora, Abigail.

—No. —El tono impertérrito de Daniel me petrificó—. Descubriremos los cuatro; vosotras dos no iréis por ahí solas, a saber qué os topáis en esos caminos mágicos —apuntó con seriedad, recostándose en la silla.

Volví la mirada hacia Tom, su expresión era exactamente igual a la de Daniel, incisiva, no me permitía replicar. Los Crane estaban de acuerdo en esa decisión.

Nosotras asentimos, dispuestas a hacer todo lo contrario si se daba el caso.

Capítulo 39 - Un témpano que permanece

Había pasado solo un día desde que llegaron y muchas cosas cambiaron: Daniel pidió al servicio que no acudiera a su trabajo hasta nueva orden. La noticia, como era

de esperar, no fue bien acogida. El tiempo transcurría extraño, si no hablaban, lo pasaban comiendo o durmiendo, así que mientras Tom descansaba, yo me dediqué a meditar. Meditar sobre todo y todos.

En esas horas, porque a veces dormía durante horas desprendiéndose del cansancio acumulado en las montañas, recordé, observando su rostro de contorno firme, mandíbula cuadrada cubierta por esa suave barba, pómulos altos, nariz larga y labios finos, como no hacía mucho tiempo procuré frenar mis sentimientos por él, intenté no quererlo, llegué a pensar que lo había logrado, pero me equivoqué nuevamente.

Si él me llamaba, yo lo dejaría todo.

Rechazar esos sentimientos fue muy duro, hubo veces que no lo hice, aunque la mayor parte del tiempo era así. Los tiraba más abajo del betún de los zapatos para poder pisotearlos, me reforzaba pensando que era un Crane incluso solo por llevarle la

contraria a mi hermana. Esta última era mi mejor baza porque odiaba que estuviera presente en cada uno de los pasos que daba, desde mi motivación por regresar a Sleepy

Hollow, hasta este viaje, cuando me enteré que debía hacerlo. Sin embargo, cuando Tom estaba cerca, todo se disolvía, se evaporaba y me quedaba indefensa delante de

él. Me hastiaba esta situación. Vivir dividida, hablarme a mí misma en esos términos me agotaba. Hubo veces que los versos de Catulo venían a mí: *Odio y amo. Quizás te preguntes por qué hago esto. No lo sé, pero siento que así ocurre y me torturo*⁷.

No obstante, en décimas de segundo, todo cambió.

Aquellos días sin Tom comprendí el alcance de mis sentimientos por él. Profundos, sinceros, dolientes hasta resquebrajar mi ser, se había convertido, sin saber cómo, en el pilar de mi vida, ese lugar donde refugiarme contra todo mal; cerca de él, entre sus brazos o haciendo el amor, me sentía querida, protegida. Mi propia existencia dependía

de la de Tom Crane. Reconocerlo me supuso darle la razón a Emily y acrecentó mi culpabilidad. La juzgué, la empujé a la jaula de los leones por sus sentimientos hacia

Jason. Me vi como su verdadero verdugo. Me arrepentía de cada una de las palabras que le dije la última vez que nos vimos, y si pudiera regresar a aquel fatídico día, lo haría, jamás me separaría de ella aun conociendo el desenlace.

Ahora no tenía donde llorarla o ponerle una flor.

Simplemente no la tenía. La había perdido para siempre.

Un pellizco de dolor me hizo temblar el corazón.

Durante las últimas horas, tras la llegada de Tom, no dejé de preguntarme cómo se lo hubiesen tomado Jason y Emily si fueran ellos los viajeros. Me preguntaba qué sería de ellos si solucionasen este embrollo. «¿Mi hermana y yo hubiésemos recuperado la normalidad o estaríamos tan lejos como estuvimos?». Si existían las respuestas, no estaría segura en querer saberlas.

—¿Quieres hablar? —La voz cauta de Abigail me devolvió a la realidad.

—No estoy segura —dije sin poder mirarla a la cara.

—Cuando empecé a tratarte, supe que tus hombros son portadores de un pesar cada

día más grande. —Hizo una pausa—. Comprendo que no quieras compartirlo conmigo,

pero debes aflojarlo.

—No puedo.

—Todos podemos, tú también. —Apoyó su mano en mi hombro en un gesto de

ánimo.

—No cuando el arrepentimiento te carcome por haber empujado a una persona a la

muerte. —Temblé al ponerle palabras y voz a mis sentimientos.

—¿Mataste a alguien? —preguntó asustada.

—Casi —musité llorando.

Procurando alejarme de Abigail, me senté en el canapé del salón, frente a la ventana, de tal forma que las rodillas quedaron recogidas contra mi pecho, en ellas apoyé la frente.

—Ayer te dije que te parecías a mi hermana.

—Sí, lo recuerdo.

—Es verdad, no miento. —Alcé mi lacrimosa mirada hacia ella, que continuaba de

pie—. Tu rostro ovalado, tu sonrisa, tu mirada, es todo. Si de algo me alegro es de haber hecho este viaje porque contigo es como tenerla delante, es mi última oportunidad con ella.

—¿Por qué? —Arrugó la frente por la confusión que le debían causar mis palabras.

—Porque me porté mal, ninguna hermana debe portarse como yo lo hice, no la comprendí, no la ayudé en sus peores momentos, al contrario, la arrojé al vacío con mis insultos, mi frialdad —hipé—. Hasta fui a su tumba a insultarla y no a pedirle disculpas. No fui la mejor hermana...

Lloré asfixiada por mi propia contrición. Mi comportamiento, las palabras

empleadas, mis últimos gestos para con ella no eran un orgullo.

Abigail se sentó junto a mí y me abrazó como lo hizo durante estos últimos días.

—A veces actuamos bajo el aliento de la cólera, pero ella sabe que la querías.

—Nos separaba la incompreensión, sobre todo a mí.

—¿Qué te llevó a tratarla así?

—La maldición —sollocé—. Cualquier mujer Wells que ame a un Crane será un

amor frustrado que al final los llevará a la muerte. Ella se enamoró del hermano mayor de Tom...

—¿Tom? —sonó un poco desconcertada.

—Walter —expliqué.

—¡Ah! Todavía no me he acostumbrado a vuestros nuevos nombres.

—Se escapaba por la ventana haciéndose la rebelde cuando todas sabíamos su relación con Jason y era aceptada, menos por mí, porque sabía que iba a morir. Ver que su vida le importaba una mierda, que todo le daba igual, me hizo alejarme de ella. Con el tiempo ya no la veía ni la sentía como mi hermana. Era una extraña enloquecida por amor y quizás a ella le pasó lo mismo conmigo. Al final esa situación, propiciada más por mí, se convirtió en un témpano que tras su muerte todavía permanece. —Lloré más fuerte—. La hice culpable de tu maldición —la rabia corría en mis lágrimas—, solo era una víctima más de tus palabras. Yo estaba cegada y no lo vi así. Me dejaste casi sin familia, porque mi madre también murió. —Tenía que soltarlo todo o reventaba.

En silencio, me acunó acariciándome el pelo. Me besó la coronilla antes de posar su mejilla en ella. Era un gesto que Emily siempre tuvo conmigo porque al ser la mayor, según ella, debía protegerme.

—Lo lamento por la parte que me toca, siento haberos llevado por un camino de rencor, dolor y muerte. Quizás el muchacho tenga razón y no haya arma más peligrosa

que el amor. Créeme, si supiese el daño que infligiría a mis descendientes, no lo haría.

Me separé de ella enjugando rápido, con el dorso de la mano, las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. La miré, estaba apesadumbrada y en su rostro juvenil se dibujó un mohín. Me miró entristecida por unos actos que todavía no había cometido.

—Habéis heredado un odioso legado, os he maldecido a que pasarais una vida de

lamentaciones, de desamor y muerte. ¿Es para estar feliz? No. Tendría que estar sufriendo mucho para condenar a generaciones de hombres y mujeres a una perpetua infelicidad, mas en ese acto solo veo mi propio egoísmo. —Volvió la cabeza hacia la

ventana perdiendo su vista en la frondosidad del bosque—. En cuanto a tu hermana, ella te perdonó,

como haría una madre. —Sus ojos regresaron a mí—. Una hermana también sabe cuándo perdonar, ella lo hizo y nunca te olvides que siempre estará contigo, su espíritu te acompañará allá donde vayas porque su labor es protegerte desde donde ella esté. Nadie muere mientras permanezca en nuestro recuerdo; estará en

tu verdad, en tus actos, corre por tus venas, nunca morirá hasta que tú no mueras y cuando lo hagas, ella estará esperándote para volverte a abrazar.

Ahogué un sollozo tapándome la boca ante tan bellas palabras que me

sobrecogieron más si cabe. Sus palabras, más viniendo de ella, revolucionaron mis

emociones, me hizo creer que el perdón de Emily podía ser posible. Lloré, temblé y seguí llorando abrazada a la mujer con la que empezó todo.

—Debes perdonarte a ti misma, solo así conseguirás la redención, aflojarás el pesar que cargas sobre tus hombros y arrastra tu alma.

Quizás tuviese razón. El problema radicaba en mí, no en nadie más.

[7](#) Inicio del Carmen 85 de Catulo.

Capítulo 40 - Jason & Emily

Pasaron varios días tras aquella tarde en la que le hablé a Abigail sobre Emily y cómo se truncó nuestra historia fraternal. Varios días giró en mi mente la idea de hablar con Tom sobre nuestros hermanos, su relación, sus vidas. Esa conversación la teníamos

pendiente.

Apoyada en el pequeño alféizar de la ventana de nuestra habitación, contemplaba la

noche. Era una plácida noche de verano. La típica en la que sentías la quietud de los

elementos convirtiéndose en su mayor particularidad. El equilibrio entre Cielo y Tierra era perfecto. El sosiego entre las Constelaciones y la Naturaleza era el adecuado para

que todas las fuerzas convergieran en la regeneración de la vida antes de que despuntara el alba. Solo si eras un ser especial, como desde siglos fuimos las mujeres

Wells, alcanzarías a percibir una etérea brisa que procedía más allá de las aguas del

río Hudson, a través de la cual pude sentir la presencia de mi querida y mal lograda hermana.

Emily.

Su aura, su calidez, mezclados con una pizca de su alegría, exuberancia, encanto y

de su carácter juguetón, me indicaron que ella estaba aquí junto a mí, surcando las aguas, revoloteando en los vientos. En raras ocasiones la había visto bailar en mis sueños como en estos últimos días. Cuando regresé a Sleepy Hollow, noté su presencia

en el ambiente y en todos los rincones de la casa. Hasta me pareció oír su voz alguna que otra vez. Ahora, como bien me señaló Abigail, sabía que ella estaba aquí, porque

volví a sentir ese pinchazo en lo más profundo de mis entrañas, esa conexión que nos

hacía distintas al resto de las hermanas y que la gente se afanaba en decir que solo era posible en los gemelos. De siempre, nosotras la sentimos. Ella era exactamente año y

medio mayor que yo, pero nunca supuso un distanciamiento entre nosotras. No. La distancia la marqué yo con el tiempo.

Levanté la vista y las luces tinteantes de las estrellas brillaban en su noche, pues a Emily le encantaba perderse en estas noches tranquilas, silenciosas. Perderse y escuchar los misterios que la serena Naturaleza le susurraba según ella. No obstante, todo eso terminó como marcó la maldición. Murió de mal de amores, al igual que nuestra madre, nuestra abuela, así muchas Wells a lo largo de generaciones. Todas ellas terminaron sus días por el amor de unos hombres pertenecientes a la misma familia: los Crane.

Mi hermana sucumbió al amor de un hombre que no le convenía.

Jason Crane, el hermano mayor de Tom.

Tom Crane, ese hombre al que percibía cerca, aunque no lo viera, además, solo nos separaba la escalera, él estaba en el salón. La verdad, daba igual donde estuviésemos, podía notarlo sin dificultad. Como sus ausencias, que me dejaban un regusto amargo en los labios. Nunca me había pasado con una persona.

Tenía miedo.

Miedo de él.

Miedo de mí.

Sabía lo que significaba todo eso. Ya daba lo mismo, pues yo había traspasado esa fina e invisible línea que nos separaba. Él era tan consciente como yo, también era el más insensato de los dos. Quería quedarme estática. No ansiaba vivir una historia que nos consumiese hasta la muerte.

No quería sucumbir a un mal de amores. Ese era mi verdadero miedo.

Tomando la decisión, correcta o no, de hablar con él, me levanté y bajé las escaleras, descalza, en dirección al salón.

En el quicio de la puerta me quedé durante un momento observando a Tom. Estaba sentado en el pequeño taburete del piano leyendo un libro de partituras. Me aproximé a él con un nudo en el corazón y con la garganta anquilosada, muy pronto había perdido la seguridad. Me desvié, acabé sentándome en un canapé, alejándome en lo que pude de él. Me abracé las rodillas, cerré los ojos y percibí la energía de su mirada en mi nuca.

—¿No puedes dormir? —inquirió más adusto de lo que me tenía acostumbrada.

Negué con la cabeza. Tenía que hablar, debía hacerlo, pero no sabía cómo abordar el tema. Cómo preguntarle por Jason y Emily.

—En noches tan apacibles como esta, el recuerdo de Emily está muy presente en mí

—rompí mi mutismo—. Si estuviese viva, estaría sentada o acostada sobre la hierba del jardín trasero, tras haber paseado durante largo tiempo por el viejo bosque. —

Estaba tan nerviosa que era normal que mi voz sonara insignificante en la inmensidad

de la noche—. Attendía al canto del grillo, a la luz de la luciérnaga, al reflejo de la luna en las aguas del río o a la nocturna línea del horizonte. Siempre admiré la sensibilidad que tenía hacia la Naturaleza, algo que fomentó tía Alondra.

—Jason estaría vigilándola de cerca —dijo con un tono más afable.

—¿Cómo? —Su revelación me era desconocida.

—Mi hermano, cuando Emily hacía esas excursiones nocturnas, y su acompañante, es decir yo, la seguíamos porque Jason no quería que le pasase nada. Era un hombre

seguro, al menos así lo recuerdo, aunque en ciertos temas relacionados con las Wells la inseguridad se apoderaba de él. —Suspiró—. Emily, al enrolarse Jason en los marines,

también cedió ante los miedos y las inseguridades. Su relación nunca fue fácil, aunque supieron cómo salvar algunas dificultades.

—Rompieron —aseveré. Sin poder contenerme, me giré en el canapé para mirarlo con la indignación reflejada en mis ojos ante sus últimas palabras. Mi hermana lo pasó muy mal en aquellos momentos.

—Sí, rompieron varias veces y por razones ajenas a ellos. La primera, por la intromisión, más bien la oposición exacerbada de mi madre, no quería que su hijo mayor terminara en manos de una Wells, que no de una bruja. Pudieron superarla al morir ella, sin embargo, después se vieron abocados a una separación permanente cuando la geografía se interpuso entre ellos. Los llevó a tomar decisiones tal vez un tanto erróneas. —Su gesto se tornó tan molesto que me hizo pensar que el tema lo estaba irritando.

—Jason no hacía mucho caso a vuestra madre. —Recordé intentando relajar un poco el ambiente—. Se colaba por la ventana de la habitación de Emily.

Sonrió, o al menos eso me pareció al ver las comisuras de sus labios estirarse muy imperceptiblemente.

Creo que fuimos testigos de las locuras de ese amor.

—El muy sinvergüenza me tenía horas vigilando a nuestra madre —en su voz se reflejó la diversión—, hasta que ella se dio cuenta y lo amenazó. Fueron días muy duros porque estaba dispuesta a cualquier cosa. —Abrí los ojos como platos, sin atreverme a preguntar nada. Tampoco hizo falta que lo hiciera porque él continuó hablando—: Jason solo pudo claudicar y hacer lo que ella le obligó. —Tom, todavía

sentado en el taburete, muy derecho como era habitual en él, estaba más tenso de lo normal, cierto temblor de sus hombros así lo indicaba.

Su comentario no tendría que haberme asombrado tanto, porque en la casa de las Wells eran más que consabidos los celos, las envidias que las parejas de los Crane sentían hacia nosotras. Quizás infundados, quizás generados por esos amores frustrados

que perduraban en los corazones de quienes los sufrían. Historias que no llegaban a buen puerto porque determinados infortunios las hacían naufragar; al tiempo, sus protagonistas terminaban consumidos por las llamas de su propio amor, abocados siempre a la muerte.

Mientras Tom no sucumbía a los nervios, yo, más nerviosa que al principio, me puse

en pie como un resorte por el desasosiego que me dominaba, para terminar con mi hombro izquierdo apoyado en la pared cercana al piano. Crucé los brazos bajo mi pecho a modo de protección, contemplando de cerca como sus facciones alargadas, que

en otro tiempo estaban expectantes a soltar una broma, ahora estaban contraídas haciendo que su perfil resultara más envejecido por la circunspección de este momento, o tal vez, a causa de los recuerdos que su mente evocaba. Yo tampoco me

quedaba atrás. Había forzado un tema que no sabía adónde nos iba a llevar, ya que una cuestión quedaba suspendida entre mi lengua y mis labios.

—Jason quería a Emily, ¿verdad? —Una pregunta un tanto estúpida, aunque en más de una ocasión lo puse en duda.

—¡Por supuesto que la amaba! —exclamó encrespado, sin molestarse en disimular una mirada igual—. Vamos a ver. —Cerró el libro de partituras y giró su cuerpo hacia mí—. Viví esa historia de amor del mismo modo que tú lo hiciste al lado de Emily. — Me miró con seriedad, también con los arrestos suficientes para hablar sobre este tema —. Jason respiraba porque lo hacía Emily; ella no veía más allá de los ojos de él y su corazón latía porque lo hacía el de mi hermano. Ellos lo vivieron así, quizás nosotros nunca lo entendamos.

—Emily murió de mal de amores —le revelé mi dolor de corazón sin apartar la mirada de él. —¿Qué quieres decir con eso? —Su rostro, dividido en dos por el claro oscuro, me era indescifrable.

—Se suicidó —dije con la voz apagada—. No sé las causas, las saben mis tías.

Cuando recibió la noticia de la muerte de Jason en Afganistán, poco a poco la pena la fue consumiendo. La mató por dentro, se rindió al dolor sin luchar. —En ese instante alcé la vista al techo y cogí aire llenando los pulmones porque mis palabras podían herir a Tom—. La fuerza que todo lo puede, así es como la gente, en muchas ocasiones, define al amor. Se equivocan, para las Wells significa muerte —sentencié en alto por primera vez.

—Jason no murió de aquella. —Tom bajó la cabeza, se frotaba el rostro con ambas manos y la cresta que dibujaba su flequillo parecía crecida, mientras su voz dejaba entrever el resquemor que le producía hablar del final de su hermano.

Sus palabras fueron un puñetazo en el estómago, me cortaron el aliento, atronadoras resonaron en mi cerebro y golpearon a mi maltrecho corazón.

—De ese accidente en el que todos lo dimos por muerto, salió ileso. Murió poco tiempo después de conocer la noticia del fallecimiento de Emily, de la cual fui su portador. —Su voz se apagó un poco—. Se puede decir que también se suicidó. Es cierto que en situación de guerra la muerte te persigue de forma constante, pero sé que lo hizo. Estuvo muy mal después de recibir esa noticia. Siempre creí que debería saberla y nunca me hubiese perdonado que se la ocultase. En parte me siento culpable de su muerte.

Era duro el tema de conversación. Nos conmovía, nos removía a los dos del mismo modo por el simple hecho de ser un Crane y una Wells.

—En mi caso sabía que a mi hermana le pasaba algo, siempre tuvimos una conexión muy grande, ¿cómo te lo explico? —Pensé la mejor forma de hacerme entender.

—¿Magia?

—Creo que va más allá de la magia —contesté bajando la mirada a mis pies—.

Tiene que ver más con la sangre. Su poder es mayor que el de cualquier magia conocida. Nosotras nunca tuvimos que recurrir a las palabras para comunicarnos, con

una mirada, a veces sin ella, la una sentía cómo estaba la otra. En todo momento estaba conectada a las emociones de Emily, pero no presté atención, la fui dejando de lado porque nunca estuve de acuerdo con que saliese con Jason, por lo que conllevaba. No

la llamaba, no estaba pendiente. Ella se perdió en el dolor, y yo, en mi egoísmo. No podría remediar su final, tampoco lo intenté, lo último que le articulé fueron insultos —

confesé con la voz rota de dolor por estar poniendo palabras a lo que le hice a mi hermana conscientemente.

Me rodeé la cintura con los brazos en el mismo instante que noté, de nuevo, esa punzada. Volvía a sentir a Emily presente, lo más seguro que llevándose una gran desilusión conmigo. Debería haber sido mejor hermana, apoyarla, aunque nunca

estuviese de acuerdo con esa historia de amor que tenía con Jason. No. No lo hice. Me

alejé de ella, la abandoné. Mi afán por protegerla colisionaba de lleno con sus ganas

de vivir la vida sin encerrarse en una jaula donde muy pocas personas entraban. No quería vivir presa sin estar en la cárcel, ella apreciaba por encima de todas las cosas su libertad y así lo hizo hasta su último aliento.

Unos pasos rompieron el silencio que se asentaba entre nosotros. Sus manos de dedos huesudos y largos deshicieron el nudo que mis brazos habían formado alrededor

de mi cintura. Tom me abrazó y me dio consuelo. Era un abrazo tan cálido que lo correspondí del mismo modo. Le rodeé el cuello con mis brazos, me sujeté a él como

si fuera un salvavidas, porque entendía en parte por lo que estaba pasando. A medida

que transcurría el tiempo, su aroma a cítricos, especias, madera y un toque de minerales se fue colando sugerente por mis fosas nasales, lo que me empujó a pegar la

nariz a su cuello. Con ese movimiento, mi mejilla rozó su suave barba.

Sí, poco a poco me fui relajando.

Ahora, unidos por este reconfortante abrazo, me di cuenta que durante los días de su

ausencia lo que más ansiaba era su cercanía, su roce. El aguijón de la excitación volvió a mí clavándose fuerte en mi interior al percibir que Tom estaba en la misma tesitura

que yo, ya que su abultada entrepierna así me lo confirmaba.

Sí, poco a poco me fui relajando.

Estaba claro, en mí florecía un amor categórico e infinito por él. Todo evidenciaba

que estábamos abocados a vivir nuestra historia, lo cual irritaba cierta parte en mí. Era evidente la razón: siempre fue de lo que hui. Daba igual que me encabritara o pataleara, ya nada se podía hacer, había caído en manos de Tom irremediabilmente.

Sí, entre sus brazos me relajé.

Me separó un poco de su cuerpo, lo suficiente para que, insegura, bajara la mirada, dejando mis manos en la base de su cuello. Las suyas me rodearon el rostro imprimiendo calor a mis mejillas humedecidas por las lágrimas. Me levantó la cabeza

y nuestras miradas se encontraron sin dobleces. Sus ojos se abrieron a mí para mostrarme su alma atormentada por lo vivido, no solo por Jason, sino también por sus

propias experiencias personales, ya que nadie mejor que Tom sabía lo que era estar en

perpetuo peligro, notando todos los días como la tierra temblaba bajo sus pies a causa

de los bombardeos.

—No te atormentes, ella nunca te tendría en cuenta nada, solo tenía palabras bonitas

hacia ti. Si por algo se caracterizaba Emily, era por no ser rencorosa y menos contigo, porque fui testigo de los elogios que te regalaba. —Sus ojos me miraban con tal firmeza que me sentí completamente insignificante ante él.

—No sabía que...

—Me fui a Iraq sabiendo más cosas de ti que de cualquier otra persona —me interrumpió reconociendo otro de sus secretos—. Pero... —pegó su frente a la mía sin

cerrar los ojos— no sé por qué me agradaba tener noticias tuyas.

El volumen de su voz bajó haciendo este momento más íntimo. Era como si quisiese

que nadie lo escuchara decir esas palabras. Durante breves segundos cerró los ojos para volverlos a abrir.

—Me enamoré de ti incluso antes de conocerte y cuando te vi, solo pude caer rendido a tus pies por tu carácter endiablado, por esas esmeraldas que te han puesto por ojos, por cómo eres. En Iraq, en más de una ocasión, cerraba los ojos para traerte

cerca de mí; antes de dormir recordaba todo lo que Emily contaba de ti y me sentía vivo.

Sin previo aviso, despegó su frente de la mía provocando que el aire intensificara su ausencia en mi piel. Continuaba observándome como si quisiera cerciorarse de que no iba a derrumbarme. Todavía con mi cara entre sus manos, me acarició los pómulos con las yemas de sus pulgares secándome las lágrimas. Sus palabras me sobrecogieron, tampoco ayudaban a calmarme, sino todo lo contrario, pues estaba dejando al descubierto su corazón.

—No pensemos en lo que fue ni en lo que otros vivieron, centrémonos en nosotros.

Es nuestro momento, nuestra historia, acabemos con este tinglado para amarnos libremente, sin miedos que nos persigan ni nos amordacen.

Me besó cálidamente en los labios, cerrando los ojos. Cuando los abrió de nuevo, destellaban con un fulgor especial.

—Te quiero, Cecilia.

Me cogió en brazos y me llevó a la habitación. Me tendió en cama y, sin ninguna pretensión sexual, me acurrucó contra él. Nos quedamos en la posición de las

cucharitas. Así, tras llorar y expulsar parte del dolor que me acompañó tras siete años, pues ese día era el aniversario de la muerte de Emily, me quedé dormida sintiendo que,

al final, encontré mi propósito en esta vida.

Tom Crane.

Capítulo 41 - El baile maléfico de los vientos

Varias noches después

Una rosa de los vientos se dibujó en el cielo nocturno de North Tarrytown

soliviantando a dioses y avivando a espectros. Sus compases giraban sin señalar orientación, sin rumbo. Los cuatro puntos cardinales parecían no existir.

Alarmados por tal acontecimiento, los hijos de Astro y Eos salieron de sus

escondrijos. El primero fue el viejo y violento Bóreas, a él se unió el destructor Noto, al mismo tiempo que el funesto Euro. El último en reunirse con ellos fue Céfiro, el más joven y suave de los vientos.

Además, las cuatro violentas deidades, los ancianos Cecias y Coro, junto con unos

jovencísimos Apeliotes y Libis, creaciones del monstruo Tifón, muy enojadas por la interrupción de su descanso, mostraron sus alteradas faces en el firmamento.

Mas ninguno de los ocho eran los responsables de tal aciaga odisea. Ciertamente era que, hastiados de la prepotencia humana, demostraban de vez en cuando quién mandaba.

Esta vez, carentes de toda culpa, serían testigos de cómo el hombre caería de nuevo en la miseria por una fuerza tan maligna que ningún dios, humano o héroe sería capaz de hacerle frente.

Una dulce y perversa voz femenina los amedrentó con su recitación implorante en inglés antiguo. Los versos instigaban a los compases a girar frenéticos para liberar a todo un séquito de espíritus malignos del aire que, bailando una endemoniada danza, hacían vibrar los estratos de la tierra. Su presencia fraguó la venida de un Mal mayor y presagió un inminente final.

Los hombres, inconscientes de lo acaecido sobre sus cabezas, se mantenían en un profundo y plácido sueño. Solo dos mujeres despiertas por la algarabía del baile alcanzaron a comprender la magnitud de los hechos.

Capítulo 42 - Si no lo veo, no lo creo

Un estruendoso temblor de tierra me despertó. Me incorporé en la cama y gracias a

no tener las contraventanas cerradas, los tenues rayos de luna se filtraban por la ventana permitiéndome hacer recuento de los desperfectos después de frotarme los ojos con las manos.

No había ninguno.

Volví la cabeza para comprobar como Tom seguía durmiendo reposadamente a mi

lado, con un brazo alrededor de mi cintura. Procurando no despertarlo, me deshice de

su agarre. Ese simple movimiento me paralizó, ya que se movió colocándose boca abajo sin despertarse. Me levanté, caminé por la habitación vestida solo con la camisa

de lino que transparentaba mi cuerpo a la luz. Mi atuendo era lo de menos. Muy nerviosa, salí y antes de hacer nada, me acerqué hasta la puerta de la alcoba de Daniel por si acaso había sentido como yo el temblor. Al contrario, sus ronquidos me confirmaron que estaba dormido como un tronco. Sin pensarlo dos veces, bajé las escaleras y fui al jardín.

Fuera, percibí un misterioso y alarmante sosiego que cubría la naturaleza. Los animales nocturnos no hacían el más mínimo ruido. No era normal, la naturaleza, fuera

de día o de noche, nunca dormía ni se entumecía por nada.

Alcé la vista a la bóveda oscurecida carente de astros. Los cielos en ese preciso instante retumbaron

como si fueran a desplomarse sobre nosotros, finalmente se abrieron soltando grandes lenguas de fuego que iluminaron la tierra. Una rosa de los vientos encendida en llamas giraba sin marcar una posición en concreto.

Asustada por este insólito fenómeno, avancé unos cuantos pasos hacia atrás, hasta que con decisión me di la vuelta y corrí hacia casa de Abigail, que ya venía a buscarme.

—Tú también has sentido el temblor —dijo temerosa.

—El temblor es el menor de los problemas, ¿has visto cómo se abrió el cielo? —
inquirí nerviosa, casi histérica.

Me tomó de las manos en un acto por tranquilizarnos a ambas, lo que le agradecí, porque jamás vi cosa semejante. Mis tías tampoco me refirieron o me previnieron de estos sucesos, de ahí mi sorpresa y mi horror.

—Sí. —Su rictus de extrema preocupación afeaba sus rasgos—. Se han abierto las puertas para dejarlo pasar —paró, lucía completamente angustiada.

—¿A quién? —Su actitud me estaba asustando más que el misterio con el que hablaba.

Un nombre me vino a la cabeza, pero lo arrinconé. La verdad, me parecía una locura.

—En quien estás pensando.

Todas las culturas del mundo lo conocían con diferentes nombres. Nadie se quedaba impasible ante el Ángel Caído.

—¿Quién lo ha convo...?

Una voz de mujer me interrumpió. Implorante, conjuraba, en lengua extraña para mí, a una fuerza superior, muy negativa, sombría y tan peligrosa que podría diezmar el mundo a su paso. Nunca había escuchado un sortilegio en esa lengua. Sí, procedía de

una extensa familia de brujas de quienes aprendí a hacer amuletos, hechizos, conjuros, algunos se recitaban en latín, sin embargo, no conocía ningún otro en una lengua similar.

—Sígueme, la voz procede del bosque.

Abigail echó a correr rauda y, aunque no quisiera, no me quedó más remedio que seguirla. Corrí tras ella agarrando los bajos de la camisa mientras nos adentrábamos en el bosque a través de senderos sinuosos,

estrechos, desconocidos hasta entonces por mí, ya que con las carreteras del siglo XXI muchos habían desaparecido. Cruzamos el

río Pocantico y marchamos a la inversa de su curso. La frondosidad de los árboles era cada vez más densa y en más de una ocasión debíamos separar nosotras las ramas, con tan mala pata que una de ellas, sin saber muy bien cómo, se me escapó de la mano y me

hizo un corte en la mejilla. Así estuvimos un buen rato hasta llegar a un claro dominado por dos colosales rocas. Debido a su disposición, aparentaban al pico abierto de un cuervo. La piedra superior tenía tallado a un ángel caído con una rodilla hincada en el suelo y la otra alzada. Su rostro quedaba oculto por la mata de pelo que caía sobre él, porque su cabeza estaba inclinada hacia abajo en señal de derrota. En una de sus manos

blandía una enorme espada en cuya empuñadura se distinguía la flor de lis coronada por unos cuernos. El resto de la decoración eran símbolos gráficos en algún tipo de lengua arcaica. Su apostura tenía una sola lectura: levantarse tras la caída.

—¿Dónde estamos? —No reconocía este lugar.

—En la Cima del Cuervo —explicó en voz baja—. Todo el mundo habla de ella, mas nadie se acerca. Se dice que quien pasa por estas tierras pierde la cordura y con la primera tormenta desaparece sin dejar rastro. Algunos forasteros cuentan haber visto a

una mujer vestida de blanco vagando si es una noche tranquila o la escuchan gritar si es una noche de tormenta.

Su relato me cortó la respiración.

—Tranquila, es la primera vez que vengo, mi madre no me dejaba acercarme —

sonrió con cariño.

Su expresión tranquila, incluso entusiasta, no me tranquilizó. Toda mi vida crecí en Sleepy Hollow y nunca supe ni de esta leyenda ni de este lugar.

Abigail comenzó a mirar a su alrededor buscando algo.

—Escondámonos detrás de estos árboles. —Tiró de mí.

Desde nuestro escondrijo teníamos una visión perfecta para no perder detalle de los

acontecimientos, además, en el centro del claro, frente a las rocas, había una mujer que si giraba la cabeza podía descubrirnos. Iba vestida con una túnica negra y tenía los brazos alzados hacia las piedras. Delante de ella, una gran hoguera flameaba; cuanto más fuerte ella conjuraba, más alto ardía. Movié los brazos extendiendo las manos y dos llamas se desprendieron para prender el grabado de la piedra. Se calló cuando el

ángel comenzó a moverse.

—Mi Señor, aquí estoy, ¿qué ordena? —Esa voz me resultaba conocida, no así la dulzura y la sumisión, eran características extrañas en ella.

—Sed... —el ángel habló con voz profunda, ronca y hueca, sin levantar la cabeza.

La mujer chasqueó los dedos a modo de señal. De un carruaje negro, del que no me

había percatado, salieron tres chicas vestidas como ella, cada una sostenía en brazos a un bebé. Rodearon la hoguera y los dejaron en un pequeño altar a los pies de las rocas.

Sus lloros desconsolados me encogieron el estómago de miedo por no saber qué les iba a pasar, aunque me lo imaginaba. Cerré fuertemente los ojos, no quería ser testigo

de semejante matanza. Un instinto maternal se fue apoderando de mí y quise gritar de

impotencia cuando los sollozos desaparecieron. Los habían matado, estaba segura.

Abigail en parte me lo confirmó porque se tapó la cara con las manos. Pero si me faltaba alguna evidencia, ahí estaba la punta ensangrentada de la espada.

Furiosa, miré al ángel. Sus alas antes caídas, ahora se elevaron un poco sin llegar a

extenderse del todo. No había recuperado fuerzas suficientes con la sangre fresca de tres inocentes, de lo cual me alegraba. Si por mí fuera, lo mandaría de vuelta de donde vino.

—Catharina, pronto nos reuniremos. Sigue las instrucciones. —Las palabras del

ángel retumbaron con tanta fuerza que un horrible dolor de cabeza me encogió. Era insoportable, la cabeza iba a estallarme en cualquier momento.

Abigail me cubrió con su cuerpo abrazándome por los hombros, quizás a modo de protección.

—Sí, mi amo —respondió ella.

Un sonido de piedras moviéndose nos ensordeció y durante unos infernales

segundos mi dolor se incrementó. Lo siguiente que oí fue el trote de los caballos seguidos del giro de unas ruedas. El carruaje se marchaba, todo había terminado.

Abigail se separó de mí sin soltarme de su abrazo. Me miró con el rostro contraído por la preocupación.

—¿Estás bien? —inquirió con cuidado.

—Sí, sí, creo que sí —contesté un poco aturdida.

—Ahora ya sabemos por qué adoleces cuando Catharina está cerca, eres muy sensible al mal —reveló acertadamente.

—¿Tú sabías esto?

—No. Siempre supe que escondía algo, y esos ojos suyos —se quedó meditabunda unos instantes—, tan oscuros en los que no puedes discernir un ápice de emoción, no son normales. Es como si no sintiera nada, ahora sabemos que no padece.

Me ayudó a incorporarme. La hoguera había desaparecido también despidiendo un repugnante olor a azufre, lo que produjo contracciones repentinas y virulentas de mi estómago. Volví a doblarme, vomitando todo su contenido. Durante ese proceso, Abigail colocó una de sus manos en mi frente. Cuando las arcadas remitieron, me limpié la boca con el bajo destrozado de la camisa. Tenía la vista nublada por el esfuerzo, pero no me impidió hablar.

—¿Qué vamos a hacer ahora que sabemos todo esto? —Este tema era de real importancia.

Su expresión mudó del temor a la firmeza.

—Buscar la verdad —dijo serena y firme.

Cruzamos una mirada cargada de intenciones.

—¿Por dónde empezamos?

—Primero, por poner a salvo a los que queremos —no hizo falta más explicación

—; segundo, este lugar.

—¿La Cima? —No me esperaba esta respuesta por su parte.

Volvió la cabeza al claro donde se realizó un ritual de magia negra.

—Debemos saber quién es realmente Catharina, y estoy segura de que este lugar nos lo revelará.

Capítulo 43 - Nueva obertura

El regreso a casa lo hicimos en silencio, respetándonos mutuamente. Yo escuchaba funcionar el engranaje de su mente a toda velocidad y ella el mío.

Iba a ser una noche muy larga.

—Mañana tenemos que hablar con ellos. —Ésa fue la despedida de Abigail a las puertas de la casa de Daniel.

Cuando llegué a la habitación, todo seguía igual, hasta Tom estaba en la misma postura en la que estaba. Era como si solo hubiesen pasado segundos, no más tiempo.

Volví a acostarme, pero era incapaz de conciliar el sueño. Nuevas incógnitas asaltaban mi mente desvelándome, deseosa de encontrar las respuestas. La historia estaba cambiando a marchas forzadas. ¿Quién acusó a Abigail de bruja? ¿Un leñador?

Y la más importante, ¿qué pretendía Catharina? No entendía como la historia, a lo largo de dos siglos, cambió tanto que se olvidaran del culto que le rendía esta mujer al ser

más maligno de todos los tiempos. La inquietud se apoderó de mi cuerpo y el único refugio donde me sentí alentada fue en brazos de Tom. «Poner a salvo a los que queremos». Esa frase me hizo abrazarlo más fuerte. La sola idea de perderlo me entristeció otra vez. Unas furtivas lágrimas se escaparon de mis ojos para terminar humedeciendo el vello de su pecho. Él, pudiendo notar mi aflicción, me abrazó más fuerte.

Me levanté nada más despuntó el alba. Como no había servicio, preparé el desayuno para todos.

Momentos después, Daniel y Tom, sentados ya a la mesa, desayunaban concentrados en sus respectivos platos. Por mi parte me era imposible la ingesta de cualquier tipo de alimento, tenía el estómago cerrado desde que vomitara la noche anterior.

Abigail vino tras hacer la compra en el mercado. Me saludó con una tenue sonrisa que para nada aflojó su gesto decidido y serio. De inmediato supe a qué era debida su visita. Dejó la cesta en el suelo, volviendo toda su atención a ellos. Ajenos a nuestras intenciones, comían como si no hubiese un mañana.

—Tenemos que hablar con vosotros —les informó, poniéndose a mi lado.

Dos pares de ojos azules se despegaron de la comida, uno mostrando lo que se dilucidaba como interés; el otro un poco molesto.

—Cecilia y yo hemos pensado que debemos trasladarnos a mi casa —dijo sin más dilaciones.

—¿Por qué? —preguntó Daniel mirándola de forma sesgada mientras seguía comiendo.

—Para protegeros.

—¿Por qué? —insistió.

—Un acontecimiento está por suceder y queremos que estéis a salvo.

—¿Por qué?

Abigail rodó los ojos con desesperación, a veces Daniel era pesado. Echó la cabeza hacia atrás respirando profundamente.

—Por favor, Daniel —puso los brazos en jarras—, ¿no puedes acatar una orden sin preguntar? ¡No te das cuenta que en el mundo suceden cosas que no tienen una explicación natural!

Su actitud consiguió que él alzara las cejas asombrado o aterrorizado, puesto que la expresión de Abigail no era muy amigable.

Tom carraspeó mientras alejaba el plato vacío de comida.

—¿Cuándo sería? —Nos observaba con cautela—. El traslado digo.

—Ahora. —La actitud cortante de Abigail no dio margen a más, o lo aceptabas o lo aceptabas, no te permitía una vuelta de tuerca. Ciertamente era que, lo presenciado ayer, nos alteró a las dos porque no sabíamos qué iba a suceder.

Furibunda, cogió la cesta y desapareció por donde había venido. Me hacía gracia verme reflejada en ella cual espejo humano.

—Ya sé de dónde te viene el carácter —comentó, burlón, Tom.

—¿Es igual que ella? —Daniel enarcó una ceja interrogante hacia él.

Tom asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba claro, le divertía como a mí.

—Muchacho, mi más sentido pésame, te compadezco. —No disimuló su broma

porque sabía que lo estaba viendo.

El día transcurrió haciendo cada uno lo que queríamos, básicamente. Abigail me tuvo ocupada redactando en el Grimorio todo lo sucedido y buscando en él hechizos para combatirlo o al menos para protegernos. Ellos, por su parte, mantenían una misteriosa como extraña quietud. Los observé en algunos momentos, cuando Abigail me dejaba respirar un poco, y hasta su silencio me pareció sospechoso. Los dos eran

muy curiosos, Tom bastante cotilla. Además, nuestra situación ya había cambiado lo suficiente para que no se acercase a mí en busca de un beso o una caricia. Tampoco era

por Abigail, porque una vez que nos acomodamos en su casa, se relajó y el nerviosismo anterior

desapareció.

El ambiente fuera no había refrescado en las últimas semanas, continuaba pegajoso, húmedo. La verdad, muy insoportable. Como añadido a todo ello, en mi olfato quedaba ese rastro a azufre que me perseguía allá donde fuera.

Cerniéndose sobre nuestras cabezas, el ocaso nos encontró encendiendo velas suficientes para tener una mayor claridad en casa. Asimismo era la señal que necesitamos para llevar a cabo el plan trazado por Abigail.

La hora había llegado.

Salí de la habitación y ella ya me esperaba en el pasillo para irnos. Decididas en acometer nuestro propósito, nos fuimos a despedir de ellos al salón, donde charlaban animadamente.

—Vamos a salir un momento, volvemos ahora —les anuncié con voz serena.

Se callaron, alzando sus rostros, mirándonos como si nos hubiesen salido varias cabezas. Al ver que no se pronunciaban, giramos sobre nuestros pies para marcharnos.

—¿Cómo que os vais? ¿Adónde es que salís a estas horas, solas por esos caminos, si puede saberse? —La voz de Daniel nos frenó en nuestra huida.

Si ya estaba nerviosa, esas preguntas me pusieron mucho más, ya que no sabía qué contestar. Abigail resopló cabreada por el oportunismo de Daniel. Se volvió hacia él cambiando su gesto de cabreo por otro más afable.

—Voy a llevarle a la anciana Canning su té de sauce negro.

Su rapidez en pensar una respuesta tan creíble me sorprendió.

—¿Acaso esa señora no puede esperar a mañana? —protestó.

—No, me lo pidió hace días y se me fue la cabeza, esta mañana me lo recordó de nuevo. —Le sonrió dulcemente—. Tranquilo, no vive tan lejos.

Daniel iba a protestar, pero Abigail se le adelantó tirando de mí para sacarme de casa.

—Si antes salimos, antes llegamos, y este majadero lo único que pretende es hacer su voluntad, venga, no mires atrás, camina tranquila —me indicó como si me estuviese

hablando del tiempo.

Poco a poco fuimos dejando la casa atrás hasta que desapareció. A partir de ese momento apuramos el paso. Dimos varios rodeos en dirección al pueblo antes de dirigirnos a la Cima. Estuvimos caminando una media hora por un camino en el que, al

poner un pie, la tierra seca se elevaba como el polvo. La vegetación frondosa en esta ocasión, al contrario que aquella noche, hacía de cortina intentando ocultar de alguna manera las actividades consumadas en sus alrededores. En ese tiempo me di cuenta de su falta de tránsito: primero, nadie pasó; segundo, las marcas de carruajes eran bien pocas. Me seguía llamando bastante la atención cómo la gente escapaba de lo desconocido y lo temido.

Pasamos los árboles donde estuvimos agazapadas encaminándonos hacia el claro.

Allí la hierba no crecía, estaba seca y crujía bajo nuestros pies. Era el único detalle destacable en la zona, por el resto, nadie diría que vimos ciertos hechos relacionados con la magia negra.

—Ese es el carruaje de los Van Tasell —señaló Abigail.

—Sí —comencé a mirar a mi alrededor—, pero no hay nadie por aquí.

—Es extraño —susurró—. Quizá hay alguien escondido vigilando nuestros movimientos.

—¡Qué desfachatez! ¿Es qué no os da vergüenza mentir a vuestros hombres? —sonó, detrás de nosotras, la voz escandalizada de Daniel.

Abigail y yo compartimos una mirada sesgada. Permanecimos completamente quietas porque era tal la impresión de sentirse cazada que yo no me movía por miedo a enfrentarme a Tom. Me llegaba con imaginar su rostro de disgusto y su ceño fruncido con esa línea que se le formaba en medio.

—¿No vais a decir nada?

—Cecilia, ¿me quieres decir qué haces aquí? —me exigió Tom.

—Investigando —contesté mecánicamente, sin separar mi vista de los árboles.

—¿Cómo que investigando? —El tono de voz de Daniel oscilaba entre el cabreo y

el asombro.

—No me lo digáis, ahora os creéis del CSI, ¿no?

—¿El cese qué? —La curiosidad de Daniel no cesaba ni en los peores momentos.

—De las autoridades —aclaró Tom.

—¡Ah, entiendo!

—¿Qué investigáis? —inquirió, con acritud, Tom.

—A Catharina —sentenció Abigail.

Nos mantuvimos en un silencio atronador. Hasta el bosque no se atrevió a hacer ningún ruido. Sin embargo, no impidió que sintiera una mirada azul en mi espalda clavándome flechas envenenadas.

—¡Perdona! —Tom se me adelantó para hablar.

—¡Esto es el acabose! —exclamó Daniel todavía más enfurecido—. ¡Estas mujeres han perdido el oremus! ¿Cómo se os ocurre perseguirla!?

Abigail se giró bruscamente, enfrentándolo.

—¿Explícame por qué está aquí el carruaje de los Van Tasell? —le reprochó, ocultando la verdadera información.

—No lo sé —le dijo airado.

—Pues eso estamos intentando descubrir.

Unas manos fuertes se apoyaron en mis hombros imprimiéndoles calor y sujetándome para darme la vuelta, pero no lo hizo, Daniel interrumpió sus pretensiones.

—¿Eso de ahí es una cueva? —Me di la vuelta y miré al lugar donde Daniel señalaba con su dedo índice—. ¿Sabías de su existencia? —le preguntó a Abigail.

—No, entremos —dijo con decisión.

Caminó hacia ella con tal espíritu aventurero que recordé a mis tías y su inquietud, que más de una vez la vi insana, por querer saber más.

—Abby, espera...

—Si no quieres venir quédate de vigía, yo entro.

Fue tajante en su respuesta, de hecho, ni se giró para mirarlo a los ojos. A regañadientes, Daniel la siguió, detrás fuimos nosotros dos.

El acceso a la cueva no era otra que la boca del cuervo. Desde la entrada no se veía

la longitud, no obstante, ya era de imaginar que sería bastante profunda, además de oscura. El pasadizo era más o menos grande, escarpado y muy empedrado debido a la

elevación de algunas rocas que nos dificultaban el camino hacia su interior, por ello debías tener mil ojos en la cara para no tropezar y abrirte la cabeza. En mi caso más

todavía, ya que mi cuerpo se debilitaba bastante rápido a causa de la fuerte negatividad que desprendía una persona: Catharina. A medida que avanzabas, la galería se estrechaba cada vez más, lo que nos obligó a ir en fila india hasta casi el final, donde volvió a ensancharse en una enorme sala con unas impresionantes formaciones rocosas.

En una de ellas se talló un altar en el que yacía el cuerpo desnudo de Catharina. No estaba muerta, solo tumbada boca arriba.

Tampoco estaba sola.

Un hombre vestido de cura celebraba misa en lengua antigua, la misma que utilizó

Catharina la otra noche. La frase más repetida invocaba al Ángel Caído. Alzó las manos sosteniendo la hostia que consagró en el sexo de Catharina. En ese momento apareció una mujer encorvada, sin apenas pelo en la cabeza y con la piel muy arrugada.

Sostenía entre sus manos a un recién nacido dormido que colocó en el cuerpo nudo de

la joven. El sacerdote, si se podía llamar así, estrujó la hostia encima del bebé en el mismo momento en que la vieja lo degollaba. La sangre del pequeñito caía

directamente en un cáliz de oro bajo los atentos y envejecidos ojos de la anciana.

El aire se me escapó de los pulmones al presenciar de nuevo esa atrocidad. Me tapé

la boca con las manos para no gritar e interrumpir este maligno rito. También me ayudó

notar la presencia de Tom, que me agarró una mano atemorizado, incluso

desconcertado y alterado. Ya me había mostrado en el futuro su incompreensión hacia ciertos hechos mágicos, a la mente me vino la conversación en la buhardilla, cuando mis tías mataron al pichón. Pero esto ya no era un conjuro de amor, sino algo más oscuro, más maligno, que ni yo misma sabía cómo explicar.

Cuando el bebé dejó de sangrar, la anciana retiró el cuerpecito llevándolo a un sitio

escondido de la cueva, realizando con él a saber qué atrocidades. El cura y Catharina bebieron el contenido del cáliz para después fornicar como salvajes, consumando así el rito.

—¿Alguna de las dos me quiere explicar qué cojones es esto? Me siento un asesino mirando lo que esta gente hace —nos reclamó Daniel en voz baja y muy molesto.

—Es una misa negra —musité entre dientes.

—¿De qué estás hablando?

En el tiempo que llevaba aquí nunca oí a Daniel tan titubeante.

—Magia negra —tradujo Abigail casi sin aliento.

—Para casa —intervino Tom con bastante brusquedad.

Me volví hacia él, debía explicarle la conexión con lo ocurrido la otra noche.

—Tom, tenemos que...

—¡No! —espetó fuera de sí—. Me niego a seguir hablando de estos temas mientras dos personas delante de mí follan como locos.

Su expresión, similar a la de un inquisidor, no dejó lugar a réplica.

—¡A casa ya!

Capítulo 44 - La cena

Cuando entré en la cocina, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Sus rostros eran la viva imagen de que en cualquier momento la palabra más insignificante podía incendiarlo todo.

Me senté al lado de Abigail, frente a Tom.

El silencio nos tenía amedrentados y no éramos capaces de romper a hablar.

Debíamos tocar un tema que no queríamos, pero estábamos obligados a hacerlo por las circunstancias.

—Ya que nadie se decide...

—¿Qué pasó en la cueva? —Se adelantó Tom a Abigail.

—Lo que visteis se llama nigromancia. —Apoyé los antebrazos en la mesa

entrelazando las manos—. Es una rama de la magia, popularmente conocida como magia negra, y con ella se acometen los actos más abyectos. El nigromante, nombre que

podríamos adjudicar a Catharina, puede leer el futuro mediante la invocación de los espíritus, incluso podría animar los cadáveres...

—¿Cómo que puede animar cadáveres? —preguntó, horrorizado, Daniel perdiendo el color natural de su piel.

—¿Zombis? —Tom también estaba superado por lo que escuchaba.

Lo miré fijamente con impotencia.

—Sí. Lo que presenciasteis recibe el nombre de misa negra porque es la perversión de la liturgia religiosa tal y como la conocemos. Para muchos está íntimamente relacionada con el satanismo.

—¿Estás segura de lo que dices? Claro que tampoco entiendo de...

—¡Lo es, Daniel! —alzó la voz Abigail—. Hablamos desde el conocimiento, ayer por la noche, en la Cima del Cuervo, fuimos testigos de cómo Catharina invocó al Señor del Mal —reveló al fin.

—¿Habéis ido a ese lugar solas? —protestó Daniel—. ¿Mujer, es que has perdido el oremus?

Se retaron con la mirada, en silencio. Abigail se estaba conteniendo para no estallar y desviarse del tema.

—Por eso te levantaste, ¿no?

Me encogí ante la mirada acusatoria de Tom. Se me escapaba la razón por la cual el azul de sus ojos brillaba de esa manera burlona única en él.

—Sí, pero... —se me trastabilló la lengua—... cuando llegué, estabas dormido —recordé.

—No, me hice el dormido. —Con orgullo, se recostó en la silla—. Me desperté y no estabas. Esperé hasta que te oí entrar en la habitación, entonces disimulé.

Resoplé molesta, no podía hacer nada que escapase a Tom Crane.

—Me daría cuenta igual, tienes un arañazo en la mejilla. —Señaló con su dedo índice.

Llevé mis dedos a la herida, que a veces molestaba, mientras lo fulminaba con la mirada. Me ponía enferma ese de aire suficiencia de: «sé todo de ti».

—Creo que me voy a arrepentir de esta pregunta —apuntó Daniel—, ¿cuántas magias hay?

—Dos, la magia negra, la peor, y la magia blanca, utilizada por las Wells desde siempre —le aclaré.

—Para los actos que realizamos, necesitamos la ayuda de los espíritus benévolos, siguiendo su principal definición: todos los seres que pueblan el mundo tienen un espíritu o un poder en su interior. Mediante los actos mágicos, se nos concede ese poder para hacer siempre el bien. —Abigail consiguió explicar el conocimiento que, durante años, las Wells aprendimos de generación en generación.

Tom se frotó la cara intentando no desesperarse.

—¿Qué tiene que ver esto con la maldición? —quiso saber con gesto de incredulidad.

—No lo sé —contesté—, supongo que Catharina está implicada, ¿cómo?, ni idea.

—¿Hay alguna manera de desenmascararla? —preguntó, desconcertado, Daniel.

—Esperad.

Abigail se levantó rauda hacia la habitación escondida al otro lado de la puerta que tenía enfrente, donde rebuscó en busca de algo. Tom, Daniel y yo nos mirábamos sin saber qué tramaba. Poco tiempo después salió con dos colgantes en la mano.

—Tomad, poneos estos amuletos, os mantendrán alejados del mal y evitará que os crucéis con Catharina.

Daniel lo miró con el escepticismo normal de alguien que no cree. Su gesto lo decía todo, sus finos labios se habían convertido en una línea severa, entrecerró los ojos y su ceño se frunció. Estaba claro que desconfiaba del amuleto de su prometida. Por el contrario, Tom lo estudió con curiosidad antes de ponérselo, al menos parecía un poco más confiado.

—Está hecho con madera de abedul, una madera muy protectora, y con Cáscara

Sagrada, una planta muy común en Nueva España. Dentro hay un pequeño ramillete de

hojas muy poderosas: Adonis, que protege contra el mal de ojo; Dictamo Blanco,

repele a los malos espíritus; reforzadas por otras como la Angélica procedente del norte de Europa por lo que me contaron. Su poder es anular todas las fuerzas del mal.

A medida que Abigail detallaba minuciosamente los amuletos, fui captando un olor bastante fuerte que parecía pegarse a las paredes de la nariz.

—¿A qué huele?

—Es asafétida —me sonrió—, otra planta protectora, muy olorosa en comparación con el resto. Tiene diversos nombres, como estiércol de diablo o incienso del diablo.

Una de sus funciones es ahuyentar el mal. —Volvió la mirada para ellos—. Esta casa está protegida por ajo, helechos, sauce, entre otras plantas que no permitirán la entrada de Catharina, cuento también con algún que otro hechizo que os mantendrá protegidos.

—¿Por dónde empezamos? —Tom nos miraba alternativamente a las dos, con el cuerpo echado hacia la mesa y los codos apoyados en ella—. No podemos acusar a nadie.

—Habría que saber si se profanó alguna tumba —comenté.

—¿Profanar tumbas? —Daniel y Tom hablaron al unísono, compartiendo la misma sorpresa.

—Sí, utilizan las vísceras de los muertos para la adivinación —explicó Abigail—.

Podemos ir mañana, puedo ir a llevarle flores a mi madre...

—De eso nada —irrumpió Daniel—. Si es cierto que este cachivache nos mantiene a salvo, podemos salir y mirar.

—Daniel tiene razón, nosotros llamaremos menos la atención, en cambio, si lo haces tú, cuando ese hecho salga a luz, todas las miradas se pondrán sobre ti —alegó

Tom—. Debemos parar la acusación para que no maldigas, así que no podemos lanzarte a ella.

—Vosotros os debéis proteger —respondió Abigail contundente.

—¿Qué propones? —le pregunté.

—Vuestras escapadas deberán ser por la noche. Durante el día podéis estar en casa

o pasear por el pueblo con normalidad, así, mientras nosotras averiguamos algunas cosas en el mercado, más podrá sonsacar el maestro Crane. Pero dudo que la gente sepa de estas prácticas porque se realizan en la temida Cima del cuervo y nadie va por

allí.

Los cuatro nos sostuvimos la mirada con la aprobación pendiendo de nuestros ojos.

—Está bien, de momento lo haremos a vuestra manera —aceptó Daniel—. ¿Abigail, podemos hablar a solas?

Asintió en silencio, con su mirada clavada en la azul profundo de Daniel. Su rostro

no dejaba entrever ningún tipo de emoción, ahora bien, eran sus puños los que mostraban que estaba muy nervioso. Abigail, tratando de aparentar tranquilidad, se

levantó con la cabeza alta y el mentón levantado, claramente a la defensiva. Esa imagen me hizo sonreír, me recordó a mi hermana y, en parte, a mí también. Desaparecieron por el pasillo, solo se escuchó una puerta cerrarse más fuerte de normal, sin llegar a

ser un portazo en toda su esencia.

Todavía con mis manos entrelazadas en la mesa, volví la cabeza a mi derecha, frunciendo los labios fastidiada, además de cabreada, no con nadie en especial, sino por la historia que se estaba torciendo en una madeja sucia, roída con el tiempo, perdiendo así detalles fundamentales. Cerré los ojos, quería poner la mente en blanco.

Lo necesitaba, pero la calidez de una mano grande cubriendo las mías no me lo permitió. Quise pasar de su tacto, y, como siempre, Tom se interpuso.

Mi cuerpo comenzó a responderle.

Un dedo largo y huesudo se metió entre mis manos dibujando sensuales círculos hasta que finalmente las separó. Lo miré, notaba mis mejillas encendidas por las caricias de sus dedos en mi palma. Él hacía lo propio con una mirada intensa, picante,

y su iris azul flamante de deseo. Era incapaz de separar mis ojos de los suyos, me tenía atrapada en una red sensual en la que solo debía dejarme arrastrar por él.

Mi mano respondió a la suya como si fuesen amantes.

Hacían lo que mi cuerpo llevaba días añorando: temblar bajo el cuerpo de Tom.

Sus dedos avanzaron estimulando la fina piel de mi muñeca. En ese instante cerré los ojos, soltando el aire entre mis labios embargada por el deseo. Necesitada de un mayor contacto, me eché hacia delante. Movida casi por la lujuria, tomé su mano entre

las mías, bajé los ojos para mirar, cual *voyeur*, como hacían el amor. Nuestros dedos se entrelazaban, nuestras manos se abrían y se cerraban en torno a la otra, se amaban.

Memoricé cada línea, cada detalle, recorrí cada centímetro de piel que iba desde la punta de sus dedos hasta casi el antebrazo, ya que tenía la camisa remangada.

Me enardecía ver en silencio como su mano respondía a las mías.

Deseaba tenerlo entre mis piernas.

—Imagina que nuestras manos somos nosotros entrelazados. —Su voz enronquecida, sus palabras prendieron más fuerte en mi interior.

Temblé.

—Así temblando me gustaría tenerte debajo de mi cuerpo, sostenerte cuando el placer irrumpa en ti y beber tus gemidos. —Su descripción me excitaba más.

—Tom. —Suspiré sin poder contenerme.

—Me tiene loco imaginarme como un simple roce endurece tus pezones debajo del corsé —gimió quedamente.

Abrí los ojos ofreciéndole una mirada lasciva reflejo de la suya.

—Hazme el amor —lo provoqué con mi petición.

Sonrió y, con movimientos rápidos, medidos como los de un felino, se levantó, llevándome a mí con él para la habitación. Abrió la puerta y la cerró con una mano, apoyándose luego en ella. Nos abalanzamos consiguiendo que la distancia entre nuestros cuerpos desapareciera, lo que me permitía recrearme en la dureza de su miembro y frotar mi entrepierna contra él. Nuestras bocas se unieron en un beso fiero, con ganas, satisfaciendo así todo ese tiempo perdido.

Rompió el beso para deshacerse de mi molesta ropa. Muy avezado, me sacó el corpiño y desató el corsé. Iba a quitarme la falda cuando Tom, con dedos nerviosos, se

hizo cargo. Se fue agachando a medida que la deslizaba con ímpetu por mis piernas.

Desató las almohadillas y, por último, tiró de la camisa hacia abajo, dejando al descubierto mi sexo desnudo. Lo miró tan intensamente que sentí palpar mi carne excitada. Agachado todavía, me abrió las piernas con una mano que se deslizó por mi

pubis, suave, con una decadencia que me hacía vibrar. Me mordí los labios, así ahogué

un suspiro para que nadie oyera lo que ocurría. Perdida en el placer de sus estimulantes caricias, introdujo uno de sus dedos largos en mi húmedo interior. Jadeé

por la sorpresa al sentirlo moviéndose dentro mí, mientras su pulgar separaba mis labios hasta rozar con la yema ese punto de mi cuerpo. Me estremecí y me deshice en

su mano.

Paró sin dejarme culminar, de ese modo comprendí que no conocía los límites de seducción de Tom. Se irguió mirándome con ardiente deseo que me cortó la

respiración, me traspasó el cuerpo como un rayo para alojarse en mi bajo vientre.

Acercó su dedo bañado por mi esencia a mis labios. Los perfiló hasta que, en un arranque, abrí la boca y lo atrapé. Lo recorrí con la lengua, paladeé mi sabor mezclado con el de su piel absorbiendo una mezcla que me alteró más los sentidos, a él también,

su respiración agitada me lo hizo saber. Sonriendo de forma ladeada, dio unos pasos hacia atrás, y poco a poco lo retiró de mi boca. Frente a mí, despacio, empezó a desnudarse, exhibiendo cada parte de su cuerpo que iba quedando libre de ropa, calentando más mi sangre. Observé desesperada cada fragmento de su blanca piel, cada línea de su fuerte y delgado cuerpo.

Desnudo por fin, salvó la distancia que nos separaba con un paso. Cogiéndome por

sorpresa, Tom me izó y le rodeé la cintura con mis piernas. Sin perder tiempo, metí una mano entre nuestros cuerpos, necesitaba tenerlo dentro de mí. Rodeé su enhiesto pene

para guiarlo hasta mi trémula hendidura. Poco a poco dejé caer mi cuerpo sobre él, pero Tom, ansioso, con un movimiento de caderas, se introdujo profundamente en mi interior. Los dos jadeamos como única respuesta.

Comenzamos a movernos al unísono, rápido, casi de forma salvaje. Me besó con mi

sabor impregnado en mis labios y en mi lengua. Fue un beso a cámara lenta, como si

quisiese que no quedase nada de mí en ella. Tom bajó sus manos de mi cintura a mis

nalgas para apremiarme a cimbrear más rápido las caderas. Lo hice con las palmas de mis manos en sus hombros y mis talones clavados en su trasero. Era tan exquisita la sensación de volverlo a sentir que eché la cabeza hacia atrás suspirando fuertemente,

arqueando también la espalda. Perentorio, recorrió con húmedos besos la línea de mi

mandíbula, bajó por mi cuello acariciando con la punta de su húmeda lengua el hueco

situado en su base, estimulando mi piel a cada roce de su barba. Su cálida boca lamió,

succionó, mordisqueó uno de mis pezones, soplando después, lo que consiguió que el

contraste me excitase más.

De repente me vi separada de la puerta. Me sujeté a él, que se encaminaba hacia la

cama donde me tendió. Mi piel acalorada entró en contacto con la sábana fría, sensación que agradecí. Tom, de pie al borde de la cama, con mis piernas todavía rodeándole la cintura, clavó sus dedos en mis muslos, se retiró un poco y se hundió de

nuevo. Transportada fuera de la realidad, a un mundo donde solo Tom y yo teníamos cabida, nuestras caderas se movieron de nuevo manteniendo un ritmo constante.

Sin fuerzas ya para seguirlo, cerré los ojos a la vez que estrujé la sábana con las manos. Debía agarrar algo para no desfallecer en las olas del placer más absoluto que

en mi vida sentí. Embargada por el amor más puro y sincero que jamás había crecido

en mi corazón, mi cuerpo estalló. Tras dos fuertes embestidas, Tom gruñó llegando al

clímax. Aún jadeante, se tumbó encima de mí.

—Me tienes loco de amor, Cecilia —me confesó sin aliento.

Abrí los ojos y lo que vi me emocionó. Su sonrisa pícaro alegraba sus rasgos afilados, sin embargo, fue su mirada azul clara la que me mostró el amor que resguardaba en su interior, inconsciente, hasta ese momento, de lo profundo que era.

Perdida en sus ojos, yo también me confesé:

—Tú también a mí.

Capítulo 45 - De la mañana al ocaso

Pasamos toda la noche entrelazados.

Nos mecimos por la necesidad de sentir nuestros cuerpos fundidos, convertidos en

un solo ser, hasta que el placer nos dejó agotados, sin aliento, sudorosos, pero juntos.

Esa noche nos reencontramos, nos redescubrimos el uno al otro, dando lo mejor de nosotros. Fue la manera de compartir el amor, estábamos abocados a vivirlo con intensidad, como marcaba la historia familiar que parecía unirnos nada más nacer, y el

dolor que por vivencias arrastrábamos, aunque ahora parecía mitigarse en brazos del

otro.

La claridad me molestó en los ojos. Comenzaba a entrar por la ventana un nuevo día

de agosto. Me desperecé, sentía el cuerpo lánguido después de hacer el amor hasta la

extenuación. Todavía sin fuerzas, mi humor era alegre, no había una razón concreta, excepto porque quería gritar de felicidad. Alcé un poco la cabeza y comprobé que estaba amaneciendo. Desde la cama podía contemplar como los rayos del sol teñían las

nubes en tonos de amarillos, rojos, naranjas, lila o rosa, también el cielo casi despejado enseñaba ese azul tan suyo, similar a los ojos del hombre que dormía reposadamente a mi lado. Volví la vista hacia él y sonreí. Estaba boca arriba, con un

brazo estirado al lado de su cuerpo, el otro encogido sobre su pecho con el puño.

Impulsiva como siempre, me giré apoyándome sobre mis codos con cuidado de no

perturbar su sueño, no quería que se girase y me diese la espalda. Lo conseguí. Pude

observar, mientras dormía, sus rasgos alargados, sus largas cejas relajadas, sus pómulos altos, la línea cuadrada de su mandíbula cubierta por esa barba suave que hacía las delicias en mi piel, sus labios finos, un tanto rosados, clamaban por ser besados. Respirar, eso sentí cuando mi boca se unió a la de Tom. Antes no me había

dado cuenta de lo inerte que estaba, respiraba porque era un acto reflejo en el ser humano, sin embargo, desde que mis labios sorbieron la savia desprendida por este hombre, mi espíritu ahora era más calmoso. Sus besos eran un nuevo hálito para mi persona, sobre todo para mi corazón. Esta relación aumentó mi percepción de que una

magia ancestral nos envolvía haciendo desaparecer el mundo a través de una lenta música que fluía de nuestros cuerpos: los latidos acompasados de nuestros corazones.

¿Esto fue lo que sintió Emily por Jason? ¿Esa sensación de no haber más horizonte

que el de sus ojos? ¿Saber que toda mi existencia giraba en torno a él? ¿Que nuestra

vida comenzaba y terminaba en la del otro? Estaba convencida de que mi hermana lo

experimentó con la misma intensidad que yo, por eso, siendo cada vez más consciente

de mis sentimientos por Tom, más arrepentida estaba de mi comportamiento para con

ella. Jamás me iba a perdonar cómo la traté. Un pellizco de dolor provocó un pequeño temblor en mi corazón. Como si lo presintiera de algún modo que siempre se me escapó, Tom giró la cabeza hacia mí y abrió los ojos. Su azul resplandeció en el momento en que nuestras miradas se toparon. Por instinto, al menos eso creí, sus labios se estiraron en una sonrisa amplia.

—Respira, Cecilia —dijo con voz adormecida.

Reí con ganas, colocando mi frente en mis manos entrelazadas.

—Ya lo hago...

—No —se rio también—, el aire se te quedó congelado en algún lugar entre tus pulmones y tu nariz.

Levantó un dedo con el que acarició el puente de mi nariz hasta la punta. Tomé su

mano para besarle el centro de la palma.

—Te quiero —confesé—. Creo que esta frase no demuestra todo lo que siento.

Bajé la mirada con timidez, era la primera vez que decía en alto estas palabras, pero creí que debía hacerlo, por mí, por él, por los dos. Era sincera. Tom se incorporó y me cogió la cara entre sus manos.

—Me pasa lo mismo, todos los días te despertaría y te acostaría con un te quiero.

Comprendo que nuestros sentimientos van más allá de esas dos simples palabras. —Se sentó en la cama, volviendo a besarme.

Me acarició las mejillas con sus pulgares mientras sus ojos recorrían las líneas de mi redondeado rostro.

—Tus besos me dejan sedientos de más y cuanto más te beso, más ganas de ti tengo.

No puedo contenerme cuando estás junto a mí. No puedo tenerte abrazada sin besarte.

—No quiero que te contengas, Tom —le pedí con voz quebrada.

Nuestros labios se juntaron de nuevo, nuestros alientos se hicieron uno, mientras nuestras lenguas se enredaban en un sensual baile que despertó mi cuerpo. Tom se separó y me miró de nuevo, esta vez con ojos encendidos y la respiración alterada.

—Si las palabras no pueden hablar por nosotros, lo harán nuestros actos.

Así, de repente, me levantó cual peso pluma para situarme encima de él

aprovechando su erección matutina, pero unas pisadas al otro lado de la puerta nos avisaron que la vida despertaba tras el descanso de la noche. Lo miré, e

incorporándose un poco, me besó en la frente.

—Debemos levantarnos —anunció sin voluntad—. Yo me quedaría así por el resto

de mis días, es como mejor estoy, Cecil.

Era la primera vez que utilizaba el diminutivo inventado por Emily. En otras circunstancias, hubiese generado una hecatombe de consecuencias monumentales, hoy por hoy me hizo quererlo más.

—Te quiero, Tom Crane —susurré con voz temblorosa.

Él me miró fijamente, luego me besó.

—Yo también a ti, Cecilia Wells.

Esa misma mañana, después de desayunar, Abigail y yo salimos hacia el mercado.

Debíamos adquirir una serie de plantas que se requerirían en un futuro no muy lejano.

Algunas purificadoras, otras protectoras, nada era suficiente para combatir a Catharina y el mal que con ella venía.

El mercado, como cada día, estaba abarrotado de gente, tanto que caminaba pisando

los talones de Abigail entre rumores, miradas contritas, dedos alzados en nuestra dirección señalándonos con descaro. Mientras el cuatro de julio estaba presente aún en

sus retinas, eran inconscientes de la realidad que rodeaba a la bella Catharina. El North Tarrytown del siglo XVIII, como el Sleepy Hollow del siglo XXI, estaban infestados por las gloriosas lenguas de sus convecinos que hacían más llevadera la hora del té.

Llegamos al puesto de hierbas y el buen hombre nos recibió muy atento y amable.

Abigail le pidió hablar con su esposa comentándole la urgencia del caso. Sin dilaciones, nos mandó pasar al interior de la carreta. Allí, una mujer de mediana estatura, delgada, de piel curtida por el paso del tiempo, pelo cano y rizado, de sonrisa cordial, nos atendió ofreciéndonos asiento. Ella lo hizo frente a nosotras, prestando gran atención a las palabras de Abigail, que quería consejo sobre plantas. La vieja nos escrutó a cada una y fue rotunda en su aseveración:

—Una larga sombra os cubre.

Ágil, se levantó de su pequeño taburete y se acercó a la mesa de madera que ocupaba toda la pared a mi diestra. Estaba dividida en pequeños segmentos en cuyo interior había ramitas, flores o frascos. Rebuscó rápida entre todos ellos.

—Las plantas que sanan —habló dándonos la espalda— destacan porque cuanto

más peligrosas son, como el Estramonio, la Belladona o la Mandrágora, más poder contienen. Potencian las pociones, de este modo obtendremos más energía; nuestros poderes físicos se manifestarán y la conexión con la Naturaleza se agrandará. —Se volvió a nosotras concentrada y con las manos llenas—. Si lo que necesitáis es protección contra el mal, debéis saber que muchas plantas os ayudarán. La Artemisia

ahuyentará a todos esos seres malignos que entraron en el solsticio de verano y que se quedaron morando entre los humanos; toma, muérdago...

—Sí, me lo había dado para los malos sueños —recordó Abigail.

—Muy bueno para todo, en este caso, quemarlo en casa la mantendrá aislada de las fuerzas malignas; la Salvia destruirá cualquier maleficio, cógela no crece en estas tierras, sino en el nuevo condado de Otsego; adormidera —levantó un pequeño frasco

—, como bien indica su nombre, adormece los sentidos, en grandes cantidades se cae

en una profunda ensoñación. La corteza del olmo, aquí tienes, es buena para atrapar al

mentiros, porque confesará toda la verdad sin enterarse. Y la madre de todas las hierbas —se dio la vuelta y cogió unas ramitas—, el ajenjo, me lo dio un amigo comerciante de Albany, os protegerá de cualquier peligro humano o sobrenatural.

La señora escrutó con detenimiento todo lo que nos había dado señalando con el dedo cada una de las plantas como si estuviese haciendo un recuento mental.

—Barrunto que no precisáis de nada más, pero para cualquier duda estoy aquí —
sonrió encantada.

Nos despedimos del matrimonio y salimos a la carrera. Aunque no lo hablamos de forma abierta, compartíamos un mismo pensamiento: no dejarlos solos por mucho tiempo. Si las palabras de la mujer eran ciertas y una sombra alargada se cernía sobre nuestras cabezas, más peligrosa sería para Tom o Daniel, personas ajenas al mundo de la magia que, por ende, precisaban una mayor custodia. No podíamos saber cuánto poder acumulaba Catharina, tampoco quién era. Yo sospechaba que detrás de ella había una bruja de las maléficas que utilizaba todo su dominio extrasensorial para alterar el mundo y alcanzar así sus fines. Además, su belleza, su arte de seducción, incluso su presencia, la ayudaban a integrarse entre la gente sin mostrarse tal cual era.

La imagen de mis tías retornó a mi mente. Estos últimos días las extrañé mucho, el empuje de tía Faith, la dulzura de tía Alondra, su sabiduría, sus locuras, sus ropas, siempre pensé que fueron mis tías quienes revivieron el gusto por la moda *vintage* y no ningún modisto de alta costura. Tía Faith, con sus colores rojo, teja, verde, colores intensos, fuertes como era su carácter, su espíritu; tía Alondra gustaba por el beige, rosa palo, blanco, colores que contrastaban con sus ojos color miel y su melena larga

de tirabuzones rubios que caían de manera natural sobre sus hombros y a la luz del sol resplandecían, a veces, con tanta potencia que el astro rey parecía querer recuperar los rayos que cayeron a la tierra y se quedaron prendidos en su melena.

Las añoraba más que cuando estuve seis años sin mantener el contacto con ellas. Esa actitud tampoco me la perdoné jamás.

Esa mañana, tras llegar a casa, Abigail y yo limpiamos hasta la saciedad. Después, siguiendo los consejos de la anciana, en un quemador con brasas muy calientes colocamos muérdago y Artemisia. Durante bastante tiempo recorrimos cada una de las habitaciones ambientándolas lo suficiente para que el olor permaneciera en ellas. La fragancia no era desagradable, sino penetrante, muy relajante. No obstante, conmigo tuvo poco efecto, porque a medida

que el día pasaba, más nerviosa me ponía la llegada

del ocaso, y Tom, para colmo, se percató. Estuvo a mi lado todo el tiempo, sin preguntar, quizás esperando a que saliera de mí contarle mis preocupaciones. No lo hice.

El ocaso llegó y sucedió lo esperado.

Tom y Daniel salieron de casa vestidos de negro, con la misión de observar alguna

maldad en el camposanto. Hacía bastante que se habían marchado, de hecho, el cielo ya

estaba oscurecido, salpicado por la luz de las estrellas. Las dos compartíamos la espera impacientes, con el presentimiento de que nada malo les había pasado, pero las

horas transcurrían muy lentas y la tardanza aparentaba casi ser infinita. Abigail comenzó a caminar por la cocina mientras yo permanecía sentada para no caer en un ataque de histeria. Con la cara apoyada en una mano, dejé por unos instantes la mente

en blanco, ni supe cómo lo conseguí. Mi alejamiento de la realidad duró poco al percibir la presencia de Tom antes de verlo.

—Ya vienen. —Alcé la vista, y la expresión antes nerviosa de Abigail ahora lucía

más relajada con esa sonrisa que le iluminaba la cara.

—¡Buenas noches, señoras mías! —saludó un Daniel feliz.

Tom dejó la casaca en el respaldo de una silla, de seguido se acercó a mí dándome

un fugaz beso en los labios a modo de saludo.

—¿Y qué? ¿Descubristeis algo? —inquirió Abigail con premura.

—Querida, por supuesto, no podíamos regresar a casa con la manos vacías.

—Daniel, no te chancees. —Lo apuntó con el dedo.

Él sonrió y, orgulloso, colocó un brazo alrededor de los hombros de Tom.

—Gracias a locura de este joven muchacho, descendiente mío, sangre de mi sangre,

podemos informaros de varias cosas.

Tom muy lentamente giró el cuello hacia Daniel, lo observó en silencio, con una mirada sesgada, cejas alzadas, hasta que se separó de su agarre y lo enfrentó.

—Después de regañarme durante todo el camino como si fuese un niño de tu

escuela, ¿dices que mi locura es agradecida?

—Nunca he dicho que tu locura fuese mala, pero es verdad que te reñí por tu locura

—le argumentó.

—¿Queréis contar de una vez lo que habéis visto, escuchado o hecho? —Abigail, harta de la actitud de Daniel, con los brazos cruzados delante de su guardapolvo, mostró su enfado.

—Hay tumbas profanadas —soltó Daniel sin más dilaciones.

—Contamos unas siete y al no ver a nadie sospechoso, decidimos volver a la Cima del Cuervo. —Tom negó con la cabeza.

—Allí estaba Catharina observando y ordenando cómo transportar los cadáveres al interior de la cueva —se anticipó Daniel a la pregunta de Abigail—. Tom se agazapó más cerca de ellos para escuchar su conversación.

—Dime que no te vieron, por favor —le pedí temerosa

—Cecilia, estoy aquí, claro que no me vieron. —Se agarró al respaldo de la silla

—. Soy militar, sé moverme en la oscuridad, ir vestido de negro ha ayudado.

Su sentencia no me convenció, pero asentí porque estaba en casa.

—Venga, habla, ¿qué decían? —Abigail estaba nerviosa por la expectación.

—En principio, no van a levantar más tumbas porque un tal Amo no quiere llamar la atención. Dentro de tres noches se reunirán en ese mismo lugar.

Abigail y yo cruzamos una mirada silenciosa comprendiendo el objetivo de los acontecimientos.

Daniel carraspeó llamando nuestra atención.

—¿Alguien me puede explicar esas palabras?

—El lugar es la Cima del Cuervo —dije convencida.

Daniel chasqueó la lengua con las manos en jarras y las aletas de su nariz abiertas.

—¿Sabéis qué pueden tramar?

—Un aquelarre —aclaré—. Este sábado será el siguiente. —No me creía ni mis propias palabras.

—Deberíamos ir y saber qué pasa —me comentó Abigail obviándolos.

—¿¡Qué!? —alzó la voz Daniel muy molesto—. Ya habéis ido una vez solas aún a

riesgo de ser atacadas por cualquier rufián —cargó sobre Abigail la culpa—. ¡No vuelvas a ir por allí!
¡Te lo prohíbo! —La apuntó con el dedo índice dando más énfasis

a sus palabras.

—¿Y quién lo dice? —Ahora la molesta era ella.

—Tu prometido, ¿es que no basta con eso?

—Lo volveré a hacer si es necesario, y lo es.

Los dos se fulminaban con la mirada. El mentón de ella se levantó con orgullo, la
apostura de Daniel era dominante.

—Vale, ya está —se interpuso Tom—. Encontraremos una solución.

—Y la hay, por supuesto que la hay, iremos los cuatro, nada de volver solas por esos caminos infernales,
¿estamos? —Daniel nos miró alternativamente a Abigail y a

mí.

Ella refunfuñó entre dientes palabras que no alcancé a comprender.

—¿Estamos?

Las dos asentimos. No podíamos hacer otra cosa que aceptarlo si no queríamos despertar la furia de
Daniel. Que ellos vinieran no me daba tranquilidad, de hecho,

nada más pensarlo, mi corazón se encogió por un extraño temor que lo envolvió.

Busqué con la mirada a Tom. La encontré. Él aparentaba estar mucho más tranquilo

que yo, como si estuviese acostumbrado a estas lides, quizás lo estuviese, no obstante, no amortiguaba
ese miedo que sentía por nosotros.

Volví a temer perderlo.

Capítulo 46 - El aquelarre de las brujas

En esos tres días, los nervios se hicieron cargo de la situación, más en el caso de

Daniel, que no nos perdonaba nuestra excursión nocturna a ese lugar del bosque, que se

negaba a nombrar, porque según él era como estar invocando a las vetustas historias narradas por
habitantes y viajeros. Gastaba el tiempo entre los libros que le cogimos

de su casa, además de sus continuas charlas con Tom.

Una noche, tras haber hecho el amor, Tom me contó que Daniel actuaba de ese modo por temor a perder lo que más amaba: Abigail. Su propia vida era lo de menos, pero le asustaba no poder convertir esta lucha en un simple duelo para mantenerla a salvo. Sus propias creencias, muchas de ellas meras supersticiones, no lo dejaban avanzar, por eso a veces parecía superado. Tom, haciendo de psicólogo, le expuso alguno de sus miedos, aunque recalcó que él se fiaba de nosotras, de nuestros conocimientos y que nada, ni mágico ni terrenal, conseguiría mitigar su amor por mí.

Sus palabras me conmovieron y me hicieron reflexionar sobre mi pasado. En otro tiempo, que ya parecía muy lejano, renegué de quién era gracias, sobre todo, a la ciudad de Manhattan. Allí me refugié convirtiéndome en anónima, olvidándome de mi

naturaleza, desprendiéndome de todo. Ahora lo estaba pagando con creces, porque si no me hubiera marchado, mis tías me hubiesen enseñado más. También era cierto que tras la vuelta de Tom de las montañas, mi cuerpo estaba cambiando, en cierto modo estaba más sensible, no solo al mal, sino que me sentía más poderosa. Lo achacaba a

ese vínculo generado con Abigail, de quien aprendí en esos tres días algunas pócimas, encantamientos y conjuros.

No obstante, mi momento favorito era estar con él, encerrados en la habitación haciendo el amor. Arañaba y saboreaba la felicidad cuando él estaba sumergido en mí,

sus labios sobre mi piel, sus manos recorriendo cada recoveco de mi cuerpo. Él era mi adicción sin terapia para curarme. Mi mejor antídoto.

¡Ojalá pudiera congelar el tiempo! Lo haría sin dudar. Pero no pudo ser.

El sábado llegó con bastante ímpetu. Abigail y yo esperamos la llegada de la noche encerradas en la habitación secreta, haciendo una pócima a base de ciertas hierbas con corteza de olmo. Teníamos que dejarla reposar hasta que los aceites de cada una de las plantas se convirtiesen en un jugo de color dorado. Para finalizar nos cogimos de las

manos y, rodeando el caldero, pronunciamos un pequeño conjuro rogando por la liberación de sus poderes. Mientras, Daniel y Tom lo llevaron cada uno a su manera: el

primero, nervioso por lo desconocido; el segundo, entusiasmado, casi inconsciente en un pretencioso intento de no mostrarse muy ilusionado, ya que los temas relacionados

con la magia comenzaban a atraerlo.

Acompañados por el manto de la noche, salimos de casa. La naturaleza estaba estática, congelada por un pavor que se filtraba a través de los poros de mi piel. La vida en ella se estremecía y, suplicante, atravesaba la suela de mis zapatos. Lo peor era correr con el corsé, apenas podía respirar con cierta normalidad, el peso del vestido

también influía negativamente. Estas ropas eran muy incómodas. Para presenciar un acto tan ignominioso hubiese preferido unos vaqueros, una camiseta y mis Converse, al

menos no iría disfrazada.

En el oscurecido cielo, si levantabas la vista, podías ver como una luz reverdecida

iluminaba lo alto del bosque ocultando, a la par, el resplandor de la luna de agosto. No corría una sola brisa de aire, pero la luz, cual aurora boreal, se desplazaba oscilante.

Si parabas a verla durante más de unos segundos, te hipnotizaba con una fuerza inusual

proveniente de una fuente maligna de energía.

—Corre y no mires al cielo, por favor, no lo hagas —le supliqué a Tom.

Su respuesta fue cogerme la mano y besarla. Para él fue la mejor; yo solo quería protegerlo. En esos instantes, como si se hubiese escapado del cielo, percibí el vuelo

de un ángel que delante de mis ojos se encarnó en Emily. Flotaba en el aire sonriente,

irradiando alegría. Me miraba con el amor infinito que dos hermanas se debían profesar desde el mismo momento en que sus ojos se contemplaban.

—Sigue, no pares, Cecil, corre con todas tus fuerzas y zanja aquello que no pude, hazlo por nosotras, por vosotros tres, lo merecéis. Recuerda, cuando me necesites, solo llámame y estaré ahí junto a ti. Te quiero, hermanita. —Una suave aura me rozó la mejilla.

«Emily», pensé con un nudo oprimiéndome la garganta. En todo este tiempo fue la

primera vez que la percibí a mi lado tan de cerca.

Cruzamos el río y fuimos monte arriba. Nuestro camino lo guiaban asquerosos

insectos que parecían salidos del mismo inframundo. Iban en fila india, ni se asustaban de que los siguiésemos o los adelantásemos. A medida que nos acercábamos, el fragor

de la celebración se hizo más intensa, como la luz, y lo único que pude distinguir fueron los graznidos de los cuervos.

Llegamos en plena efervescencia de los actos.

Todo giraba en torno a un gran caldero, donde dos seres muy similares a los sátiros, mitad hombre mitad carnero, cabeza con una abundante mata de pelo, orejas puntiagudas y cuernos, nariz chata, cola de cabra y una erección constante, arrojaban ranas, sapos, serpientes, escorpiones, arañas, tritones y salamandras. En el humo verdoso desprendido del caldero se podían distinguir unas figuras espectrales que tocaban, frenéticos, unos tambores. Por el suelo, a su alrededor, había ropas tiradas, esqueletos humanos y de animales, cráneos, puñales ensangrentados y una espada en lo alto de una piedra.

Todos los sátiros, o como se llamasen esos seres repugnantes, estaban acompañados de mujeres, todas ellas jóvenes, desnudas, con el cuerpo cubierto por algún tipo de ungüento que las mantenía drogadas, bailando al son de una música que al menos yo no escuchaba. Salvo los dos que atendían del caldero, el resto copulaba con ellas.

Aquello era una verdadera orgía y todos estaban entregados a la lujuria. Realmente en cada uno de ellos podías presenciar algún Pecado Capital, muchos comían carne, humana o no, sin apenas masticar; inclusive la envidia aparecía entre los sátiros que se arrebataban las mujeres y peleaban después por ellas. Además, el ambiente estaba rodeado por un olor penetrante, exótico, embriagador que te incitaba a cometer los actos más viles.

—¡Qué va a hacerle! —exclamó Daniel con un deje de horror en su voz—. ¿Es que no sabe defenderse?

—No puede, está drogada —expliqué en voz baja.

—¿Drogada?

—Está en trance, ¿no te fijas que ellas tienen sus cuerpos cubiertos de algo parecido al barro?

—Sí.

—Pues debe ser un ungüento que las hace entrar en una especie de alucinación.

Durante mi explicación no separé la vista de la muchacha que un sátiro acercó al caldero. Allí, mientras otro revolvía sin cesar, le tomó un pecho y hendió una de sus largas uñas en él. La chica gimió como si el clímax la alcanzase con fuerza. Una brillante gota roja de sangre se desprendió de la profunda herida para caer directamente en la cocción que explotó echando chispas amarillas. Estaba claro, se trataba de una virgen, solo esa sangre tenía el poder suficiente para ocasionar algo similar o mayor.

—Vaya mierda. —Tom bufó a mi lado.

—Por favor, remembrarme que no vuelva a presenciar un aquelarre, es espantoso.

Los rumores que sobre ellos oí de niña en nada se asemejan —dijo Abigail bajando la mirada.

Una afirmación muy acertada, pues en un aquelarre, criaturas que solo existían en el imaginario de la sociedad o en los cuentos, las tenías delante de los ojos.

—Catharina no está —informó Daniel.

—Tiene que estar.

—Mujer, te estoy diciendo qué no la veo —protestó.

Daniel, frustrado, se puso de pie estirándose cual largo era para ver mejor.

—¡Te quieres agachar! —Tiró de él Abigail consiguiendo que bajase.

—No veo desde aquí —reiteró de nuevo.

—Da igual, ¿quieres que nos descubran? —alzó la voz que continuaba en tono bajo.

—No quiero eso, pero mi perspectiva es muy mala, no puedo verlo todo —se defendió.

—Pues quién lo diría, pareces disfrutar lo que ves —lo reprendió.

—¡No te celes, mujer! Solo tu visión me hace perder la sesera en límites insospechados.

Daniel no dejaba de sorprenderme, pasó del susto y el estupor iniciales a estar ligando descaradamente con su prometida en medio de un aquelarre.

—Zalamero —rió ella por lo bajo.

—¡Anda, reconócelo! Te gusta...

—Siento interrumpir vuestra conversación —habló Tom—, estoy viendo a Catharina en el altar. —Señaló con el dedo para que nos fijásemos.

Encima del altar, un ser bípedo, una especie de yeti, con el cuerpo cubierto de pelo oscuro y dedos largos, copulaba con una Catharina desnuda y completamente

inconsciente. Las arremetidas eran muy fuertes, pero ella no se movía, solo sus senos.

Todavía penetrándola, al menos eso me pareció, la cogió por los hombros irguiéndola, de seguido se pasó un dedo por el torso y acercó la boca de Catharina. Poco a poco ella fue reaccionando a la ingesta de sangre o al líquido que fluyera por las venas de

ese ser. Él echó la cabeza hacia atrás y aulló al astro nocturno. La luna hacía acto de presencia justo en ese instante, resplandecía a través de las nubes que se ceñían sobre el lugar, aunque su color era una clara advertencia.

—La luna esta roja —musité aterrada.

Busqué con la mirada a Abigail. Al igual que yo, sabía lo que eso significaba.

—Muerte —lo descifró para oídos inexpertos.

—¿Muerte de quién? —Daniel recuperó parte de su alteración.

—No sé, mas cuando la luna está teñida de rojo es que la muerte ronda cerca. —Un escalofrío me recorrió entera nada más decir estas palabras.

—Las tonalidades que a veces muestra la luna, ya sean doradas, amarillentas o rojizas, se deben a su posición cercana al horizonte, porque la luz que proviene de un astro atraviesa una cantidad mucho mayor de atmósfera que dispersa el componente azul de nuestro satélite permitiendo el paso en línea recta a este componente rojizo a nuestra vista.

Tres cabezas giramos hacia Tom que seguía con la vista pegada al frente. Al darse cuenta, nos miró sonriente, con ese aire de suficiencia que tan nerviosa me ponía a veces.

—Cultura general —se defendió de nosotros.

—La muerte ronda muy cerca y puede ser cualquiera, nadie está libre de su hoz —contestó Abigail muy seca.

Las palabras de Tom, las entendiese o no, la encendieron, ya que rebatían incluso lo que mis tías nos enseñaron sobre las señales que los astros nos daban.

Tom le ofreció una mirada sesgada, inquisitiva también.

—Te está bien por ser tan petulante —le encasqueté.

Se encogió de hombros y sentí un comienzo de enfado dentro de mí.

En esos instantes, un rayo rojizo alumbró la piel de Catharina dejando ver la marca del mal, una estrella de cinco puntas con la cabeza de un macho cabrío en su interior.

—Lleva su sangre —susurró Abigail.

A un tiempo, a todos se nos cortó el aire y compartimos las mismas miradas de estupor.

—La ha convertido —se me escapó el aire entre los dientes.

—¿En qué? —Tom me miró confuso esperando una respuesta.

—En un ser igual que él.

—Catharina es la puta del enemigo más infame de Nuestro Señor —le respondió Daniel.

Volvimos la mirada hacia el altar donde la cópula comenzaba de nuevo.

Capítulo 47 - Catharina o una arpía con nombre de mujer

Abigail y yo estábamos en el jardín delantero, le ayudaba a plantar unas semillas y a trasplantar otras plantas, pero las dos sentimos la misma presencia oscura que se acercaba sin remisión.

No nos equivocamos.

El carruaje de los Van Tasell se paró delante de casa con esos dos negros corceles

que te quitaban el aliento por el miedo que inspiraban. Con una elegancia innata, Catharina bajó con un sobre blanco entre sus manos. Vestía en una tonalidad de rojo muy similar al que en el siglo XXI se le conocía como Rojo Dior. Un rojo profundo y

muy vivo que contrastaba con su piel pálida, casi fantasmal. Nos observaba con indiferencia, aunque sonreía arrogante.

—Qué imagen más idílica, me recuerda a un cuadro que vi hace tiempo, retrataba la vida campestre, las figuras plantaban cereales, claro está, no hierbas que curan todos los males. —La maldad y la victoria bailaban en sus ojos negros.

—¿A qué vienes Catharina? —inquirió Abigail con un claro deje de furia.

—Si por mí fuera, aquí no estaría. Mi padre me insistió en venir para daros personalmente la invitación a su cumpleaños. —Miró hacia los lados—. Por cierto,

¿dónde están el maestro Crane y su primo? Cómo se llama...

No me coló su forma de hacerse la despistada. Movida por un resorte, me levanté

para encararla de igual a igual.

—Walter —dije—, mi marido, y según la malas lenguas, un hombre casado con una mujer un tanto enfermiza y enajenada. Pero hay una jovencita casadera sin honra, recato y pudor que está dispuesta a ofrecerle sus servicios en la misma escuela, ¿no es así, señorita Van Tasell?

—No sé de qué me habla, señora Crane. —La voz y el gesto de Catharina, por raro que pareciese, eran impasibles.

Abigail rugió a mi lado.

—Lo sabes muy bien.

—¡Yo! —exclamó con un brillo de orgullo en sus ojos

—En la fiesta del cuatro de julio se lo contabas a tus amigas. —Abigail dio un paso hacia adelante, controlando la furia—. Sé cómo miras a Daniel, ¿acaso piensas que no me he percatado? Durante mucho tiempo llevo observándote, y tus ojos te delatan, lo deseas.

—Ellos también me desean. Se vendrían conmigo con solo pedírselo —arremetió Catharina con las mejillas encendidas por la rabia.

—El egoísmo te puede, son hombres sin abolengo que no cumplirían tus caprichos, ¿qué harías con ellos?

—De todo, les concedería todos sus deseos, les permitiría ser libres, les daría todo aquello que vosotras no les dais. Ahora preguntaos adónde van con unas pordioseras como vosotras, o debo decir brujas —disfrutó al pronunciar la última palabra.

—Jamás un Crane caerá en tus redes mientras una Wells esté a su lado —sentenció

Abigail.

El gesto desafiante y de profundo odio de Catharina hacia nuestras personas

consiguió hacerme saltar. Un fuego interior, desconocido hasta entonces por mí, comenzó a arder en mis venas. La sangre se convirtió en lava embravecida que arrasaba todo a su paso; la cólera fue el espíritu que me movió a pasar la valla para

pegarle una bofetada en toda regla. La cogí por los pelos, deshaciéndole ese horrible

moño tieso, y la empujé con tanta fuerza que nos precipitamos las dos al suelo. Al quedar yo encima de ella, seguí propinándole golpes en esa cara de piel pálida, a cada

cual más fuerte. En ellos soltaba la rabia contenida durante tanto tiempo por lo mala que era. Ella apenas hacía nada, solo trataba separarme poniendo sus manos en mis hombros y, la verdad, poca fuerza ejercía. Mi respiración se aceleró en algún momento.

Entre golpe y golpe, hablé:

—La bruja eres tú, conocemos tu naturaleza, sabemos qué tipo de rituales practicas

en la Cima del Cuervo. Te sirves de la magia negra y la mentira para hacer el mal entre las buenas personas. Sabemos qué tipo de ser eres, Catharina.

Mi incontinencia verbal volvió a mí rauda y veloz, aunque no me importó. Disfruté con cada palabra que solté por la boca.

De repente, unos brazos fuertes me cogieron por la cintura alzándome, separándome de Catharina.

—¡Suéltame! —grité—. Suéltame que la mato, ¡la mato!

Eché el cuerpo hacia adelante en un burdo intento por soltarme del agarre de Tom.

Me fue imposible. Aun así, mis manos continuaban golpeando al aire. Me separó tanto de ella que volvimos a entrar en el jardín.

Delante de nosotros, un hombre con ropas oscuras salió a socorrer a Catharina.

Supuse, dentro de mi enajenación mental, que sería el cochero. Ya de pie, lo separó con muy malos gestos. Su rostro de líneas alargadas muy magulladas, pronto se oscureció y se volvió pétreo. Sin embargo, no pudo contener un arranque violento. Se

acercó a nosotros con intenciones bastante agresivas que se vieron entorpecidas por una fuerza invisible que le impidió cruzar la valla. Su cuerpo se quedó rígido. Su rostro recuperó de nuevo el gesto de odio.

—Os exterminaré y bailaré alrededor de la hoguera en la que os quemaréis. —Sus ojos furibundos estaban inyectados con el mismo odio de su rostro.

Girando sobre sus pies, se dirigió al coche que de inmediato partió a galope.

Mi cuerpo comenzó a temblar entre los brazos de Tom. No lloraba, al contrario, tenía la cabeza gacha, con los ojos clavados en un punto fijo en la hierba, pero temblaba como si quisiese desprenderme de la negatividad que irradiaba Catharina.

—Ya pasó, ya se ha ido —me susurró Tom al oído.

—¿Es mi impresión o se ha ido un poco enfadada y lacerada? —El tono divertido de Daniel no me pasó inadvertido.

—Se fue muy colérica —matizó Tom—. ¿Se vengará? —preguntó con sus labios sobre mi pelo.

Me recorrió un escalofrío.

—Sí, por Cecilia sabe que conocemos sus secretos, no puede permitir que se aireen, buscará la manera de callarnos —aclaró Abigail.

—Afirmaría de buena gana que aquí estarán vuestros hombres para protegeros, mas con una mujer tan aguerrida como Cecilia, mi osadía ha sido vilipendiada. —La ironía y la gracia continuaban en los comentarios de Daniel—. Ahora bien, ¿iremos?

De forma sesgada, miré a Daniel que sostenía entre los dedos índice y corazón de su mano derecha el sobre blanco.

—Iremos, allí la desenmascararemos delante de todos. —Abigail hizo un alto—.

Disfrutaré mucho viendo cómo cae.

—Eso ha sonado muy villano —señaló Daniel riendo.

—Tengo mi parte maléfica.

—¿Qué vamos a hacer? Y, ¿cómo vamos a hacerlo? Puede parecer sencillo, pero dudo que lo sea viniendo de las Wells —apuntó Tom.

—No te preocupes ni te impacientes, tenemos una semana para organizarlo todo, ahora no parece mucho tiempo, mas lo es y os aseguro que todo saldrá bien —previó

Abigail tajante. Se volvió en dirección al interior de la casa.

Capítulo 48 - El dulce y amargo sabor de la venganza

Un día había pasado desde la visita de Catharina y en esas horas la tensión entre nosotros cuatro había crecido sobremanera. No supe si por culpa de los golpes que le

había propinado, algo de lo que nunca me arrepentí, o porque estábamos pendientes de

la posible venganza. En ese breve lapso, mi acto ya había saltado a la opinión pública.

Esa mañana, en el mercado, nadie miraba a Martha Crane, además, mantenían las distancias con cierto temor. Lo mismo hacían con Abigail, hecho que me molestó bastante.

Tratando de apaciguar un poco los ánimos, Tom y yo introdujimos durante la cena el tema de nuestro siglo a propósito. Obtuvimos la reacción esperada por parte de Daniel y de Abigail, tanto que la sobremesa se prolongó en el pequeño saloncito. Decorado de forma muy austera, un gran mueble de madera y dos canapés con una mesita en medio era todo, sin embargo, era acogedor. Solo contaba con una ventana que daba al jardín delantero.

—¡Pantalones! ¡Es un sacrilegio contra el hombre! —El rostro de Daniel fue muy expresivo, pasó de la incomodidad al asombro, y de nuevo a la incomodidad.

—Es la ropa del siglo XXI —le dije con calma porque comprendía su estupor al saber que las mujeres podían vestir pantalones.

—Daniel —Tom le puso una mano sobre el hombro—, en nuestro siglo,

indistintamente, hombres y mujeres utilizan pantalones o camisetas que muestran los hombros, no es nada que llame la atención. Es la era de la igualdad.

—Aún queda mucho por conseguir, es una igualdad relativa.

—Interesante —oí decir a Abigail que nos atendía con interés—. ¿Qué avances

logró la mujer? —Sus ojos brillaban de emoción.

—Podemos votar, dedicarnos a la política, estudiamos en la universidad y hasta hemos entrado en el ejército.

—¿En el ejército? ¿Una mujer militar? —Daniel se puso muy pálido, parecía que iba a darle un vahído. Buscó con la mirada la corroboración de Tom.

—Es cierto —confirmó.

Daniel chasqueó la lengua en disconformidad negando con la cabeza, de seguido se tapó la cara con una mano.

—¿Y tú? ¿Fuiste a la universidad? —preguntó, curiosa, Abigail con su cuerpo volteado hacia mí.

—Sí, una que se inaugurará en mil ochocientos cincuenta y nueve, Cooper Union.

Fue fundada por Peter Cooper. Será una universidad privada que estará aquí, en el estado de Nueva York.

Abigail me observaba con orgullo. Sonriente, acomodándose de nuevo en su sitio, se volvió a Daniel que me escuchaba en silencio asintiendo con la cabeza.

—Tienes razón, debemos ir a ese siglo.

—No sé si mi corazón podrá resistir la desnudez femenina.

—Exagerado. —Le hizo un aspaviento con la mano obviando su comentario.

De repente, una piedra se estrelló contra la venta, en cuestión de segundos otra más

lo hizo. Desde fuera nos llegaron voces:

—¡Brujas! —gritaron varias personas a la vez.

—¡Fulanas! —insultó una voz masculina.

Otra vez con la sangre hirviendo por las venas, me levanté como un resorte y, víctima de la ira que me revolvía las entrañas, salí de casa para enfrentarme a esa panda de mal nacidos que asaltaban una propiedad privada. Sabía perfectamente lo que

era, lo había vivido toda mi vida, sin embargo, por respeto a mis tías nunca me enfrenté a nadie, nunca me había peleado, aunque ganas no me faltaron. Ahora la historia había

cambiado y sentía la imperiosa necesidad de defender a Abigail, a Emily, a mi familia.

—¡Marchaos, desgraciados! Qué poca vergüenza tenéis viniendo aquí para turbar la

tranquilidad de esta casa. ¡Fuera!, y que no me entere quiénes sois porque os perseguiré hasta daros alcance...

Abrí los ojos.

Miré a todos lados reconociendo la habitación que compartía con Tom en la casa de

Abigail.

Estaba tumbada en ca...

«¿Qué hago en cama si debía estar en el jardín?», pensé confundida. «¿Qué parte de

mi vida salté sin darme cuenta?», esta pregunta me hizo alzar las cejas porque, la verdad, me parecía de locos, no así la molestia que noté en la frente. Me llevé la mano a la zona palpando una herida.

—No te toques.

Tom surgió de la nada, agarró mi muñeca y colocó mi mano encima de mi vientre, sobre la otra. Su expresión cansada, como tantas veces vi, no me gustó, menos cuando su ceño se frunció tanto que hizo aparecer esas líneas en su piel. Algo había pasado para estar en esta situación. No formulé la pregunta que tenía en la punta de la lengua,

Tom se me adelantó.

—¿Te acuerdas de lo sucedido? —inquirió con un tono acerado de más.

Negué con la cabeza.

—Entonces tendré que refrescarte la memoria —dijo con cierta socarronería—.

Verás, saliste hecha una furia de casa para enfrentarte, como Juana de Arco, a un grupo de delincuentes que os insultaron y atacaron. En vez de asustarlos, algunos quisieron lapidarte literalmente, con tan buena puntería que varias piedras te alcanzaron en el pecho y otra te dio en la cabeza abriéndote un boquete por el que se te veían los sesos.

—Exagerado —murmuré.

—¡Disculpa!— Enarcó una ceja todavía con el ceño fruncido, me señaló con su largo y huesudo dedo índice y me sorprendió como su flequillo se alzó nervioso sobre su cabeza—. Cuando quieras emular a una de las súper heroínas de Marvel, te agradecería que me tuvieses en cuenta.

Desesperado, mesó el pelo con ambas manos despeinándose. Alzó la vista al techo para bajarla más desconfiado.

—¿No dices nada?

—Volvería a hacerlo.

—¡No me jodas, Cecilia! —Ahora el que negaba era él con la mandíbula apretada.

Sus ojos cabreados expulsaban llamaradas—. Intentas proteger a alguien y lo único que consigues es ponerte en peligro. Recuerda lo que nos dijeron tus tías, debemos controlar ciertos aspectos de nuestro carácter, porque si nos pueden causar problemas

en nuestro siglo, no quiero pensar qué sucedería en este.

—No voy a permitir que nadie profiera insultos a un miembro de mi familia y me enfrentaré a quién sea necesario.

—Te entiendo, pero ¿quieres que regrese solo a casa? —Rodeó mi rostro con sus manos, desesperado—.

¿Con qué cara me presento ante tus tías? Cecilia, quiero pasar

mi vida contigo, no sin ti. ¿No sabes que tu vida está junto a mí? —Su mirada se tornó más intensa—. No voy a permitirlo, no.

Selló sus palabras con un beso. No un beso cualquiera, no era agresivo, ni pasional, al contrario, era aleccionador y contenía esa pizca de dulzura que los convertía en únicos.

Capítulo 49 - El cristal de la mañana

—Hija mía, si ves que solo saben darte palos, tállalos para hacer una bonita escoba y échate a volar como la bruja que eres —exclamó tía Faith.

—Ya deberías saber que la vida se compone de una dosis mayor de dolor, mas siempre está esa pequeña píldora de alegría que la ameniza —añadió tía Alondra.

—Cecilia, vive, disfruta de la vida. No te prohíbas ser feliz.

—No te ahorques antes de tiempo, mi adorada niña. Sonríe y la vida te lo devolverá.

—Y ama, ama con locura y pasión, ábrete a Eros y disfruta de las mieles del amor.

Bufé rodando los ojos al imaginarme subida en una escoba. Cuando quería, tía Faith

era de gran ayuda y las palabras de tía Alondra eran ciertas, también era difícil llevarlas a la práctica.

Las echaba de menos, las necesitaba a mi lado, me urgía sentir su cercanía, sus abrazos, percibirlos cerca de mí. Había una razón, estaba claro. No era que nos quedase poco tiempo en este siglo, sino...

—¿Qué haces levantada tan temprano? —inquirió Tom detrás mí.

Me abrazó besándome el cuello y apoyando su barbilla en mi hombro. Ladeé la cabeza para pegarla a la de él, acariciando sus manos entrelazadas en mi vientre.

—No podía dormir.

—Ya sabes lo que dijo Abigail, necesitas descansar y recuperarte del susto —me amonestó dulcemente.

—Lo sé, pero no quería despertarte dando vueltas de un lado para otro.

—Me has despertado igual, ¿es que no lo ves? Noto cuando te alejas. —Acercó la

punta de su nariz a mi oreja—. No te puedes escapar de mí, no te lo permitiré.

—Nunca me separaré de ti, a no ser que tú así lo decidas.

Giré un poco el cuello buscando sus labios para besarlos. Fue un pequeño y dulce

beso, igual de sabroso como uno húmedo y profundo. Ese simple... no. Un beso entre

Tom y yo jamás fue un simple gesto, era la recompensa del amor que nos profesábamos.

Tom me miró enarcando una ceja.

—Ni loco. —Me besó de nuevo—. Daría mi vida entera por momentos como estos, tenerte entre mis brazos abrigada y protegida. —Su mirada se volvió tan intensa que el azul de sus ojos destelló—. Nací para estar contigo y contigo moriré.

Me pegué más a él, quería sentirlo más cerca todavía.

—¿Qué fue lo que te despertó?

—Soñé con mis tías, no sé dónde estábamos ni si estabas tú. En verdad tampoco las vi a ellas, solo las escuchaba. Me decían que amase con pasión, que viviera mi vida, y bueno, tía Faith me dijo que si la vida me daba palos, que hiciese una escoba con ellos —bufé de nuevo.

Su pecho convulsionó detrás de mí. Me giré de nuevo hacia él.

—¿De qué te ríes? —pregunté un poco molesta.

—De las palabras de Faith. —Se estiró, me besó en la coronilla y sobre mi cabeza apoyo su mentón—. Esas ocurrencias tan tuyas, el cariño que desprende Alondra. Son adorables, muy simpáticas en sus riñas. Las echo de menos, son lo más parecido que tengo a una familia. ¿Sabes que tienes gestos con ellas?

—No, no lo sabía —dije con tono irónico que a él le pasó desapercibido.

—Frunces los labios igual que Faith y tienes ese pronto de mal genio, aunque ha macerado como el buen vino contigo porque superas el suyo. Luego te muestras igual de cariñosa que Alondra.

Sus palabras eran certeras. Emily se parecía mucho a tía Alondra, yo era más parecida a tía Faith, sin embargo, era mucho más impulsiva, con peor carácter y con más mala leche que ella. ¿Cómo no me iba a parecer? Ellas fueron quienes me criaron

desde pequeña, siempre fueron mi referente maternal, incluso femenino. Orgullosa que

me sentía de eso. No podía decir que pensara lo mismo en el pasado, ya que me importó bien poco alejarme de su lado.

Ese error jamás lo volvería a cometer.

Nos mantuvimos en silencio

—¿Qué más te preocupa?

—¿Cómo? —le devolví la pregunta.

—Sigues preocupada, tu cuerpo no se ha relajado del todo —me informó muy acertado.

—Sí, es cierto —me volteé entre sus brazos para mirarlo. Me observaba con detenimiento, su expresión era tranquila a la espera de mi confesión—. La noche que fuimos a ver el aquelarre, durante nuestra carrera por el monte vi a Emily.

—¿A Emily? —Cruzó los brazos delante de su torso desnudo y frunció un poco el ceño sin separar sus ojos de los míos.

—Sí, sé que es difícil de creer, pero la vi. Era ella, su pelo castaño, su sonrisa, si cierro los ojos puedo ver esa imagen. —Levanté la mano para acallarlo—. Me dijo que me quería, si la necesitaba, solo debía llamarla, que terminase con todo este asunto porque ella no pudo, debía hacerlo por nosotras y añadió: «por vosotros tres, lo merecéis».

—¿Qué tres? —preguntó extrañado, con las cejas alzadas.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, llevo todo este tiempo dándole vueltas una y otra vez y no encuentro una respuesta.

Estiró los brazos atrayéndome hacia él para envolverme en el calor de su cuerpo.

—La encontrarás, tarde o temprano llegarás a comprender qué quiso decir. —Se separó agarrándome de los hombros—. No te agobies, deja que la respuesta venga a ti.

Desvió la vista a la ventana por la que se podía contemplar el despuntar del amanecer en el horizonte. La mañana comenzaba a ser una realidad.

—Cecilia Wells, para la cama —dijo con firmeza.

—Estoy cansada de estar en cama —protesté.

—Me da igual, recibiste un fortísimo golpe en la cabeza y ya oíste a Abigail, debes descansar para no sufrir dolores.

Mi única respuesta fue un gruñido, si soltaba mi lengua, despotricaría contra todos.

Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama, donde me acostó. Tom se tumbó a mi

lado optando, de nuevo, por la posición de las cucharitas. Sí, se había convertido en su postura favorita. Nuestros cuerpos pegados, bien encajados, reaccionaron al contacto.

Su miembro palpitaba entre mis nalgas, pero él no prestó atención a las exigencias de su cuerpo, lo cual no me sorprendió porque desde hacía varios días solo le importaba mi salud.

Hacía ya dos noches que sufrimos el ataque de unos convecinos. Catharina había llevado a cabo su venganza mintiendo, propagando a los cuatro vientos lo asustada y depresiva que estaba. Las razones fueron mi reacción violenta, mientras Abigail, con una mirada oscura, le echó un mal de ojo. Adjetivos tales como brujas o locas iban de

boca en boca. No me cogió de susto. En todo el pueblo no se hablaba de otra cosa.

Haciéndose pasar por la víctima, a ojos de todos lo era, consiguió que nadie se acercase a Abigail, incluso Daniel estaba sufriendo las consecuencias, ya que mucha gente le retiró el saludo. Esta nueva versión de los hechos caló hondo en la gente.

Esa mañana, mi cabeza ni latía ni dolía, había mejorado gracias a los cuidados de

Abigail y como no, a la adormidera. Durante las primeras horas me ayudó a conciliar

el sueño sin sentir un ápice de dolor, después se sustituyó por el sauce y unos emplastos de agua de rosas que me ponía en las sienes, además del consabido reposo.

—Me vas a tener que recompensar después de todo esto. —La voz amodorrada de

Tom sonó detrás mí.

—¿Una recompensa? —pregunté extrañada.

—Sí, casándote conmigo.

Abrí los ojos como platos. ¿Así era como pretendía que descansara? No estaba alucinada, lo siguiente. Jamás pensé que ningún hombre me pidiera matrimonio, mucho

menos un Crane. Ahora un Crane me había pedido matrimonio en cama y, ¡dormido! Sí,

literalmente. Con mi espalda pegada a su pecho percibí su respiración acompasada, relajada. Tom se había quedado profundamente dormido. «¡Un aplauso para Don

Romántico!». De los dos, él era más romántico que yo, pero esto fue el colmo, jamás oí a nadie decir que le pidieran matrimonio durmiendo.

Intentando salir de mi estupefacción con el cristal de la mañana iluminando la habitación, me prometí que esta petición no saldría de mi boca cuando él despertara,

¡ni de coña! Patético, me pidió matrimonio y no sabía si era onírico o real.

Capítulo 50 - Es una bruja

Y no lo hice. Él tampoco quitó el tema otra vez, algo que me ayudó a olvidarlo y dejarlo como una anécdota más de cama.

A lo largo de la semana hasta el día de la fiesta del viejo Bartholomeus Van Tasell, ayudé, cuando se me permitía levantarme de cama, a Abigail. Había hecho un brebaje, una especie de ponche color cereza muy aromático y refrescante. Lo mezcló con aquel otro, color oro, cuyo ingrediente principal era el olmo. Solo le afectaría a Catharina, el resto de invitados no sufrirían ningún mal. Tuvo un proceso lento de maceración durante cinco días, culminando exactamente para la fiesta.

Mientras tanto, Daniel y Tom comenzaron a pasear por el pueblo con más frecuencia, aguantando estoicamente las murmuraciones y comentarios hacia nuestras personas. Ellos debían mantenerse impasibles, como quien escuchaba el arrullo del río

o el ulular del viento sin distinguir las voces que arrastraban con ellos. Daniel sufría muchísimo, en su carácter no iba el dejar hacer pasar. Tenían que aparentar, no

había otra. En su caso, la impaciencia fue su peor aliada.

Quien espera, desespera y lo estaba sufriendo.

Llegaba a casa de un humor de perros, con la cara desencajada, soltaba exabruptos

y maldiciones a doquier con un tono recalcitrante que no te permitía acercarte para calmarlo. Lo más suave que soltó un día fue:

—O lo paras tú o lo paro yo, por las buenas o por malas, no tengo miedo a la horca

—le encasquetó a Abigail.

—Nadie va a morir —replicó, alterado, Tom—. No hemos viajado en el tiempo

para que ocurra algo así.

Los ánimos quedaron caldeados hasta el mismo día de la fiesta y Daniel estaba todavía más tenso. No obstante, debías leer entre líneas. No pretendía hacer justicia por su cuenta, solo pensaba que Abigail no hacía nada para defenderse. Cayó en una idea errónea. Ninguno de los dos sabía de nuestro plan. Abigail y yo lo trazamos al detalle y solo esperábamos que saliera bien.

Todo se inició aquella misma mañana. Tom y Daniel se tenían que acercar a casa de

los Van Tasell para dejar varios presentes: uno para el anfitrión, Bartholomeus. Se trataban de unas botellas de licor que compraron en una supuesta visita a la ciudad. No eran verdaderas, iban rellenas con la pócima, pero estaban cuidadosamente

detalladas tanto en el embotellado como en las etiquetas, que yo misma realicé a partir de unas que tenía Daniel en casa. El otro se lo dieron a Catharina como disculpa por mi

inapropiado comportamiento. Guardado en una cajita de madera le entregaron un quemador de metal, forrado por dentro con madera de saúco, un árbol que se daba a este lado de Estados Unidos, con múltiples usos mágicos, entre ellos obligar a las brujas a romper los hechizos lanzados en contra de cualquier individuo. Sin embargo,

la gran sorpresa iba en su interior.

Una vez realizada la entrega, solo debíamos esperar.

A la hora convenida, nos presentamos los cuatro en la casa de los anfitriones con nuestras mejores galas, ya que Abigail me contó que esta fiesta era uno de los acontecimientos sociales más relevantes de North Tarrytown. El matrimonio nos

recibió en la puerta de su casa con demasiada efusividad y con cierto grado de excitación. En Bartholomeus advertías signos claros de embriaguez, pero era Katrien quien mostró el mayor cambio: a nosotras nos abrazó como si fuésemos de la familia;

Daniel y Tom recibieron cada uno dos sonoros besos en las mejillas, además, sus posaderas fueron objeto de requiebros subidos de tono. Nosotras, como pudimos, aguantamos la risa, ya que sus gestos de estupor revelaban que si les dieran la oportunidad saldrían corriendo.

En el salón, nuestra presencia pasó inadvertida, no podíamos competir con el espectáculo que los Van Tasell estaban ofreciendo. Daniel observaba todo atónito, de

hecho, muy pocas veces lo oí reírse. No sospechaba nada, no así Tom, que me cogió

por el codo para apartarme de Abigail.

—¿Qué le ocurre a esta gente, Cecilia? —El tono era de interés al tiempo que cortante.

—No lo sé. —Me hice la tonta.

Evité mirarlo.

—No me mientas, sé que pasa algo y quiero saberlo. —Apretó su agarre.

Respiré hondo levantando la vista al techo.

—Puede que sea efecto del quemador —expliqué, ahora sí mirándolo—. Le puse cierta cantidad de semillas de adormidera. —Me mordí el labio inferior para no reírme.

—¿Qué planta es la adormidera?

Que Tom era muy curioso y cotilla me quedó bien claro hacía tiempo, pero en esta ocasión iba a salir al menos un poco escaldado.

—Opio —respondí sujetándole la mirada.

—¿Qué? —exclamó desconcertado. Poco a poco su ceja derecha se fue levantando en señal de desconfianza—. Es una broma, ¿verdad?

Negué con la cabeza mientras metía los labios hacia dentro para morderlos y no prorrumpir a carcajadas.

—¿Los estáis drogando? ¿Acaso tenéis un dispensario de drogas?

Alcé tanto las cejas que noté como se me arrugaba la frente. Sin embargo, poco a poco fui frunciendo los labios y el ceño irritada por sus palabras.

—Todo se ha hecho siguiendo un plan. Debíamos provocar cierto estado de alteración a Catharina —recalqué el nombre—, nunca creí que este matrimonio acabase igual y nadie tiene un dispensario en ninguna parte. —Me solté por fin de su agarre, bastante molesta—. Desde la antigüedad se utiliza por sus fines médicos

—Es opio. —Alzó un poco las manos apuntándolas hacia mí.

—Sí, lo sé, ¿y? —lo desafié—. Si tiene los efectos que quiero, me lo agradecerás.

Se alejó de mí sin disimular su desacuerdo. Se colocó al lado de Daniel y pude ver como sus dedos se movían a los lados de su cuerpo. Añoré ese gesto tan suyo. No sabía de cuál de sus ramas familiares procedía, aunque estaba segura que no de los Crane, a Daniel nunca lo vi hacerlo.

Una risa estridente llegó del pasillo captando la atención de los asistentes que volvimos la vista a la puerta. Como nadie aparecía, se retomaron de nuevo las conversaciones interrumpidas. La risa sonó otra

vez más escandalosa y detrás apareció

una Catharina hablándole a un ser invisible, completamente fuera de sí. Era uno de los

efectos del opio, además de mitigar la tensión, la ansiedad o inducir el sueño. Su estado de alteración acarreó el asombro entre los convidados y nada más entrar la exclamación «¡oh!» se quedó congelada en la garganta de los presentes remarcando un

silencio poco normal en un festejo de esta clase.

—Querido, ¿es cosa mía o nuestra hija está parloteando sola? —preguntó, entre risas, Katrien a su esposo.

—Confirmo tu visión, mujer.

Ella se tapó la boca con la mano para disimular, si se podía llamar así, su sonrisa.

—La bebida no le ha sentado muy bien.

—No ha bebido todavía —apuntilló el viejo Van Tasell fingiendo seriedad.

—¡Quién lo diría!

Los dos se rieron con ganas de la supuesta broma, mientras el resto veíamos la escena sin comprender qué estaba ocurriendo. A mi izquierda, Daniel se movió, fue el

único movimiento que percibí, todo el salón estaba completamente estático debido a la impresión.

—¿Qué les sucede a los Van Tasell? —La voz de Daniel llegó a mí un poco amortiguada.

—No quieras saberlo —respondió Tom todavía molesto.

—Exponlo —le exigió.

—¿Has oído hablar del opio?

—Por supuesto, dicen que Franklin lo utilizó para las dolencias de su enfermedad.

Hay mucha gente que recurre al opio, lo tienen como una especie de curalotodo. No sabía que podía trastornar.

—Es uno de sus efectos, en nuestro siglo es la base de muchos narcóticos —explicó

Tom.

Al tiempo que escuchaba su conversación, mis ojos estaban clavados en Catharina

que, ajena a todo cuanto acontecía a su alrededor, ingirió varios vasos de nuestro brebaje. El aire se me escapó de los pulmones, porque con cierto temor esperaba el desarrollo de los acontecimientos.

Abigail se acercó a mí con urgencia. Su gesto serio se transformó en sorpresa cuando unos cristales estallando contra el suelo nos sobresaltaron a todos. Por acto reflejo, volví la vista para contemplar a Catharina. Se carcajeaba ella sola con su amigo invisible, al que llamó amo, por haber tirado la copa. Le ofreció otra y ocurrió

lo mismo. El matrimonio Van Tasell también reía de las ocurrencias de su joven hija.

Ella, que no se había percatado de la presencia de sus padres hasta ese instante, se acercó a ellos para saludarlos muy efusiva, más de lo que una señorita de alta alcurnia debía mostrar en público, además de vergonzosa, porque besó a su padre en la boca,

provocando el repudio de los asistentes y la marcha de algunos de ellos.

—Papi, mami, ¡qué alegría veros! —Eché un vistazo a su alrededor—. ¿Por qué hay tanta gente? ¿Vinisteis a verme? —inquirió con sonrisa infantil mientras se humedecía los labios, señal posible de tener la boca reseca.

Sus ojos negros no me permitieron comprobar sus pupilas, aun así, no descartaba que el opio ya estuviese haciendo efecto.

—Os lo agradezco mucho, pero no tendríais que haber venido, no sufro de

depresión ninguna, la fingí y ahora soy feliz. —Se giró sobre sí misma. Por unos segundos se quedó parada con rostro contrito. Sus negros ojos se humedecieron—. ¿Me

has abandonado, amo? ¿Por qué? Soy tu sierva más fiel, siempre hice lo que me dijiste,

soy tuya —gimoteó—, te llevo en la sangre, en mi corazón, en mi piel llevo tu marca.

Bruscamente, con una fuerza inusual para su complexión física, rompió el vestido.

Sus blancos pechos de rosados pezones saltaron libres del corsé. Se deshizo de los restos de tela y las bajó hasta dejar al descubierto el ombligo donde se iluminó la marca que su piel llevaba impresa desde el aquelarre.

La poca gente que se había quedado se marchó entre gritos, corriendo hacia la

puerta de la casa como si el Apocalipsis los encontrase. En sus retinas se presentó la imagen del ser diabólico que poseía a Catharina.

—¿Qué más quieres? —preguntó entre lágrimas.

Desesperada, se acercó a la mesa donde estaba la tarta de cumpleaños.

—¿Mi vida, amo? ¿Eso es lo que quieres?

Alcanzando un cuchillo de grandes dimensiones, se lo clavó en el abdomen hasta el fondo. La sangre borboteó brillante de su interior creando un triste pero bello contraste entre el rojo intenso del líquido y su blanca piel. Catharina, temblorosa, cayó al suelo.

El galeno y el párroco que tampoco habían abandonado la casa tuvieron la suficiente capacidad de reacción para hacerse cargo de esta situación. Se aproximaron con gran presteza al cuerpo inmóvil mientras que el matrimonio Van Tasell continuaba riéndose.

Ante tal aciago final, Daniel y Tom nos arrastraron hasta la puerta para sacarnos del tétrico escenario en el que se había convertido aquella casona.

Capítulo 51 - Tiempo de milagros

Fue increíble la rapidez con la que todo un pueblo se olvidó de sus actos, muy condenables en muchos casos. Era como si las acusaciones de brujería vertidas sobre mi persona y la de Abigail, los insultos o las agresiones jamás existiesen, aunque fueran proferidas por una única persona.

Todo aquello quedó borrado de un plumazo de la memoria colectiva.

North Tarrytown me asombró por su facilidad en hallar a una nueva víctima:

Catharina.

La mañana siguiente a la fiesta, acompañé a Abigail al mercado y observé como personas que antes no nos saludaban, ahora se acercaban a nosotras para contarnos los

últimos cotilleos del pueblo. Todos sabían lo ocurrido en casa de los Van Tasell; las

lenguas viperinas, que yo sufrí en el Sleepy Hollow del futuro, hablaban en voz alta de los desmanes de una familia caída en desgracia. No obstante, se ensañaban más con la

figura de Catharina.

La muchacha a la que todo el mundo le reía las gracias, la alababa a su paso, la miraban con orgullo o le regalaban requiebros a su exuberante belleza, se convirtió en

la paria del pueblo: «Era sabido que terminaría así de mal»; «siempre le vi algo que no me gustaba»; «muchacha muy vanidosa y soberbia»; «le gustaban mucho los hombres»;

«hay quien cuenta que alternaba en el lupanar». La gente ansiosa de sangre comenzó a

desempolvar los trapos sucios y los cotilleos que, días atrás, nadie se atrevía a dar pábulo. En esos

momentos no tuvieron el más mínimo interés, ni compasión, por la gravedad de su salud.

Esa misma tarde corrió como la pólvora la noticia del fallecimiento de Catharina. A

ninguno de nosotros cuatro nos cogió de sorpresa, ya que presenciamos su propio suicidio. No me alegré ni me sumí en una gran tristeza. La verdad, fui indiferente.

El viejo matrimonio tampoco se salvó. Aquellos que se hicieron llamar amigos en

otrora, desaparecieron tras la fiesta. Literalmente les dieron la espalda. Así quedó demostrado en el entierro de la joven, donde solo estuvieron cinco personas: el párroco, el matrimonio y los dos enterradores.

North Tarrytown les había hecho el vacío.

Pocos días después se marcharon del pueblo.

Estos repentinos sucesos finalizaron con la maldición que durante dos siglos

padecimos las Wells y los Crane, aunque no tenía la certeza absoluta. Tampoco lo hablé con Tom, pues él lo vivió con extrema felicidad. Además abrieron la escuela de

nuevo y se sumó la preparación de una boda.

Sí. Tom y yo fuimos testigos de la humilde, a la vez preciosa, ceremonia en la que

Abigail Wells se convirtió en la señora Crane. Se celebró el mismo día en que debíamos regresar al futuro, hecho que no se me olvidó durante todo el día, por ello, al menos eso creí, un extraño alivio me caló hasta los huesos. Quizás fuese la ilusión de

no utilizar más el corsé, quizás el presenciar como estas dos personas quedaban unidas

indisolublemente ante mis ojos y los del pueblo que en tropel se acercó a la iglesia para ver como el maestro Crane se casaba. También pudo ser causa de la confesión que

me hizo Abigail esa misma mañana mientras la ayudaba a vestirse.

—¿Nerviosa?

Le estaba colocando bien el vestido sobre los hombros y la noté temblorosa bajo mis dedos.

—Sí, pero en unos meses se pasará.

—¿En unos meses? —Fruncí el ceño pensando que me estaba bromeando—. Más

bien diría en unas horas.

—Debo confiarte una noticia. —Se volteó para quedar frente a mí sonriente y con la

cara iluminada—. Estoy encinta.

—¡Enhorabuena! —Me abracé a ella compartiendo la ilusión de esta buena nueva.

Desde que llegué al siglo XVIII y tras todo lo sucedido, este detalle se me pasó por

alto. Aquella primera Wells que vivió bajo la maldición, que creció sin un padre, ahora sería una niña amada, aprendería los conocimientos mágicos y además no sería fuente

de rencor para las generaciones venideras.

Sí, la historia había cambiado y todos nosotros con ella.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace unos días —dijo tímidamente—. He trabajado con alguna gestante y

conozco bien los síntomas. Daniel no lo sabe todavía.

—¿Por qué? —pregunté con curiosidad.

—Se la daré esta noche —me explicó—. Se ha encariñado mucho con vosotros, más

con Tom. —Llenó los pulmones de aire—. Sé que vuestra marcha le dolerá, por eso espero que esta noticia le haga recuperar la alegría.

—Se volverá loco de felicidad —auspicié.

La idea de que tuvieran una hija me planteó una serie de dudas: ¿Tom y yo éramos

familia? ¿Hasta qué punto sería todo igual? No pude dejar de darle vueltas a estas cuestiones. Una cosa era cierta, él era un Crane, yo una Wells, por nuestras venas no

corría la consanguinidad, pues esa misma niña, porque era una niña, nacería de todos

modos, y como bien nos aclararon mis tías, al liberar a nuestras familias de la maldición, ningún muerto resucitaría. A la vez discerní que debíamos hacer este viaje

para poder vivir nuestra vida juntos. Escribir nuestra historia.

Después de la iglesia no hubo fiesta posterior por decisión de los novios, alegando

que era una grosería hacia nuestras personas. De hecho, aunque intentamos relajarnos,

la despedida pendía en nuestras cabezas y lenguas. Una comida íntima, donde solo participamos los cuatro, se hizo en casa de Abigail. Tom y yo les dimos nuestros baúles de viaje alegando que no necesitábamos nada en nuestro siglo, así tendrían un

recuerdo nuestro.

Allí, concretamente desde su jardín trasero, viajaríamos en el tiempo otra vez. Al anochecer hicimos un círculo de velas y cantos rodados. Gracias a Abigail me enteré

de que esas piedras llevaban en nuestra familia desde que tenía uso de razón. Estaban

bendecidas por Hécate, Diosa de la luna, de la magia, a la que toda bruja le rendía culto. No me pudo explicar su origen, pero me supuse que procederían de algún cruce

de caminos, uno de los lugares habitados por Hécate. Para poder utilizarlos y que su poder fuese más efectivo, sin la necesidad de esperar al siguiente solsticio, el de invierno, tuvimos que dejarlas toda la noche a la luz de la luna, según las instrucciones que aparecían en el Grimorio. Nos acostamos al amanecer.

Todo nos conducía hacia el adiós definitivo, esa fue mi sensación durante todo el día y la verdad, me costó separarme de ellos.

—Fue todo un placer conocerte. —Aguanté las lágrimas delante de Abigail.

—No, es mío, porque me siento orgullosa de mi descendencia.

Nos abrazamos fuertemente, sintiendo una última vez ese vínculo que se generó durante esos meses entre nosotras.

—Te voy a echar mucho de menos —dije con la voz quebrada— y me da mucha pena no poder escribirte ni saber de ti...

—Siempre estaré contigo, cada vez que narres esta historia y transmitas los conocimientos que años ha nuestra familia maneja. —Apoyó una mano en mi mejilla—.

Una sugerencia: guíate más por el corazón.

Asentí. Era lo único que podía hacer, las palabras se me atrancaban por lo agarrotada que tenía la garganta.

Daniel se puso a su lado con una sonrisa dibujada en los labios.

—Espera —no me permitió hablar—. Le dije a Tom que no me agradezca nada, así

que a ti también te lo digo. Yo sí lo hago porque gracias a vosotros estoy casado con la mujer que amo y es más, no deberías marcharte tan pronto, no me enseñaste a tirar de

los pelos...

—Daniel no te chancees —le recriminó Abigail con lágrimas en los ojos.

—¿Quién se mofa? —Le ofreció una mirada sesgada con una sonrisa muy similar a la de Tom—. Cecilia, esa pelea jamás la olvidaré —sentencio con falsa seriedad.

—Admítelo —lo señaló Tom con su dedo índice largo y huesudo—, te vas a aburrir.

—¡Por supuesto! No seré profesor-espía, no presencié nada sobrenatural. —Se

llevó una mano a la cara acariciando la barba con el pulgar y el índice—. Sí, estaré más aburrido.

—¿Tú crees? —pregunté alternando la mirada entre Abigail y él.

Ella también lo observaba con atención.

—Será un poquito más tranquila sin vosotros aquí.

Abigail resopló por la broma de su flamante recién estrenado marido, lo que a Tom

y a mí nos hizo reír.

La gente nunca pudo saber con quién iba a estrechar un vínculo de amistad o familiaridad. Eso me pasó a mí con esta pareja. Mi fin en este siglo era romper la maldición, cumplí mi cometido, no obstante, lo último que pensé, más bien no se me pasó por la cabeza, fue unirme tanto a estas dos personas. Tenían un gran corazón y de

ellos aprendí una de las lecciones más valiosas: los problemas de la vida son más llevaderos al tener a la persona amada junto a ti. Además, comprendí que el amor no

tiene barreras cuando se amaba de verdad. Gracias a este viaje, a Daniel y a Abigail,

empatiqué con mi hermana en su padecimiento al perder aquello tanpreciado en su vida

como fue Jason; también en amar sin condiciones a la otra persona. Así, teniendo la mente más clara, las ideas más fijas, supe qué debía hacer a mi regreso: visitar la tumba de Emily.

Tom y yo nos metimos dentro del círculo cogidos de las manos. Nuestros rostros eran el reflejo, a un mismo tiempo, de la preocupación por el regreso y la ilusión por

lo conseguido, por ese futuro esperanzado que nos esperaba en el siglo XXI. Esta experiencia fue para él un devenir, gracias al cual pudo deshacerse de recuerdos perturbadores, de fantasmas que lo fustigaban desde su regreso de Iraq.

A la indicación de Abigail, repetimos al unísono el conjuro como mis tías lo habían

hecho. Un extraño viento se levantó a medida que nos movíamos y entrábamos en el túnel del espacio. Caíamos al vacío girando en bucle. A diferencia de la primera vez,

mi cabeza comenzó a dar vueltas, me sentí fatigada, las fuerzas me iban abandonando.

En esos momentos muchas fueron las imágenes que mi cerebro proyectó. Cada una

de ellas supe reconocerla, inclusive ubicarla. Antes de cerrar los ojos, pensé en la casa de los Crane cuando mi mente tenía que estar concentrada en el regreso a casa.

Capítulo 52 - El regreso

Un martilleo en la cabeza me hizo reaccionar, ser consciente de mí misma, también del silencio que me rodeaba. Comencé a abrir los ojos poco a poco. Me envolvía una extraña oscuridad, no era completa del todo, ya que por algún lado se colaba la luz del sol. Estaba tumbada en el suelo, me dolían las articulaciones, los oídos me zumbaban, tenía el estómago revuelto, eran las mismas sensaciones que cuando llegué al siglo XVIII, así que debía estar de vuelta en mi época.

Como pude, me incorporé apoyándome sobre mis manos. Notaba el cuerpo tan pesado que no sabía si sería capaz de ponerme en pie. Totalmente desorientada, abrí y cerré varias veces los ojos para fijar la vista a mi alrededor. Estaba en un impresionante salón, nombre que le quedaba corto. Su tamaño era tal que la sala de juntas de la editorial cogía aquí dentro y sobraba espacio. Anonadada, acabé por ponerme en pie. ¡No tenía ojos para ver la inmensidad de esta estancia!

Del techo alto colgaban tres enormes lámparas de araña envueltas por las telas de los mismos insectos que les daban nombre y les conferían un aspecto más indolente.

Las paredes parecían estar decoradas con bellas imágenes, aunque no lo apreciaba bien: primero, porque la estancia no estaba bien iluminada y la poca luz que entraba lo hacía por los agujeros de las cortinas de terciopelo rojo, además, si te quedabas un tiempo mirándolas, podías ver el polvo flotar en el aire; segundo, tenían la pintura levantada por la humedad, enseñando así las cicatrices del abandono sufrido. La misma

humedad que me hizo arrugar la nariz debido al aire cargado que destilaba olor a viejo, a cerrado.

«¡Qué no habría dado yo por verte en tus mejores momentos!». Mis pensamientos volaban al tiempo que yo giraba sobre mi misma para observarlo todo mientras que los

muebles, tapados con sábanas raídas, me rodeaban cuales fantasmas de un tiempo mejor.

En el otro extremo había un piano de cola negro que destellaba de vez en cuando bajo la luz. Un pinchazo de reconocimiento me hizo temblar las entrañas, era como si

en un tiempo pasado hubiese estado aquí, sin embargo, no reconocía nada, conque caminé hacia la puerta. El vestido de época me resultaba más pesado de lo que recordaba y a cada paso la falda levantaba polvo, por lo que irremediabilmente estornudé.

Salí del salón y llegué a un gran recibidor poco decorado, ya que solo había unos cuantos muebles cubiertos por una gruesa capa de suciedad que no permitía distinguir el color de la madera. El suelo quedaba oculto bajo una alfombra tan mugrienta que había perdido su belleza original. Caminé titubeante por ella porque algunas motas de polvo eran del

tamaño de un ratón, qué digo, ¡más grande! Mi temor era que cobrasen

vida y me mordiesen un zapato. A medida que avanzaba, me fijé como esta misma alfombra tapaba las escaleras que llevaban al piso superior.

No quise seguir mirando a mi alrededor, ya que la decrepitud de esta casa me atenazaba el corazón. La razón la desconocía, pero me entristecía la situación precaria en la que estaba.

Cuando por fin estuve en el porche, una leve brisilla me rodeó de pies a cabeza. Era una especie de bienvenida, como si se me hubiese esperado desde hacía tiempo y ahora se me transmitió de este modo singular. Inevitablemente el alma se me cayó a los pies:

el jardín que se extendía delante de mis ojos era el vívido reflejo del interior de la casa. En otrora había sido un bonito jardín con rosales y otras plantas decorativas que no reconocía debido a sus pésimas condiciones. El estado de dejadez en general asombraría a cualquiera que lo viera, porque nada era lo que fue.

Alcé la vista y miré al bosque. Se asemejaba mucho al del Sleepy Hollow del futuro, aunque algo me dijo que no me fiara, pues no había aparecido en casa de mis

tías. ¿Qué había pasado? ¿Qué salió mal? No lo sabía. Las dudas se agolparon en mi mente atemorizándome más. Perdida en mis pensamientos, ni cuenta me di que mis tías y Tom estaban al otro lado de la verja hasta pasados algunos segundos.

—¿Tía Faith, tía Alondra? —Solo al pronunciar sus nombre fui consciente de dónde estaba.

Levanté la falda y bajé corriendo los tres escalones del porche para abrazarlas y no

soltarlas jamás. Este viaje me hizo echarlas de menos, valorar sus locuras, quererlas como se merecían, sin viejas rencillas ni rencores a reprochar. Abrazada a ellas, lágrimas de alegría comenzaron a rodar por mis mejillas.

—Ya pasó, mi valiente niña, ya pasó —me susurraba tía Alondra.

—Habéis conseguido lo que otros no pudieron, orgullosa debías estar de ello —

dijo tía Faith acariciándome el pelo.

—Os añoré muchísimo —confesé—. Os quiero, os quiero mucho.

Mis tías se mantuvieron en silencio apretando más su agarre. Me separé de ellas enjugando los ojos.

—Venga —me cogió de la mano tía Alondra—, marchémonos a casa.

—Sí, tenéis que quitaros esas ropas y daros una buena ducha, oléis a caballo.

En otro momento esta comparación de tía Faith me hubiese molestado, ahora me hizo reír de felicidad por tenerla a mi lado.

—Una pregunta, ¿qué lugar es este? —Necesitaba saber.

—Es la casa de mi familia —contestó Tom sonriente—. La de los Crane.

—¿Pero cómo...?

—¿Qué fue en lo último que pensaste? —inquirió tía Faith expectante.

—En la casa de los Crane. —Fruncí el ceño sin comprender qué me estaba intentando decir.

—Ahí tienes la respuesta. —Tía Alondra me sonrió—. Te concentraste en esta casa, por eso apareciste aquí y no en la nuestra como Tom.

Asentí. Me giré sobre mi misma para observarla.

El caserón que se levantaba regio ante mí estaba completamente embebido por una abulia que te encogía las entrañas y te adolecía el alma. La casa no estaba en ruinas, no, sin embargo, se dejaba entrever que vivió tiempos mejores. No había cristales rotos, el tejado todavía estaba en su sitio, pero rezumaba tristeza, quizás por tener las contraventanas cerradas, o debido a la hiedra que, al crecer tanto, cubrió la pared por entero, algo que parecía agradecer la construcción porque era su manera de ocultar las

grietas que la atravesaban.

No era la casa que recordaba, normal; desde el siglo XVIII hasta hoy habían pasado dos siglos, por lo tanto, sufrió más de una remodelación. Aun así, no la recordaba, algo en ella la hacía diferente, a lo mejor era que no sentí el aura de Daniel por ningún lado.

Tampoco no concebí cómo Tom permitió que la casa familiar de los Crane estuviese en ese estado de languidez que la dirigía a la decadencia total.

Tras darme una ducha reconfortante y de ponerme mi cómodo pijama, bajé a la cocina. Mis tías habían preparado un festín por todo lo alto que con tan solo verlo el estómago me rugió como un león. Nunca había comido con tantas ganas. Mi apetito casi

se igualaba al de Tom.

—A ver, ¿cómo fue el viaje? ¿Cómo transcurrió todo? ¿Qué descubristeis? —nos ametralló tía Alondra.

—Contadnos todo, no escatiméis en detalles, cuanto más escabrosos más

disfrutaremos —alentó tía Faith. Ninguno de los dos hicimos el amago de responder—.

Podéis hablar mientras coméis, no pretenderéis dejarnos en ascuas, ¿verdad?

Levanté los ojos del plato un instante antes de contestar:

—Emily se parecía muchísimo a Abigail.

—¿Quieres hablar de lo importante, muchacha? —me regañó tía Alondra con ansiedad.

—La historia que nos encontramos en el siglo XVIII difiere de la relatada por las dos familias —comenzó a narrar Tom terminando su plato.

—Tanto es así que Abigail sabía que Daniel era supersticioso y él la llamaba sanadora —les aclaré.

Alejé el plato de mí para centrarme en la conversación.

—Faith, tenías razón —señaló Tom—. Catharina tuvo un papel protagonista en toda

esta historia, es más, si tuviese a un miembro de mi familia delante, le haría tragarse las palabras que le dedicaban a Abigail.

—¡Lo sabía! —exclamó tía Faith mirando a tía Alondra, apuntándola con su dedo índice—. Llevo años diciéndolo y tú siempre dudaste de mis palabras.

—No teníamos modo alguno de saberlo, Faith —se defendió.

—Alondra, por favor, era de suponer que esa mujer tuvo algo que ver en toda esta historia.

Miré a Tom que las observaba sonriente, con los brazos cruzados delante de su camiseta blanca de extraños dibujos. Percatándose, me devolvió una más amorosa.

—Eché de menos estas discusiones —me dijo.

Dos ceños fruncidos se dirigieron a él recriminándole, no supe bien por qué, su comentario. Me tapé la boca para no reírme.

—Entonces, ¿qué pasó con esa mujer? —preguntó tía Alondra.

—Practicaba magia negra. —Mis palabras ocasionaron algo que muy pocas veces ocurría, dejar a mis tías sin palabras—. Presenciamos un aquelarre, una misa negra e invocó una noche al Ángel Caído.

—Y se te olvida —apuntó Tom—, que fue ella quien acusó de brujería a Abigail, no un leñador.

—Satanismo —musitó tía Alondra consternada.

Tía Faith se levantó presurosa dirigiéndose hacia la alacena donde se guardaban los licores. Cogió la botella de coñac y sentándose de nuevo a la mesa, se sirvió una copita. Era la primera vez que la veía beber.

—¿Qué haces, Faith?

—Darme a la bebida. —Se sirvió más.

Los tres la mirábamos asombrados por su reacción. Cuando se dio cuenta de que era nuestro centro de atención, frunció los labios.

—No me miréis así, no es de mi gusto hablar de este tema ni de sus peligros.

Era verdad. En esta casa no recordaba conversación alguna sobre la magia negra.

Era un tema que mis tías evitaban, no por temor, sino por respeto. Para ellas, esa rama de la magia no era una broma, ya que no tenerla en consideración era una imprudencia.

De hecho, fue tan grande el impacto de nuestra confesión que mis tías apenas tenían color en la cara.

A partir de ahí comenzamos a explicar todo lo que habíamos vivido. Mis tías escuchaban atentamente la que fue la historia entre Daniel y Abigail, en este caso con

un final feliz de cuento. Muy pocas veces nos interrumpieron, solo compartían alguna que otra mirada, pero sus rostros mudaron de nuevo cuando Tom les relató la muerte de Catharina. Mis tías fueron la viva imagen del triunfo, tanto fue así que brindaron a nuestra salud.

Capítulo 53 - Emily

Eran las cinco y media de la madrugada cuando salí de casa sin hacer ruido, procurando no despertar a nadie.

El viaje en el tiempo me había asestado una nueva puñalada mortal por la cual reaccioné. Mi cerebro hizo clic, el velo que cubría mis ojos cayó; así, de una vez por

todas, conseguí comprender a mi hermana y tuve que ir al siglo XVIII para hacerlo, algo que acrecentaba todavía más la culpa como el arrepentimiento. Todo me

precipitaba sin paracaídas a la ejecución de la misión que me trajo de vuelta al pueblo.

Mis tías tenían razón, debía soltar el lastre, y ese era el momento. Si lo hubiese hecho antes sería muy hipócrita porque no lo sentía de verdad.

Me acerqué a la verja y arranqué una rosa que le ofrecería como ofrenda de paz, implorando un perdón que llegaba demasiado tarde. Con ella entre mis manos, inicié mi camino hacia mi destino.

Me arrebujé en el interior de mi vieja chaqueta de lana negra que me había confeccionado tía Faith cuando entré en la High School, hacía ya muchos años. La fría

bruma de la mañana me llevó a levantar el amplio cuello protegiéndome así la nuca y

parte de las orejas. De hecho, podía sentir como las pequeñas gotas que desprendía empapaban cada hilo de la chaqueta y humedecían mi piel. Estábamos todavía en verano, pero parecía cualquier madrugada de otoño, con la diferencia que los hercúleos rayos de sol se filtraban a través de ella intentando romperla y poder calentar el ambiente, la tierra, que por la noche se había encargado casi de helar. La bruma era mi única compañera en este ineludible paseo que me llevaría a pagar viejas

cuentas.

La gente jamás gustó de caminar rodeado por esta fantasmagórica atmósfera cargada

de misterio o de terror si no era más que necesario. La televisión y el mundo cinematográfico se habían encargado de enraizar esa idea en las personas, ya que más

que un efecto meteorológico era el antecedente a algún suceso nefasto. Todos estaban

errados en esas conclusiones. La bruma era la unión del aire y la tierra como elementos, en el cual ella bebía de él para poder contender contra el calor del astro rey.

No temí de ella.

Me acompañó en mi camino hasta el cementerio, donde reposaba el cuerpo inerte de mi hermana Emily desde hacía siete años.

Volví a arrebujarme hasta esconder la nariz en el cuello de la chaqueta, lo que hacía que las gafas se me empañaran un poco. No me importaba. Nada iba a hacerme parar.

Estaba muy decidida en mantener nuestra charla pendiente.

Llegando al cementerio, me desvié en el camino y entré al camposanto por el hueco

que había en su muro. Además, ayudada por la bruma, ojos indiscretos no verían mi temprana incursión a

este lugar sagrado, ¡a saber qué barbaridades dirían si lo supieran!

Anduve por el empedrado rompiendo el silencio matinal, quebrando por otro lado

el descanso eterno de los que aquí reposaban. No me entretuve observando las hermosas lápidas, solo quería estar junto a ella y ponerle voz a todo lo que llevaba dentro. Cuando por fin llegué, ya había amanecido, pero la bruma no se disipaba, tal vez porque veía prematuro dejarme al descubierto.

Delante de Emily me puse rodillas, como el que iba a ser guillotinado y esperaba que el verdugo soltase la cuchilla que le separaría la cabeza de los hombros. Así estaba, esperando ser juzgada por mi hermana. Con manos temblorosas coloqué la rosa

mirando hacia ella. Sin poder evitarlo, las yemas de mis dedos acariciaron la gélida piedra en la que estaba esculpido con letras mayúsculas su nombre. Unas guirnaldas de

flores adornaban el resto.

Era lo único que me quedaba de ella y admitirlo me provocó un nudo de angustia y

dolor en la garganta que casi no me permitía respirar.

—Buenos días, hermanita —dije con voz temblorosa—. Sabrás que estoy de vuelta

tras pensar que nunca era demasiado tarde para venir a verte —cogí aire—, otro error

para mi marcador. —Cerré las manos con fuerza sobre mis muslos—. Lo siento, Emily,

siento todo lo que dije aquella tarde. Jamás pensé que fueras una inconsciente, una insensata o que estuvieras loca por amar como lo hiciste, al contrario, de las dos eras la única que tenía claro lo que quería hacer con su vida. En eso siempre te envidié. Sin embargo, tú sí tenías razón cuando me acusaste de vivir escondida, de estar tan amargada que perdería mi verdadera personalidad y me llevaría a una clausura perpetua. Me dijiste que acabaría vaciándome por dentro de cualquier sentimiento hasta quedarme sola. Es cierto. De las dos soy la cobarde, me alejé de ti por no reconocer que tus palabras eran ciertas, por ver cómo te redimías para volver al lado

de Jason sin importarte nada más. Siento no haberte apoyado, no haber compartido tus

alegrías, aligerar tus tristezas, solo te reprochaba todo lo que hacías, ponía en duda su amor por ti sin pensar en el daño que conllevaban mis palabras, solo me preocupaba

hacerte ver el peligro que... —Me cubrí la cara con las manos mientras lágrimas de impotencia caían de mis ojos—. Tendría que haber estado a tu lado como hacen las buenas hermanas. Sí, no fui ni justa ni buena. Contigo pagué mi propia frustración, rencor y odio hacia la maldición que nos perseguía, te convertí en la culpable cuando

solo eras una víctima más. Lo siento mucho, Emily, siento haber tardado siete años en

dar este paso. —Con los dedos tiesos del frío me limpié los ojos para fijarlos de nuevo en su nombre—. Y tú... tú no tendrías que haberme dejado de esta manera, me

has dejado sola, ¿es que no te dabas cuenta? ¿Acaso no sabías que yo también te necesitaba? No, claro que no, no supe demostrártelo, pudo más mi inquina. —Respiré

hondo buscando algo de tranquilidad sin separar la vista de su nombre para continuar sincerándome con ella—. Sabrás que mi vida ha cambiado, estoy como querías verme, enamorada, de un Crane, de tu cuñado Tom. No me preguntes cómo fue porque no tengo...

—¿Cecilia? —me interrumpió el susodicho cuñado.

Sobresaltada y muy nerviosa, me limpié a toda prisa las lágrimas con los puños de la chaqueta. No quería que me viese en estas tesituras.

—Cecilia, ¿va todo bien? —reiteró con cierto tono de preocupación.

—Sí, sí de maravilla, solo he venido para ponerle una rosa a mi hermana como no podía dormir...

—Has estado llorando.

Se agachó para quedar más o menos a mi altura, clavándome esos ojos azules que podían leer en lo más profundo de mí, aunque me opusiera. Sabía que me estaba mirando, por eso rehuía en hacerlo yo.

—No, qué va, no he llorado, es a causa de esta bruma...

—¿Qué bruma? —Su tono era entre asombrado y un tanto divertido.

Miré a mi alrededor y la bruma que me había acompañado hasta aquí ya había desaparecido dejando paso a una mañana despejada. Seguí observando por si quedaba

algún tipo de rastro de ella, esquivando en todo momento sus ojos azules.

—Bueno, quien dice bruma, dice frío, ya me entiendes.

—Has llorado —sentenció—. No lo reconozcas si no quieres, pero al menos no me mientas.

Esas últimas palabras me llevaron a clavarle una mirada furibunda, pero duró poco.

Su gesto no era divertido, tampoco molesto por ocultarle la verdad, sino franco, incluso paciente. Desde hacía tiempo me había quedado claro que nunca podría ocultarle nada, por mucho que me esforzase en ello. Debía ir aprendiéndolo porque lo

que me quedase de vida, Tom iba a estar ahí.

De repente me abrazó.

Su reacción me sorprendió y me reconfortó. Ese cuerpo que en apariencia era delgado y estrecho, resultó ser cálido, reconfortante en demasía, ya que aplacó la tristeza que me hacía estar delante de la tumba de mi hermana. Sentirlo cerca era lo que necesitaba. Tenerlo a mi lado era el mayor regalo que la vida me pudo dar. Con delicadeza me acariciaba el pelo al tiempo que aspiraba su aroma a cítricos, a

especias y un toque de minerales.

En ese mismo instante un rayo de sol nos iluminó devolviéndome a la realidad.

—Gracias. —Fue la palabra que se desprendió de mi garganta.

—No me gusta verte llorar, se apaga esa sonrisa que me enamoró —dijo

acariciando mis pómulos con las yemas de sus pulgares—. Creo que será mejor volver a casa, tus tías ya se habrán levantado. —Me miró fijamente durante unos segundos—.

¿Terminaste? —me preguntó señalando con la cabeza la tumba.

Volví la vista hacia donde estaba mi hermana y asentí a la pregunta de Tom, que ya

se había levantado. Llevé los dedos a los labios, impregné un beso en ellos, después

los pegué en la piedra haciéndoselo llegar a Emily. Me iba a poner en pie cuando vi

una mano ofreciéndome ayuda. La acepté. Tiró de mí sujetándome fuerte para que no me cayera. Su calidez contrastaba con la frialdad que desprendía mi piel. Sentí como

nuestras manos se acoplaban y amoldaban a la perfección, estaban hechas la una para

la otra.

No sabía cuánto tiempo había estado allí arrodillada ante Emily, pero mis piernas estaban ateridas. Ya sobre mis pies, Tom y yo nos sujetamos la mirada.

—Te está cogiendo el frío, será mejor que no nos demoremos por más tiempo.

Abrazándome por los hombros, comenzó a caminar a grandes zancadas.

Capítulo 54 - *Sweet Toxic Love*: mi mal de amores

—Buenos días, muchachos, ¿y vosotros tan temprano? —preguntó tía Faith al otro lado de la cocina.

Mis tías estaban preparando el desayuno cuando llegamos del cementerio.

—Os hacíamos durmiendo todavía. —Tía Alondra me miró con rostro relajado y

una pequeña sonrisa dibujada en sus labios—. Fuiste al cementerio.

—Sí —reconocí—, debía hacerlo, fue la razón de mi regreso.

Tía Faith, que hasta ese momento estaba de espaldas haciendo los huevos revueltos de Tom, se volvió hacia mí. Me escrutó con sus ojos castaños entrecerrados para poco después abrirlos negando con la cabeza.

—Cecilia, ¿no te has dado cuenta de que Emily ya te había perdonado?

—Mi pequeña y adorada niña —tía Alondra estiró los brazos con las manos extendidas. Me agarré con fuerza a ella—, tienes que perdonarte y cerrar esa herida para continuar con tu vida.

—No te atormentes con aquello que fue, sé feliz al lado de tu hombre y ama. —

Emocionada, miró a Tom—. Amaos con la locura de la juventud.

—Venga, sentaos a desayunar.

Así lo hicimos.

Tom me dio un beso en la sien antes de sentarse en su sitio, frente a mí, provocando suspiros de felicidad en mis tías.

Ellas estaban encantadas de que Tom y yo estuviésemos juntos. Nos querían a los dos, y eso se notaba en la alegría nada disimulada de sus rostros. Aunque jamás lo confirmaron, estaba segura de que lo supieron desde un principio y, conociéndolas, disfrutaron de lo lindo aquellos primeros días tras conocernos, más con las discusiones posteriores. Ahora todo había cambiado a mejor.

— *Omnia vincit amor*⁸ —dijo tía Faith cogiendo su copita de zumo de arándanos.

«¡Hala! Ya tardaba la frase en latín», pensé alzando la vista hacia ellas y dejando de lado el desayuno.

—¿Qué os pasa con el latín? —protesté un poco cansada de esas dichosas frases—.

¿Cuándo aprendisteis latín?

—Hace muchos años.

—Sé sincera, Faith —recriminó tía Alondra—. Tu tío abuelo Ethan era maestro de latín.

Abrí los ojos como platos. ¡Qué me estaban contando! Era la primera noticia que tenía sobre un supuesto tío abuelo. Mis ojos saltaban de una a otra entretanto ellas atendían a sus desayunos. Tom tampoco fue de ayuda, se encogió de hombros en mi dirección, prefería seguir comiendo.

—¡Disculpa! —mi voz sonó más aguda de lo normal—. ¿Qué tío abuelo?

—¿Nunca se lo referiste?

—No vi la oportunidad para hacerlo —manifestó tía Faith.

—¿Referirme el qué? —Tanto misterio se traían entre manos que me estaban alterando más todavía, si eso podía ser posible.

—Hace mucho tiempo estuve casada.

—¡Estuviste casada! —exclamé más asombrada que antes.

Si pensaba que mis tías no podían darme más sorpresas, me equivoqué estrepitosamente, y aquí estaba la prueba.

—Por supuesto, muchacha, no me quedé para vestir santos —me espetó con sus labios fruncidos.

—¿Tú también?

—No, yo no —contestó, escueta, tía Alondra.

—Ahora la tramposa eres tú, Alondra —le recriminó tía Faith señalándola con su arrugado dedo índice—. Pudo hacerlo y no quiso

Tía Alondra se mantuvo en silencio, con sus ensoñadores ojos perdidos en su tazón de leche con miel. La respeté, aunque me muriese de curiosidad por saber más.

—¿Qué le pasó a tu marido? —Tom rompió al fin su mutismo para cotillear, claro.

Volví mis ojos a él en el instante en que se limpiaba la boca con una servilleta blanca impoluta. Bien doblada, la colocó al lado de un plato vacío.

—Murió a los cinco años de casarnos. —Se echó hacia atrás hasta pegar la espalda

al respaldo de la silla, sin soltar su copita de zumo. La sujetaba entre el pulgar y el índice haciéndola girar con cuidado de no verter el líquido oscuro en el mantel—. Tras

su fallecimiento, siempre pensé que cualquier hombre, no solo los Crane, quedaban bajo los malos auspicios de la maldición...

—Bobadas —la interrumpió tía Alondra—. Lo de Ethan fue un accidente.

—Fueron los Hados —tía Faith entrecerró los ojos en su dirección.

—Accidente.

—¡Que no! Los Hados.

—Accidente.

—Los Hados.

—Faith, jamás nos podremos de acuerdo.

—Humm. —Mucho eché de menos ese sonido gutural de tía Faith que, de un trago, terminó su zumo.

Ver a tía Faith como guardaba aquellos tiempos mejores en la retina de su memoria me supuso todo un ejemplo de lo que debía hacer a partir de ahora.

—¿Qué significa la frase en latín? —interrumpí para relajar los ánimos entre ellas.

—«El amor todo lo vence», y vosotros sois prueba de ello. —Su rostro recuperó la emoción del principio.

—Será un amor imperecedero, mas por muchos envites que os dé la vida, él debe ser vuestro guía.

Estas palabras de tía Alondra hicieron que mi corazón se saltase varios latidos.

Ellas podían ver cosas que el resto no y mis sentimientos hacia Tom eran una de esas visiones.

—¿Ya te vas?

Apoyé un hombro en el quicio de la puerta de la buhardilla, donde dormíamos ahora juntos. Tom estaba recogiendo unos libros de partituras para llevar al colegio.

—Sí, prefiero llegar un poco antes por lo que pueda pasar. —Giró la cabeza hacia mí.

Salvando la distancia que me separaba de él, me acerqué. Le rodeé el rostro entre

mis manos y le di un dulce beso en los labios mientras mis dedos acariciaban su barba.

Me separé a escasos centímetros, surcando los lagos que tenía por ojos.

—Tom Crane, eres mi dulce mal de amores —susurré.

Soltó una sonora carcajada echando la cabeza hacia atrás. Me encantaba verlo sonreír, escucharlo reír. Saber que su felicidad era yo me hacía sentir especial.

—¿Esa es tu manera de decirme: «suerte, cariño»?—Asentí embargada por los sentimientos.

Abrazándome por la cintura, pegó mi cuerpo al suyo y acercando su boca a mi oreja confesó:

—Y tú el mío, Cecilia.

[8](#) «El amor todo lo vence», frase de Virgilio en su obra *Bucólicas*. Se recoge en la *Égloga X*.

Capítulo 55 - Águila elevada

Varios años después

—¿Y la *buja, abela*? —preguntó mi hija con entusiasmo infantil a la vez que sus ojitos castaños se abrieron esperando el final.

—A la bruja la intentaron salvar, pero al final ardió en el fuego del Bien —finalizó tía Faith abrazándola.

—Tía Faith, no le digas esas cosas —la reprendió Tom.

—Si es lo que más le gusta, ¿a qué sí, mi amor?

— *Chi* —aplaudió contenta.

A Emily le encantaba esta historia protagonizada por sus padres, eso sí, solo se la podían relatar tía Faith o tía Alondra, porque ellas la interpretaban poniendo voces a cada uno de los personajes.

—Abuela, ¿puedo hacer eso? —pidió, como siempre, Jason.

Jason, así se llamaba nuestro hijo mayor, hizo el viaje desde el siglo XVIII al siglo XXI protegido por mi cuerpo. Mi hermana me lo había advertido cuando me dijo: «los

tres lo merecéis», pero no supe descifrar sus palabras en aquel tiempo. Era un Crane indudablemente. Guardaba un parecido muy grande con su tío, aunque los ojos azules, chispeantes de alegría, eran los de su padre. De mí solo tenía, o eso decían Tom y mis tías, su pasión por dibujar. Por el contrario, Emily era una Wells hasta en el carácter, muy afable, cariñosa, siempre con una sonrisa como su tía y con el pronto de su madre.

—No, cariño, eres un Crane. —Tía Faith siempre le respondía lo mismo.

—Pues yo también quiero —dijo enfadado.

—Jason, ser un Crane no es tan malo, serás listo e inteligente como tu padre, también juicioso. Es cierto que no podrás utilizar la magia, mas cuando sea necesario

sabrás guiar a tus hermanos y con todos nosotros tendrás una gran conexión que te permitirá conocer qué pasa por muy lejos o muy cerca que estés.

Tragué ruidosamente. Di gracias de estar resguardada por la cocina, así perderme la

cara de Tom y su escrutinio posterior. Fuera, el silencio era perpetuo, ni los niños hablaban, algo que solo ocurría cuando Tom se enfadaba con ellos por las fechorías que podían cometer. Me di la vuelta para coger unas servilletas y el susto que Tom me

dio fue de órdago. Estaba, cual alto era, apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y un tobillo sobre el otro, mirándome fijamente.

—Cariño, ¿tienes algo que contarme?

—¿Decirte qué? —le respondí con otra pregunta.

—Una noticia como: estoy embarazada.

—No lo sé seguro, más bien es una sospecha. —Me encogí de hombros mirando al suelo.

—Niños, id afuera a jugar, ahora vamos nosotros. —La obedecieron sin rechistar—.

Lo estás —afirmó tía Faith entrando en la cocina—, pero si quieres estar segura de lo que dice esta vieja bruja, compra uno de esos cacharritos y confirmarán mis palabras

—dijo haciendo aspavientos con las manos—. Por cierto, serán gemelos.

—¡Gemelos! —exclamamos al unísono.

Tom, más aturdido que yo, se frotó la cara con las manos para después mesarse el

pelo, despeinando ese flequillo que se alzaba sin temor. Un flequillo que era incipiente en nuestro hijo.

—Cuatro —mi voz sonó sin fuerza y me agarré más fuerte a la encimera para no desfallecer.

—Vendrá otro más, serán cinco —anunció tía Faith con alegría—. Sois muy fértiles, muchachos. —Nos observó divertida.

Salió afuera. A mis tías no les gustaba dejar solos a los niños, es más, hiciesen lo que hiciesen siempre los llevaban con ellas.

La consternación por las noticias recibidas era demasiado grande y no se podía asimilar en cuestión de segundos. Crucé una mirada silenciosa, nerviosa además de asustada, con Tom.

—Cinco —susurró—. Tendré que dar muchas clases —bromeó aligerando la tensión por las sorpresas recibidas.

—Eres muy bobo cuando quieres.

Se encaminó hacia mí y nos fundimos en un abrazo que resultó muy reconfortante. Lo estreché por la cintura escondiendo mi rostro en su pecho, inspirando así su aroma. En sus brazos estaba mi hogar.

—Es lo que se suele decir en estos casos, ¿no?

—No lo sé. —Me encogí de hombros.

—Será la redención de nuestras familias después de tantos años de amores frustrados, pero es mucho trabajo. —Se separó un poco para mirarme. Sus ojos brillaban de felicidad. Me rodeó el rostro con sus manos y me dio un dulce beso en los labios.

—¡Papi, mami! —nos llamó Emily.

Poniéndome de puntillas le devolví el beso.

—Nos reclaman.

—Sí, es la llamada de la selva. —Me besó una última vez—. ¡Ahí voy!

Salí de la cocina con dos platos en las manos que coloqué encima de la mesa.

Sonriente, tía Faith contemplaba como Tom jugaba al pilla pilla con los niños. La algarabía alegraba mi corazón, sus risas infantiles eran el mayor regalo para mis oídos.

Alcé la vista al cielo cuando escuché el graznido de un águila. La busqué y se elevaba sobre el río recibiendo, además, todos los rayos del sol. Hipnotizada por su envergadura, por la majestuosidad de su vuelo, me fui hasta el acantilado en el que terminaba el jardín y la observé en el horizonte, en ese punto donde, sempiterno, el Hudson besaba al cielo. Así, tras el paso del águila, se dibujaron varias figuras, al principio borrosas, para luego distinguir a mi hermana, a Jason, a Abigail y Daniel.

Mi familia estaba frente a mí. Todas aquellas parejas que no fueron y debían ser, ahora estaban unidas allá donde fuese. Una suave brisa me envolvió correspondiente al

beso que mi hermana me lanzó desde el cielo. En ese instante, algo en mis entrañas se movió.

—¡Mami, corre! —gritó Jason.

Volví la vista y Tom venía raudo hacia mí. Eché a correr, pero demasiado tarde, porque pronto me vi alzada en brazos de Tom.

—Ya eres mía —me susurró al oído.

—Siempre lo seré.

NOTA DE LA AUTORA

Todos, alguna vez, hemos oído hablar de Sleepy Hollow, un pueblo que está a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Nueva York. Me inspiré en él para recrear la historia de Cecilia y Tom. Sin embargo, me he tomado algunas licencias, pues la casa

de los Crane y las Wells no existen. He intentado, también, que el espíritu de este pueblo esté en cada una de las líneas de esta obra.

El mundo de las flores, las plantas medicinales, o mágicas, es inmenso, muy interesante. Muchas son las interpretaciones, los símbolos, o los usos que se le dan a

cada una. Aquí aparecen reflejadas solo algunas, las más propicias para la novela. Esta incursión por la Historia me resultó fascinante. Os la recomiendo.

AGRADECIMIENTOS

La primera persona a la que debo dar las gracias es a Caroline March. Sin ti, Emma

J. Care nunca existiría. Confiaste en mí desde aquel primer correo electrónico en el que te contaba una idea. Desde entonces, me guiaste, me enseñaste, me ayudaste, me alentaste a continuar cuando me flaquearon las fuerzas, que fueron muchas veces. Eres

más que una gran amiga, o una gran maestra, y sería muy soberbio de mi parte no darte

las gracias, porque esta novela no sería lo que es si no fuera por ti. Siempre te estaré inmensamente

agradecida y espero que cada novela que escriba pase previamente por

tus manos.

A mi familia, por estar siempre ahí y tomarse con tanta alegría la llegada de una escritora a casa. Gracias. Os quiero a todos.

A mis amigas en general, no quiero que se me quede ninguna en el tintero. Sé que a veces no doy señales de vida, ahora sabéis que estoy en otros mundos.

Finalmente, al jurado del Certamen de Novela Romántica Vergara – RNR, por confiar y seleccionar como finalista esta novela que ahora ve la luz. Asimismo, a Lola Gude, por su inestimable ayuda y sus sabios consejos en este camino que he comenzado.

Si te ha gustado

Mi mal de amores eres tú

te recomendamos comenzar a leer

Tú eres mi luz

de Esperanza Riscart

Selección RNR

ESPERANZA RISCART

Tú eres
mi luz



Romance Actual

CAPÍTULO 1

—¿Qué tenemos aquí, Lola? —preguntó la doctora Cánovas a la enfermera que limpiaba un corte muy abierto en el brazo izquierdo de un joven tumbado en una camilla.

—Un profundo corte provocado con el manillar de una moto. —Hablaba mientras la doctora examinaba la herida concienzudamente—. Creo que habrá que darle unos puntos de sutura interiores y algunos más exteriores.

—Sí, me parece lo más adecuado —afirmó la joven médica sin prestar atención aún

al rostro de su paciente, que la observaba embobado, algo que ya estaba acostumbrada que sucediera—. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Puede haber fractura?

—No. Solo la herida.

—Llevaba el brazo apoyado en la ventana abierta mientras el coche estaba parado ante un semáforo y, en el momento de cambiar la luz, la moto vino desde atrás a demasiada velocidad —respondió el hombre sin perder detalle del rostro de la guapa doctora que lo atendía.

—¿Cómo estás? —le preguntó al muchacho, que aparentaba treinta años, mirándolo por fin a la cara. Le gustaba conocer el rostro de sus pacientes.

—¿Lucía? —preguntó el joven sorprendido—. ¡Lucía Cánovas! ¡Vaya! ¡Qué casualidad!

—¡Ramón Quintana! ¡No me lo puedo creer! —Cogiendo sus mejillas con delicadeza lo observó incrédula sin dejar de sonreír y le ofreció dos afectuosos besos

—. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Seis años, por lo menos.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho? —No esperó respuesta y, de repente, se sintió incómoda y volvió al plano profesional—. No te preocupes, enseguida te pondremos anestesia local y no te enterarás de nada mientras te estemos cosiendo. Te

has hecho un buen corte. —Se acercó mucho a él y le habló aproximándose a la oreja

—. ¿Querías que te sobaran unas enfermeras y te has arriesgado a perder un brazo para conseguirlo? Aquí tienes tu sueño hecho realidad —le susurró, bromeando una vez que se había recobrado de la sorpresa.

—Mis sueños acabaron hace unos meses. Ahora soy un hombre formal y casado— respondió sonriendo satisfecho—. Con una enfermera.

—¡Tú, casado! ¡Eso sí que es una sorpresa! —Lo miró en silencio sin ocultar la alegría que le había provocado el encuentro, durante un instante en el que su mente pareció haber volado de allí. Suspiró, volviendo a la realidad con una bocanada de aire nuevo—. Me alegro mucho, Ramón. Lamento que nos hayamos encontrado en estas

circunstancias; mejor hubiera sido volver a vernos en una fiesta universitaria —añadió

guiñándole un ojo y dejándose llevar por los recuerdos—. Pasamos buenos ratos aquellos años.

—Él se va a alegrar mucho de verte —dijo Ramón con una sonrisa triunfal en su rostro emocionado y sin escuchar lo que ella le decía.

—¿Él? —preguntó Lucía extrañada y temerosa.

—Mario. Mario está afuera, esperándome; venía conmigo en el coche. —Un

temblor recorrió el cuerpo de Lucía como si un terremoto sacudiera la Tierra en ese instante, provocado por la sorpresa de oír el nombre que llevaba años sin escuchar de

unos labios que no fueran los suyos o los de su madre—. Veníamos de una despedida

de soltero, la segunda de este otoño, y aún nos queda la de Luis —contó sin percibir la alteración de la médica que no preguntó nada más, mientras se limitaba a sonreír y se

ocupaba de su brazo.

—Luis. A ese sí que me gustaría verlo vestido de novio—contestó disimulando el desconcierto que no le permitía serenarse, hasta tal punto que casi se vio obligada a llamar a Lola para que la sustituyera.

Logró relajarse poniendo todo su empeño, como estaba acostumbrada a hacer en los

momentos en que el stress de su trabajo intentaba dominarla, y consiguió controlarse lo necesario para continuar con la sutura.

—Si sientes alguna molestia, avísame; voy a sujetarte el brazo a la silla porque tengo que darte unos puntos bastantes complicados, pero no te preocupes, no son muchos, la mayoría te los coserá una enfermera. Ve eligiendo —le dijo en tono de burla

—, que te atenderá la que más te guste y quedará entre nosotros. Te prometo que tu mujer no se enterará. Será nuestro secreto.

Intentaba recobrar la normalidad con sus bromas, pero Ramón, insistiendo en

revivir el pasado, continuó la conversación:

—¿Dónde te has metido estos años? Desapareciste sin dejar rastro. Nos resultó imposible dar contigo.

—¿Nos resultó? ¿Tú me buscaste? —preguntó nuevamente extrañada.

—Luis y yo investigamos en algunas facultades de medicina a petición de Mario. Se

marchó a Houston y, en cada ocasión que regresaba por vacaciones, se dedicaba a indagar por todas partes intentando encontrarte. Lo dejaste hecho polvo, Lucía —

susurró serio, pero sin dar muestras de enfado porque esa nunca fue la condición de Ramón, recordó la chica sintiendo esa oleada de ternura que su amigo siempre le había

provocado—. Fue como si te hubiera tragado la tierra. —Su voz se impregnó de una seriedad que quizás los años le habrían ayudado a adquirir; parecía llevar tiempo esperando la oportunidad de hacerle ese gran reproche—. No lo pasó bien; estuvo un

año y medio desquiciado hasta que comprendió que no te encontraba porque no querías saber nada de él. No se rindió hasta que logramos convencerlo para que abandonara la búsqueda.

Lucía no lo miraba y permanecía concentrada en su trabajo, procurando en todo momento no reflejar algún sentimiento que la delatara.

—Tuvimos que marcharnos a Granada. El médico que visitaba mi madre por el

asunto de su depresión le aconsejó un cambio radical y a ella le apeteció vivir allí, donde pasó algunos años de su infancia y fue feliz —le explicó mientras sonreía e intentaba parecer tranquila—. El cambio le sentó de maravilla y se recuperó bastante

bien; por fin parece haber superado la trágica muerte de mi padre, después de ocho años.

—Mario estuvo en la facultad de medicina de Granada y no te encontró. —Sonrió

asombrado como si hablara de un superhéroe—. Creo que te buscó en todas las universidades de España sabiendo que nunca dejarías tus estudios.

—Me tomé un año sabático trabajando en lo que me salía; yo también necesitaba recuperarme de nuestra ruptura. —Se calló un instante y permaneció absorta en el brazo de su amigo, dando la conversación por terminada, escondiendo su desconcierto

tras una preciosa sonrisa—. Mi trabajo ha terminado, ahora continuará Lola. Es una herida muy profunda, Ramón, y vas a tener que prestarle bastante atención durante una

semana; te he puesto un drenaje y, en cuanto los puntos interiores cicatricen, te lo quitarán. Procura mover el brazo lo menos posible durante unos días y luego acude a tu

consultorio habitual a diario a curar la herida; ellos te darán las instrucciones pertinentes. O quizás te la pueda tratar tu mujer —aclaró sonriendo divertida y le guiñó un ojo pícaro—. ¡Ah! No olvides que no debes mojar la herida. Ven ahora a mi consulta y te recetaré calmantes y antiinflamatorios. Esto te va a doler. —Le sonrió de nuevo y Ramón, al contemplarla, justificó la pertinaz búsqueda que dedicó su amigo unos años atrás. Lucía fue una chica preciosa que contagiaba su simpatía y el cariño innato que le despertaban los demás y se había convertido en una mujer más hermosa

aún—. Voy a prepararte el informe para el seguro; ahora nos vemos en la consulta número cinco.

Mientras preparaba el informe más complicado de su vida, por ser incapaz de concentrarse pensando en la posibilidad de encontrarse con Mario, decidía si sería conveniente verlo. Jamás, a pesar de desearlo cada día, creyó que cabría la posibilidad de enfrentarse a él.

«Seis años sin verlo. ¿Cómo estará? ¿Seguirá tan guapo como entonces? ¿Se habrá quedado medio calvo? —Suspiró alterada—. ¡Dios mío! ¿Se habrá casado o tendrá una pareja formal? Despedidas de soltero. Esa debería haber sido mi primera pregunta.

Mario siempre fue un chico enamorado; seguro que tiene mujer e hijos. Con la carrera fulgurante que ha hecho, habrá tenido chicas para elegir. Maldita sea, con todos los hospitales que hay en Madrid. ¿Por qué han tenido que venir a éste? No sé si seré

capaz de hablarle después de cómo me porté con él. ¿Me habrá perdonado? No. Seguro que no. Mi comportamiento fue imperdonable; ni yo misma he sido capaz de perdonarme aún.

»Vamos, Lucía —se animó ella misma—. Necesitas obtener toda la frialdad y

sensatez que tuviste en el pasado y que ha gobernado tu vida actual; tampoco a ti te ha ido mal. Hizo seis años el cinco de septiembre. Años de sufrimiento oculto, de endurecerte como el granito por absoluta necesidad de supervivencia, de la tuya y de tu propia familia. No vayas a tirar por la borda ese descomunal esfuerzo, ese inmenso sacrificio que hiciste entonces, por un encuentro casual. Piensa siempre que lo hiciste por Mario. Elegiste lo mejor para su futuro y deberías estar orgullosa de ti misma porque superaste la prueba más dura, demostrando con ello el intenso amor que sentías

por él; una prueba enorme de tu generosidad. —Se repitió los mismos ánimos que conocía de memoria porque habían sido su mantra hasta lograr salir adelante, cuando

se desesperaba echándolo de menos, al sentirse sola o pensando en lo decepcionado que estaría Mario —. Todo lo hiciste por él. No lo olvides. Y él ni siquiera lo sabe».

Convencida y armada de un valor que no sabía que aún tuviera, pidió a una celadora que hiciera pasar a Ramón a su consulta, temiendo que lo acompañara Mario.

—Tío, te vas a quedar de piedra —le contó Ramón antes de que su amigo tuviera tiempo de preguntarle cómo se encontraba—. No imaginas quién es el médico que me

ha atendido. —Mario lo miró sin comprender—. Podrías estar diciendo nombres un año y nunca lo adivinarías.

—¿Quién es? ¿No me dirás que Manolo Aguilar terminó su carrera de medicina? —preguntó sonriendo intrigado.

—Es mucho más guapa que Manolo; está más guapa aún que antes, y no sé si será conveniente que la veas —respondió serio—. Me ha atendido Lucía.

—Pero... ¿qué Lucía? —preguntó sintiendo un pellizco en su estómago, como si resultara imposible que esa persona existiera aún sobre la faz de la Tierra.

—¿Qué Lucía va a ser? ¿A cuántas Lucías conocíamos? Tu ex novia, Culo bonito, tu Luz.

Mario permaneció quieto, observándolo en silencio, incrédulo, como si sus

palabras no pertenecieran a la realidad. En ese momento una celadora pregonó el nombre de Ramón y los dos amigos se dirigieron a la consulta número cinco. Ramón caminó resuelto y jovial, deseando ver la reacción de la pareja al encontrarse después

de tanto tiempo. Mario se acercó desconfiado; desbordado por la noticia y sin poder salir de la impresión, seguía a su amigo esperando comprobar por sí mismo que Ramón

se hubiera equivocado de persona. Al abrir la puerta de la consulta, Lucía estaba sentada tras la mesa, con su melena indomable, de mechones rubios y dorados, mal recogida como siempre solía ocurrirle; unos cabellos rizados y rebeldes escapaban al

elástico o a las horquillas que querían capturarlos. Al verlos entrar se levantó decidida

y se dirigió sonriendo y fingiendo despreocupación hacia un asombrado Mario.

—¡Mario! ¿Cómo estás? —Lucía pensó que no podía haber hecho una pregunta más

estúpida mientras besaba su mejilla y se impregnaba de ese maravilloso aroma del pasado. Solo había que verlo para saber cómo estaba: más guapo y atractivo que años

atrás. Mostraba una apariencia física más fuerte de lo que recordaba y sus rasgos varoniles se habían marcado por el paso del tiempo, lo que lo favorecía más aún. No

controló el mismo temblor que recorrió su cuerpo hacía unos minutos con solo escuchar su nombre y saber de su cercanía, como tampoco pudo controlar que se despertara en ella la misma poderosa atracción que desde hacía seis años dormía en su

interior—. Estás estupendo. Te veo muy bien.

—Hola —fue la única palabra que pudo pronunciar Mario, observándola como si

hubiera visto una aparición fantasmagórica. Llevaba años obligándose a pensar que ella ya no existía en el mismo mundo que él, y en ese momento la tenía delante y solo

podía mirarla y olvidar por completo la larga lista de reproches que tenía preparada por si volvía a verla

alguna vez en su vida; mientras se embebía de su anhelado rostro.

Lucía aprovechó la fría reacción de Mario como vía de escape ante la violenta situación, y se comportó con profesionalidad explicándole a Ramón todos los

pormenores que detallaba en el informe. Mario continuaba observándola como si no supiera hacer otra cosa que contemplar su cara; repasaba sus rasgos estudiándolos con

minuciosidad e incomodándola con ello. Esos brillantes y alegres ojos color miel que

lo cautivaban con tanta facilidad, y en los que unas leves arruguitas revelaban el paso del tiempo, enmarcados por las cejas grandes pero excesivamente femeninas y

naturales, su graciosa naricilla algo respingona que encajaba perfectamente en su rostro aniñado, y sus labios. Mario se perdió contemplando sus labios como fresones rojos y

carnosos con la vista fija en ellos, los veía moverse, sin oír lo que decían, recordando cuánto lo habían provocado, cuánto le había gustado besarlos y mordisquearlos sin poder evitarlo desde la primera cita, tras lo que se disculpó después de rozarlos con

los suyos en el que fue su primer beso. Seguían siendo tan sensuales, tan provocativos

como a los dieciocho años y, al moverse, dejaba ver su preciosa dentadura blanca casi

perfecta, sin que el hecho de haber llevado ortodoncia durante unos años de su adolescencia le restara mérito. Esa preciosa mujer que tenía delante fue suya durante cuatro maravillosos años; los mejores de su vida hasta ese momento, los mejores de esa vida que le robó al abandonarlo.

—Me he alegrado mucho de veros —oyó que decía Lucía despidiéndose sin perder

la sonrisa y trasladándolo a la realidad repentinamente.

Ramón se levantó de su silla; sin embargo, Mario no se movió; continuaba con la mirada fija en Lucía, incapaz de dejar de mirarla ahora que por fin la tenía delante después de seis años de ausencia y, recordando cuánto había sufrido por ella, se dejó

invadir por la amargura que ella le provocó al abandonarlo.

—Vamos, Mario —le ordenó Ramón preocupado y consiguió que este espabilara

del letargo en el que parecía haberse sumergido.

—Sal un momento, Ramón. Espérame fuera. Me gustaría hablar un instante con

Lucía, si es posible —contestó sin apartar la vista de ella.

—Sí, pero solo unos minutos, Mario. —Comenzó una disculpa sonriendo—. Tengo

mucho trabajo; ya has visto cómo está la sala de espera.

—Por supuesto. Solo quiero preguntarte dónde te escondiste cuando me dejaste —
dijo en un tono grave y acusador sabiendo que Ramón ya no estaba en la consulta—.
Desapareciste como por arte de magia.

—Nos fuimos a Granada hasta que acabé mis estudios; mi madre necesitaba un
cambio de ambiente radical y yo también, así que nos vino bien a las dos.

—Yo estuve en la facultad de Granada dos veces, creo que no dejé ningún aula por
vigilar y no te encontré; tú no estabas allí porque incluso pregunté en secretaría por ti

—le contó serio—. Tu madre me mintió y me dijo que te habías matriculado en la facultad de Barcelona.

—Se lo he contado antes a Ramón. Me tomé un año sabático; no me veía capaz de
estudiar después de... —Se calló avergonzada y bajó la cabeza.

—¿Después de huir de mí? ¿Después de abandonarme y esconderte? Porque eso fue
lo que hiciste. ¿Íbas a continuar así? —Mario suspiró con fuerza—. Ha pasado mucho
tiempo, Lucía, y al verte has refrescado mi memoria con una lucidez impactante.

Todavía no he podido olvidar cuánto sufrí. Ni entiendo por qué me hiciste tanto daño.

—Lo siento, Mario. Lo hice pensando en ti; fue lo mejor para ti. Conseguiste tu objetivo, tu ingreso en la
agencia espacial. Primero en la NASA, siendo tan joven, y ahora en la Agencia Espacial Europea. —
Sonrió levemente en un intento de disminuir

la tensión que Mario había provocado—. Menudo carrerón has hecho.

—Podría haberlo conseguido teniéndote a mi lado —afirmó con una frialdad
desconocida para Lucía—. No hubiese resultado tan complicado; solo con venirte conmigo...

—Tenía que acabar mis estudios. Yo también tenía mi ambición y, como ves, estoy
trabajando donde siempre soñé; al igual que tú. —Suspiró angustiada—. A veces no se
puede tener todo y hay que ser capaz de renunciar a tiempo.

—Podríamos haber continuado juntos, aunque fuera en la distancia, durante un
tiempo y vernos en vacaciones. No era necesario ser tan radical como fuiste. Aún no

comprendo por qué te negaste a continuar nuestra relación, ni que me mintieras diciéndome que no me
querías; en caso contrario, no habrías puesto tanto empeño en que no te encontrara. Porque todo fue una

mentira, ¿verdad, Lucía? —Y la miró de ese

modo tan especial que solo él era capaz, entrando en lo más profundo de su alma.

—Sí; pero fue lo mejor para los dos, sobre todo para ti. Créeme, algún día lo comprenderás y me lo agradecerás.

—No creo que eso ocurra nunca. A pesar del tiempo transcurrido, aún no puedo perdonarte. Nunca entenderé tu comportamiento. —Esas palabras inmerecidas

lastimaron a Lucía, pero no podía reprochárselo.

—Lamento mucho que no puedas perdonarme, Mario, no imaginas cuánto. Pero te repito que acabarás por entenderlo, y te aseguro que todo lo que hice fue por ti, para que tus sueños se hicieran realidad. Aunque no sé si ya servirá de algo, me siento muy orgullosa de ti —le dijo sonriendo—. Y ahora, si me disculpas, tengo más trabajo del que puedo abarcar.

Mario se levantó sin decir nada, ni siquiera despedirse, pero al abrir la puerta se volvió hacia ella y le hizo una petición inesperada.

—¿No podemos quedar esta noche o mañana? Me marcho el domingo a Alemania;

ahora vivo allí. Me gustaría verte de nuevo y hablar contigo —le pidió con una frialdad nada natural en Mario—. Creo que me debes una explicación más detallada sobre tu comportamiento y creo que la merezco. —La miró un instante en silencio e insistió en su petición como un ruego desesperado—. La necesito, Lucía. Necesito entender.

—Lo sé, Mario; sé que la mereces. Pero solo conseguiríamos hacernos daño al recordar el pasado. Te veo bien. Tu aspecto es formidable. Yo estoy bien... Mejor dejar las cosas como están. —Le sonrió mirándolo a los ojos—. No sabes cuánto me

ha alegrado volver a verte.

—Puede que tengas razón. Adiós, Lucía —se despidió en un susurro.

Lucía se tomó unos minutos para reponerse del encuentro y de la conversación que acababa de mantener, preguntándose por qué el destino lo había puesto de nuevo en su

camino, si no era ya suficiente el sufrimiento que pasó y que, a veces, a pesar del tiempo transcurrido, recordaba. Respiró profundamente varias veces, como había

aprendido en las clases de yoga y meditación a las que asistía cuando el trabajo se lo

permitía, y como solía hacer cuando algún problema la agobiaba demasiado. Procuró

dejar su mente en blanco hasta que obtuvo la energía necesaria para retomar su trabajo, concentrándose tanto en él, que el mundo exterior dejaba de existir. Solo pacientes y ella.

—Lucía está guapísima —comentó Ramón ante el silencio de su amigo, que

conducía serio con la atención puesta en la carretera—. Y parece que sigue

conservando ese precioso culito, aunque con ese uniforme horroroso que lleva es difícil de asegurarlo.

—Intentó bromear sin conseguir que su amigo entrara en el juego.

—Sí —respondió un Mario frío y distante—. Está muy... —Dudó al emitir su veredicto—. Creo que la palabra correcta sería hermosa. Se ha convertido en una mujer impresionante.

—¿Está casada? —preguntó Ramón curioso.

—No hemos hablado sobre eso —bufó—. Solo le he hecho algunos reproches que

no he podido contener.

—Se los merece por el modo en que te dejó, pero... —Ramón dudó si continuar hablando del tema—. Tío, Mario, déjalo estar. Pasa página de una vez. No sabes la cara que tenías en la consulta. Al menos podrías haber disimulado e intentar conservar

tu dignidad después de la putada que te hizo al esconderse de ti.

—Ya sabes que he pasado página. Tengo a Hannah —se dijo a sí mismo más que a

Ramón—. Pero ha sido tan inesperado. Nunca pensé en volverla a ver y... —Prefirió

callar a confesar la verdad a su amigo. Ramón respetó su silencio y no volvió a hablar

sobre Lucía, convencido de que lastimaba a su amigo con solo pronunciar su nombre al

desenterrar sus peores recuerdos.

Mario, incapaz de reconocer que se había sentido tan atraído por ella como sucedía

en el pasado porque nunca la había olvidado, a pesar de la presencia de Hannah en su

vida, se tuvo que controlar cuando abrió la puerta de la consulta para no dirigirse a ella, abrazarla, decirle que por fin la encontraba, besarla y pedirle que no lo abandonara nunca más. Sin embargo, solo pudo hacerle un montón de reproches, permitiendo que el dolor que guardaba acumulado en su memoria hablara por él.

—Déjame el coche, Ramón. Tú no vas a poder conducir y te prometo que lo

aparcaré en el *parking* del hotel. —Ramón no se lo negó, pero lo miró muy serio.

—No vayas a verla, Mario—casi le suplicó—. Pasa página o volverás a sufrir del mismo modo que cuando te dejó. Recuerda cuánto dolor te costó superar su abandono; eso te ayudará a no acercarte a ella. —Ramón no se atrevió a decirle que quizás la chica había dejado de quererlo, tal y como se justificó cuando rompieron; no deseaba lastimar más a su amigo.

—No te preocupes por mí. Lucía es parte del pasado —mintió intentando aliviar la preocupación de Ramón y fingiendo una entereza que no sentía—. Si no te importa y como no vas a poder salir con esa herida, he pensado en ir a Toledo a ver a mis padres. Mañana por la noche estaré de vuelta. ¿De acuerdo?

—Está bien, tío—admitió resignado—; no necesito el coche porque no creo que pueda conducir. La herida me está matando, y Carmen me puede llevar al centro de salud si es preciso. Pero, por favor, tómatelo con calma y frialdad. Tú eres un hombre orgulloso.

Ramón tenía razón. Él siempre había sido un hombre satisfecho consigo mismo y jamás se había dejado rebajar por nadie ni por ninguna circunstancia. Pero ella había aparecido de nuevo en su vida.

Mario condujo de vuelta por el mismo camino que recorrió desde el hospital. Tenía que verla de nuevo; necesitaba aclarar lo que la empujó a alejarse de él, mentirle y esconderse. Sabía que había algo más, lo intuía. Llegó al *parking* del hospital, detuvo el vehículo cerca del reservado para el personal y se dispuso a aguardar paciente a que Lucía pasara por allí. Desde el lugar que esperaba también veía la salida de urgencias, por si ella no tenía coche y cogía un autobús o el metro.

Mientras esperaba, su memoria retrocedió en el tiempo diez años atrás, a la biblioteca de la facultad de Medicina, adonde acudía con sus amigos Ramón y Luis en

busca de chicas estudiantes de enfermería. Fue la primera vez que la vio, en los comienzos de su tercer curso de carrera y el primer año universitario de Lucía.

Enseguida se sintió atraído por ella, y lo primero que llamó su atención fue su precioso culito; Culo bonito le puso él de apodo. Lo vio todo tan claro en su mente que sintió un escalofrío. Y esa claridad que conservaba de sus recuerdos se la debía al número infinito de veces que pensó en ella durante seis frustrantes años.

—*Ramón, espero que merezca la pena esta pérdida de tiempo, mañana tengo un parcial de física muy gordo.*

—*¿Y eso te preocupa? Sacarás un diez como siempre* —le reprochó Ramón

ofendido—. Como si alguna vez variaran tus calificaciones. Te juro, Mario, que me avergüenza ser tu amigo. Eres un auténtico empollón.

—¡Ahí vienen, ahí vienen! Las novatas de este año —exclamó Luis nervioso—.

Con estas tías da gusto ponerse enfermo y que te ingresen en un hospital. Incluso tienen que lavarte. —Mario se reía a carcajadas por los comentarios de Luis.

—Luis, eso es material de baja calidad —replicó Mario con cierto desdén orgulloso después de observar a las chicas.

—¡ Shhhh! Hay quien viene a la biblioteca a estudiar —los regañó una chica rubia que estaba sentada en la mesa de enfrente—. ¿Podrías hablar más bajo?

—Perdona, tía —se disculpó Ramón sorprendido—. Menudo genio gasta para ser una novata de primer curso —cuchicheó con sus amigos—. Tenemos que venir más a esta biblioteca; fijaos el porcentaje tío-tía. Calcula, Mario; así a ojo, ¿cuál dirías que es?

—Creo que un tío por cada nueve chicas. —Los dos amigos, emocionados, se llevaron las manos a la cabeza.

—A partir de mañana estudiaré todos los días aquí. Lo tengo claro —afirmó Luis comiéndose a las chicas con los ojos.

—Yo no puedo. Demasiadas distracciones —contestó Mario mirando a la chica rubia que los había mandado a callar. Los amigos volvieron la cabeza con descaro

—. Es como una muñequita. ¿Seguro que está en primero? Tendría que estar aún en el instituto.

—Sí —respondió Ramón convencido—. He visto su libro de anatomía; está en primero de Medicina. Pero tiene mal genio y está sola; por lo tanto, viene a estudiar.

No nos conviene.

En ese momento la chica se levantó, recogió sus libros y se marchó sin mirarlos,

ignorando la presencia de los muchachos; se sacudió con tanta femineidad sus abundantes rizos de tonos dorados que los dejó a los tres embobados.

—Vaya culito —exclamó Mario sonriendo admirado y siguiendo con la mirada a

la chica que, de espaldas a ellos, se dirigía a la puerta de salida—. Me parece que habrá que prestarle alguna atención a su carácter; la cara, el pelo y el culo lo merecen. —Los otros dos soltaron unas carcajadas a la vez que asentían conformes.

Mario creyó despertar de un sueño al ver a Lucía salir del hospital y dirigirse con

decisión a un coche. Dio un respingo en el asiento al comprobar que abrió la puerta del copiloto porque dentro del Audi A4 oscuro y elegante, la esperaba alguien, y por supuesto era un hombre que se acercó a besarla en cuanto ella se sentó. Un ataque de

furia lo invadió preguntándose quién sería el desgraciado que se atrevía a besar esos

labios que le habían pertenecido a él por haberla conocido y amado antes, porque deberían continuar perteneciéndole si no hubiera sido por la decisión equivocada que

Lucía tomó. Furioso y sin poder controlar los celos que sentía, siguió al coche que llegó hasta un chalet adosado en Las Rozas. Se detuvo y apagó las luces, dispuesto a

espiar a la que fue su novia seis años atrás. Detuvo el coche a una distancia prudencial y observó lo que ocurría dentro sin perder detalle. Cada uno de los ocupantes se mantuvo en su asiento, parecían hablar, hasta que el hombre se volvió a acercarse a Lucía, la abrazó y la besó de nuevo, demostrando tanta pasión que casi lo obliga a bajarse del coche y decirle que dejara de tocar a su novia. Optó por contenerse, agarrado con fuerza al volante pensando que Lucía ya no significaba nada para él y que

formaba parte del pasado. Ahora él tenía a otra mujer, a Hannah, y no debía olvidarlo.

En pocos segundos, Lucía se dirigió a una vivienda, abrió la cancela, se volvió, se despidió con la mano sonriendo y entró en la casa donde había algunas luces encendidas. Vivía con alguien, probablemente con su madre. Lucía no la habría dejado

sola porque la mujer continuaría necesiéndola, como le sucedió en el pasado después

de perder trágicamente a su marido, y la chica la ayudó con su presencia a recuperarse

de la muerte de Daniel, su padre. Mario se fijó en el número de la vivienda, el cuarenta y siete. No lo olvidaría.

Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Contenido](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1 - Welcome to... SLEEPY HOLLOW](#)
- [Capítulo 2 - Un huésped inesperado](#)
- [Capítulo 3 - «¡Pasen y vean!»](#)
- [Capítulo 4 - «Conócelo, Cecilia, conócelo»](#)
- [Capítulo 5 - Tom](#)
- [Capítulo 6 - El hilado de la rueca](#)
- [Capítulo 7 - Solamente magia](#)
- [Capítulo 8 - «Mi nombre en sus labios»](#)
- [Capítulo 9 - «Jamás me arrepentiré»](#)
- [Capítulo 10 - Cuando las luces se apagaban](#)
- [Capítulo 11 - Las hierbas de las brujas](#)
- [Capítulo 12 - «¡Mentirosos todos!»](#)
- [Capítulo 13 - La última conversación](#)
- [Capítulo 14 - «Esta soy yo y... tú»](#)
- [Capítulo 15 - La advertencia de Narciso](#)
- [Capítulo 16 - Alondra y Faith](#)
- [Capítulo 17 - Maleficio bicentenario](#)
- [Capítulo 18 - El cometido](#)
- [Capítulo 19 - Estos somos y en ellos nos convertiremos](#)
- [Capítulo 20 - Círculos](#)
- [Capítulo 21 - 1792, nuestro nuevo hogar](#)
- [Capítulo 22 - Ellos](#)
- [Capítulo 23 - Tú puedes, Cecilia](#)
- [Capítulo 24 - ¡Maldito Crane!](#)
- [Capítulo 25 - Primeros contactos](#)
- [Capítulo 26 - Sin secretos](#)
- [Capítulo 27 - Confesiones y visiones](#)
- [Capítulo 28 - La habitación secreta](#)
- [Capítulo 29 - ¿Un hombre enamorado?](#)
- [Capítulo 30 - Te recuerdo](#)
- [Capítulo 31 - Afrodisiacos](#)
- [Capítulo 32 - La historia no concuerda](#)
- [Capítulo 33 - Las fuerzas de la atracción](#)
- [Capítulo 34 - El cuatro de julio](#)
- [Capítulo 35 - Cotilleos](#)
- [Capítulo 36 - Sin ti](#)
- [Capítulo 37 - Cicatrices](#)
- [Capítulo 38 - Las cartas boca arriba](#)
- [Capítulo 39 - Un témpano que permanece](#)

- [Capítulo 40 - Jason & Emily](#)
- [Capítulo 41 - El baile maléfico de los vientos](#)
- [Capítulo 42 - Si no lo veo, no lo creo](#)
- [Capítulo 43 - Nueva obertura](#)
- [Capítulo 44 - La cena](#)
- [Capítulo 45 - De la mañana al ocaso](#)
- [Capítulo 46 - El aquelarre de las brujas](#)
- [Capítulo 47 - Catharina o una arpía con nombre de mujer](#)
- [Capítulo 48 - El dulce y amargo sabor de la venganza](#)
- [Capítulo 49 - El cristal de la mañana](#)
- [Capítulo 50 - Es una bruja](#)
- [Capítulo 51 - Tiempo de milagros](#)
- [Capítulo 52 - El regreso](#)
- [Capítulo 53 - Emily](#)
- [Capítulo 54 - Sweet Toxic Love: mi mal de amores](#)
- [Capítulo 55 - Águila elevada](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Promoción](#)